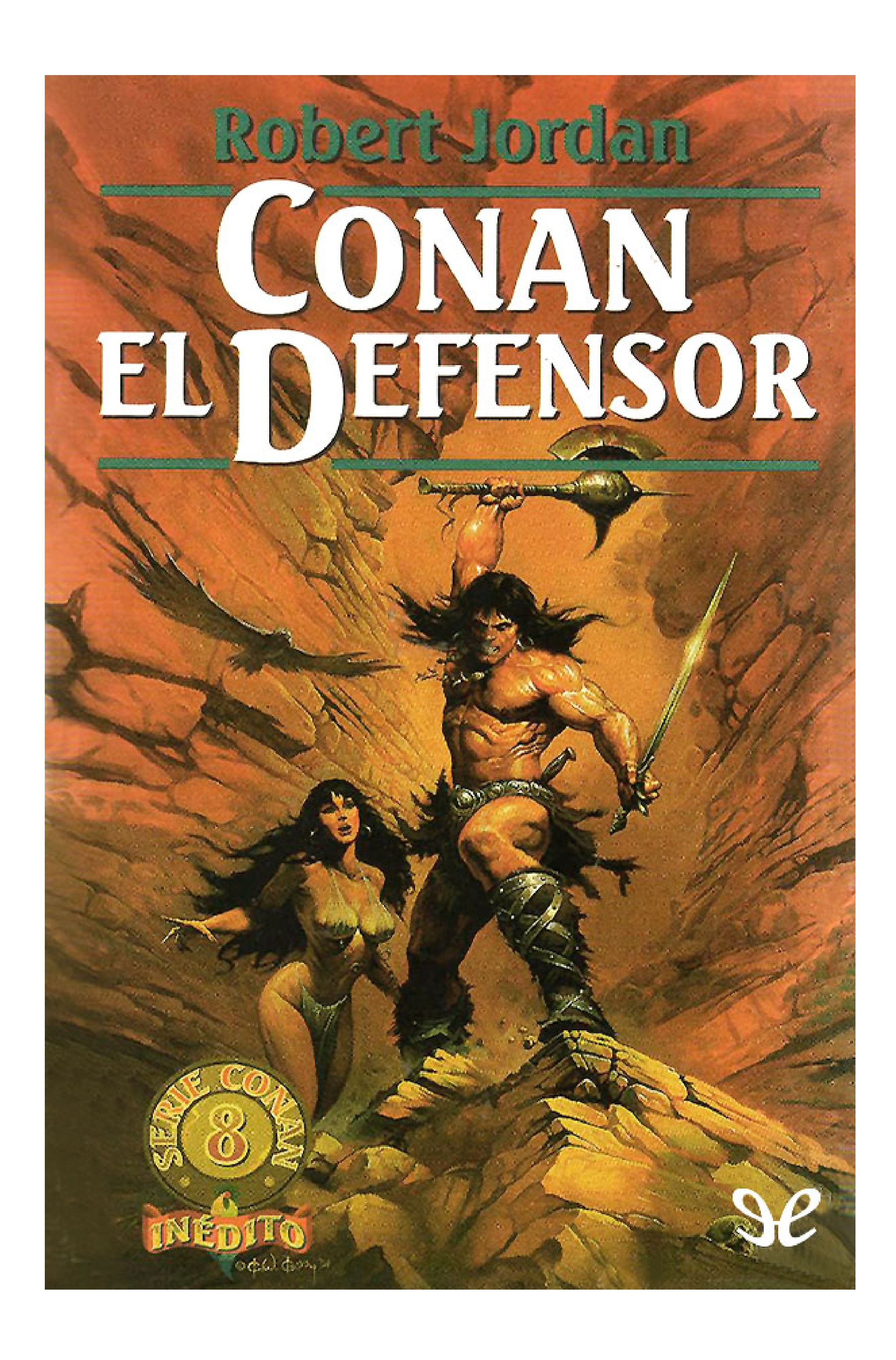


Robert Jordan
CONAN
EL DEFENSOR
SERIE CONAN
8
INÉDITO

Tras haber decidido abandonar el oficio de ladrón, Conan llega a Nemedia para labrarse una fortuna y busca trabajo como guardaespaldas. La situación en la capital, sometida a una escasez generalizada de todo tipo de bienes y a impuestos exagerados, parece particularmente propicia, ya que nobles y mercaderes contratan sin cesar guardias privados ante el miedo a una revuelta popular que parece inevitable. Y sin haber decidido todavía que curso de acción tomar, Conan se ve envuelto en una conspiración cuyo objetivo no es otro que el propio de Nemedia.



Robert Jordan

Conan el defensor

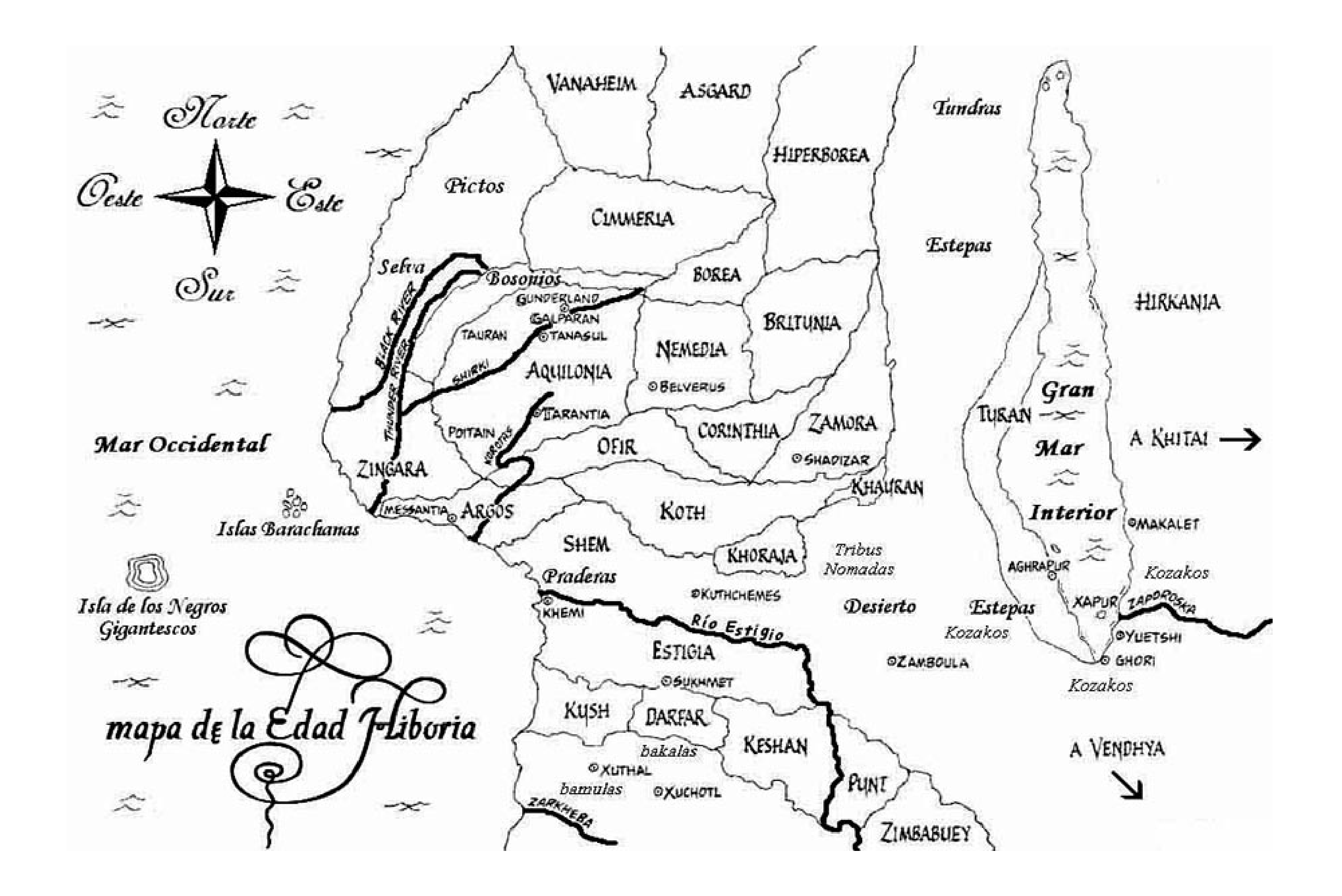
Conan: Serie Conan - 8

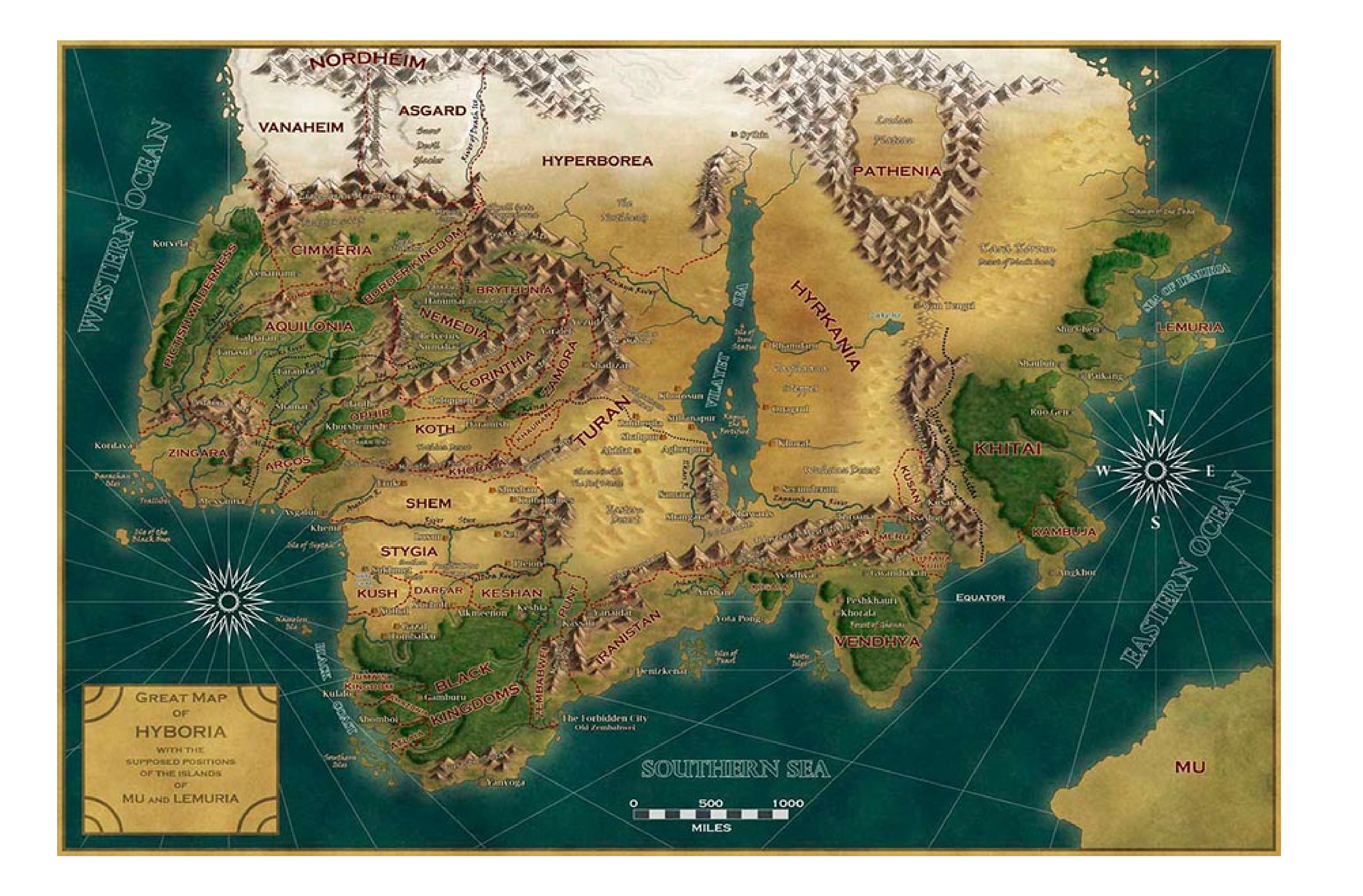
ePub r1.1
Titivillus 22.11.17

Título original: *Conan the defender*
Robert Jordan, 1982
Traducción: Joan Josep Musarra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Mar Occidental
Islas Barachanas
Isla de los Negros Gigantescos
Vanaheim
Asgard
Hiperborea
Tundras
Estepas
Hirkania
Pictos
Cimmeria
Selva
Bosonios
Borea
Black River
Thunder River
Gunderland
Galparan
Tanasul
Tauran
Shirki
Aquilonia
Nemedia
Britunia
Belverus
Poitain
Tarantia
Khorotas
Corinthia
Zamora
Ofir
Shadizar
Khauran
Zingara
Messantia
Argos
Koth
Shem
Khoraja
Tribus Nomadas
Praderas
Khemi
Kuthchemes
Desierto
Estepas
Kozakos
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Zamboula
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Punt
Zimbabuey
Zarkheba
Turan
Gran
Mar
Interior
Aghrapur
Xapur
Zaporoska
Makalet
Yuetshi
Ghori
Kozakos
Kozakos
A Khitai
A Vendhya


GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
ZEMBABWEI
IRANISTAN
BLACK KINGDOMS
VENDHYA
KUSAN
MERU
KHITAI
KAMBUJA
LEMURIA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
The Forbidden City
Old Zembabwei
N
S
E
W
0
500
1000
MILES

Dedicado a L. Sprague de Camp,
que, cargando con el musculoso cimmerio
sobre sus robustos hombros,
lo ha mantenido en alto
durante muchos años.

Prólogo

La luz del sol, que entraba por los arcos de mármol de los ventanales, iluminaba la tapicería con la que habían sido adornadas las paredes de la estancia. Los siervos, a los que se había amputado la lengua para que no pudieran hablar de lo que vieran en casa de su amo, se habían retirado, dejando solos a cinco individuos que bebían en silencio su vino.

Cántaro Albanus, el anfitrión, observaba a sus huéspedes, jugueteando, ocioso, con el pesado collar de oro que colgaba sobre su túnica escarlata. La única mujer que había allí fingía estudiar el complicado tejido de los tapices; los hombres solo estaban pendientes de sus copas de vino.

A media mañana —pensaba Albanus— se daba el momento idóneo para tales reuniones, aunque al convocarlas a aquella hora irritara a sus compañeros. Es tradición que los cónclaves de ese género se celebren en la negrura de la noche, que los celebren hombres desesperados, apretujados en habitaciones oscuras, selladas para no dejar paso a un solo rayo de luz. Mas ¿quién había de creer, quién podía ni siquiera sospechar, que en una reunión de lo más selecto de Nemedia a la luz del día, en el mismo corazón de la ciudad, se preparara un acto de traición?

Su rostro de chupadas mejillas se ensombreció al pensarlo, y sus ojos negros se volvieron de obsidiana. La nariz aguileña, y las trazas plateadas en sus sienes de negro cabello, le daban apariencia de general. Y ciertamente había sido militar, en cierta ocasión, durante un breve año. Cuando solo tenía diecisiete veranos, su padre le había conseguido una graduación de oficial en los Leopardos de Oro, que habían sido la guardia de corps de los reyes nemedios desde tiempos inmemoriales. A la muerte del progenitor, había cesado. No le apetecía tener que labrarse el ascenso por el

escalafón, aunque su noble cuna le ayudara. No, pues por su sangre y temperamento le correspondía ser rey. No conceptuaba como traición ninguno de sus actos.

—Lord Albanus —dijo de pronto Barca Vegentius—, hemos oído mucho de la… ayuda especial que vas a aportar a nuestra… sociedad. Hemos oído mucho, pero hasta ahora no hemos visto nada.

El comandante de los Leopardos de Oro, cuadrado de cuerpo y de cara, medía cuidadosamente sus palabras. Creía que ocultaba sus orígenes disimulando el acento de los barrios de chabolas de Belverus, y no se daba cuenta de que todos notaban su engaño.

—Expresas tus dudas con palabras prudentes, Vegentius —dijo Demetrio Amarianus. El esbelto joven se acercó a la nariz una jarrita llena de hierbas aromáticas, pero no llegó a ocultar la mueca de desprecio que se dibujaba en su boca casi femenil—. Pero es que tú siempre empleas palabras prudentes, ¿verdad? Todos sabemos que solo estás aquí para…

—¡Basta! —gritó Albanus.

Demetrio y Vegentius, cuyos rostros habían enrojecido, callaron como animales bien entrenados al trallazo del azote de su amo. Tales riñas eran constantes, y él las consentía tan solo en la medida en que no le quedaba otro remedio. Aquel día, no pensaba tolerarlas en absoluto.

—Todos vosotros —siguió diciendo Albanus— queréis algo. Tú, Vegentius, el generalato que crees que el rey Garian te ha negado injustamente. Tú, Demetrio, la devolución de las fincas que el padre de Garian arrebató a tu abuelo. Y tú, Sefana, tú quieres vengarte de Garian porque te dijo que prefería mujeres más jóvenes.

—Lo cual tú nos cuentas con tu gentileza habitual, Albanus —replicó la mujer con amargura.

Unos ojos violáceos y la melena negra que caía sobre sus hombros embellecían el acorazonado rostro de *Lady* Sefana Galerianus. Su túnica de seda bermeja tenía un par de escotes que revelaban las curvas superiores e inferiores de sus generosos senos, y cuando andaba, mostraba las piernas hasta la cadera.

—¿Y qué es lo que quiero yo? —preguntó el cuarto hombre que había en la habitación.

Todos parecieron sorprenderse, como si hubieran olvidado que

estaba allí.

Poco costaba olvidar a Constancio Melius, pues aquel noble de mediana edad era la vaguedad encarnada: El escaso cabello y las bolsas de sus ojos siempre parpadeantes destacaban como sus rasgos más notables, y su inteligencia y capacidad igualaban a lo demás.

—Quieres que se escuchen tus consejos —le contestó Albanus—. Y así será, cuando me siente en el trono.

Le escucharía durante todo el tiempo que le tomara desterrar a aquel hombre, pensaba el noble de rostro aquilino. Garian había cometido la equivocación de desairar a aquel necio, y dejarlo libre en la capital para que fomentara agitaciones. Albanus no pensaba repetir tal error.

—Parece que hayamos ignorado lo que decía Vegentius —dijo de pronto Sefana—, pero a mí también me gustaría saber qué ayuda podemos esperar de ti, Albanus. Demetrio y Vegentius proporcionan información. Melius y yo aportamos el oro con el que pagamos los disturbios callejeros, y los forajidos que queman el buen cereal. Te callas tus planes y nos hablas de la magia que hará que Garian te ceda el trono si nosotros cumplimos con lo que te he dicho. A mí también me gustaría ver esa magia.

Los otros quedaron algo corridos al ver que ella ponía en duda la prometida brujería, pero Albanus sonrió sin más.

Se levantó y tiró del cordón de brocado de una campanilla que había en la pared, y luego se acercó a una mesa que estaba al otro extremo de la habitación, una mesa en la que un paño cubría ciertos objetos. Albanus había puesto allí con sus propias manos objetos y paño.

—Venid —dijo a los demás.

Ahora con renuencia, se le acercaron lentamente. Con ademán triunfal, Albanus apartó el paño, regocijándose con su sorpresa. Sabía que los objetos que había en la mesa —una estatuilla de zafiro, una espada de hoja serpentina y gavilanes de molde antiguo, algunos objetos de cristal y joyas buriladas— eran, con una única excepción, prácticamente inútiles. Al menos, poco uso les había encontrado en los tomos que sin gran esfuerzo descifraba. Los objetos con poder los guardaba en otra parte.

Diez años antes, los esclavos de una de sus fincas, al norte de Numalia, habían hallado, excavando, una estancia subterránea. Por

suerte, él estaba allí en aquel momento y se había dado cuenta de que se trataba del almacén de un mago, y había ordenado que los infortunados esclavos fueran enterrados vivos en aquella estancia después de vaciarla.

Tardó un año en averiguar cuan antiguo era el escondrijo; databa de los tiempos de Aquerón, aquel siniestro imperio que se había regido por las más viles taumaturgias, y que hacía más de tres milenios había sido reducido a polvo. Durante todos aquellos años había estudiado, sin tutor, por miedo a que un hechicero capaz le arrebatara su hallazgo. Su decisión fue sabia, porque, de haberse sabido que estudiaba magia, habría caído víctima de la purga de hechiceros que Garian había llevado a término en la capital. Con sombrías cavilaciones, Albanus tomó de la mesa una pequeña esfera de cristal rojo.

—No me fío de estas cosas —dijo Sefana, con un escalofrío—. Yo preferiría trabajar con medios más naturales. Un veneno sutil…

—Provocaría una guerra civil por la sucesión —dijo Albanus, interrumpiéndola—. No quiero tener que repetirte que no pienso verme en la situación de tener que arrancar el Trono del Dragón de las manos de una docena de pretendientes. Haré que el trono me sea entregado, como ya os dije.

—Yo —masculló Vegentius— no me creeré eso mientras no lo vea.

Albanus hizo callar a los otros al ver que entraba una criada. Rubia, y de piel pálida, no tenía más de dieciséis años de edad. Su sencilla túnica blanca, adornada en el dobladillo con bordados del blasón de la casa de Albanus, casi dejaba a la vista en su totalidad sus pequeños senos y largas piernas. Se arrodilló de inmediato en el suelo de mármol e inclinó la cabeza.

—Se llama Onfalia —dijo el noble de rostro aquilino.

La muchacha se agitó al oír su nombre, pero había aprendido lo suficiente para no levantar la cabeza. Era esclava desde hacía poco, había sido vendida para pagar las deudas del comercio de su padre; pero algunas lecciones se aprenden con rapidez.

Albanus sostuvo la esfera de cristal rojo con la mano izquierda, alargando todo el brazo, y trazó un arcano gesto con la diestra mientras entonaba: «An-naal naa-thaan
Vas-ti

no-enteü».

Un fuego parpadeante se inflamó de pronto sobre la bola de cristal, largo como el antebrazo de un hombre, y más sólido de lo que tiene que ser una llama. Dos puntos oscuros, que se parecían inquietantemente a un par de ojos, tomaron forma en la palpitación rojiamarilla, y se movieron como examinando la habitación y a sus ocupantes. Todos retrocedieron inconscientemente, excepto Onfalia, quien se acurrucó en el mismo lugar donde estaba arrodillada, y el propio Albanus.

—Un elemental de fuego —dijo Albanus con desenfado. Sin cambiar de tono de voz, añadió—: ¡Mata a Onfalia!

La boca de la muchacha rubia se abrió para chillar, pero, antes de que pudiera emitir sonido alguno, el elemental se arrojó hacia ella, ensanchándose para engullirla. La joven se puso en pie entre espasmos, agitándose convulsivamente en el interior de un huevo de llamas que se oscurecía hasta ocultarla. El fuego silbaba, y en lo más recóndito del silbido se adivinaba un frágil grito, como de una mujer que chilla en la lejanía. Estallando como una burbuja, la llama desapareció, dejando tras de sí un leve, enfermizo, dulce aroma.

—Qué chapucero —murmuró Albanus, restregando con su babucha un negro y aceitoso tiznón que había quedado en el suelo de mármol en lugar de la muchacha.

Los otros le miraban aturdidos, cual si se hubiera transformado en el legendario dragón Xutharcan. Por sorprendente que parezca, fue Melius el primero que pudo volver a hablar.

—Esos artefactos, Albanus…, ¿no podríamos tener nosotros también? —Sus ojos sombreados por ojeras parpadeaban con nerviosismo ante el silencio de los otros—. Como garantía de que todos los aquí presentes somos iguales —acabó con voz vacilante.

Albanus sonrió. Pronto les iba a demostrar cuan iguales eran todos.

—Por supuesto —contestó tranquilamente—. Yo mismo había pensado en ello. —Señaló la mesa con un gesto—. Escoged, y yo os diré qué poderes tiene el objeto que elijáis. —Mientras decía esto, se guardó la bola de cristal en una bolsa de su cinturón.

Melius dudó, alargó el brazo, y se detuvo cuando ya iba su mano a coger la espada.

—¿Qué…, qué poderes tiene esto?

—Convierte a aquel que la esgrima en un consumado espadachín.

Al descubrir que ese era el único poder de la espada, Albanus había perdido todo interés por ella. Nada significaba para él convertirse en un gran guerrero; cuando fuera rey, otros le servirían en calidad de tales.

—Coge la espada, Melius. O, si te da miedo, quizás Vegentius…

Albanus enarcó una ceja, como en interrogación, mientras miraba al fornido militar.

—No necesito magia para triunfar como espadachín —dijo Vegentius con desprecio. Pero tampoco trató de coger otro de los objetos.

—¿Demetrio? —dijo Albanus—. ¿Sefana?

—Me desagrada la brujería —replicó el esbelto joven, rechazando abiertamente los objetos que había en la mesa.

Sefana estaba hecha de otra madera, pero igualmente negó con la cabeza.

—Si estas hechicerías pueden expulsar a Garian del Trono del Dragón, me doy por satisfecha. Y si no pueden…

Su mirada se cruzó por un momento con la de Albanus, y luego se volvió.

—Yo me quedo con la espada —dijo de pronto Melius. Sopesó la espada, probó su equilibrio y rio.

—Yo, a diferencia de Vegentius, no siento escrúpulos por cómo llegue a ser un gran espadachín.

Albanus sonrió suavemente, pero la expresión de su rostro se endurecía.

—Ahora, oídme —salmodió, clavando en cada uno de ellos la mirada de sus ojos de obsidiana—. Os he enseñado tan solo una pequeña muestra de los poderes que conseguirán para mí el trono de Nemedia y harán posible que vuestros deseos sean satisfechos. No consentiré defecciones, ni intromisiones que entorpezcan mis designios. Nada se interpondrá en mi camino hacia la Corona del Dragón. ¡Nada! ¡Ahora, marchaos!

Se apartaron de su presencia como si ya se hubiera sentado en el Trono del Dragón.

1

El joven alto y musculoso andaba por las calles de Belverus, capital de Nemedia, plagada de monumentos y columnatas de mármol, con mirada cauta y la mano sobre el gastado forro de cuero del puño de su sable. Sus ojos de color azul profundo, y su capa adornada con pieles, indicaban que procedía de un país del norte. Belverus había visto muchos bárbaros del norte en tiempos mejores, sorprendidos por la gran ciudad, y fácilmente despojados de la plata que llevaban, o de insignificantes cantidades de oro, si bien luego, como no comprendían las costumbres de los hombres civilizados, la Guardia de la Ciudad tenía que expulsarlos, pues armaban barullo con la queja de haber sido embaucados. El hombre del que hablamos, sin embargo, aunque solo tenía veintidós años, andaba con la seguridad del que se había paseado por las calles empedradas de ciudades igual de grandes, o más grandes todavía, como Arenjun o Shadizar, llamada la Perversa; de Sultanapur y de Aghrapur; e incluso por las míticas ciudades de la lejana Khitai.

Iba por las Calles Altas, en el Distrito Mercantil, a menos de media milla del Palacio Real de Garian, rey de Nemedia, aunque él veía poca diferencia con Puerta del Infierno, el distrito en el que vivían los ladrones de la ciudad. Las tiendas, abiertas a la calle, habían sacado sus mesas, y las multitudes se apiñaban en torno a ellas, examinando paños de Ofir, vinos de Argos y mercancías de Koth y de Corinthia, e incluso de Turan. Pero las carretillas de los tenderos, que rodaban ruidosamente por las calles empedradas, llevaban poca comida, y al ver los precios el joven se preguntaba si podría seguir comiendo por mucho tiempo en aquella ciudad.

Entre las tiendas se apelotonaban los mendigos, todos tullidos, o ciegos, o ambas cosas, y los gemidos con que suplicaban limosna competían con los comerciantes que pregonaban su mercadería. Y

en cada esquina había hombres duros de mirada cruel, mal vestidos, que acariciaban la empuñadura de su espada, o tenían en la mano afiladas dagas o pesadas cachiporras, y seguían con la mirada a algún obeso mercader que pasaba presuroso, o a la esbelta hija de algún tendero que se abría paso entre el gentío con asustada expresión. Solo faltaban para completar el cuadro las prostitutas, adornadas con brazaletes de cobre y latón, vestidas con simples camisas que merced a algunos escotes mostraban mejor la mercancía. Aun en el aire se percibía el pegajoso olor de la docena de barrios de mala vida que había visto: una mezcla de vómito, orina y excrementos.

De pronto, una carretilla cargada de fruta que pasaba por un cruce fue rodeada por media docena de rufianes, ataviados con una abigarrada compostura de retales de trajes finos con andrajos. El flaco vendedor no decía nada, miraba al suelo mientras enrojecía su enojado rostro, y los otros manoseaban su mercancía, tomaban un poco de aquí y un poco de allá, y luego lo arrojaban al suelo. Tras llenarse de fruta los pliegues de las túnicas, se marcharon pavoneándose, al par que retaban con sus ojos insolentes a decir algo a quien pasara por allí. Los bien vestidos transeúntes actuaban como si aquellos hombres fueran invisibles.

—Supongo que no pagaréis —se lamentó el vendedor, sin levantar la mirada.

Uno de los matones, un hombre con barba de pocos días que se cubría con una capa sucia orlada en oro la andrajosa túnica de algodón, sonrió con su boca de cariados dientes.

—¿Que si pagamos? Esto es lo que te pago.

Con el dorso de la mano le partió la mejilla al flaco comerciante, y este se desplomó gimiendo sobre el carretón. Con rechinante risa, el matón se unió a sus compañeros, que se habían parado a mirar el espectáculo, y siguieron avanzando por entre la multitud de compradores, que les dejaban pasar con apenas un murmullo ahogado.

El musculoso joven del norte se detuvo a un paso de la carretilla.

—¿No vas a llamar a la Guardia de la Ciudad? —le preguntó, curioso.

El comerciante se puso en pie cansinamente.

—Por favor. Tengo que alimentar a mi familia. Hay más

carretillas por ahí.

—Yo no robo fruta, ni pego a viejos —dijo fríamente el joven—. Me llamo Conan. ¿No te protegerá la Guardia de la Ciudad?

—¿La Guardia de la Ciudad? —El viejo rio amargamente—. Se quedan en sus barracones para protegerse a sí mismos. Yo he llegado a ver a tres de esos canallas colgar a un guardia por los pies y caparlo. Eso es lo que piensan de la Guardia de la Ciudad.

Se limpió las manos temblorosas en la pechera de la túnica, fijándose en que todos le veían hablar con un bárbaro en el cruce.

—He de irme —murmuró—. He de irme.

Se agachó para recoger la carretilla sin mirar de nuevo al joven bárbaro.

Conan le observó con una mirada de compasión mientras se iba. Había venido a Belverus para alquilarse como guardia personal o soldado —ya había sido ambas cosas, así como ladrón, contrabandista y bandido—, pero, fuera quien fuese el que le pagara por la protección de su espada en aquella ciudad, no sería, por desgracia, uno de aquellos que más lo necesitaban.

Algunos de los matones de la esquina le habían visto hablar con el comerciante, y se le acercaron, pensando que se divertirían con el extranjero. Pero, cuando él les miró, con ojos fríos como los glaciares de las montañas de su nativa Cimmeria, comprendieron que la muerte andaba aquel día por las calles de Belverus. Llegaron a la conclusión de que había presas más fáciles. En cuestión de minutos, no quedaron matones en el cruce.

Unos pocos le miraban agradecidos, pues comprendían que gracias a él aquel lugar sería seguro durante un rato. Conan meneaba la cabeza, enfadado en parte consigo mismo, y en parte con ellos. Había venido a alquilar su espada por oro, no a limpiar las calles de escoria.

Un trozo de pergamino, arrastrado por un viento vagabundo, vino a dar en su bota. Despreocupadamente lo recogió, y leyó las palabras que habían escrito en él con buena letra redonda.

El rey Garian se sienta en el Trono del Dragón. El rey Garian se sienta en inacabable festín. Vosotros sudáis y os afanáis por una hogaza de pan, y aprendéis a ir por la calle presa del temor. No es nada justo este rey que tenemos, ojalá estén contadas las horas de su reinado. Mitra nos salve del Trono del Dragón y del rey que en él

se sienta en inacabable festín.

Dejó que se lo llevara el viento, junto con otros similares que había esparcidos por la calle. Vio que alguna gente los recogía. Algunos, palideciendo, volvían a soltarlos, o los arrojaban con enfado, pero también los había que, furtivamente, doblaban y guardaban en la bolsa aquel pliego de sedición.

Belverus era una ciruela madura, lista para ser recogida. Él había visto ya los mismos indicios en otras ciudades. Pronto se desvanecería el manto de furtividad. Se alzarían los puños abiertamente frente al Palacio Real. Tronos más sólidos habían caído por menos.

De pronto, un hombre pasó corriendo con los ojos llenos de horror, y a sus pies cayó de rodillas una mujer que abría la boca como para gritar. Un tropel de niños pasó corriendo también, chillando cosas ininteligibles.

Se oyeron más gritos y chillidos por la calle, y la multitud salió corriendo hacia el cruce. Contagiaban su mismo miedo, y así otros se unían a la turbamulta sin saber por qué. Conan se abrió paso con dificultad hasta el borde de la calle, hasta una tienda que su dueño había abandonado. Se preguntó cuál podía ser la causa.

Entonces, la muchedumbre empezó a dispersarse y desapareció, y Conan vio que por la calle de la que huían había cuerpos tirados, pocos de los cuales aún se movían. Algunos habían sido pisoteados; otros, un poco más allá, habían perdido uno o ambos brazos, o la cabeza. Y andando por el centro de la calle venía un hombre ataviado con una túnica azul de ricos bordados, que llevaba en la mano una espada que tenía una hoja extraña, como ondulada, enrojecida en toda su longitud. Un hilillo de baba le caía de la comisura de los labios.

Conan echó mano de su propia espada, y volvió a envainarla. Por oro, se recordaba a sí mismo, no para vengar a unos extraños, víctimas de un loco. Se volvió para adentrarse en las sombras.

En ese mismo instante una niña salió corriendo de una tienda frente al loco, una cría que no tenía más de ocho años, que gemía mientras corría con pies veloces. Con un rugido, el loco alzó la espada y fue hacia ella.

—¡Por las tripas y la vejiga de Erlik! —gritó Conan.

Extrajo limpiamente la espada de su gastada vaina de chagrén y

avanzó hacia el cruce.

La niña huyó corriendo y chillando, sin detenerse. El loco se detuvo. Visto de cerca, y pese a su rico atuendo, el cabello ralo y las ojeras le daban un aire como de escribano. Pero la locura se había adueñado de sus ojos castaños de mirada turbia, y no emitía otro sonido que inarticulados gruñidos. Las moscas volaban en torno de la fruta que los matones habían echado por el suelo.

Por lo menos, pensaba Conan, quedaban trazas de razón en aquel hombre, la suficiente como para no precipitarse hacia la espada de otro.

—Alto ahí —le dijo—. No soy una niña, ni un tendero que puedas acuchillar por la espalda. ¿Por qué no…?

Conan creyó oír un gemido hambriento, metálico. Un grito animal brotó de la garganta del loco, y este avanzó con la espada en alto.

El cimmerio alzó su propia arma para parar el mandoble y, con insólita velocidad, la espada de hoja ondulada atacó en otra dirección. Conan dio un salto atrás; la punta del arma del otro hombre alcanzó a rozarle el vientre, rasgándole la túnica, y también, como si hubiera estado hecha de pergamino, la ligera cota de malla que llevaba debajo de esta. Dio un paso atrás para ganarse espacio que le permitiera atacar, pero el loco le seguía, y con su arma ensangrentada tiraba tajos y trataba de acuchillarle con increíble velocidad. Lentamente, el joven musculoso iba retrocediendo.

Para su sorpresa, comprendió que estaba luchando a la defensiva contra aquel hombre flacucho y hasta esmirriado. Solo podía parar los mandobles del otro, y no tenía oportunidad de atacar. Se veía obligado a invertir toda su velocidad y astucia en seguir vivo, y ya sangraba por media docena de heridas de poca importancia. Se le ocurrió que quizá moriría en aquel lance.

—¡Por el Señor del Montículo, no! —dijo gritando—. ¡Crom y acero! —Pero tuvo que retroceder; el entrechocar del metal retumbaba en sus oídos.

De pronto, el pie de Conan fue a dar con una ciruela abandonada a medio comer y resbaló estrepitosamente, y quedó tendido sobre sus espaldas; danzaban lucecitas en sus pupilas. Mientras se esforzaba por respirar, vio que la ondulada arma del

loco se alzaba para segarle la vida. Pero no pensaba dejarse morir. En lo más profundo de sí halló fuerzas para esquivar la acometida del otro. Rodó por la calle frenéticamente, y al fin se levantó apoyando la espalda en una pared. El loco fue tras él.

El aire se llenó de un zumbido como de avispones irritados, y el loco pareció de pronto una almohadilla de alfileres. Conan parpadeó. La Guardia de la Ciudad había llegado por fin: una veintena de arqueros de negra capa. No se acercaron al loco, sino que le arrojaron de lejos por segunda vez sus saetas, pues, pese a sus heridas, seguía en pie. Su boca era una mera hendedura que profería un inarticulado aullido sediento de sangre; arrojó la espada contra el corpulento cimmerio.

Girando un palmo, el arma de Conan detuvo en su vuelo la extraña arma, y la hizo caer al suelo ruidosamente. Los guardias le arrojaron flechas de nuevo. Atravesado por más y más saetas, el loco acabó por caer. Por un fugaz instante, mientras caía, la mirada de locura se desvaneció, y ocupó su lugar otra de indecible horror. Cayó de bruces, muerto, al empedrado de la calle. Lentamente, con las armas dispuestas, los soldados se acercaron al cadáver.

El corpulento cimmerio devolvió su propia espada a la vaina con un gruñido de disgusto. No tendría que limpiarle ni una sola mancha purpúrea. La única sangre que se había derramado era la suya, y cada una de sus heridas, por insignificante que fuera, le escocía con aquella vergüenza. El único ataque que había parado limpiamente, el de la espada que le había sido arrojada, podría haberlo parado una niña de diez años.

Un guardia agarró al muerto por el hombro y le dio la vuelta, y como una docena de flechas se astillaron con las baldosas de la calle.

—Calma, Tulio —dijo otro con un gruñido—. Recuerda que esas flechas nos las descontarán de la soldada. Oh…

—¡Por el Trono Negro de Erlik! —farfulló Tulio—. ¡Es Lord Melius!

El grupo de hombres armados dio un paso atrás, dejando a Tulio solo con el cuerpo. A nadie convenía ser hallado cerca de un noble muerto, sobre todo si uno mismo había tenido algo que ver con su muerte; no importaba qué hubiera hecho. La Justicia del Rey podía tomar extraños giros en lo que a los nobles concernía.

El canoso sargento de la Guardia, en cuya nariz, visible bajo el morrión de su armadura, una cicatriz palidecía hasta la lividez, escupió a un lado del cadáver.

—¡Ahora ya no podemos hacer nada, Tulio!

El mentado guardia comprendió de pronto que estaba solo al lado del cadáver y dio un salto; sus ojos se movían frenéticamente.

—Cubre con tu capa a este…, este noble señor —siguió diciendo el sargento—. ¡Vamos, hombre!

Tulio le obedeció con reluctancia. El sargento empezó a gritar a otros hombres.

—¡Abydius, Crato, Jocor, Naso! ¡Cogedle por los brazos y las piernas! ¡Vamos! ¿O es que queréis dejarlo aquí hasta que las moscas se lo coman?

Los cuatro mentados avanzaron, murmurando al tiempo que alzaban el cuerpo. El sargento se alejó por la calle, y los que cargaban con el cuerpo le siguieron con toda la rapidez de que eran capaces, y detrás de estos el resto de la tropa. Ni uno solo se volvió para mirar por segunda vez a Conan.

—Te has vuelto lento con los años, ¿eh, cimmerio? —le gritó una voz áspera.

Conan se volvió, y la airada respuesta murió en sus labios cuando vio al barbudo que se apoyaba en uno de los puestos de venta.

—Todavía soy más rápido que tú, Hordo, viejo ladrón de perros.

El barbudo, que era casi tan alto como Conan, y más corpulento que este, se irguió. Un tosco parche de cuero le cubría el ojo izquierdo, y una cicatriz que, desde debajo del parche, le atravesaba toda la mejilla, forzaba a la mitad de su boca a perpetua sonrisa, aunque en aquel momento la otra mitad también sonreía. Una pesada arracada de oro pendía de cada una de sus orejas, pero, en el caso de que tentaran a los ladrones, su gastado sable y la daga, que llevaba en el cinturón, les disuadirían.

—Quizá lo seas, Conan —dijo—. Pero ¿qué haces en Nemedia, aparte de tomar lecciones de esgrima de algún noble de mediana edad? La última vez que te vi, ibas hacia Aghrapur para emplearte como soldado del rey Yildiz.

Hordo era un amigo, aunque no siempre lo hubiera sido. Poco después de que se conocieran, aquel tuerto, y una cuadrilla de

bandidos, habían atado a Conan a cuatro estacas del tormento en las llanuras zamorias, siguiendo órdenes de Karela, una bandida pelirroja conocida como el Halcón Rojo. Más tarde habían cabalgado todos juntos hacia los Montes Kezankios, en busca de un tesoro robado por el brujo Amanar. A duras penas habían podido huir de allí con vida. Dos veces más habían vuelto a encontrarse, ambas en busca de riquezas, y en ambas ocasiones habían ganado tan solo lo suficiente para correrse una gran juerga en los burdeles más cercanos. Conan no pudo evitar el preguntarse si de nuevo tropezarían con una oportunidad para hacerse con oro.

—Y lo hice —respondió Conan—, pero hará algo más de un año que dejé el servicio de Turan.

—Apuesto a que tendrías problemas por culpa de alguna mujer —dijo Hordo, riendo—. Ya te conozco.

Conan se encogió de hombros. Al parecer, siempre había tenido problemas por culpa de las mujeres. Pero ¿hay algún hombre que no los tenga?

—¿Y qué mujer te obligó a ti a huir de Sultanapur, Hordo? Cuando nos separamos dirigías un mesón de tu propiedad junto con una rolliza esposa turania, y jurabas que jamás volverías a pasar nada de contrabando, como no fueran dulces, ni saldrías nunca más de Sultanapur, como no fuera para ser incinerado en tu pira funeraria.

—Fue por Karela. —El tuerto, azorado, bajó el tono de voz. Se mesó la frondosa barba—. Yo no podía rendirme antes de dar con alguna noticia de ella, y tampoco podía mi mujer desistir de regañarme para que lo dejara. Dijo que me estaba convirtiendo en un espectáculo. Decía que la gente murmuraba y se reía de mí a mis espaldas, y corría la voz de que algo andaba mal en mi cabeza. No consentía que se dijera que se había casado con un hombre que no estaba bien del seso. Ella no iba a desistir, ni yo tampoco, así que un día le dije adiós y me fui sin mirar atrás.

—¿Y sigues buscando a Karela?

—No ha muerto. Estoy seguro de que vive. —Agarró a Conan por el brazo, con patético apremio en la mirada—. No he oído nada de ella, pero si hubiese muerto lo sabría. Sí, lo sabría. ¿Has sabido algo de ella? ¿Lo que sea?

La angustia se reflejaba en la voz de Hordo. Conan sabía que el

Halcón Rojo, en efecto, había sobrevivido a la expedición en los Kezankios. Pero si se lo contaba a Hordo, también tendría que contarle cómo la había visto por última vez: desnuda y encadenada entre una cuadrilla de esclavas, de camino hacia la lonja donde sería subastada. Conan podía explicarle que por aquel entonces solo le quedaban unas pocas monedas de cobre en la bolsa, que ni de lejos alcanzaban a pagar lo que vale una esclava de ojos verdes y redondeados senos en Turan. Podía incluso recordarle aquel juramento que ella le había obligado a formular: que jamás levantaría una mano para salvarla del peligro. Era una mujer orgullosa aquella Karela. O por lo menos lo había sido. Pues, si Hordo no había encontrado ningún rastro de ella, era más que probable que el látigo hubiera acabado por domeñar su voluntad, y estuviera bailando ahora para el placer de algún dueño de ojos oscuros. Y, si se lo contaba, quizá se viera obligado también a matar a su viejo amigo, el hombre que siempre se había llamado a sí mismo «perro fiel de Karela».

—La vi por última vez en los Kezankios —dijo sin mentir—, pero estoy seguro de que logró salir viva de las montañas. No había cuadrilla de montañeses que pudiera medirse con ella mientras conservara su espada.

Hordo asintió con un profundo suspiro.

La gente se atrevía ya a volver a aquella calle, mirando los cuerpos que yacían allí donde habían recibido la muerte. Aquí y allá, alguna mujer caía entre gemidos sobre el cadáver de su marido muerto o de algún niño.

Conan miró alrededor, en busca de la espada del loco. Yacía sobre un montón de abigarrados rollos de tela, en un puesto de venta. El propietario no estaba allí; quizá hubiera muerto, o se hallara entre la atónita muchedumbre. El cimmerio recogió la espada, limpiando su serpentina hoja de la sangre casi seca ya con uno de los rollos de damasco amarillo.

Alzó el arma y la sopesó. Los gavilanes habían sido trabajados con filigrana de plata que delataba su antigüedad, y el recazo decorado con caligrafías en las que no reconocía palabra alguna. Pero, en cualquier caso, el que forjara la espada había sido un maestro en su oficio. Parecía que se convirtiera en una extensión de su brazo. Mas no, en una extensión de su espíritu. Aun así, le venía

a la mente el recuerdo de los que aquel arma había matado. Hombres. Mujeres. Niños. Acuchillados por la espalda, o de cualquier forma en que hubieran sido alcanzados en su huida. Atravesados y heridos de muerte mientras se arrastraban. Las imágenes volvían, vividas, a su memoria. Casi sentía el olor de su sudor frío y de su sangre.

Soltó un gruñido asqueado. Una espada era una espada, y nada más. Ninguna culpa tenía el acero. Pero, con todo, no la conservaría. Se la llevaría, eso sí —las espadas eran demasiado valiosas como para menospreciarlas—, y con su venta añadiría algunas monedas de plata a su bolsa demasiado ligera.

—¿Te la vas a quedar? —dijo Hordo sorprendido—. La hoja está mancillada. Mujeres y niños. —Escupió, e hizo con la mano el signo que aleja el mal.

—No lo suficiente como para no venderla —respondió Conan.

Se quitó la capa adornada con pieles que llevaba sobre los hombros y envolvió en esta la espada. Su arcaico diseño la hacía fácilmente reconocible. Tal vez no fuera muy inteligente exhibirla, tras todas las muertes que acababa de causar en Belverus.

—¿Andas corto de monedas? Puedo darte algo de plata, si la necesitas.

—Con la que tengo me basta. —Conan volvió a sopesar mentalmente su bolsa. Podía pagarse cuatro días de posada. Dos semanas durmiendo en caballerizas—. Pero ¿desde cuándo eres tan rico que puedes permitirte ofrecer plata? ¿Has vuelto al negocio del bandidaje, o es que te dedicas de nuevo al contrabando?

—¡Chist! —Hordo se le acercó, mirando en derredor con su único ojo por si alguien les había oído—. No hables en voz alta de contrabando —dijo en voz tan baja que solo el cimmerio podía oírle —. Lo castigan ahora con el empalamiento lento, y la corona paga tales recompensas por información dada que tentarían hasta a tu abuela.

—Entonces, ¿por qué te dedicas a ello?

—Yo no he dicho que… —El tuerto se frotaba las nudosas manos —. ¡Piedras de Hanumán! Sí, a ello me dedico. ¿Es que no tienes ojos ni oídos, que no conoces los precios de esta ciudad? Los aranceles cuestan más que las mercancías. Un contrabandista puede labrarse una fortuna. Si vive lo suficiente.

—¿Quizá necesitas un socio? —dijo Conan descaradamente. Hordo dudaba.

—Esto no es lo mismo que en Sultanapur. Cada barril de vino o rollo de seda que no pasa por las Aduanas del Rey son introducidos por una única sociedad.

—¿En toda Nemedia? —respondió Conan con incredulidad.

—Sí. Tengo entendido que es así desde hace más de dos años. Por lo que a mí respecta, solo llevo un año aquí. Son tan cerrados como el puño de un miserable en lo tocante a admitir nuevos miembros y dejar que estos conozcan su organización. Yo recibo mis órdenes a través de un hombre que las recibe de otro al que nunca he visto, y que, seguramente, las recibe a su vez de algún otro. —Negó con su pesada cabeza—. Intentaré introducirte, pero no puedo prometerte nada.

—No deben de ser tan cerrados —exclamó Conan—, puesto que han permitido que te unieras a ellos tras vivir aquí solo un año.

Hordo ahogó una risilla, y se frotó la ancha nariz con su dedo espatulado.

—Yo soy un caso especial. Estaba en Koth, en una taberna de Khorshemish, porque había oído un rumor de que…, bueno, no viene al caso contártelo ahora. Un camarada, Hassán, que trabaja en la sucursal kothia de la sociedad, me oyó hacer preguntas. Había oído hablar del Halcón Rojo, y su admiración por ella no tenía límites. Cuando supo que había cabalgado a su lado, me ofreció un trabajo aquí en Belverus. Yo, en aquel momento, estaba a punto de hacerme una sopa con el cinturón para tener cena, así que acepté. Si Hassán estuviera aquí, no tendría ningún problema en lograr que te aceptaran, pero sigue en Koth.

—Es extraño que no te diera trabajo allí, si tanto admira al Halcón Rojo —rumió Conan—. Bueno, no importa. Tú haz lo que puedas. Yo ya me las apañaré.

—Voy a intentarlo —dijo Hordo. La luz del sol, que ya había sobrepasado su cénit, le hizo bizquear, y se volvió bruscamente—. Escucha, hay algo que debo hacer. Es cosa de la sociedad, ya me entiendes. Te invitaría para que pudiéramos contarnos mentiras por el camino, pero a ellos no les gusta la gente que no conocen.

—Tenemos mucho tiempo.

—Claro. Mira. Ven a buscarme al Mesón del Buey Corneado, en

la Calle de los Lamentos, tras Puerta del Infierno, media clepsidra o algo así después del ocaso. —Rio, y palmeó a Conan en el hombro —. Iremos de una punta a otra de la ciudad y nos emborracharemos de paso.

—De punta a punta —dijo el cimmerio asintiendo.

Después que se fuera el tuerto, Conan se volvió, llevando bajo el brazo la espada envuelta en la capa, y se detuvo. Una litera adornada, oculto su interior por cortinas purpúreas, cuyo armazón y cuyas varas laterales eran de color negro y dorado, había aparecido en la calle, y el gentío y aun los matones se apartaban con respeto a su paso. La litera en sí no le llamaba la atención —había visto otras en las calles, en las que viajaban gordos mercaderes o esbeltas aristócratas—, pero, al tiempo que se volvía, la cortina se había apartado, dejando a la vista una mujer envuelta en velos grises entre los que tan solo sus ojos asomaban. Y habría jurado que aquellos ojos, aunque solo fuera por un breve instante, le habían mirado. No, no le habían mirado. Le habían observado con odio.

Bruscamente la cortina volvió a correrse, y, al parecer, alguien debió de dar una orden, pues los porteadores se fueron rápidamente por la calle, alejándose del corpulento cimmerio.

Mientras movía la cabeza pensativo, Conan vio como la litera desaparecía entre el gentío. No era una buena manera de empezar en Belverus: imaginando cosas. Aparte de Hordo, no conocía a nadie. Agarrando con más firmeza el bulto que llevaba envuelto en la capa, se fue a dejar pasar el tiempo hasta la hora en que debía encontrarse con el tuerto. Aprendería tanto como pudiera de la ciudad donde esperaba forjarse un futuro.

2

La Calle de los Lamentos era la primera que había tras Puerta del Infierno. Era la calle donde la gente luchaba con uñas y dientes por no caer en el caldero de la morralla; sabían con la desesperación que da la certeza que, aunque ellos lograran permanecer en aquella calle, sus hijos acabarían por hundirse en el lodazal. Unos pocos habían llegado allí huyendo de Puerta del Infierno, y se detenían una vez se veían a salvo tras la Calle de la Oreja Cortada, porque temían adentrarse más en una ciudad que no comprendían, e ignoraban el hedor, que cada vez que soplaba viento del sur les recordaba lo poco que se habían alejado de aquel lugar. Los que de verdad escapaban de Puerta del Infierno no se detenían en la Calle de los Lamentos, siquiera por un día, por una hora. Pero estos eran unos pocos entre los menos.

En una calle tal, casi todo el mundo quiere olvidar lo que le aguarda tras la próxima bocacalle, tras el próximo amanecer, lo que quedó atrás hace mil noches. La Calle de los Lamentos era un carnaval frenético, furioso. Los músicos callejeros, con sus laúdes, sus cítaras y sus flautas, interpretaban una música enloquecida que competía con las risas que saturaban el ambiente, risas chillonas, borrachas, histéricas, forzadas. Malabaristas con bolas y aros, bastones y dagas brillantes ejercían su arte ante las rameras que hacían la calle, medio desnudas —solo se cubrían con unas pocas sedas, brazaletes de latón bruñido y sandalias de tacón alto— y exhibían su mercancía para cualquiera que tuviese una moneda. Sus más lascivos contoneos, las más lúbricas de las caricias que a sí mismas se daban, iban dirigidas, sin embargo, a los lujuriosos bien vestidos que procedían de la Ciudad Alta, que destacaban tanto entre el gentío como si hubieran llevado carteles que los identificaran, y habían ido hasta allí para presenciar lo que ellos

creían que era el abismo más profundo de las depravaciones de Puerta del Infierno. Y sobre todo ello flotaban las risas.

El Mesón del Buey Corneado respondía a lo que Conan había esperado de semejante calle. En uno de los extremos de la taberna, que apestaba a vino rancio, había una tarima en la que tres mujeres rollizas ataviadas con sedas amarillas sacudían caderas y pechos al ritmo de sibaríticas flautas. Los hombres que se apiñaban en torno a las mesas las ignoraban, ocupados en beber, o en jugar a las cartas o a los dados. Una zorra de cabello color de cobre, que llevaba como único atuendo una faja de seda azul que le daba un par de vueltas en torno al cuerpo, dejando al descubierto buena parte de sus rollizas carnes, sonreía persistentemente a un gordo corinthio de listada túnica, que a su vez le dio un azote como tratando de calcular su precio al tacto.

Otra prostituta, que tenía el cabello de un imposible color rojo, medía con la mirada la anchura de los hombros de Conan y se ajustaba el dorado sujetador que sostenía sus grandes y redondeados senos. Se acercó a él contoneándose, lamiéndose descaradamente los labios, y se detuvo frunciendo el ceño en desaprobación cuando el cimmerio negó con la cabeza. Conan no veía a Hordo entre la turba de borrachos; ya habría tiempo de buscar mujeres en cuanto se hubieran encontrado.

Había una joven en la taberna que destacaba entre todas las demás. Estaba sola, sentada junto a la pared, y no había ni tocado la copa llena de vino que tenía ante sí; parecía que fuera la única que miraba a las bailarinas. Su larga melena negra se le arremolinaba sobre los hombros, sus ojos castaños y sus labios carnosos la adornaban con tal belleza que frente a ella palidecía la de las mozas de partido. Sin embargo, no pertenecía a la hermandad de aquellas mujeres de la noche. Lo indicaba a las claras la sencilla túnica de algodón blanco que la cubría desde el cuello a los tobillos. Tan fuera de lugar como la mujer se hallaba aquella túnica, que no era llamativa ni descarada como la de una habitual de la Calle de los Lamentos, que carecía de los vistosos bordados y ricos tejidos habituales en las mujeres de la Ciudad Alta que venían a catar el vicio, y a sudar bajo un hombre que bien pudiera ser un asesino o incluso algo peor.

Las mujeres para más tarde, se recordó a sí mismo. Cambiando

de brazo la espada que llevaba envuelta en la capa, buscó con la mirada una mesa vacía.

De entre lo que más parecía un manojo de harapos que un hombre, salió una mano descarnada que le agarró por la túnica. Una voz endeble y áspera emergió de una boca desdentada.

—Eh, cimmerio, ¿adónde vas con esa extraña arma asesina?

Conan sintió que se le erizaba el cabello de la nuca. El viejo, demasiado demacrado como para arrugarse, se cubría con un sucio andrajo las cuencas de los ojos. Pero, aun cuando hubiera tenido ojos, ¿cómo habría podido saber qué era lo que la capa envolvía? ¿O que Conan procedía de Cimmeria?

—¿Qué es lo que sabes de mí, viejo? —le preguntó Conan—. ¿Y cómo lo sabes, tú que no puedes ver?

El viejo soltó una risotada estridente, y se tocó el vendaje que le cubría los ojos con un báculo que llevaba.

—Cuando los dioses me los quitaron, me otorgaron otras formas de visión. Como no veo con los ojos, no veo lo que los ojos ven, sino… otras cosas.

—He oído hablar de casos semejantes —murmuró Conan—. Y visto otros más extraños todavía. ¿Qué más me puedes decir de mí mismo?

—Oh, muchas cosas, muchas, joven señor. Conocerás el amor de muchas mujeres, tanto reinas como muchachas del campo, y muchas también del estado intermedio. Vivirás largo tiempo, y te apropiaras de una corona, y tu muerte solo será conocida a través de las leyendas.

—¡Sandeces! —gritó Hordo, cuya cabeza asomó por encima del hombro del cimmerio.

—Me preguntaba dónde estarías —dijo Conan—. Este hombre sabe que soy cimmerio.

—Se habrá fijado en tu acento bárbaro, y lo ha adivinado. Busquemos una mesa y pidamos sendas jarras de vino.

Conan negó con la cabeza.

—Lo adivinó sin que yo hubiera dicho ni palabra. Dime, viejo, ¿qué me espera, no en los años por venir, sino en estas próximas semanas?

El ciego había estado escuchando con expresión dolida, acercando la cabeza para no perder ni una de sus palabras. Y volvió

a sonreír con su boca desdentada.

—Si eso es lo que deseas… —dijo.

Alzó la mano, frotándose los dedos con el pulgar, y luego la abrió de pronto, presentando la palma.

—Soy un hombre pobre, como puedes ver, joven señor.

El corpulento cimmerio introdujo dos dedos en la bolsa de su cinturón. Poco llevaba en ella —más cobre que plata, y en todo caso muy pocas monedas de cualquiera de los dos metales—, pero sacó un cabeza-de-reina de plata y lo depositó en la correosa mano del viejo.

Hordo suspiró, exasperado.

—Conozco a un arúspice y tres astrólogos que te cobrarían la mitad, y te harían predicciones mejores que las que puedan hacerte en un lugar como este.

El viejo palpó con diligencia las dos caras de la moneda con las yemas de los dedos.

—Eres generoso —murmuró. La moneda desapareció entre sus harapos—. Dame una mano. La derecha.

—Un leedor de manos que no tiene ojos —dijo Hordo riendo, pero Conan le tendió la mano.

Con la misma rapidez con que habían examinado la moneda, los dedos del viejo recorrieron las líneas que el cimmerio tenía en la palma, distinguiéndolas de los callos y las viejas heridas. Volvió a hablar, y, aunque su voz era endeble todavía, las risillas se habían desvanecido. Hablaba con fuerza, e incluso con autoridad.

—Sé precavido con la mujer de zafiros y oro. Por amor al poder sellara tu condenación. Sé precavido con la mujer de esmeraldas y rubí. Por el amor que te tiene, te vería morir. Sé precavido con el hombre que quiere un trono. Sé precavido con el hombre que tiene el alma de arcilla. Sé precavido con la gratitud de los reyes.

A Conan le pareció que su voz era más intensa que antes, pero nadie alzó la mirada de su copa de vino cuando empezó a cantar un sonsonete:

—Salva un trono, salva un rey, mata un rey, o muere. Venga lo que venga, pase lo que pase, ten en cuenta cuándo huir.

—Este sería capaz de hacer que se agriara vino nuevo —murmuró Hordo.

—Y además, apenas si se entiende algo —añadió Conan—. ¿No

podrías explicarte de forma más clara?

El viejo soltó la mano de Conan, encogiéndose de hombros.

—Si pudiera explicar mis profecías de forma más clara —dijo secamente— viviría en un palacio, y no en una majada de Puerta del Infierno.

Haciendo ruido en el suelo con el bastón, anduvo cojeando hasta la puerta de entrada.

—Pero no olvides mis palabras, Conan de Cimmeria —le dijo desde la puerta, volviendo la cabeza—. Mis profecías siempre son veraces. —Y desapareció entre el torbellino febril que rugía afuera.

—Viejo necio… —masculló Hordo—. Si quieres buenos consejos, ve en busca de astrólogos autorizados. No de estos aprovechados charlatanes.

—En ningún momento le he dicho mi nombre —le respondió Conan suavemente.

Hordo parpadeó, y se limpió la boca con el dorso de su mano callosa.

—Necesito echar un trago, cimmerio.

La ramera de cabello escarlata se levantó de una mesa, y guio a un fornido bandolero ofireo hacia las escaleras que llevaban arriba, donde los cuartos eran alquilados por una vuelta de clepsidra. Conan se dejó caer sobre un taburete vacío, e hizo que Hordo se sentara en el otro. Al tiempo que el cimmerio dejaba sobre la mesa la espada que llevaba envuelta en su capa, el tuerto agarró por el brazo a una camarera de ojos de liebre, que apenas si llegaba a ocultar sus pálidos senos y las nalgas con un par de anchas tiras de muselina verde.

—Vino —ordenó Hordo—. La jarra más grande que tengas. Y dos copas.

Ella, hábilmente, logró que su mano la soltara y se fue a toda prisa.

—¿Ya les has hablado de mí a tus amigos? —le preguntó Conan.

Hordo suspiró pesadamente, y negó con la cabeza.

—Se lo he comentado, pero me han respondido que no. El trabajo es fácil aquí, Conan, y el oro circula en gran cantidad, pero me veo obligado a seguir las órdenes de un hombre llamado Eranius, un gordo bastardo y bizco que huele a estiércol. Ese asqueroso me ha sermoneado…, ¿me imaginas, a mí, aguantando

un sermón?…, acerca de la inoportunidad de confiar en extraños en estos tiempos peligrosos. Tiempos peligrosos. ¡Bah!

—Da igual —le respondió Conan.

Aun así, le habría gustado volver a trabajar con aquel oso barbudo. Tenía buenos recuerdos de sus tiempos de camaradería.

La camarera volvió con dos botas de cuero y una tosca jarra de arcilla más grande que la cabeza de un hombre, y las dejó sobre la mesa. Llenó las botas y tendió la mano.

Hordo hurgó en su bolsa y sacó dos monedas de cobre para pagarle, al tiempo que le daba un pellizco guasón.

—Lárgate, muchacha —dijo entre risas—, antes que se nos ocurra comprarte más de lo que estás dispuesta a vender.

Ella se fue, frotándose su rolliza nalga, y sin embargo le indicó a Conan con una mirada lasciva que no le importaría venderle más, si él estaba dispuesto a comprar.

—Yo le he dicho que no eres ningún extraño —siguió contándole Hordo—, le he hablado mucho de ti, de cuando contrabandeábamos juntos en Sultanapur. Ni siquiera me ha escuchado. Me ha dicho que le parecías un sujeto peligroso. Que me aparte de ti. ¿Puedes imaginar que se cree que yo aceptaré de él una orden de ese tipo?

—No, no puedo imaginarlo —respondió Conan.

De pronto, el cimmerio sintió un ligero roce cerca de su bolsa. Con un rápido gesto de su mano, agarró una delgada muñeca y atrajo hacia sí a su propietaria.

Los bucles dorados adornaban su rostro de aniñada inocencia, sus ojos azules desprovistos de malicia, pero sus exuberantes senos, oprimidos por un reducido sostén de seda roja, no engañaban acerca de su profesión, como tampoco lo hacía el cinto de monedas de cobre que le ceñía holgadamente las caderas, del que colgaban gasas de transparente seda roja, que apenas si ocultaban las curvas de la entrepierna y las redondeadas nalgas. El puño que Conan retenía se negaba a abrirse.

—He aquí una mujer de zafiros y de oro —dijo Hordo riendo—. ¿Cuánto vales, muchacha?

—La próxima vez —le dijo Conan a la joven— no intentes robar a un hombre que está lo bastante sobrio como para percatarse de tu torpe intentona.

La muchacha esbozó una sonrisa seductora, como quien se pone una máscara.

—Te equivocas. Yo solo quería tocarte. No me venderé muy cara a un hombre guapo como tú, y el herbolario dice que ya estoy completamente curada.

—¡El herbolario! —farfulló Hordo con la boca llena de vino—. ¡Quítale la mano de encima, Conan! Por esta ciudad corren veintinueve especies distintas de sífilis, y si esta ya ha pasado por una es probable que tenga las otras veintiocho.

—Y por eso me lo dice —rumió Conan.

Le apretó un poco más la muñeca. A ella, el sudor le perlaba la frente; de sus bonitos labios escapó un gritito, y tuvo que dejar caer dos monedas de plata en la mano que Conan tenía libre. Con un gesto, Conan la atrajo todavía más hacia sí, retorciéndole el brazo tras la espalda, aplastándole los senos contra su enorme pecho, mientras ella clavaba en sus ojos su mirada asustada y azul.

—Dime la verdad, muchacha —le ordenó—. ¿Eres una ladrona, una puta, o ambas cosas a la vez? Dime la verdad, y te soltaré. Si tratas de mentir, te llevaré arriba y me cobraré lo que vale mi dinero.

Ella se lamió lentamente los labios.

—¿De verdad que me soltarás? —le dijo, hablando quedo. Conan asintió, y ella, estremeciéndose, le acarició el pecho con los senos—. No soy una moza de partido —dijo por fin.

Hordo soltó un bufido de enojo.

—Será una ladrona, pues. De todos modos, apuesto a que tiene la sífilis.

—Este juego al que juegas es peligroso, muchacha —dijo Conan.

Ella meneó la cabeza con gesto retador.

—¿Quién se fija en una única ramera donde hay tantas? Solo le quito unas pocas monedas a cada uno, y ellos creen que se las han gastado bebiendo. Y en cuanto menciono al herbolario, ninguno de ellos quiere la mercancía que ofrezco. —De pronto, acercó sus labios a los de Conan hasta que pudo sentir su aliento—. No soy una puta —murmuró—, pero gozaría mucho pasando una noche en tus brazos.

—No eres una puta —dijo Conan, riendo—, pero sí una ladrona. Conozco a los ladrones. Despertaría sin bolsa, sin capa, sin espada,

y quizá incluso sin botas.

Los ojos de la joven echaban destellos, la ira reemplazó por unos instantes a la inocencia, y se debatió indefensa sin lograr que la mano de hierro del cimmerio le soltara el brazo.

—Esta noche no te acompaña la suerte, muchacha. Lo presiento.

La soltó bruscamente. Por un momento ella no se movió, con expresión incrédula; luego, una palmada que le propinó Conan en las nalgas la puso de puntillas y le arrancó un chillido, que provocó risas en las mesas cercanas.

—Lárgate, muchacha —le dijo Conan—. Se te ha acabado la suerte.

—Iré a donde yo quiera —replicó ella enojada, y se fue con rapidez a otra parte de la taberna.

Sin prestarle atención, Conan volvió a su vino, del que bebió hasta apurarlo. Mirando por encima de la bota de cuero, sus ojos se encontraron con los de aquella muchacha que parecía estar fuera de lugar. Ella le observaba con clara aprobación, aunque, no menos claramente, sin invitarle a aproximarse. Y estaba escribiendo algo en un trozo de pergamino. Conan habría apostado a que no había en aquella calle ni un puñado de mujeres capaces de leer y escribir su propio nombre. Ni tampoco muchos hombres.

—Quítatela de la cabeza —le dijo Hordo, al ver adonde se dirigía su mirada—. Sea quien sea, con ese vestido no puede ser una hija de las calles.

—No me importa quién sea —le replicó Conan, no del todo sincero. Era hermosa, y el cimmerio tenía que admitir su debilidad por las mujeres hermosas—. En estos momentos lo que me importa es encontrar empleo antes de que no tenga dinero para pagarme más mujeres. He pasado el día vagabundeando por la ciudad. He visto a muchos hombres con guardias personales. No sacaré de ello tanto dinero como del contrabando, pero ya he trabajado como guardia y tendré que volverlo a hacer.

Hordo asintió.

—Es muy fácil encontrar trabajo de ese tipo. Los hombres que hace un año tenían un solo guardia personal, ahora se hacen rodear por cinco. Algunos de los mercaderes más opulentos, como Fabius Palian y Enaro Ostorian, tienen Compañías Libres completas a su servicio. Esa sí que es una manera de ganar mucho dinero: alquilar

a otros tu propia Compañía Libre.

—Eso si tienes oro para ponerla en pie —dijo Conan—. Yo no podría comprar la armadura de un solo hombre, imagínate la de toda una compañía.

El tuerto remojó el dedo en un charquito de vino que se había formado en la mesa.

—Desde que empezaron los alborotos, la mitad de las mercancías que pasamos son armas. Solo los aranceles que se cobran por una buena espada son más altos que su antiguo precio. —Su mirada se cruzó con la de Conan—. Si mal no calculo, podríamos robar las suficientes para equipar una compañía sin que nadie se diera cuenta.

—¿Quieres decir tú y yo, Hordo?

—¡Por las piedras de Hanumán! Si empiezan a decirme quiénes pueden ser mis amigos, poco me interesa ya el contrabando.

—Pero queda el problema de conseguir plata para las primas de alistamiento. Para, digamos, cincuenta hombres…

—Oro, más bien —dijo Hordo interrumpiéndole—. La tarifa vigente es de un marco de oro por hombre. Conan silbó entre dientes.

—Ni siquiera es fácil ver todo ese oro junto. A menos que…

Hordo negó tristemente con la cabeza.

—Tú ya me conoces, cimmerio. Me gustan demasiado las mujeres, el vino y los dados como para que el oro no se me vaya entre las manos.

—¡Ladrona! —gritó alguien—. ¡Hemos cogido a una ladrona!

Conan miró alrededor y vio a la rubia de cara inocente debatiéndose entre un corpulento barbudo, que iba vestido con una mugrienta túnica azul, y un individuo alto con mirada de comadreja.

—¡La he pillado con la mano en mi bolsa! —gritaba el barbudo.

Por toda la taberna se oyeron risas y comentarios obscenos.

—Yo ya le había dicho que se había acabado su suerte —murmuró Conan.

La rubia chilló cuando el barbudo le arrancó el sostén de seda de los pechos y la arrojó al otro hombre más escuálido, que se había encaramado a una mesa. Pese a los forcejeos de la muchacha, este le arrancó el resto de su escaso atuendo y la mostró desnuda ante

toda la taberna.

El barbudo agitó con la mano en alto un cubilete.

—¿Quién quiere echar los dados por ella? Los hombres se agolparon a su alrededor.

—Vámonos —dijo Conan—. No quiero ver esto.

Cogió la espada, envuelta en la capa, y fue hacia la salida.

Hordo miró con pesar la jarra de vino de la que apenas había empezado a beber, y le siguió.

Desde la puerta, Conan echó otra ojeada a la joven ataviada con el sencillo vestido de algodón. Esta volvía a mirarle, pero ahora con desaprobación. Él se preguntó cuál sería el motivo. Aunque poco le importaba. Antes que de las mujeres, tenía otras cosas más importantes de que preocuparse. Seguido por Hordo, salió a la calle.

3

Había oscurecido ya en la Calle de los Lamentos, y la agitación de los transeúntes iba a más, como si moviéndose sin cesar hubieran podido protegerse del frío de la noche. Las putas no se pavoneaban ya sensualmente, sino que corrían de un posible cliente a otro. Los acróbatas se contorsionaban y daban volteretas, desafiando la gravedad y la fragilidad de sus huesos, como si hubieran actuado para el propio rey Garian, y recibían risas hueras y borrachas como única recompensa; pero seguían dando volteretas.

Conan se detuvo para mirar a un malabarista que hacía su número con seis tizones ardientes. Un pequeño grupo de gente que se renovaba sin cesar estaba mirándole también. Tres llegaban y dos se iban en el mismo momento en que el cimmerio se detuvo allí. Aquella noche, podían verse en la calle espectáculos mejores que un malabarista. Conan sacó una moneda de cobre de su bolsa y la echó en la gorra que aquel hombre de manos rápidas había dejado en el suelo. Solo otras dos monedas la habían precedido. Con gran sorpresa de Conan, el malabarista se volvió de pronto hacia él, inclinándose al tiempo que seguía haciendo malabarismos, como agradecido con un cliente generoso. Al incorporarse, empezó a hacer cabriolas, dando con las piernas en el aire, trazando círculos con sus bastones ardientes, en el centro de los cuales siempre parecían hallarse sus pies.

Hordo tiró a Conan del brazo, obligando al musculoso joven a seguir calle abajo.

—Por una moneda de cobre —murmuró asqueado el tuerto—. Hubo tiempos en que te habría pedido una moneda de plata por darte ese espectáculo. O quizá más.

—Esta ciudad se ha vuelto loca —dijo Conan—. Nunca había visto tantos mendigos aquende el mar de Vilayet. Los pobres son

más pobres, y más numerosos, que en tres de las otras ciudades juntas. Los comerciantes fijan precios que harían atragantarse a un mercader agremiado de Sultanapur, y pasean rostros en los que llevaban escrita la bancarrota. Una jarra de vino cuesta más de media cabeza-de-reina de plata, pero un malabarista hace su mejor número por una moneda de cobre. Todavía no he visto una sola alma que parezca preocuparse por si llegará el mañana. ¿Qué ocurre aquí?

—¿Y quién soy yo para saberlo, cimmerio? ¿Un erudito? ¿Un sacerdote? Se dice que el trono está maldito, que Garian ha sido maldito por los dioses.

Conan, involuntariamente, hizo con la mano el signo que aleja el mal. No se debe bromear con las maldiciones. Algunos que lo vieron se alejaron de aquel joven corpulento. Ya arrastraban suficientes males en la vida como para acercarse al que perturbaba a este.

—Esa maldición —dijo el cimmerio, al cabo de un rato— ¿es real? Quiero decir si los sacerdotes y los astrólogos han hablado de ella, si la han confirmado.

—Nada he oído al respecto —admitió Hordo—. Pero se cuenta en cada esquina. Todo el mundo lo sabe.

—Piedras de Hanumán —dijo Conan rezongando—. Tú sabes tan bien como yo que lo que todo el mundo sabe suele ser mentira. ¿Existe alguna prueba de la presencia de esa maldición?

—Sí existe, cimmerio —dijo Hordo, apuntando a Conan con el dedo para subrayar sus palabras—. En el mismo día en que Garian ascendió al Trono del Dragón, en el mismo día exactamente, un monstruo apareció en las calles de Belverus. Mató a más de veinte. Parecía un hombre, si es que puedes imaginar un hombre hecho de arcilla y luego medio derretido. El caso es que muchos que lo vieron dijeron que era la viva imagen de Garian.

—Un hombre de arcilla —murmuró Conan, recordando la profecía del ciego.

—No des importancia a ese viejo y necio ciego —le aconsejó Hordo—. Además, el monstruo murió. Pero no fueron los guardias de la ciudad, siempre amantes de sus casernas, quienes lo hicieron. Una vieja, asustada hasta casi enloquecer, le arrojó una lámpara de aceite. El aceite hirviendo lo cubrió. Solo quedó un montón de cenizas. La Guardia de la Ciudad iba a llevarse a la vieja para

«interrogarla», según dijeron, pero los vecinos de esta les obligaron a huir. Les arrojaron orinales.

—Ven —le dijo Conan, entrando en una calleja. Hordo vaciló.

—¿Comprendes que nos estamos metiendo en Puerta del Infierno?

—Nos siguen. Nos han seguido desde que salimos del Buey Corneado —dijo Conan—. Quiero saber quién es. Ven por aquí.

La calle era cada vez más angosta y tortuosa, y la luz y las risas de la Calle de los Lamentos no tardaron en quedar atrás. El olor a asaduras y a orina se volvía cada vez más fuerte. El suelo no estaba empedrado. No oían otro sonido que el del roce de sus botas en la grava y de su propio aliento. Avanzaban en la oscuridad, interrumpida tan solo por la luz de alguna ventana lo bastante elevada como para que su dueño se sintiera a salvo.

—Habla —dijo Conan—. Cuéntame cualquier cosa. ¿Qué clase de rey es Garian?

—Ahora dice que hable —mascullló Hordo—. Bel nos proteja de… —Suspiró pesadamente—. Es un rey. ¿Qué más te puedo decir? No me gusta ningún rey. Ni te gustaban más a ti la última vez que nos vimos.

—Y siguen sin gustarme. Pero habla. Estamos borrachos, y demasiado aturdidos como para andar con sigilo, aunque nos hallemos en Puerta del Infierno, en plena noche.

Llevó la mano al sable. Un destello de luz, procedente de una ventana, se reflejó en su rostro; sus ojos parecieron centellear en la oscuridad como los de un animal del bosque. Un animal cazador.

Hordo pisó algo que hizo un ruido como de fruta madura aplastada bajo sus botas.

—¡Por los huesos y las entrañas de Vara! Vamos a ver. Hablábamos de Garian. Bueno, al menos se libró de los brujos. Me gustan más los reyes que los brujos.

—¿Cómo lo hizo? —le preguntó Conan, aunque estaba más atento a los sonidos que pudieran llegarle de detrás que a la respuesta. ¿Aquello que oía era un pie que pisaba grava?

—Oh, tres días después de subir al trono hizo ejecutar a todos los brujos que había en la corte. Gethenius, su padre, los había tenido por docenas en palacio. Garian no le dijo a nadie lo que iba a hacer. Algunos hechiceros se fueron, dando una u otra excusa, pero

los demás… Garian dio órdenes a los Leopardos de Oro tres clepsidras después de la medianoche. Al alba, todos los brujos que quedaban en palacio habían sido arrastrados fuera de la cama y decapitados. Garian dijo que los que habían huido eran verdaderos brujos, y que podrían conservar sus bienes. Los que, al contrario, ni siquiera habían podido descubrir que preparaba su muerte, eran charlatanes y parásitos. Hizo distribuir sus bienes a los pobres, incluso a los de Puerta del Infierno. La última cosa buena que hizo.

—Qué interesante —dijo Conan, ausente.

En la oscuridad, sus agudos ojos distinguían bien entre las sombras. Vio que más adelante había un callejón transversal. ¿Y más atrás? Sí. Oía los murmullos de alguien que había tropezado con lo mismo que acababa de ensuciar las botas de Hordo.

—Sigue contándome —le dijo.

Se oyó el roce del metal contra el cuero, pues el cimmerio acababa de desenvainar la espada.

El tuerto enarcó las cejas al ver lo que hacía Conan, y seguidamente desenvainó su arma también. Ambos avanzaron con la espada meciéndose en la mano.

—Volvamos a lo de la maldición —le dijo Hordo con aire de indiferencia—. Gethenius enfermó una semana después de la siembra, y, desde el mismo día en que empezó a guardar cama, dejó de llover. Llovía en Ofir. Llovía en Aquilonia. Pero no en Nemedia. Cuanto más empeoraba Gethenius, cuanto más se acercaba para Garian el momento de sentarse en el trono, más empeoraba la sequía. El día en que ascendió al trono, los campos estaban áridos como huesos resecos. Y nada más que huesos resecos produjeron hasta que llegó el tiempo de la siega. Dime que eso no prueba la presencia de una maldición.

Llegaron al callejón transversal. Conan se escondió en sus sombras, indicándole a Hordo con un gesto que siguiera adelante. El fornido hombre tuerto siguió por la calleja principal, y su voz se fue perdiendo en la lejanía.

—Como no hubo cosecha, Garian compró grano a Aquilonia, y subió los aranceles para poder pagarlo. Los necios bandoleros de la frontera empezaron a pegar fuego a los carromatos cargados de grano, y tuvo que subir todavía más los aranceles para poder contratar más guardias para los carromatos, y comprar más grano,

que los necios de la frontera siguen quemando. Los aranceles altos son buenos para el contrabando, pero de verdad que…

Conan aguardaba, escuchando. Pensó en desenvolver la espada del loco, pero todavía sentía su corrupción, aun a través de la capa. La dejó tras de sí, apoyada contra la pared. Los pasos que les seguían se acercaron, se aceleraron, luego vacilaron. Pero ahora estaba seguro de que se trataba de una única persona.

Una figura delgada, envuelta en una capa, entró en el callejón, y se detuvo un momento en la oscuridad, atenta a las pisadas ya casi inaudibles de Hordo que se alejaban. Conan dio un rápido paso adelante, y con la mano izquierda agarró por el hombro a aquel individuo. Lo arrojó contra la pared. Entonces, pudo respirar de nuevo ruidosamente. Poniéndole el arma en el cuello, arrastró al sujeto hasta un lugar donde había luz. Quedó boquiabierto al verle la cara. Era la muchacha que parecía estar tan fuera de lugar en el Buey Corneado.

Había miedo en sus grandes ojos castaños, pero habló con voz serena.

—¿Piensas matarme? Supongo que eres capaz de matar a una mujer, puesto que las abandonas con tanta ligereza.

—¿De qué estás hablando? —dijo él ásperamente—. ¿Trabajas con salteadores, muchacha? —Le hubiera costado creerlo, pero cosas más extrañas había visto ya.

—Claro que no —replicó ella—. Soy poetisa. Me llamo Ariane. Si no me vas a rebanar el pescuezo, ¿podrías apartar esa espada? ¿Te imaginas lo que estaban haciendo cuando yo me fui? ¿Tienes la más mínima idea?

—¡Crom! —murmuró Conan, confuso ante aquel torrente de furia. Sin embargo, apartó la espada de ella.

La muchacha se estremeció aparatosamente, y clavó en él la mirada.

—Estaban echando los dados para saber quién gozaría del primer… turno con ella. Todos los hombres iban a tener el suyo. Y, entretanto, la paseaban entre todos, zurrándola en las nalgas hasta que parecieron ciruelas maduras.

—¡La ladrona rubia! —exclamó él—. Estás hablando de la ladrona rubia. ¿Quieres decir que me has seguido a Puerta del Infierno solo para decírmelo?

—No sabía que fueras a Puerta del Infierno —le dijo ella, airada —. Yo obro según mis impulsos. Pero ¿qué te importa a ti adonde vaya yo? No soy una esclava. Por cierto que no soy tuya. ¡Esa pobre muchacha! ¡Después que la soltaras, pensé que mostrarías cierta comprensión por ella, pensé que podías ser distinto de los demás pese a tu aspecto violento, pero…!

—¿Sabías que aquella moza era una ladrona? —dijo él, cortándola.

La muchacha se puso a la defensiva.

—También tiene que vivir. No creo que sepas por qué la gente empieza a robar, que hay gente pobre y hambrienta. A ti no te pasa eso, porque tienes tu espada, tus músculos, y…

—¡Cállate! —gritó él.

E inmediatamente bajó la voz, echando una rápida mirada en ambas direcciones del callejón. A nadie le conviene llamar la atención en un lugar como Puerta del Infierno. Cuando se volvió hacia la muchacha, esta le estaba mirando fijamente, boquiabierta.

—Conozco bien la pobreza —dijo Conan suavemente—, el hambre, y la vida del ladrón. Ya conocía todo eso antes de tener edad para rasurarme las barbas.

—Lo siento —se disculpó ella lentamente, y Conan tuvo la irritante sensación de que no solo lo decía por lo que acababa de gritarle, sino también por el hambre que él había pasado en su juventud.

—Y en cuanto a la muchacha…, desperdició la oportunidad que yo le di. Le dije que se le había acabado la suerte, y en efecto, si yo la pillaba es que se le había terminado; y ya viste lo que hizo después.

—Quizá debí hablarle en el mismo momento de verla —dijo Ariane con un suspiro.

Conan meneaba sorprendido la cabeza.

—¿Qué clase de mujer eres? Dices que una poetisa. Vas a una taberna de la Calle de los Lamentos para preocuparte por los ladrones. Vistes como la hija virgen de un tendero, y hablas con acentos de noble. Me sigues hasta Puerta del Infierno para reprenderme. —Rio desde lo más profundo de su pecho—. Cuando Hordo vuelva, te escoltaremos hasta la Calle de los Lamentos, y que Mitra proteja de ti a los rateros y mozas de partido.

Una luz amenazadora se encendió en los ojos de la muchacha.

—En efecto, soy poetisa, y buena además. ¿Y qué hay de malo en mi manera de vestir? Supongo que preferirías que me cubriera tan solo con algunas fajas de seda sinuosas y estrechas, como…

Conan le tapó la boca con una mano, para que no respirara mientras él escuchaba. Los ojos de la muchacha eran grandes, y claros. Volvió a oírse el mismo rumor. El roce del acero que sale de la vaina.

Empujando a la muchacha adentro del estrecho y oscuro callejón, Conan se volvió para hacer frente al primero que arremetía contra él. El cimmerio le rebanó el gaznate con el mismo gesto de desenvainar.

El primero de los tres que le seguían tropezó con el cuerpo caído, y chilló al sentir la espada de Conan en la articulación de cuello y hombro. De detrás de aquellos hombres llegó un chillido que terminó en gorgoteo, y un grito de «¡Por el Halcón Rojo!» le hizo saber al cimmerio que Hordo se unía a la refriega. El hombre que se enfrentaba a Conan se puso en guardia, tratando de ver, nerviosamente, el combate que tenía lugar a sus espaldas sin perder de vista al corpulento joven.

De pronto Conan gritó, y se irguió como yendo a asestar un mandoble desde arriba. Su oponente levantó la espada con la intención de pararlo. Conan arremetió entonces y se encontraron cara a cara; el arma del cimmerio sobresalía un palmo de la espalda del otro. Contempló los ojos del moribundo, y aun en la oscuridad veía en ellos la desesperación que acompaña a la certeza de la proximidad de la muerte. Solo la muerte. Extrajo la espada del cadáver y la limpió con la capa de este.

—¿Estás herido, Conan? —le preguntó Hordo, pasando como pudo entre los cuerpos que yacían desparramados por el angosto callejón.

—Solo me limpiaba la… —Un hedor repugnante llenó las narices del cimmerio—. ¡Crom! ¿Qué es esto?

—He resbalado con algo —replicó Hordo con amargura—. Por eso he tardado tanto en volver. ¿Quién es esa mujerzuela?

—No soy una mujerzuela —dijo esta.

—Se llama Ariane —le explicó Conan. Enarcó las cejas al ver que la muchacha escondía una daga pequeña, de buena calidad

según se veía, entre sus ropas—. No la has empleado contra mí, muchacha.

—La tenía —replicó ella—. Tal vez pensé que no me haría falta contigo. ¿Estos son amigos tuyos?

—Bandidos —contestó él, con un bufido de enojo. Hordo se incorporó, después de examinar uno de los cadáveres.

—Quizá deberías echarles una mirada, Conan. Van muy bien vestidos para ser de Puerta del Infierno.

—Pues será que pertenecían a la alta sociedad de Puerta del Infierno. —El cimmerio arrugó la nariz—. Hordo, en cuanto hayamos llevado a Ariane hasta la Calle de los Lamentos, tendrás que buscar unos baños públicos. Vaya, al menos si pretendes seguir de jarana conmigo.

Hordo masculló algo entre dientes.

—Si no es necesario que se trate exactamente de unos baños públicos… —empezó a decir Ariane, y luego se detuvo, mordiéndose indecisa el labio inferior. Al fin, asintió con la cabeza —. Todo irá bien —dijo, medio para sí misma—. Hay una posada que se llama Mesón de Thestis, una vez termina la Calle de los Lamentos. Tiene baños. Podéis ir allí como invitados míos, por esta noche al menos.

—¡Thestis! —exclamó Hordo—, ¿quién ha oído nunca hablar de una posada que se llama como la diosa que protege la música y artes semejantes?

—Yo —replicó Ariane con cierta aspereza—. Si yo os invito, el lecho, la comida y el vino serán gratuitos, aunque se espera que aportéis algo a cambio si os es posible. Ya comprenderéis cuando lo veáis. ¿Y bien? ¿Vais a venir, o prefieres seguir apestando hasta que reúnas las dos monedas de plata que cuestan los baños públicos?

—¿Por qué nos ofreces esto? —preguntó Conan—. No parecías tan amistosa hace un minuto o dos.

—Me interesáis —se limitó a contestar Ariane.

Hordo rio con disimulo, y Conan tuvo que desear que el tuerto hubiera olido un poco mejor para poder ir a darle un pisotón. El cimmerio volvió a recoger rápidamente la antigua espada que llevaba envuelta en la capa.

—Vámonos de aquí —dijo—, antes que atraigamos a más alimañas.

Desanduvieron rápidamente el camino andado y salieron de Puerta del Infierno.

4

Albanus, enfadado, se ajustó el cinto de su túnica bordada en oro y se dirigió a la alfombrada antecámara de sus aposentos. Las lámparas de oro iluminaban con luz tenue, en la que unos bajorrelieves contaban la vida de Brágoras, el antiguo y semilegendario rey de Nemedia del que Albanus decía descender, tanto por su padre como por su madre, sin contaminación de ninguna otra sangre.

El noble de aquilina faz había dado órdenes de que le despertaran en cuanto hubiesen llegado los dos hombres que esperaba. Ni Vegentius ni Demetrio parecían haber dormido en absoluto. La sobrevesta del militar, adornada con la figura del Leopardo de Oro, estaba arrugada y húmeda de sudor, mientras que al joven se le veía ojeroso.

—¿Qué habéis descubierto? —les preguntó Albanus sin más preámbulos.

Demetrio se encogió de hombros, y aspiró de su inseparable jarrita llena de hierbas aromáticas.

Vegentius sintió ira y cansancio ante aquel tono perentorio, y respondió con aspereza.

—Nada. La espada había desaparecido. Olvidémosla. No la necesitamos, y tú mismo condenaste a Melius cuando se la diste. Mitra sabe, de todos modos, que poco hemos perdido con su muerte.

—¿Cómo iba yo a saber que esa arma maldita se adueñaría de su mente? —gritó Albanus. Frotándose las manos para que no vieran como le temblaban, logró dominarse—. La espada —dijo, más calmado ya— debe ser recuperada. Si se produce otro incidente como el de hoy, si otro hombre muere con esa espada en la mano, Garian sabrá que la hechicería vuelve a obrar en Nemedía. Aunque

le repugne la magia, sería capaz de llamar a un brujo a la corte para que le protegiera. ¿Creéis que permitiré que mis planes sean desbaratados con tanta facilidad?

—Nuestros planes —le recordó cortésmente Demetrio, sin apartar la jarrita de delante de su rostro.

Albanus se permitió una ligera sonrisa; torció los labios, nada más.

—Nuestros planes —se avino a repetir. Entonces, se borró aun ese matiz de gentileza—. Los guardias fueron interrogados, ¿verdad, Vegentius? Al fin y al cabo, habían matado a Lord Melius.

Vegentius asintió.

—Todos excepto el sargento, que desapareció de las casernas cuando mis Leopardos de Oro iban a arrestarlos. Créeme, fue la culpabilidad la que le empujó a huir. Sabe algo.

—Sin duda sabía con qué métodos había de ser interrogado —murmuró Demetrio.

—A menos que se llevara la espada —dijo Albanus—. ¿Qué dijeron los que han sufrido interrogatorio?

—Muy poco —dijo Vegentius con un suspiro—. En su mayoría suplicaron clemencia. Todo lo que sabían es que se les había ordenado que detuvieran a un loco que estaba matando a muchos en el Distrito Mercantil. Le encontraron luchando con un bárbaro del norte y lo mataron. Cuando se dieron cuenta de que habían matado a un noble, el terror hizo que olvidaran la espada. Ni siquiera arrestaron al bárbaro.

—¿Seguía con vida? —dijo Albanus, sorprendido—. Debía de ser un formidable espadachín.

Vegentius rio con menosprecio.

—Melius apenas si era capaz de distinguir la punta de una espada de su empuñadura.

—El arma proporciona destreza —dijo Albanus—. Seis maestros de la esgrima fueron asesinados en su creación, y su sangre la empapó, sus huesos alimentaron el fuego de la forja, y así se infundió la esencia de su arte en el metal.

—Herir y acuchillar, eso es lo único que sabe hacer Vegentius. —La voz de Demetrio rezumaba desprecio—. Pero, el arte de la espada…

Desenvainó su arma. Doblando las rodillas, danzó sobre la

alfombra de vivos colores, al tiempo que trazaba intrincadas figuras en el aire con su espada.

—Esa extravagancia puede ser útil en los duelos a primera sangre que celebran los aristócratas —dijo Vegentius con un visaje de desprecio—, pero de nada serviría en la batalla, cuando de la espada depende tu vida.

—¡Basta! —gritó Albanus—. ¡Callaos los dos!

Suspiró cansadamente. Algún día les permitiría luchar para divertirse a su costa, y luego haría empalar al vencedor. Pero no era aquel el momento oportuno. Había trabajado durante treinta años para esto. Demasiado tiempo, demasiado esfuerzo, demasiada abyección sufrida como para permitir que lo arruinaran ahora.

—Ese bárbaro podría haberse llevado la espada. ¡Encontradlo! ¡Hallad el arma!

—Yo ya he empezado a buscarla —dijo, pagado de sí mismo, el militar cuadrado de cara—. He mandado aviso a Taras. Sus ratas callejeras se pasan la noche buscándolo.

—Bien. —Albanus se frotaba las manos, y el sonido de su roce recordaba más bien al de dos pergaminos—. ¿Y tú, Demetrio? ¿Qué has estado haciendo para encontrar la espada?

—He hecho como unas diez mil preguntas —replicó el esbelto noble en tono de hastío—. Desde la Calle de los Lamentos a la Casa de las Mil Orquídeas. No he averiguado nada. Si Vegentius me hubiera explicado lo de ese bárbaro, mi investigación habría sido mucho más fácil.

Vegentius se examinaba las uñas con sonrisa complacida.

—¿Y quién iba a saber que estabas en la Casa de las Mil Orquídeas? Solo ofrecen mujeres a sus clientes.

Demetrio volvió a meter su espada en la vaina con la misma violencia con que la hubiera clavado en el corazón del militar. Antes de que pudiera abrir la boca, sin embargo, Albanus siguió hablando.

—No tenemos tiempo que gastar en mezquinas disputas. Encontrad la espada. Robadla, compradla, me da igual, con tal de que me la traigáis. Y sin llamar la atención.

—¿Y si su actual dueño ha descubierto ya sus propiedades? —preguntó Demetrio.

—En ese caso, matadlo —dijo tranquilamente Albanus—. Sea

hombre, o mujer.

Dicho esto, se volvió para marcharse.

—Otra cosa —dijo Vegentius antes de que pudiera irse—. Taras desea hablar contigo.

Albanus se volvió de nuevo, y sus ojos echaban chispas negras.

—¿Esa escoria osa pedir audiencia? Tendría que estar lamiendo el empedrado en agradecimiento por el oro que ha recibido.

—Tiene miedo —dijo Vegentius—. Él, y algunos de los otros que tienen alguna idea de lo que realmente buscan. Yo puedo intimidarlos, pero ni siquiera el oro mantendrá la disciplina si no te ven cara a cara y oyen de tus labios que todo irá como se les ha explicado.

—¡Mitra los maldiga! —Los ojos de Albanus se volvieron hacia los bajorrelieves de la pared. ¿También se habría visto Brágoras obligado a tratar con tal gentuza?—. Muy bien. Prepara tú el encuentro en algún lugar discreto.

—Así se hará —contestó el militar.

Albanus, de pronto, sonrió; la primera sonrisa genuina que los otros dos veían en su rostro.

—Cuando ascienda al trono, este Taras y sus asesinos serán desollados vivos en la Plaza de los Reyes. Un buen rey ha de mostrarse activo en proteger a su pueblo contra gentes de tal calaña. —Soltó una risotada—. Ahora, marchaos. La próxima vez que nos veamos, procurad poder informarme de vuestro éxito.

Se fue sin más ceremonias, igual que había venido, pues empezaba a sentirse ya por encima de las cortesías que los hombres ordinarios se ofrecen. Aquellos eran necios en todo caso, incapaces de ver que para él no eran muy distintos de Taras. Ni que, al final, los trataría con la misma dureza. Pues, si traicionaban a un rey, también serían capaces de traicionar al siguiente.

Ya en el interior de su mal iluminado dormitorio, se acercó con impaciencia a un recuadro de cristal transparente que tenía colgado en la pared. El fino cristal estaba desprovisto de todo adorno, si exceptuamos algunas marcas efectuadas en su borde, marcas de las que nada sobresalía. A la luz de un pequeño y sencillo trípode de oro, las marcas eran casi invisibles, pero, guiados por luenga

práctica, los dedos de Albanus tocaron las apropiadas en el orden apropiado, salmodiando en una lengua que llevaba muerta tres milenios.

Cuando retiró el dedo de la última, el cristal se oscureció hasta volverse de color azul plateado. Lentamente, algunas figuras tomaron forma en su interior. En el cristal podía verse hombres que andaban y gesticulaban, pero no se oía ningún sonido. Albanus espiaba a Garian, quien se creía a salvo en el Palacio Real, que estaba reunido con Sulpicios de la larga barba y con el calvo Malaric, sus dos consejeros más fieles.

El rey era un hombre alto, musculoso, pues había pasado la juventud en el ejército, aunque ahora empezaba a echar barriga tras medio año de inactividad en el trono. Su prominente mandíbula, sus ojos oscuros, habían perdido algo de su antigua franqueza. El trono también había sido el responsable de ese cambio.

Las manos de Albanus toquetearon de nuevo los bordes del cristal, y el rostro de Garian creció hasta ocupar todo el recuadro.

—¿Por qué haces eso tan a menudo?

La muchacha rubia que así había hablado le miraba con ojos gatunos del color del zafiro, tumbada en los cojines de satén del lecho. Se desperezaba lánguidamente, y la piel le brillaba cual melifluo marfil en la penumbra, y sus piernas de bailarina parecían todavía más largas cuando estiraba los pies. Sus pechos grandes, aperados, se erguían cuando arqueaba su espalda esbelta. Albanus sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Por qué no dices nada? —le preguntó, y en su voz todo era pura inocencia. «Perra», pensó él.

—Porque así parece que él esté aquí, Sularia, viendo como su favorita se retuerce y gime debajo de mi cuerpo.

—¿Eso es todo lo que ves en mí? —Ahora le hablaba con tono seductor, cálido como una lamparilla de aceite—. ¿Un medio para castigar a Garian?

—Sí —respondió él con crueldad—. Y si tuviera esposa, o una hija, os turnaríais en mi cama.

La muchacha se volvió hacia el rostro que mostraba el cristal.

—El no tiene tiempo para una favorita, y todavía menos para una esposa. Claro que tú eres el responsable de la mayor parte de las desgracias que le agobian. ¿Qué pensarían tus camaradas, si

supieran que has corrido el riesgo de meter en tu lecho a la favorita del rey?

—¿Es que corrí algún riesgo? —Su rostro se endureció amenazadoramente—. ¿Tú representas un riesgo?

La joven se arrastró sobre los cojines hasta tenerlo de cara; contoneaba las caderas, para que en sus redondeces destacara la finura del talle.

—Yo no represento ningún riesgo —dijo ella dulcemente—. Mi único deseo es servirte.

—¿Por qué? —insistió él—. Al principio solo te quería para la cama, pero luego, por tu cuenta, empezaste a espiar en palacio, venías y te postrabas a mis pies y me decías en susurros quién había hecho esto y quién había dicho aquello. ¿Por qué?

—Poder —dijo ella en voz baja—. Es una capacidad que tengo: barruntar el poder en los hombres, distinguir a los hombres que tendrán poder. Tales hombres me atraen, como la llama atrae a las mariposas nocturnas. Siento el poder que hay en ti, mayor que el poder de Garian.

—Sientes el poder. —Entrecerró los ojos, y siguió hablando casi para sí mismo—. Yo también siento el poder dentro de mí. Siempre lo he sentido, he sabido que estaba aquí dentro. Nací para ser rey, para elevar a Nemedia al rango de imperio. Y tú eres la primera, aparte de mí, que lo ha comprendido. Pronto, el pueblo tomará las calles de Belverus con espadas en la mano, para exigir que Garian abdique a mi favor. Muy pronto. Y en ese día te elevaré a ti a la nobleza, Sularia. *Lady* Sularia.

—Se lo agradezco a mi rey.

Albanus se desabrochó bruscamente el cinturón y se quitó la túnica, procurando que todo lo que sucedía en el lecho tuviera lugar ante los ojos de la imagen del cristal, como si esta efectivamente hubiera podido verles.

—Ven, y adora a tu rey —ordenó.

Mientras se dibujaba en sus labios una húmeda sonrisa, la muchacha se arrastró hacia él.

5

Cuando a la mañana siguiente Conan bajó a la taberna del Mesón de Thestis, se preguntó si habría ido a dar con un nido de lunáticos. Dos liras, cuatro cítaras, tres flautas y cuatro arpas de tamaños variados eran tañidas, pero por músicos que estaban desperdigados por la taberna, y que para colmo no interpretaban la misma melodía. Un hombre, en pie, le recitaba un poema a la pared, acompañándose de gesticulaciones, como trabajando para un rico cliente. Una docena de hombres y mujeres jóvenes, en torno a una larga mesa cubierta de piezas escultóricas, gritaban para hacerse oír pese a la música, y se explicaban con detalle lo que les parecía erróneo en el trabajo del otro. Tres hombres, al pie de la escalera, hablaban también a gritos, todos a la vez, disputando cuándo es moralmente requerida una acción reprensible. Por lo menos, ese le parecía a Conan que era su tema. Todos los hombres y mujeres de la habitación, ninguno de los cuales pasaría de los veinticinco años, hablaban a gritos de un tema u otro.

Él y Hordo habían sido medianamente bien recibidos la noche anterior. Al llegar, solo habían visto una veintena de individuos en la posada. Si es que aquello era una posada. El cimmerio dudaba de ello también. La mayoría les había mirado como si Ariane hubiera traído dos osos brithunios. Y el caso era que entre aquellos, que no llevaban más armas que algún cuchillo para cortar carne, quizá lo parecieran.

Mientras Hordo iba a los baños —cubas de madera colocadas en un pequeño patio, y no los palacios de mármol a la higiene y a la indolencia que se encontraban por el resto de la ciudad—, los extraños jóvenes habían formado piña en torno a Conan, llenándole la copa de mal vino cada vez que esta corría peligro de vaciarse, y pidiéndole que contara historias.

Y cuando Hordo regresó también quisieron que las contara. Hasta altas horas de la madrugada, Conan y Hordo habían competido por narrar el relato más asombroso.

Aquellos extraños hombres y mujeres —unos decían que eran artistas; otros, que músicos, y aun los había que afirmaban ser filósofos— escuchaban como si les hubieran estado hablando de otro mundo. A veces, los que se llamaban a sí mismos filósofos hacían comentarios sumamente extraños, que Conan no comprendía. Había tardado algún tiempo en percatarse de que los otros tampoco les entendían. Siempre, una pausa marcaba el final de cada uno de sus comentarios, y todos miraban al que lo había hecho, para ver si tenían que asentir solemnemente a su pontificación o reír ante su ingenio. Una o dos veces, Conan creyó que alguno se mofaba de él, pero no hizo nada. No habría sido cortés matar a un hombre por algo que no se sabía con certeza.

Al pie de la escalera, se abrió paso entre los filósofos —ninguno de ellos se apercibía de su presencia— y se detuvo, asombrado. Ariane estaba de pie sobre una mesa, en uno de los rincones de la sala. Desnuda. Era muy delgada, pero sus senos aparecían agradablemente firmes, y el diminuto talle al final de sus dulcemente torneadas caderas.

Se quitó la capa que le cubría los hombros —había dejado la espada curva bien escondida en el pequeño cuarto que le habían ofrecido para pasar la noche— y atravesó la estancia para ir a ofrecerle aquella prenda.

—Toma, muchacha. Tú no estás hecha para este oficio. Si necesitas dinero, tengo suficiente para alimentarnos a ambos por un tiempo.

En el primer momento, la muchacha le miró de arriba abajo, con las manos en las caderas, con expresión inescrutable en los ojos, y luego le sorprendió, echándose a reír. Él enrojeció; poco le gustaba que se rieran de él. Al instante, la joven cayó de hinojos sobre la mesa, con la contrición pintada en el rostro. La agitación de sus senos a un palmo de las narices de Conan arrancó a la frente de este algunas gotas de sudor.

—Lo siento, Conan —dijo con dulzura, o al menos con lo que entre aquel estruendo parecía dulzura—. Quizá sea eso lo más bonito que jamás me hayan dicho. No tendría que haber reído.

—Si quieres exhibirte desnuda —replicó él agriamente—, ¿por qué no lo haces en una verdadera taberna, donde te pagarán algo por ello?

—¿Ves a esa gente? —Señaló a dos hombres y tres mujeres que estaban sentados cerca de la mesa, cada uno de ellos con un lienzo de pergamino sujeto a una tabla, y un carboncillo en la mano, y miraban con impaciencia a ambos—. Poso para ellos. No tienen dinero para contratar un modelo, así que les hago el favor.

—¿Aquí, delante de todo el mundo? —dijo Conan con incredulidad.

—Esto tampoco es tan grande, Conan —le respondió con voz alegre—. Además, todos los que estamos aquí somos artistas de algún tipo. Ni siquiera se dan cuenta.

Vistas sus curvas, Conan habría apostado por lo contrario. Pero solo dijo:

—Supongo que puedes hacer lo que quieras.

—Supones bien.

La muchacha hizo un gesto a los que le estaban tomando bocetos y saltó de la mesa al suelo, con toda suerte de zangoloteos y contorsiones. Conan deseó que no saltara más de aquella manera mientras no se vistiera. Si no, se vería empujado a cargarla sobre sus hombros y llevársela arriba, a su cuarto. Entonces, notó que a la muchacha le brillaban los ojos y le subían los colores a las mejillas. Había notado el efecto que producía en él.

Hábilmente, le quitó la capa de las manos y se cubrió con ella castamente.

—Ahora me gustaría beber algo de vino. Contigo. Conan miró como se cubría y levantó una ceja interrogadora; ella sofocó una risita.

—Cuando estoy subida en la mesa, es distinto. En la mesa, estaba posando. Aquí, estoy desnuda. Ven, aquella mesa se vacía.

Se dirigió allí al instante, y Conan la siguió, preguntándose qué más daba estar encima de la mesa que en el suelo. Cuando se sentó frente a ella en un taburete, ante una mesa pequeña y tosca, alguien le trajo una jarra de arcilla y dos copas de metal abollado, y se largó antes de que Conan pudiera abrir su bolsa.

Este negó con la cabeza.

—Es la primera taberna que encuentro donde no te piden el

dinero antes de llenarte la copa.

—¿Nadie te lo explicó anoche? —dijo ella riendo.

—Quizá sí. Pero bebí no poco vino.

—¿De verdad habéis hecho las cosas que contasteis?

Se acercó a él con interés, y una punta de la capa le dejó al descubierto la parte de arriba de los senos. Una parte del cerebro de Conan se dio cuenta de que aquel atisbo de sus pechos le enardecía casi en la misma medida que la total exposición de estos. Se preguntó si ella lo sabría, y si lo había hecho a propósito.

—Algunas sí —respondió con prudencia.

En realidad, no recordaba qué historias habían contado Hordo y él. Habían bebido no poco vino. Llenó las copas con la jarra de arcilla.

—Ya me lo parecía —le contestó ella con satisfacción—. En cuanto al dinero, cada uno da lo que puede. Todos los que se hospedan aquí dan algo, aunque los hay que solo vienen de día sin dar nada. Algunos recibimos dinero de la familia, y, por supuesto, lo damos todo. Ellos no lo aprueban…, las familias, quiero decir…, pero prefieren eso a tenernos cerca molestándolos. Lo que nos sobra, lo gastamos en repartir pan y sal a los pobres de Puerta del Infierno. Es muy poco lo que damos —dijo con un suspiro—, pero un hambriento agradece incluso una hogaza de pan.

—¿Algunos de estos tienen familias lo bastante ricas como para darles dinero? —dijo Conan, mirando alrededor con incredulidad. De pronto, se dio cuenta de los cultivados acentos con los que hablaba la muchacha.

—Mi padre es noble —dijo ella como queriendo disculparse. En sus labios aquello parecía un crimen, ser noble y ser hija de un noble.

—Entonces, ¿por qué vives aquí, cerca de Puerta del Infierno, y posas desnuda sobre estas mesas? ¿Es que no puedes escribir poesía en el palacio de tu padre?

—Oh, Conan —dijo ella con un suspiro—, ¿no comprendes que no está bien que los nobles tengan oro y vivan en palacios, mientras los mendigos pasan hambre en sus tugurios?

—Quizá está mal —replicó Conan—, pero aun así me gusta el oro, aunque nunca haya tenido mucho. Y en cuanto a los pobres, si yo fuera rico creo que llenaría muchos vientres con lo que gastara.

—¿Qué otra respuesta esperabas? —dijo un hombre larguirucho al tiempo que agarraba un taburete.

En su larga cara se fruncía un perpetuo ceño, más pronunciado si cabe por las espesas cejas que se juntaban sobre su nariz. Cogió la copa de Ariane y se bebió la mitad de su vino.

—Es una respuesta honesta, Estéfano —dijo Ariane.

Estéfano gruñó.

Conan logró recordarle. La noche anterior había dicho ser escultor, y sus manos se habían mostrado libres con Ariane. No le había parecido entonces que a ella le importara, pero ahora le quitaba la copa con enojo.

—Es un hombre generoso, Estéfano, y creo que sería generoso si se enriqueciera. —Volvió a mirar a Conan a la cara—. Pero ¿no ves tú que con esa generosidad no basta? En Puerta del Infierno los hay que no tienen ni para comprar pan, mientras que los nobles están a salvo en sus palacios y los gordos mercaderes se enriquecen más y más. Garian no es un rey justo. Está claro lo que se debe hacer.

—¡Ariane! —dijo bruscamente Estéfano—. Ándate con cuidado. Vigila lo que dices.

—¿Con qué permiso me hablas así? —Con cada palabra que decía, ella se acaloraba más y más—. No importa lo que haya entre nosotros, no soy tu propiedad.

—Yo no he dicho que lo seas —replicó él, acalorándose a su vez —. Pero te pido que me dejes guiarte. No hables con extraños.

Ariane volvió con desprecio su bonita cabeza, y sus grandes ojos se enfriaron de pronto.

—¿Estás seguro de que los celos no pesan en tus palabras, Estéfano? ¿No estarás tratando de librarte de un rival? —El rostro del escultor enrojeció de ira—. Aunque sea un extraño —siguió diciendo implacable—, es la clase de hombre que buscamos. Un guerrero. ¿Es que acaso no he oído a Taras decírtelo un centenar de veces? Necesitaremos luchadores para…

—¡Por la gracia de Mitra! —se quejó Estéfano—. ¿Es que has perdido toda prudencia, Ariane? Este nombre es un bárbaro del norte que probablemente no llegó a conocer a su padre, y que vendería todo su honor por una moneda de plata. ¡Contén esa lengua!

Con la mano izquierda, Conan tiró del sable y lo sacó de la vaina

hasta que la empuñadura fue visible tras el borde de la mesa.

—Cuando todavía era un muchacho —dijo con voz resuelta—, vi morir a mi padre espada en mano. Con su misma espada maté al hombre que acababa de asesinarlo. ¿Quieres que sigamos discutiendo ese asunto?

Estéfano miró la espada con ojos desorbitados, y al instante abandonó su expresión ceñuda. Se lamió los labios; más que respirar, jadeaba.

—¿Lo ves, Ariane? ¿Ves qué clase de hombre es? —Se levantó, y el taburete cayó al suelo—. Ven conmigo, Ariane. Aléjate ahora mismo de este sujeto.

Ella le tendió la copa a Conan.

—¿Puedes servirme más vino?

No miraba a Estéfano, ni daba señal alguna de apercibirse de su presencia. Conan le llenó la copa, y ella bebió.

Estéfano la miró sin saber qué hacer, y luego dio un paso atrás.

—¡Ten cuidado con lo que digas! —masculló, y se fue a toda prisa, casi tumbando otra mesa en su precipitación.

—¿Vas a tener cuidado con lo que digas? —le preguntó Conan sosegadamente.

Ella se entretuvo un momento contemplando su vino, y luego le respondió.

—Según las historias que cuentas, tu espada trabaja por oro. ¿Eliges tu bando teniendo en consideración tan solo quién te va a pagar más?

—No —le respondió él—. En ocasiones, he renunciado al oro para no tener que obedecer una orden injusta. —Y añadió con franqueza, suspirando—: Pero me gusta el oro.

La muchacha se puso en pie, cubriéndose bien con la capa.

—Quizá…, quizá hablemos luego de eso. Me están esperando para que acabe de posar.

—Ariane… —empezó a decir Conan, pero ella le cortó.

—Estéfano cree tener derechos sobre mí —dijo rápidamente—. Y no los tiene.

Dicho esto, se fue, casi tan apresuradamente como el citado Estéfano.

Conan apuró la copa mascullando una maldición, y luego se volvió para ver como dejaba caer la capa y se subía de nuevo a la

mesa. Ella se volvió para verle, y al instante apartó la mirada. De nuevo clavó su mirada en la de Conan, y volvió a apartarla. Sus redondeados pechos se agitaban, pues respiraba entrecortadamente. El color apareció en sus mejillas, y subió de tono, y su rostro enrojecía más y más. Sin aviso previo, con un gemido, saltó al suelo, y recogió la capa sin mirar de nuevo a Conan. Se cubrió con aquella piel y se marchó corriendo entre las mesas, y subió a toda prisa por la escalera.

El cimmerio sonrió complacido, al tiempo que vertía más vino de la jarra de arcilla en su copa. Quizá no lo tuviera tan difícil como parecía.

Hordo vino a sentarse en un taburete al otro lado de la mesa, arrugando el entrecejo.

—¿Has escuchado lo que se dice en este lugar? —preguntó furtivamente—. Si un guardia pasara por aquí, pocos amaneceres veríamos antes de que algunas cabezas fueran clavadas al extremo de una pica por sedición.

Conan miró alrededor, como por casualidad, para asegurarse de que nadie les oyera.

—¿O por rebelión?

—¿Esta cuadrilla? —El tuerto resopló con sorna—. Tanto daría que anduvieran hasta el tajo y pidieran que les cortaran la cabeza. No es que no crea que la ciudad está madura para ello. Pero estos tienen tantas posibilidades como el niño que chupa un azucarillo.

—Pero ¿y si tuvieran dinero? ¿Oro para alquilar luchadores?

Hordo se había llevado entretanto la copa a los labios; se atragantó con el vino.

—¿Y de dónde quieres que saque oro esta gente? Si alguno de ellos tuviera un protector, puedes estar seguro que no viviría aquí, al lado mismo de Puerta del Infierno.

—El padre de Ariane es noble —dijo Conan en voz baja—. Y me ha dicho que algunos de los otros también tienen familia rica.

El tuerto midió cuidadosamente sus palabras.

—¿Me estás diciendo que de verdad preparan una rebelión? ¿O solo lo sospechas?

—Entre Estéfano y Ariane, prácticamente me lo han dicho.

—Pues larguémonos de aquí. Quizá tengan algún talento, pero no creo que las artes de la conjura se cuenten entre ellos. Si te

conocieron la pasada noche y hoy ya lo sabes, ¿qué habrán contado a otros? Recuerda que nuestras cabezas podrían acabar decorando picas tan fácilmente como las suyas.

Conan negó lentamente con la cabeza, aunque tenía que admitir que Hordo tenía razón.

—Me gusta este lugar —fue todo lo que dijo.

—Lo que te gusta es esa poetisa de culo lindo —replicó Hordo acaloradamente—. Acabarás muriendo por una mujer. Recuerda lo que te dijo ese adivino ciego.

—Pero si tú mismo decías que era un imbécil —dijo el cimmerio, echándose a reír—. Bebe, Hordo. No te preocupes. Luego hablamos de nuestra Compañía Libre.

—Yo no he visto oro todavía —protestó el otro amargamente.

—Ya lo encontraré yo —dijo Conan, con más confianza de la que sentía. No tenía idea de dónde sacarlo. Pero, con todo, le vendría bien aclarar sus planes. El retraso de unos días podía significar que se vieran con que todos los que querían unirse a tales compañías estuvieran contratados ya—. Lo encontraré. Decías que podíamos, eh, tomar prestadas algunas armas a la sociedad de contrabandistas a la que sirves. ¿Son buenas? Yo he llegado a contrabandear con cotas de malla tan comidas por el orín que se deshacían a la primera lluvia, y espadas que se rompían al primer mandoble.

—No, cimmerio. Estas son de buena calidad, y del género que tú quieras. Oh, hay espadas de todas las especies de que he oído hablar amontonadas en sus almacenes. Sables de Vendhia, shamshires de Iranistán, macheras de por lo menos doce clases distintas procedentes de las ciudades-estado de Corinthia. Cincuenta de un tipo y cien del otro. Las suficientes para armar a cinco mil hombres.

—¿A tantos? —murmuró Conan—. ¿Y por qué tienen tantas espadas en sus almacenes, y en tanta variedad? No se obtiene ningún provecho almacenando espadas.

—Yo traigo lo que me dicen de la frontera a Belverus, y me pagan con oro. Por mí pueden plantar cebada en sus almacenes, con tal de que me llenen la bolsa en cada viaje. —Hordo vació la jarra en su copa; solo cayeron algunas gotas—. ¡Vino! —rugió, y con su grito se hizo el silencio en la sala.

Todos se volvieron para mirar sorprendidos a aquellos dos

hombres robustos. Una muchacha esbelta, vestida con una túnica de algodón que le llegaba a los tobillos, como la que había llevado antes Ariane, se les acercó vacilante y dejó sobre la mesa otra jarra de arcilla. Hordo rebuscó en la bolsa que colgaba de su cinturón y le dio una moneda de plata.

—La vuelta es para ti, pequeña —le dijo.

La muchacha miró la moneda, rio complacida y le dedicó una reverencia, burlescamente exagerada, antes de irse. Al cabo de poco, los que estaban en las mesas reanudaron la conversación. Los músicos volvieron a interpretar sus variadas melodías, y el poeta siguió recitándole a la pared.

—Bonitas camareras tienen —murmuró Hordo al tiempo que volvía a llenar la copa de abollado metal—, pero visten como vírgenes del templo.

Conan disimuló una sonrisa. El tuerto había bebido mucho la noche anterior. Bueno, no tardaría en descubrir que no era necesario pagar por el vino. Mientras tanto, haría algún donativo por ambos.

—Piénsalo, Hordo. Esa variopinta colección de armas es justamente lo que interesaría a estos artistas.

—¿He oído bien? —masculló el otro—. Mira, en primer lugar dudo que el que dirija la sociedad, sea este quien sea, tenga algún interés en la caída de Garian. Los aranceles de ese necio matan de hambre a los pobres, pero proporcionan grandes beneficios a los contrabandistas. En segundo lugar… —Su rostro se ensombreció, la cicatriz que asomaba de su parche había palidecido—. En segundo lugar, no sería la primera vez que nos uniéramos a una rebelión. ¿O has olvidado ya cómo cruzamos la frontera vendhia con el verdugo pisándonos los talones?

—Lo recuerdo —dijo Conan—. Pero nada he dicho de unirnos a su rebelión.

—No lo has dicho, pero sí lo has pensado —dijo Hordo rezongando—. Eres un necio romántico, cimmerio. Siempre lo has sido, y siempre lo serás. Por las piedras de Hanumán, no me complicarás en otra revuelta. Mejor que pienses en conseguir oro para armar una Compañía libre.

—No he dejado de pensar en el oro en ningún momento —replicó Conan—. Quizá incluso haya pensado demasiado.

El cimmerio gruñó, pero se salvó de tener que seguir hablando por la aparición de la esbelta muchacha que antes les había traído la jarra de vino. Ladeando la cabeza, le regaló al cimmerio una mirada, medio tímida, medio invitadora, que caldeó de pronto la estancia.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —le preguntó Hordo—. Eres guapa. Si te quitaras esa camisa de algodón y te cubrieras con no excesivas sedas, podrías trabajar en cualquier taberna de Belverus.

Ella meneó la cabeza y rio alegremente, y su sedoso cabello castaño cayó sobre sus hombros.

—Gracias, gentil señor, por vuestra generosa aportación. —Hordo frunció el ceño sin comprender nada—. Me llamo Kerin —siguió diciendo, mientras sus bellos ojos castaños se clavaban en Conan como dedos de largas uñas—. Y, a juzgar por esos hombros, tú eres el Conan del que hablaba Ariane. Yo trabajo en arcilla, aunque espero poder hacer algún día esculturas de bronce. ¿Querrías posar para mí? No tengo con qué pagarte, pero quizás… —Su boca se relajó, se lamió el labio inferior, y en sus ojos podía leerse a qué trato pensaba llegar con el musculoso bárbaro.

Conan apenas si había escuchado lo que siguió a la petición de que posara. Le vino a la mente la imagen de Ariane, posando en la mesa, y se daba cuenta, para su disgusto, del ardor que le subía al rostro. La muchacha no querría…, no debía de querer que…

Tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Has mencionado a Ariane. ¿Es que nos manda algún mensaje?

—¿Por qué tuvo que ser ella quien te viera primero? —dijo Kerin con un suspiro—. Sí, sí lo manda. Te espera en tu cuarto. Dijo que para explicarte algo muy importante —acabó de decir con una sonrisita afectada.

Conan se puso en pie.

—Muchacha —dijo Hordo al mismo tiempo que el cimmerio se levantaba—, ¿qué es eso de posar? Quizá yo pueda hacerlo.

Kerin se sentó en el taburete del que Conan acababa de levantarse.

Andando por la taberna, Conan esperaba oír el grito escandalizado de Hordo, pero, cuando al llegar al pie de la escalera miró atrás, vio que el tuerto asentía lentamente y sonreía complacido. Riendo, el cimmerio subió corriendo por la escalera.

Parecía que su amigo iba a recibir una magnífica retribución por su moneda de plata.

Arriba había muchas puertas en el estrecho corredor, toscas en su mayoría, pues las estancias originales habían sido torpemente divididas en varios cuartos. Cuando empujó su propia, tosca y gruesa puerta, encontró a Ariane de pie junto a una pequeña ventana que había sido abierta a buena altura en la pared. Todavía se cubría con la capa de Conan, y la sujetaba con ambas manos sobre los hombros, junto al cuello. Conan cerró la puerta tras de sí y se apoyó en esta.

—Yo poso —le dijo ella sin más preámbulos. Sus ojos relucían con algo que no se podía entender—. Poso para mis amigos, no podemos pagarnos modelos. Lo hago a menudo, y nunca había sentido vergüenza. Nunca, hasta el día de hoy.

—Yo solo te miraba —dijo él tranquilamente.

—Me mirabas —dijo, y profirió un sonido entre carcajada y llanto—. Me mirabas, y yo me sentía como una de esas muchachas del Buey Corneado, que se contonean al ritmo de la flauta para unos cuantos babosos. ¡Mitra te ciegue! ¡Cómo has osado hacer que me sintiera así!

—Eres una mujer —dijo él—. Te miré tal como los hombres suelen mirar a las mujeres.

La muchacha cerró los ojos, y alzó el rostro hacia el agrietado techo.

—Hama, Madre Universal, ¿por qué me ha de perturbar este bárbaro indocto que piensa con la espada? —Una sonrisa presumida afloró a los labios de Conan, y al instante desapareció ante los amenazadores ojos de garza de la muchacha—. Un hombre puede tomar tantas mujeres como desee —dijo fieramente Ariane—, y yo me niego a tener menos libertad que un hombre. Si yo prefiero acoger a un solo hombre en mi lecho, hasta que él me abandone o yo lo abandone a él, es problema mío. ¿Puedes tomarme tal como soy?

—¿Nunca te dijo tu madre que al hombre le gusta ser él quien haga la pregunta? —dijo Conan riendo.

—¡Mitra te arranque el corazón! —gritó la muchacha—. ¿Por qué pierdo el tiempo?

Murmurando para sí, se dirigió a la puerta, y la capa ondeaba a

su rápido paso.

Conan alargó hacia ella uno de sus enormes brazos, sujetándole el talle por debajo de la capa. La muchacha apenas si llegó a chillar antes de que él la levantara, dejando caer la capa, para aplastar aquellos senos tan suaves contra la robustez de su pecho.

—¿Te quedarás conmigo, Ariane? —le preguntó, mirando a sus sorprendidos ojos.

Antes de que la joven pudiera hablar, él la agarró por el cabello e hizo que le besara en los labios. Los puñitos de la muchacha se magullaron golpeando los hombros del cimmerio; le propinó rutiles patadas en las espinillas. Al fin su forcejeo fue cediendo, y, cuando de su garganta salió un murmullo complacido, Conan le soltó el cabello. Jadeando, la muchacha apoyó la cabeza en su amplio pecho.

—¿Por qué has cambiado de idea? —le dijo al cabo de un rato.

—Yo no he cambiado de idea —replicó él. La muchacha le miró, atónita, y él sonrió—. Antes preguntaste tú. Esta vez, he sido yo quien ha preguntado.

La muchacha rio con guturales carcajadas.

—¡Hama, Madre Universal! —gritó—. ¿Es que jamás comprenderé a estas extrañas criaturas llamadas hombres?

Él la tendió suavemente sobre la estera que empleaba para dormir, y durante largo rato, de los labios de ambos solo escaparon los sonidos que nacen de la pasión.

6

La Calle de los Lamentos, al alba, le venía de maravilla al humor de Conan. Los feos rastros del jolgorio de la noche ensuciaban el empedrado; aquellos que aún se dejaban ver volvían a casa dando tumbos, con ojos legañosos y expresión huera en el rostro. Conan apartó escombros a su paso y siguió adelante, y respondió con otro gruñido a los gruñidos de los perros que devoraban los restos.

Durante las últimas diez noches había vivido un idilio en el Mesón de Thestis, entre los brazos de Ariane, y las pasiones y apetitos de la muchacha alimentaban los suyos propios al tiempo que los saciaba. Estéfano se recreaba en los celos y en el vino, pero al recordar la cólera del cimmerio optaba por callar la boca. Hordo, apresado por los atractivos de la esbelta Kerin, había traído sus pocas pertenencias desde otra posada que había tres calles más allá, y cada anochecer habían bebido los dos hombres y se habían contado mentiras, hasta que los encantos de Ariane y Kerin los separaban. Así eran las noches. Los días eran otra cosa.

Conan se detuvo al oír que unas botas corrían tras él, y luego siguió adelante hasta que Hordo lo alcanzó.

—¿Esta mañana también tienes mala suerte? —le preguntó el tuerto, fijándose en el rostro del cimmerio. Conan asintió brevemente.

—Después que yo derrotara a los tres guardias personales que ahora tiene a su servicio, Lord Heranius me ofreció tres marcos de oro por hacer de jefe de los tres, más otros dos cada diez días.

—¿Mala suerte? —exclamó Hordo—. ¡Por Mitra! Eso es el doble de lo que suelen pagar a los guardias personales. Me siento tentado de abandonar el contrabando. Al menos, no correría el peligro de acabar en el tajo del verdugo.

—Y debo jurar, con juramento solemne ante los Magistrados de

la Ciudad, que no abandonaré su servicio, si él no me lo permite, durante dos años.

—Oh.

Conan dio con el puño en la palma de la otra mano, con un sonido como el de un bastón que golpea cuero. Un borracho, que volvía a su casa tambaleante, dio un traspiés y cayó en un charco de vómito. Conan ni se fijó.

—En todas partes es lo mismo —se quejaba—. Es lo mismo para las Compañías Libres y para los soldados de fortuna que trabajan por su cuenta. Todos exigen el juramento solemne, y algunos te piden tres años, y eso si no llegan a pedir cinco.

—Antes de que empezaran con los juramentos solemnes —rumió Hordo—, algunos cambiaban de amo cada día, y cada vez ganaban una nueva moneda de plata. Mira, ¿por qué no entras al servicio de quien te ofrezca más oro? Este Lord Heranius, por ejemplo. Y si algún día quieres marcharte, márchate, aunque él no te lo permita. Un juramento que reduce a la esclavitud a un hombre no es un verdadero juramento.

—Y cuando lo haga tendré que irme de Belverus, quizá de Nemedia.

Pasó un rato en silencio; apartaba con las botas los pedazos de las jarras de vino rotas, y sucios jirones de ropa. Por fin, dijo:

—Al principio, Hordo, lo de esa Compañía Libre era solo hablar por hablar. Ahora, es algo más. No me pondré al servicio de nadie mientras no cabalgue al frente de mi propia compañía.

—¿Tanto significa para ti? —dijo Hordo con incredulidad.

Esquivó el contenido de una tinaja llena de heces que alguien vaciaba por la ventana de un segundo piso, y maldijo al autor del hecho, que ya no resultaba visible.

—Sí —dijo Conan, ignorando los quejidos del otro acerca de lo que le había salpicado las botas—. Si al final lo sumamos todo, puede que resulte que un hombre no se tiene más que a sí mismo, nada, salvo una diestra fuerte y el acero que esta sostiene. Y aun así, para destacar, para dejar alguna huella en el mundo, un hombre ha de ponerse al frente de otros. Yo fui ladrón, pero trepé hasta llegar a capitán del ejército turanio, y lo hice bien. No sé ahora hasta dónde puedo destacar, ni si el camino que sigo me llevara muy lejos, pero en todo caso quiero llegar adonde mi seso y mi

espada me lo permitan. Pienso poner en pie esa Compañía Libre.

—Cuando la hayas puesto en pie —dijo secamente el tuerto—, asegúrate de que juren con juramento solemne.

Entraron en la calle que llevaba al Mesón de Thestis.

Mientras Conan reía, tres hombres aparecieron y se interpusieron en la estrecha calle, todos sable en mano. Conan oyó a sus espaldas más pies calzados con botas, y echó una rápida ojeada por encima del hombro. Otros dos hombres, detrás, les impedían la retirada. La espada del cimmerio salió con un silbido de su vaina de chagrén; Hordo, desenvainando también, se volvió para hacer frente a los que venían por atrás.

—Apartaos —dijo Conan a los tres que tenía delante—. Ganaos el pan con un trabajo más fácil.

—No se nos dijo que le acompañaría otro hombre —murmuró el que estaba a la izquierda de Conan, y una mueca se esbozó en su rostro descarnado, que recordaba al de una rata.

El de la derecha, cuya cabeza rapada relucía a la luz del sol, desenvainó incómodamente la espada.

—No podemos acabar con solo uno de los dos.

—Aquí solo hallaréis la muerte —dijo Conan.

Con la mano izquierda aflojó la aguja de bronce que le sujetaba la capa, y se echó sobre el brazo la prenda adornada con pieles. El jefe de los otros, pues el hombre alto de barba rala que había en el centro claramente lo era, habló por primera vez.

—Matadlos —dijo, y trató de asestar un mandoble al vientre de Conan.

Con gracia de pantera, el musculoso cimmerio se apartó a un lado, e hizo que la espada de su enemigo se enredara en la capa a la vez que propinaba un fuerte puntapié a la entrepierna del sujeto. Al mismo tiempo, Conan paraba con la espada una acometida del rapado. Farfullando, el jefe de los otros trató de levantarse; pero Conan se volvió, y con el pie izquierdo golpeó al hombre en su barbuda cabeza, arrojándolo a los pies del cara de rata, que en aquel momento arremetía. Ambos cayeron por tierra rodando.

El atacante de cabeza rapada dudó, miró asombrado a los compañeros que estaban en el suelo, y murió por ello. El afilado acero de Conan le seccionó la garganta hasta la mitad. Mientras caía de rodillas, brotó de su herida un chorro de brillante sangre

roja, y cayó de bruces sobre las inmundicias de la calle. El cara de rata logró volver a ponerse en pie, e intentó un mandoble desesperado. La espada de Conan rechinó al parar la del otro, al obligarle a bajarla, al deslizarse por encima del acero de su oponente, al clavarse en el pecho del villano.

Conan le dio una patada al cadáver para liberar la espada, y este se derrumbó al lado del otro; y se dio la vuelta para encontrarse con que el que era el jefe ya estaba en pie, y su rostro barbado hervía de rabia. Atacaba ya al corpulento cimmerio antes de que este acabara de volverse, y le miró con asombro cuando cayó de hinojos. El acero de Conan le hizo un corte sangriento en el abdomen. El hombre alto chilló como una mujer, y soltó la espada en un intento de impedir que los intestinos se le desparramaran, agarrándolos con sus manos frenéticas. Sus ojos ya tenían el color de la muerte antes de que su cuerpo cayera sobre el sucio empedrado.

Conan buscó a Hordo con la mirada, a tiempo para ver cómo el tuerto decapitaba al segundo de sus atacantes. Mientras la cabeza todavía rodaba por el suelo, Hordo se volvió y miró a Conan ferozmente; perdía sangre por un corte en su brazo armado y por otro, más pequeño, en la frente.

—Ya soy demasiado viejo para esto, cimmerio.

—Siempre lo dices —mientras hablaba, Conan se agachó para examinar las bolsas de los hombres que acababa de matar.

—Créeme, estoy viejo —insistió Hordo—. Si estos no hubieran sido tan necios como para charlar entre ellos y vacilar mientras nos aprestábamos, solo hubiera quedado de nosotros carne para perros. Y aun siendo como eran, estos dos han estado a punto de cortarme el depósito de las judías. Ya te digo yo que estoy demasiado viejo.

Conan se apartó de los cuerpos con seis marcos de oro recién acuñados. Los hacía saltar sobre la palma de la mano.

—Aunque fueran necios, alguien los envió tras uno de nosotros. Alguien que iba a pagar marcos de oro por una muerte. —Se volvió hacia los dos que Hordo había matado—. Te encontrarás con que cada uno de ellos tiene dos monedas de estas.

Hordo murmuró un juramento y se agachó para registrar los cadáveres que quedaban, y se puso luego en pie con cuatro monedas. El tuerto las apretó fuertemente con el puño.

—Ese de la cara de rata dijo que no esperaban a dos. Mitra,

¿quién habrá pagado diez monedas de oro por hacer matar a uno de nosotros?

Un muchacho desgarbado salió arrastrando los pies de un callejón, a menos de una docena de pasos de allí. Al ver los cadáveres quedó boquiabierto, y con un grito de horror salió corriendo; sus sollozos dejaron de oírse cuando se alejó.

—Comentémoslo en el Thestis —dijo Conan—, antes de que se nos reúna un público.

—Con la suerte que tenemos —murmuró Hordo—, será la primera vez en medio año que la Guardia de la Ciudad patrulle por las calles.

La tortuosa calleja que llevaba hasta la posada no era larga, pero, obviamente, ninguno de los que allí estaban había oído los sonidos de lucha. Solo Kerin les miró por segunda vez cuando entraron. En aquellas horas de la mañana pocos de los artistas estaban allí, y no se oía el mismo estruendo que al anochecer.

—Hordo —dijo la esbelta muchacha—, ¿qué ha pasado con tu brazo?

—He caído sobre una jarra de vino rota —replicó tímidamente.

Ella le miró fijamente y se fue, y volvió al cabo de un momento con trapos limpios y una jarra de vino. Tras destaparla, vertió vino sobre la herida que Hordo tenía en el brazo.

—¡No! —gritó él, arrancándosela de la mano. La muchacha sonrió alegremente.

—No duele tanto, Hordo.

—No duele en absoluto —dijo él rezongando—. Pero te voy a enseñar lo que se hace con el vino.

Y se llevó a los labios la jarra de arcilla, impidiendo con su mano libre que ella volviera a quitársela. Cuando por fin se detuvo para tomar aliento ella se la quitó, vertió el poco vino que quedaba en un paño y se lo pasó por la frente.

—Estate quieto, Hordo —le dijo—. Luego te traeré más vino.

Conan se fijó en que había en la taberna un rostro extraño en la posada. Un joven apuesto, que vestía una túnica de terciopelo rojo con ricos bordados, estaba sentado a la esquina de una mesa y charlaba con Graecus, un atezado escultor que solía pasar mucho tiempo en compañía de Estéfano.

Como se había enterado de que alguien podía querer su muerte,

Conan desconfiaba de los extraños. Tocó a Kerin en el brazo.

—Ese hombre —dijo—, el que habla con Graecus… ¿Quién es? Parece demasiado bien vestido para ser un artista.

—¿Demetrio, un artista? —dijo ella con un bufido de enojo—. Es un bujarrón, y un holgazán. Dicen que es hombre de ingenio, pero yo nunca se lo he notado. A veces le da por venir a deslumbrar a aquellos de nosotros que se dejan deslumbrar por los de su calaña, cuando no está putañeando por los burdeles.

—¿Crees que es él? —preguntó Hordo. Conan se encogió de hombros.

—Él, o algún otro.

—Por Erebo, cimmerio, soy demasiado viejo para esto.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —preguntó Kerin—. No, tanto me da no saberlo. —Se levantó, y se llevó a Hordo de la mano; un fauno que guiaba a un oso—. El corte ese que tienes en el brazo necesita ungüento. ¡Y también vino!

—Cuando vuelva —dijo Hordo, gritándole a Conan por encima del hombro—, empezaremos a buscar los hombres que necesitamos. Cortesía del enemigo, ¿eh?

—Hecho —le respondió el cimmerio, y luego se levantó—. Y traeré esa espada. Quizá nos den una moneda o dos por ella.

En su cuarto del piso de arriba, el cimmerio apartó una de las tablas del suelo, que había aflojado, y sacó la espada de serpentina hoja. La luz de la ventana alcanzaba su acero refulgente, y se reflejaba en los adornos de plata de sus gavilanes. Del arma se alzaba un aroma de impureza, como de una miasma.

Al levantarse envolvió la espada con su capa, rasgada ahora por el mandoble de aquel hombre alto. Aun el sostenerla en la mano le revolvía el estómago, como no se le había revuelto la primera vez que mató a un hombre.

Cuando Conan volvió a la taberna, se encontró con que el hombre de la túnica de terciopelo rojo esperaba al pie de la escalera, y sostenía una jarrita de hierbas aromáticas ante su nariz aquilina —entrecerraba los ojos con lánguida indolencia—, pero el cimmerio notó que en la empuñadura de su espada se apreciaba el desgaste, y en la mano que sostenía la jarrita, callos de espadachín. Pasó de largo.

—Un momento, por favor —dijo aquel hombre esbelto—. Me

llamo Demetrio. Colecciono espadas antiguas, y ha llegado a mis oídos que tú tienes una, y querría comprártela.

—No recuerdo haberlo dicho —replicó el cimmerio.

Había una cualidad viperina en aquel hombre que no le gustaba. La del que puede sonreír y estrechar la mano, y al mismo tiempo acuchillarte en el corazón. Con todo, le siguió escuchando.

—Quizá solo lo haya imaginado —dijo amablemente Demetrio —. Si no es antigua, no me interesa. Pero, si lo fuera, estaría dispuesto a comprarla. —Miró el bulto que el cimmerio llevaba bajo el brazo, envuelto en la capa—. ¿La llevas ahí?

Conan metió la mano entre los pliegues de la capa y sacó el arma.

—Esta es la espada —dijo, y calló al ver que Demetrio daba un salto atrás, llevando la mano a su propio acero. El cimmerio le alargó la espada, ofreciéndole la empuñadura—. ¿Quieres sopesarla?

—No —respondió con tembloroso susurro—. Solo con verla ya sé que me interesa.

Los labios de Demetrio estaban tensos, pálidos. Conan tuvo la extraña sensación de que aquel hombre temía a la espada, pero menospreció aquella ocurrencia por su misma estupidez. Dejó el arma sobre una mesa cercana. Sentía que su mano se ensuciaba con solo tocarla. Y eso también era una estupidez.

Demetrio tragó saliva, y pareció que respiraba con más facilidad al ver que el otro había soltado la espada.

—¿Tiene… alguna propiedad? ¿Algún poder mágico? —dijo, sin mirar al cimmerio.

Conan negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. —Habría podido pedir más por la espada diciendo que sí lo tenía, pero el otro habría refutado fácilmente sus afirmaciones—. ¿Qué me darás?

—Tres marcos de oro —respondió Demetrio sin dudar.

El corpulento cimmerio parpadeó. Él había pensado que solo le pagaría algunas monedas de plata. Pero si la espada tenía algún valor para aquel joven, convenía regatear.

—Por una espada tan antigua —dijo—, muchos coleccionistas me darían veinte.

El hombre esbelto le miró con perspicacia.

—No llevo tanto dinero —murmuró.

Asombrado, Conan se preguntó si la espada habría pertenecido a algún rey de la antigüedad; Demetrio ni siquiera había intentado un amago de regateo. Su experto ojo de ladrón calculó el precio del brazalete con incrustaciones de amatistas de Demetrio en cincuenta marcos de oro, y el pequeño imperdible adornado con un rubí que le sujetaba la túnica en el doble de esa cantidad. Supuso que el hombre no tendría demasiados problemas para pagarle los veinte marcos.

—No me importaría esperar —empezó a decir Conan, pero Demetrio se quitó el brazalete de la muñeca y se lo dio.

—¿Quieres quedarte con esto a cambio? —preguntó el individuo —. No quiero arriesgarme a que otro la compre mientras yo voy por dinero. Vale más de veinte marcos, te lo aseguro. Pero dame también la capa, porque no quiero ir enseñando una espada así por estas calles.

—La espada y la capa son tuyas —dijo el cimmerio, y rápidamente canjeó la prenda de piel por el brazalete.

Cuando tuvo en la mano el oro incrustado de amatistas, sintió que la alegría estallaba en su pecho. Ya no dependía de aquellas cien monedas para reclutar nombres. Tenía en la mano, literalmente, su Compañía Libre.

—Querría preguntarte —dijo además— por qué esta espada es tan valiosa. ¿Es que perteneció a algún rey antiguo, o a un héroe?

Demetrio hizo una pausa en su cuidadosa labor de envolver la espada con la capa. Cuidadosa, pensaba Conan, y cautelosa como si se hubiera tratado de un animal peligroso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre esbelto.

—Me llamo Conan.

—Tienes razón, Conan. Es la espada de un rey antiguo. De hecho, podría decirse que es la espada de Brágoras.

Y rio como si hubiera contado el chiste más gracioso de su vida. Todavía riendo, acabó de envolver la espada, cargó con ella bajo el brazo y se fue por la calle a toda prisa.

7

Albanus se detuvo en la puerta; el tosco bulto de piel que llevaba bajo el brazo parecía fuera de lugar en aquella estancia adornada con tapices, cuyo suelo de mármol estaba cubierto de alfombras. Sularia estaba sentada frente a un alto espejo; una túnica de seda dorada cubría sus hombros cremosos, y una esclava arrodillada cepillaba la hermosa seda que tenía por cabello. Al ver la imagen del hombre en el espejo, Sularia dejó caer la túnica, para así enseñarle sus generosos pechos.

—¿Me has traído un regalo? —dijo Sularia—. Si es así, lo has envuelto de extraña manera.

Se examinaba el rostro en el espejo, y se puso carmín en las mejillas con un cepillito de piel.

—Esto no es para ti —dijo él, riendo—. Es la espada de Melius.

Con una llave que pendía de un collar de oro que llevaba al cuello, abrió un gran cofre lacado que había al lado de la pared, dándole la vuelta a la llave primero en un sentido, luego en otro, siguiendo una precisa combinación. Si la combinación no era seguida con exactitud —le había contado a Sularia—, un artificioso sistema de tubos y cámaras de aire arrojaría dardos venenosos al rostro del manipulador.

Albanus abrió la tapa del cofre y, dejando a un lado la raída capa, depositó cuidadosamente la espada en el lugar que le había destinado. Tenía allí los libros encuadernados en piel de virgen de la antigua Aquerón, cubiertos con sedas, y los instrumentos más importantes de cuantos hallara en el gabinete taumatúrgico. Sus dedos se demoraron un momento tocando un manojo de pergaminos y lienzos enrollados. Aunque todavía no tuvieran ninguna importancia mágica, aquellos bocetos y dibujos de Garian merecían un lugar en el cofre. En un puesto de honor, sobre un

cojín de seda, en lo alto de un soporte de oro, había una esfera de cristal del color azul más profundo, en la cual danzaban y centelleaban algunas motas plateadas.

Dejando caer por fin la túnica al suelo, Sularia se le acercó totalmente desnuda. Se lamía persistentemente los labios al tiempo que miraba la espada.

—¿Es esta la espada que ha matado a tantos? ¿No es peligrosa? ¿No deberías destruirla?

—Es demasiado útil —contestó él—. De haber sabido lo que ahora sé, no la hubiera dejado en manos de ese necio de Melius. Esas runas de la hoja me han permitido por fin desentrañar su secreto, que hasta ahora estaba enterrado en los grimorios.

—Pero ¿por qué Melius se puso a matar de aquella manera?

—Al ser forjada el arma, las esencias de seis maestros espadachines fueron encerradas en su acero. —Pasó los dedos por encima de la hoja, y sintió el poder que había sido empleado en su forja. Aquel poder sería suyo, un poder que superaba la comprensión de la mente humana, que estaba mucho más allá que el de los reyes terrenos—. Y en ese encierro enloquecieron. —Alargó la mano como para coger la espada, pero se detuvo cuando ya casi tocaba la empuñadura—. Si una misma mano agarra tres veces esta empuñadura para emplear la espada, la mente que la guía es desgarrada, y se mezcla con la locura de esos antiguos maestros. Escapa. Mata y escapa. Mata. ¡Mata!

Gritó esta última palabra y miró a Sularia. La muchacha estaba boquiabierta, y miraba con el temor pintado en sus ojos azules la mano que se acercaba a la empuñadura.

—¿Cuántas veces has empleado la espada? —murmuró.

Él echó a reír y apartó la mano. En vez de la espada cogió la esfera de cristal, y la sostuvo con delicadeza, casi con reverencia, aunque sabía que no había poder bajo el cielo que pudiera ni siquiera rayar su superficie, frágil en apariencia.

—¿Temes a la espada? —le preguntó él con suavidad. Su mirada adamantina llegaba al corazón de aquella esfera de cobalto—. Es esto lo que hay que temer, pues sirve para evocar y controlar a una entidad. ¿Un demonio? ¿Un dios? No lo sé, pero se trata de una entidad tan poderosa que incluso en los libros de Aquerón se habla de ella en susurros llenos de temor reverencial.

Y él iba a ser dueño de aquel poder, dueño de más poder del que tenían los reyes de todas las naciones del mundo. Su respiración se aceleró al pensarlo. Nunca había osado evocar a aquella entidad, pues el mismo acto entrañaba peligro para el evocante, peligro de que el amo acabara viéndose a sí mismo esclavizado, convertido en la mascota mortal de un monstruo inmortal que podía pasar la eternidad riéndose a su costa. Pero ¿acaso no descendía él de Brágoras, el antiguo rey héroe que había matado al dragón Xutharcan y encadenado al demonio Dargón en los abismos del mar Occidental?

Casi espontáneamente, las palabras del ritual de evocación empezaron a surgir de sus labios: «Af-far
mea-rotb
, Omini deas kaan,
Eeth-far
be-laan
Opheah crísti…».

Mientras decía las palabras, el sol se oscurecía sobre la ciudad como si hubiera llegado el ocaso. Los relámpagos retumbaban y se entrecruzaban en un cielo sin nubes, y, con sordo estrépito, la tierra empezó a temblar.

Albanus se tambaleó, mirando en torno a sí, con repentino pánico, las paredes que se estremecían como ropa tendida a la brisa. Aquello era prematuro. Había sido una locura intentarlo. Pero, con todo, aún no había terminado el encantamiento. Quedaba una oportunidad. Rápidamente volvió a dejar la esfera, que ahora brillaba, en su cojín, dentro del cofre lacado. Con gran cuidado dejó su mente en blanco. No había de quedar el más mínimo pensamiento relacionado con el acto de la evocación. Ningún pensamiento. Ninguno.

Lentamente, la luz que brillaba en la esfera de cristal se apagó, y la tierra dejó de temblar. Los relámpagos perdieron fuerza y cesaron. Se hizo otra vez la luz en la ciudad, como si de un nuevo amanecer se hubiera tratado.

Durante largo rato, Albanus no miró a Sularia. Estaba pensando que, si ella llegaba a decir una palabra, una única palabra del necio espectáculo que él había dado, la destriparía y la estrangularía con sus propias entrañas. Por una única palabra. Se volvió hacia ella, y

su rostro era tan oscuro como aquel que cubre la capucha del verdugo.

Sularia le miró con ojos preñados de pura lujuria.

—Cuánto poder —dijo en susurros—. Cuánto poder posees, casi temo quedar ciega al mirarte. —Respiraba entrecortadamente—. ¿Es así como vas a destruir a Garian?

El ánimo de Albanus se elevó, así como su orgullo.

—Garian no merece tanto honor —dijo con sorna—. Voy a crear un hombre, a darle vida con mis propias manos. Y con él arrastraré al usurpador a su perdición.

—¿Tan poderoso eres? —exclamó ella. É hizo gesto de quitarle importancia.

—Esto es una mera fruslería. Ya lo hice en otra ocasión, y esta vez no repetiré los errores de aquella. —De pronto la agarró por el cabello, la arrastró hasta el suelo, la penetró por la fuerza aunque la joven lo hubiera aceptado con agrado, y no solo con agrado—. Nada se interpone en mi camino —dijo, mientras se tendía sobre ella.

La muchacha chilló, y él, en su chillido, oyó el chillido del pueblo que aclamaría a su rey, a su dios.

Sefana se levantó de los cojines de su lecho; las exuberantes redondeces de su cuerpo estaban sudorosas tras hacer el amor. Con cada movimiento se mecían sus firmes senos.

El hombre que estaba en la cama, un joven esbelto, capitán de los Leopardos de Oro, se apoyó perezosamente sobre el codo. Sus ojos oscuros la miraron con adoración.

—¿Es que eres una bruja, Sefana? Cada vez creo que voy a morir de placer. Cada vez creo haber pasado ya por todo el éxtasis que puede darse en el mundo. Y cada vez me das más del que podría haber imaginado.

Sefana sonrió satisfecha.

—Y con todo, Baetis, creo que te estás hartando de mí.

—¡Nunca! —dijo él con fervor—. Debes creerme. Tú eres Derketo que ha bajado a la tierra.

—Pero me niegas un pequeño capricho.

—Sefana —gimió él—, no sabes qué es lo que me pides. Mi

deber…

—Un pequeño capricho —dijo ella de nuevo, al mismo tiempo que volvía calmosa al lecho.

Los ojos del hombre la miraron anhelantes. No se trataba de una esbelta chicuela, sino, al contrario, de una mujer de curvas pronunciadas, una maravilla calimastia y calipigia que encendía el anhelo en los ojos de todo hombre. Trató de asirla con el brazo, pero la mujer retrocedió.

—Basta con que dejes alzado el pestillo de una puerta, Baetis —dijo suavemente—. Un corredor que no esté vigilado. ¿Le vas a negar a tu rey una sorpresa, los mismos placeres de que tú gozas ahora?

El joven capitán respiró pesadamente, y cerró los ojos.

—Yo, al menos, habré de estar allí —dijo por fin.

—Por supuesto —replicó ella al instante, y montó sobre él—. Por supuesto, Baetis, amor mío.

La sonrisa de la mujer era vulpina, y el brillo de sus ojos violáceos indómito. Que Albanus elaborara planes a largo plazo. Ella atacaría mientras él todavía meditaba el curso de acción. Era una lástima que Baetis tuviera que morir con Garian. Pero eso había de suceder más adelante. Suspirando satisfecha, se entregó al placer.

8

Los blancos de paja eran grandes como el torso de un hombre. Conan puso el último de ellos en su lugar y, meciéndose sobre la silla, deshizo al galope los ciento cincuenta pasos que se había separado de los hombres que él y Hordo habían ido reuniendo a lo largo de los últimos cinco días. Habría preferido tener a su lado al tuerto, pero Hordo aún mantenía sus contactos con los contrabandistas, y tenía que llevarse unas mercancías del almacén donde las guardaban antes de que el servicio de Aduanas del Rey hiciera una inspección por sorpresa. No sabían —decía Hordo— cuándo podrían resultarles útiles aquellos contactos.

El cimmerio refrenó a su gran caballo negro aquilonio frente a cuarenta hombres montados, y sostuvo ante ellos un arco corto, pesado.

—Este es un arco de caballería.

Los arcos habían sido un hallazgo afortunado, pues el tiro con arco desde el caballo era un arte desconocido en el oeste, y Conan contaba con que aquella habilidad hiciera más atractiva a su Compañía Libre para posibles clientes. Los arcos se habían quedado sin tensar en el almacén de los contrabandistas, que los consideraban demasiado cortos y pesados como para interesar a sus clientes. Cada uno de los cuarenta llevaba además otras piezas adquiridas en el almacén: lorigas metálicas que protegían sus túnicas acolchadas, y puntiagudos yelmos. Un escudo redondo colgaba de cada una de las sillas de montar, y una buena cimitarra turania, en la que se distinguía el blasón de la Fragua Real de Aghrapur, de cada cintura.

Conan tenía la esperanza de que aquella armadura fuera lo bastante extraña en Nemedia para darles un aire extranjero. Se solía creer que los extranjeros conocían insólitas tácticas de combate. En

lo tocante al tiro con arco desde el caballo, aquella creencia se hacía realidad. Del mismo modo que él y Hordo habían reclutado tan solo a hombres que tuvieran ya un caballo en propiedad —pues el dinero les llegaba para dar pagas extraordinarias, pero no para comprar monturas—, habían aceptado también solo hombres que supieran algo del tiro con arco. Era por eso que Conan los había traído a aquella explanada, en las afueras de Belverus.

—Todos estáis acostumbrados a llevar el anillo de tiro en el pulgar para tensar más fácilmente el arco —siguió diciendo—, pero, cuando luchéis a caballo, habréis de poder cambiar rápidamente el arco por la espada, la espada por la lanza y viceversa. Un anillo de tiro os estorbaría.

—Y entonces, ¿cómo vamos a tensar el arco? —preguntó un hombre de cabello cano, en cuyas anchas narices era visible una lívida cicatriz.

Levantó uno de los arcos cortos a la distancia de un brazo y trató de tensarlo. No logró alargar la cuerda más de un palmo, y algunos de los otros se echaron a reír.

El hombre de cabello cano se llamaba Macaón. Aunque no reconociera a Conan, el cimmerio sí reconoció en él al sargento de la Guardia de la Ciudad que había comandado a los que mataron a Lord Melius.

—Agarra la cuerda con tres dedos —dijo Conan en cuanto callaron las risas— y tira, así.

El musculoso cimmerio tomó una flecha y, acercando el cabo de la cuerda a la altura de la mejilla, tiró hacia abajo del corto y sólido arco para tensarla. Mientras lo hacía, refrenó con las rodillas a su caballo negro, entrenado para la guerra. Los blancos de paja parecían mecerse ante sus ojos; tiró. Con sordo chasquido, la saeta fue a clavarse en el centro del que se hallaba en medio. Un murmullo de sorpresa se hizo oír entre los hombres.

—Se hace así —dijo Conan.

—Es bastante raro esto de tirar desde el caballo —dijo un hombre alto de mejillas chupadas.

Tenía los ojos negros hundidos en sus cuencas, y por su aspecto habríase dicho que alguna enfermedad le afligía, aunque los miembros de la compañía que lo conocían decían que no padecía ninguna dolencia, sino que tan solo tenía el espíritu amargo.

—Si solo es cuestión de acostumbrarse, ¿por qué no lo practican ya los ejércitos de Nemedia, ni de Aquilonia, ni de ninguna otra nación civilizada?

Macaón le ahorró a Conan el responder.

—No seas obtuso, Narus —le espetó el hombre de cabello cano—, y que, por una vez, tu ánimo sombrío no tiña lo que ves con sus colores. Piensa. Podremos aparecer, atacar y huir mientras los arqueros de a pie todavía estén plantando sus estacas afiladas para intentar detener el tipo de carga que ellos esperan, o mientras los lanceros y la infantería ordinaria se estén preparando para cerrar filas contra un asalto a caballo como los que conocen. Cuando la caballería enemiga apreste la lanza para contraatacar, nuestras saetas les traspasarán el corazón. Depón ese porte afligido, Narus, y sonríe pensando en la sorpresa que le daremos al enemigo.

Narus, deliberadamente, hizo tal mueca que pareció más que nunca afectado por la plaga. Un murmullo de risas y comentarios obscenos le respondió.

—Macaón ha juzgado este asunto con acierto —proclamó Conan—. Le nombro desde ahora sargento de esta Compañía Libre.

Una expresión sorprendida, pensativa, se dibujó en el marcado rostro de Macaón, y se alzó entre los demás un murmullo de aprobación. Incluso Narus parecía aprobar la elección, a su lúgubre manera.

—Ahora —siguió diciendo Conan—, que cada hombre intente acertar a los blancos. Primero, con el caballo parado.

Durante tres clepsidras, el cimmerio los mantuvo ocupados en la tarea, algo más tarde con los caballos al paso y por fin al galope. Casi todos los hombres, si no todos los que había allí, sabían montar y tirar con arco, y progresaron con rapidez. Al final de la jornada, aunque todavía no emplearan el arco con la pericia de la caballería ligera turania, sí eran capaces ya de sorprender y consternar a la de los países del oeste. Macaón —nadie se sorprendió por ello— y Narus —sorprendió a todos— eran los mejores después de Conan.

Cuando acabaron, el cimmerio les dejó regresar a Belverus, a una de las caballerizas que se alineaban frente al muro de la ciudad, que había contratado para que atendiera a los caballos de la compañía. Tras confiar su montura a los esclavos de la caballeriza, todos se fueron por su camino hasta la mañana siguiente, en la que,

siguiendo órdenes de Conan, debían volver a reunirse en los establos, pues tal era la costumbre de las Compañías libres cuando no estaban de servicio. De esto último habló Macaón a Conan cuando este ya se iba.

—Un momento, capitán —dijo el hombre de cabello cano, parando a Conan junto a las pesadas puertas de madera de la cuadra.

Macaón había sido apuesto en su juventud, pero, aparte de la cicatriz que le marcaba las anchas narices, tenía dibujado en el rostro un mapa de sus campañas. En la mejilla izquierda llevaba un pequeño tatuaje de una estrella de seis puntas hecho en Koth; tres finos aros de oro procedentes de Argos pendían del lóbulo de su oreja izquierda, y llevaba el pelo corto sobre la frente y largo por la espalda, al estilo de la frontera ofirea.

—Nos convendría, capitán, que esta compañía entrara pronto en servicio. Aunque solo hayan pasado unos días desde que formulamos el juramento solemne, he oído alguna queja abierta de que no ganamos oro, y se comentaba lo fácil que es pronunciar un segundo juramento solemne, con otro nombre, ante otro magistrado.

—Hazles saber que pronto estaremos de servicio —le respondió Conan, aunque él mismo se preguntaba por qué no se había acercado todavía a ninguno de los mercaderes que pudieran querer contratar una Compañía Libre—. Veo que he elegido a un buen sargento.

Macaón dudó, y luego preguntó tímidamente:

—¿Sabéis quién soy?

—Sí sé quién eres, pero no me importa. Conan miró a los ojos negros del otro, hasta que Macaón, al fin, asintió.

—Me encargaré de los hombres, capitán.

El cimmerio salió del establo y se dirigió al Mesón de Thestis, pasando por calles en las que parecía haber el doble de mendigos y el triple de matones que diez días antes. Ahora, ni los rollizos mercaderes ni los nobles de rostro severo se adentraban siquiera en las Calles Altas sin un acompañante de mirada fiera, y ni una sola de las literas llevadas por esclavos en las que podía pasear la esbelta hija de un noble, o su cortesana de ojos lascivos, viajaban sin una escolta de guardias completamente armados. La Guardia de la

Ciudad no se dejaba ver.

El Thestis, cuando Conan entró, se llenaba ya, como todos los mediodías, de jóvenes artistas que querían comer gratis de la olla de la posada. Sus debates, y sus instrumentos musicales, se entremezclaban formando una cacofonía que el cimmerio había aprendido a ignorar.

Agarró a Kerin del brazo cuando esta le pasó por delante con una jarra de arcilla llena de vino en cada mano.

—¿Ha regresado Hordo? —preguntó.

Dejó una de las jarras de vino sobre la mesa, con tal violencia que la rompió, e ignoró el charco de vino que se extendía por esta y los gritos de los que allí se sentaban.

—Mandó a un muchacho con un mensaje —le respondió fríamente—. Tienes que encontrarte con él en el Mesón de la Luna Llena, en la Calle de los Lamentos, una clepsidra después del cénit del sol.

—¿Por qué allí? ¿Ha dicho por qué no quiere venir aquí? Kerin entrecerró los ojos, y masculló entre dientes la respuesta.

—Se habló de una bailarina, con unos pechos que… ¡Pero basta! ¡Si quieres saber más, pregúntaselo a esa miserable cabra tuerta!

El cimmerio contuvo la sonrisa hasta que ella se hubo marchado enfadada. Le deseó a Hordo que la bailarina satisficiese sus expectativas, pues sin duda tendría que pagar por sus placeres cuando volviera a ponerse al alcance de Kerin.

Mientras estaba pensando si tendría tiempo para un cuenco lleno de estofado —que, sin duda, sabría mejor que el que iban a servirle en la Calle de los Lamentos— antes de ir a encontrarse con Hordo, Ariane se le acercó y le puso sobre el brazo su pequeña mano. Conan sonrió, pues se le había ocurrido una manera de pasar el rato más interesante que un cuenco de estofado.

—Sube a mi cuarto —dijo, mientras la rodeaba con el brazo. La acercó más hacia sí y ensayó su más seductora mirada lasciva—. Podríamos charlar de poesía.

Ella trató de contener una risita tonta, y casi lo logró.

—Si estás hablando de la poesía que yo creo, tal vez no te conformes con charlar. —La sonrisa se desvaneció de sus labios, y le escrutó el rostro con la mirada—. Ahora tendríamos que hablar de algo más importante, pero debes jurarme que no le contarás a nadie

nada de lo que te diga. Debes jurármelo.

—Lo juro —dijo él lentamente.

De pronto, comprendió por qué todavía no había alquilado su Compañía Libre. Sin duda, de la compañía que sirviera a un mercader o a un noble se esperaría que sostuviera al trono en tiempos de rebelión. No quería tomar parte en el aplastamiento de Ariane y sus amigos. Especialmente de Ariane.

—Me he preguntado a menudo —siguió diciendo— cuándo me hablarías de esa revuelta que preparáis. Ariane sofocó un grito.

—Lo sabes —le dijo, hablando quedo. Le tapó los labios a Conan con la mano para impedir que siguiera hablando—. Ven conmigo.

La siguió por entre las mesas hasta el interior de la posada. Allí, en un pequeño cuarto, Estéfano holgazaneaba, mirando con el ceño fruncido, recostado en la desconchada pared, y Graecus, el achaparrado escultor, estaba montado sobre un banco y sonreía. Leucas, un hombre delgado y narigón que decía ser filósofo, estaba sentado, con las piernas cruzadas, en el suelo, y se mordía el labio inferior.

—Lo sabe —dijo Ariane al cerrar la puerta, y todos se pusieron en pie de un salto.

Conan, disimuladamente, llevó la mano al puño de la espada.

—¡Lo sabe! —bramó Estéfano—. Ya te dije que era peligroso. Ya te dije que no debíamos tratar con él. No es esto lo que había que hacer.

—No grites —le replicó Ariane con firmeza—. ¿Quieres que todos los que están en la posada se enteren? —Él se calmó de mala gana, y ella siguió hablando, dirigiéndose también a los demás—. Es verdad que no teníamos previsto reclutar a hombres como Conan, pero he oído que todos queríais participar más directamente en esto.

—Al menos, tú sabes escribir poesía que se mofa de Garian —murmuró Graecus—. Yo solo puedo copiar lo que tú escribes y esparcirlo por las calles. No puedo agitar al pueblo con una escultura.

—«El rey Garian se sienta en el Trono del Dragón» —exclamó Conan. Todos lo miraron—. «El rey Garian se sienta en inacabable festín». Yo había leído ese. ¿Lo escribiste tú, Ariane?

—Lo escribió Gallia —replicó ella secamente—. Yo escribo

mucho mejor.

—Todo esto no viene al caso —chilló Estéfano—. Todos sabemos por qué confías en él, Ariane. —Miró a los ojos azules y gélidos de Conan y tragó saliva—. Creo que lo que estamos haciendo es peligroso. Tendría que ser Taras quien se encargara de contratar a hombres de esta…, de esta clase. Él los conoce. Nosotros no.

—A Conan sí lo conocemos —insistió Ariane—. Y todos estuvimos de acuerdo…, sí, y tú también, Estéfano…, en que nos convenía encontrar luchadores, no importa lo que diga Taras. Con Conan no tendremos solo uno, sino cuarenta.

—Si es que ellos le siguen —dijo Graecus.

—Me seguirán mientras les pague con oro —replicó Conan. Graecus pareció incomodarse al oírlo, y Estéfano rio con insolencia. ¡Oro!

—¡Necios! —dijo Ariane, burlona—. ¿Cuántas veces hemos hablado de los que proclaman que la revolución ha de ser pura, que solo se ha de autorizar a los que luchen por la causa justa a tomar parte en ella? ¿Cuántos de ellos han acabado empalados en una estaca por culpa de su pureza?

—Nuestra causa es justa —gritó Estéfano—. El oro la mancilla. Ariane negó con la cabeza, fatigada.

—Una y otra vez lo hemos discutido. La hora de tales discusiones ha pasado ya, Estéfano. ¿Qué crees que hace Taras para reunir luchadores? Les paga con oro, Estéfano. ¡Oro!

—Y desde el principio yo me opuse —replicó el larguirucho escultor—. El pueblo…

—Nos seguirá, y se amotinará —dijo ella, interrumpiéndole—. Nos seguirá y, como ninguno de nosotros sabe nada de las armas de la guerra, será derrotado.

—Nuestros ideales… —murmuró él.

—Con nuestros ideales no basta.

La muchacha miró duramente a cada uno de los conspiradores, y ellos se volvieron, incómodos, ante su mirada. Conan comprendió que, entre todos ellos, eran aquellas dulces curvas las que albergaban una voluntad más firme.

—Lo que yo quiero —exclamó Graecus— es una oportunidad de tener una espada en la mano. Conan, ¿puedo ir contigo mañana por la mañana?

—Yo no he dicho que fuera a unirme a vosotros —respondió calculadamente Conan.

Ariane sofocó un grito, arañándose con las manos los redondeados senos; su rostro parecía una imagen de la consternación. Graecus seguía sentado, boquiabierto.

—Ya te dije que no había que confiar en él —murmuró Estéfano.

—Mis hombres me seguirán —siguió diciendo el cimmerio—, pero no si les guío tan solo al tajo del verdugo o al empalamiento. No puedo unirme a vosotros sin tener idea de vuestras probabilidades de éxito, y para tenerla, debo conocer vuestros planes.

—Podría traicionarnos —dijo al instante Estéfano.

—No te preocupes, Estéfano —dijo Ariane, pero luego escrutó con la mirada el rostro del cimmerio sin decir más.

—No estoy lo bastante civilizado —dijo Conan con suavidad— para traicionar a mis amigos.

Ariane asintió temblorosa. Estéfano trató de interrumpirla, pero ella le ignoró.

—Taras está contratando guerreros. El dice que necesitaremos al menos un millar, pero en todo caso no tardará en tenerlos. Nuestra verdadera fuerza, sin embargo, es el pueblo. Su ira es tan grande ahora, y también su hambre, que si pudieran arrastrarían por los suelos a Garian con sus propias manos. Algunos saben ya que recibirán armas. Otros acabarán siguiendo a estos. Tenemos armas para diez mil, armas que hemos pasado de contrabando por la frontera. Algunas, sin duda, las trajo tu amigo, Hordo.

—¿Diez mil, dices? —exclamó Conan, recordando que Hordo había supuesto unas cinco mil.

—Diez mil —repitió Graecus—. Yo las he visto. Taras me enseñó un almacén lleno.

«Y también le dejó contarlas», pensó Conan cínicamente.

—Es muy caro armar a diez mil, aun pobremente. Y todavía más contratar a mil ya armados. ¿Tenéis el oro necesario?

—Ya tenemos una parte, sí —replicó Ariane, a la defensiva—. Pero, como sabes, no disponemos de grandes cantidades, y casi todo lo que procede de nuestros…, de nuestros otros ingresos viene a parar a esta posada.

—Hay algunos —dijo Estéfano con grandilocuencia— que, pese

a sus riquezas, creen que tenemos razón y que Garian destruirá Nemedia. Proveen a Taras de lo necesario para pagar armas y hombres.

—¿Quiénes son? —preguntó Conan—. ¿Os sostendrán abiertamente, os apoyarán con su nombre cuando salgáis a la calle?

—Por supuesto —dijo Estéfano, pero casi al instante su grandilocuencia se volvió incertidumbre—. Es decir, supongo que lo harán. Verás, han preferido conservar el anonimato. —Rio tembloroso—. Oh, ni siquiera les ha visto jamás ninguno de nosotros. Taras recibe directamente el dinero.

—Lo que Estéfano quiere decir —explicó Ariane, mientras el escultor se sumía en el silencio— es que temen que fallemos, y que acaben encontrándose ellos mismos en el tajo del verdugo. Es probable que crean manipularnos, a nosotros y la revolución, para acrecentar sus propias riquezas y su rango. Pero, si ese es el caso, olvidan que nosotros capitaneamos al pueblo. Y a un millar de hombres armados.

«A un millar de hombres armados que reciben el oro de esos misteriosos benefactores», pensó Conan, exasperado.

—Pero ¿cuál es vuestro plan? ¿No pensaréis salir a la calle y empezar a repartir espadas entre el pueblo? Graecus sonrió de oreja a oreja.

—No somos tan necios como quizá nos consideres, Conan. Aquellos de nosotros que distribuyen el pan en Puerta del Infierno han encontrado hombres en quienes se puede confiar, han averiguado quiénes nos seguirán cuando demos la señal. Estos recibirán armas. Siguiendo nuestras órdenes, rodearán el Palacio Real, mientras Taras va con sus mil a apoderarse de las puertas de la ciudad y a sitiar las casernas de la Guardia.

—¿Y qué hay de las Compañías Libres, y de los guardias personales? —preguntó Conan—. Deben de sumar unos tres mil en toda la ciudad, y los que les pagan apoyarán al rey, sin duda.

—Sí —dijo Ariane—, pero todos conservarán a sus guardias personales cerca de sí hasta que sepan qué sucede. Podemos ignorarlos. Si es necesario, acabaremos con ellos más tarde, uno por uno. Una Compañía Libre de cien hombres puede ser fácilmente dominada por un millar de andrajosos para quienes la muerte solo representa el fin del hambre.

La muchacha parecía dispuesta a dirigir ella misma el alzamiento: erguía la cabeza y cuadraba los hombros, realzando así los pechos, que oprimían el tejido de la camisa; los ojos le ardían con fuego castaño. Conan sabía que lo que decía era verdad. Los hombres que reciben con alegría a la muerte son oponentes temibles en un asalto, aunque resulten mucho más fáciles de derrotar en una campaña larga. Fuera cual fuese el resultado de aquella reunión, tendría que estar dispuesto a poner en marcha su compañía en cualquier momento, a actuar de inmediato ante un aviso.

Lo que dijo, sin embargo, fue:

—¿Qué hay del ejército?

De nuevo fue Graecus el que contestó.

—Las tropas más cercanas son de un millar, en Heranium, y dos millares en Jeraculum. Una vez reciban la orden de avanzar, tardarán cinco días en llegar a Belverus, pero no podrán hacer nada realmente efectivo tan pronto controlemos las puertas de la ciudad. Y en cuanto a las tropas establecidas cerca de la frontera aquilonia, tendrán que decidirse a abandonar esa frontera, e inevitablemente se verán supeditadas a lo que haga Aquilonia.

—Desde la frontera, una fuerza considerable tardaría diez días en llegar —dijo Conan, pensativo—. Serían necesarios dos días a caballo y muchos esfuerzos para que un mensajero llegara allí. Así que podéis contar con doce días antes de que debáis hacer frente a máquinas de asedio, y a un considerable número de soldados que asaltara los muros de la ciudad. Quizá tarden más, pero es mejor no confiar en ello.

—Tienes vista para estas cosas —le dijo Graecus con aprobación —. También hicimos nuestros planes teniendo doce días en mente.

—Y no los necesitaremos —dijo Estéfano con un gesto de desprecio—. Mucho antes, los oprimidos de la ciudad se habrán alzado para unirse a nosotros. Unos cien mil hombres ocuparán los muros de la ciudad, hombro con hombro. Ya habremos llamado a Garian a abdicar…

—¡A abdicar! —gritó Conan. Los otros se sobresaltaron, y miraron a las paredes como si temieran que les escucharan. El cimmerio siguió hablando en voz más baja—. ¿Provocáis una rebelión y luego llamáis a Garian a abdicar? Qué locura. Los

Leopardos de Oro pueden defender el Palacio Real durante medio año de sitio, quizá más. Solo disponéis de doce días.

—Esto no fue idea mía —exclamó Ariane con disgusto—. Desde el primer momento, he dicho que debemos tomar el palacio.

—¡Y matar a todos los que estén allí! —dijo Estéfano—. En ese caso no seríamos mejores que Garian, y nuestras creencias e ideales no pasarían de huera retórica.

—Yo no recuerdo —dijo Graecus calmadamente— quién fue el primero en sugerir que le exigiéramos a Garian su abdicación. A primera vista, quizás parece más acertado lo que Ariane sugiere: atacar el Palacio Real mientras los Leopardos de Oro todavía crean que solo se enfrentan a un motín callejero más. Pero no podemos abandonar por completo los ideales que defendemos. Además —acabó de decir con una sonrisa, como si hubiera hallado la solución—, es cosa sabida que un centenar de pasadizos atraviesan el montículo sobre el que se asienta el Palacio Real, y alguno de ellos sin duda nos permitiría entrar en el interior burlando las defensas.

—Todo el mundo sabe que esos corredores existen —dijo Ariane con voz acida—, pero ¿tienes idea de cómo encontrar uno de ellos? ¿Uno solo?

—Podríamos hacer excavaciones —sugirió tímidamente el hombre achaparrado.

Ariane gruñó, y el otro decidió callar. Conan negaba repetidamente con la cabeza.

—Garian no abdicará. Ningún rey abdica. Perderéis tiempo que no podéis perder.

—Si él no abdica —dijo Estéfano—, el pueblo tomara por asalto el Palacio Real y le destrozará con sus propias manos por los crímenes que ha cometido contra ellos.

—El pueblo —dijo Conan, al tiempo que miraba al hombre de negras y pobladas cejas, como si nunca hubiera visto nada parecido—. Hablabas de impedir una matanza que quitaría lustre a tus ideales. ¿Y qué hay de los millares que morirán en la toma del palacio? Si es que llegáis a tomarlo.

—Pusimos en peligro nuestros ideales al contratar espadachines pagándoles oro. Todos los que mueran morirán como mártires de una causa justa y gloriosa.

—¿Cuándo será ese día glorioso? —preguntó Conan con

sarcasmo.

—En cuanto Taras haya reunido a sus mil hombres —respondió Graecus.

—Así pues, ¿será ese Taras quien dé la señal para el motín? —Graecus asintió morosamente; una súbita mirada de duda apareció en su rostro, y Conan siguió hablando—. En tal caso, debo hablar con Taras antes de que me decida a unirme a vosotros.

Ariane le miraba boquiabierta.

—¿Quieres decir que todavía podrías dejarnos? ¿Tras ver cómo hemos confiado en ti?

—¡Se lo hemos contado todo! —gritó Estéfano, con voz cada vez más chillona—. ¡Puede revelarlo todo! ¡Acabamos de entregarnos a este bárbaro!

Conan, cuyo rostro se había endurecido de pronto, agarró la espada con ambas manos y tiró de ella hasta que tuvo la empuñadura ante el rostro. Estéfano retrocedió dando traspiés y chilló como una mujer, y las piernas de Graecus flaquearon. La faz de Ariane estaba pálida, pero no se movió.

—Por este acero —dijo Conan— y por Crom, Señor del Montículo, juro que jamás os traicionaré. —Sus gélidos ojos azules se encontraron con la mirada de Ariane, y la sostuvieron—. Antes moriré.

Ariane dio un paso adelante —su rostro estaba lleno de admiración— y pasó una mano vacilante por la mejilla del cimmerio.

—Tú no eres como ningún otro hombre que yo haya conocido —le dijo en susurros. Su voz se volvió más firme—. Le creo. Le concertaremos un encuentro con Taras. ¿De acuerdo, Estéfano? ¿Graecus? —Ambos escultores asintieron estúpidamente—. ¿Leucas? ¡Leucas!

—¿Qué? —El descarnado filósofo se sobresaltó, como si hubiera estado dormido—. Lo que tú digas, Ariane, siempre te apoyaré con todo mi corazón.

Vio de pronto la hoja desnuda de Conan y retrocedió, dando con la cabeza en la pared. No se movió de allí, y miraba el acero con ojos horrorizados.

—¡Filósofos! —murmuró Ariane en tono burlón.

—Debo irme —dijo Conan, al tiempo que envainaba la espada

—. Debo ver a Hordo.

—Esta noche te veré, pues —dijo Ariane. Estéfano, de pronto, puso la cara de quien sufre dolor de estómago—. Ah, Conan —añadió ella, cuando el cimmerio se volvió para irse—. Confío en ti con toda mi vida.

«Con toda su vida», pensaba el cimmerio al salir de la posada. Pero estaba involucrada hasta el fondo en la conspiración y el motín. Podía tener éxito. En caso de que Taras tuviera realmente los mil hombres entrenados y armados de los que decía disponer. En caso de que el pueblo se amotinara, y les siguiera, y no huyera al verse frente a los escudos y el paso regular de la infantería, la armada carga de la caballería pesada y las monstruosas máquinas de asedio, destructoras de tejados. En caso de que los rebeldes, en su orgullo, se persuadieran de que más valía dejar los ideales para después de la victoria y tomaran por asalto el Palacio Real mientras los Leopardos de Oro estuvieran aún desprevenidos. Demasiados «en caso de que». La vida de la muchacha dependía de una causa ya condenada. Pero, en el orgullo de su juventud, Conan pronunció otro juramento, este para sí. Al mismo tiempo que mantenía su juramento de no traicionarles, trataría de salvar a la muchacha, aunque esta no estuviera de acuerdo.

9

Una clepsidra después del mediodía, la jarana había empezado en la Calle de los Lamentos, desvaída al principio, y luego fue animándose a medida que se acercaba la noche. Un centenar de malabaristas arrojaba ya sus bolas, bastones, aros, cuchillos y varitas mágicas, y no tardarían en ser un millar. Un centenar de rameras, maquilladas, perfumadas, adornadas con brazaletes, pobremente vestidas con sus sedas de colores brillantes, se contoneaban, y serían dos millares cuándo oscureciera. Entre todos ellos paseaban docenas de nobles ataviados con lujosas túnicas y mercaderes, seguidos todos ellos por uno o dos hombres de armas, vanguardia de las multitudes que les seguirían. Literas a docenas, llevadas por esclavos musculosos, rodeadas por guardias en armadura, transportaban mujeres de piel fina y aliento cálido, que querían adelantarse a sus hermanas en el goce de los vicios que solo los desesperados ofrecían. Y, en medio del gentío, los mendigos harapientos engatusaban a los transeúntes.

Conan anduvo calle abajo, indiferente a cuanto veía u oía, y echó a reír cuando vio por fin el Mesón de la Luna Llena. En un tablón de madera que habían colgado sobre la entrada estaba pintada una mujer desnuda, de hinojos y prosternada, que ofrecía el trasero a cuantos pasaban, y cuyas nalgas brillaban como si reflejaran el sol. Aquello indicaba cuáles eran los bastos deleites que Hordo había elegido.

De pronto una de las literas le llamó la atención; su cortina era purpúrea, y las negras varas laterales y el armazón tenían adornos de oro. Sin duda era la misma litera que había visto en su primer día en Belverus, la litera de la mujer velada que le había mirado de forma extraña. Una mano apartó la cortina purpúrea, y de nuevo vio los ojos de la mujer de los velos grises. Estaba demasiado lejos

para distinguir su color, pero aquellos ojos gatunos le resultaban familiares. Y le acosaban; si pudiera recordar dónde los había visto antes…

Meneó negativamente la cabeza. La memoria y la imaginación engañan. Un centenar de mujeres de las que había conocido, y un millar de las que no, debían de tener los mismos ojos. Se volvió para entrar en el Luna Llena.

Oyó un sonido tras de sí, entre los murmullos de la calle, la risa de una mujer que tenía algo de gemido. Giró sobre sus talones, y un gélido escalofrío le recorrió el espinazo. Aquella risa le había resultado tan familiar, que estaba seguro de que si abría la boca le vendría a los labios un nombre. Pero no vio a ninguna mujer, aparte de las putas. La litera había desaparecido entre el gentío.

El cimmerio llevó la mano a la espada y a la daga que llevaba en el antebrazo, como si ello pudiera tranquilizarle. Se dijo a sí mismo que estaba demasiado malhumorado para preocuparse de Ariane. Le convenía distraerse un rato con Hordo, beber y entretener lascivamente la mirada con alguna fabulosa bailarina. Entró en el Luna Llena.

La taberna de la Luna Llena olía a vino rancio y a perfume pasado. Solo una tercera parte de las toscas mesas de madera estaban llenas en aquella hora, llenas de hombres encorvados sobre sus jarras, tragándose el vino y sus propios y sombríos miedos. Siete mujeres bailaban al ritmo de dos flautas estridentes y de una cítara, y todas ellas llevaban una tira ancha de seda roja con la que se cubrían, ora el rostro, ora los pechos desnudos. De sus cintos dorados, que les ceñían holgadamente el bien torneado talle, colgaban láminas de latón que les cubrían las caderas, marcadas cada una de ellas con el precio por el que se podría gozar de su portadora en uno de los cuartos del piso de arriba.

Aunque todas las bailarinas tenían bellas curvas, Conan no veía a ninguna que pudiera excitar la imaginación de Hordo en el sentido que indicaba aquel cartel. Pensó que quizá tendrían otras muchachas que habían de aparecer más tarde. Cuando por fin se sentó a una mesa, cerca de la estrecha plataforma sobre la que se contoneaban las bailarinas, una rolliza camarera, que no llevaba otro atuendo que un jirón de muselina atado en torno a las caderas, se le acercó por un lado.

—Vino —dijo él, y la muchacha fue a buscarlo.

Mientras se ponía cómodo para disfrutar de la actuación de las muchachas del escenario, se dio cuenta de que alguien le miraba. El delgado filósofo, Leucas, se acercaba vacilante a su mesa.

—Tendría que… ¿Puedo hablar contigo, Conan?

El hombre delgado miraba nerviosamente en derredor al tiempo que hablaba, como temiendo que le oyeran. Los únicos otros hombres que no estaban abstraídos bebiendo vino eran tres kothios de piel oscura, que llevaban el cabello trenzado con anillos de metal y dagas karpashias sujetas al antebrazo. Parecían estar discutiendo si las bailarinas merecían los precios que exhibían. Aun así, Leucas casi cayó sobre el taburete que había frente a Conan, se tiró sobre la mesa y habló en apremiantes susurros como esperando que alguien le interrumpiera violentamente en cualquier momento.

—Tenía que charlar contigo, Conan. Te he seguido. Tu espada. Al verla, lo supe. Eres tú. Eres el hombre que puede hacer este tipo de cosa. Yo…, yo no lo soy. Lisa y llanamente, no soy un hombre de acción. —El sudor perlaba su alargado rostro, aunque se hallaran en una taberna sombreada, fresca—. Me comprendes, ¿verdad?

—No entiendo ni palabra —dijo Conan. Leucas cerró con fuerza los ojos murmurando algo entre dientes, y cuando volvió a abrirlos pareció serenarse.

—Estás de acuerdo en que Garian debe ser derrocado, ¿no?

—Eso es lo que vosotros planeáis —respondió Conan evasivamente.

—Pero… —La voz de Leucas subió alarmantemente de tono; volvió a bajarla con visible esfuerzo—. Pero eso tiene que cambiar ya. No podemos esperar más. Mira lo que ha ocurrido estos últimos días. El sol se oscurece. La tierra tiembla. Los dioses han apartado su rostro de Nemedia. Aquello era un signo, una advertencia de que debemos derrocar a Garian antes que lo derroquen ellos y arrastren con él a todo Belverus.

El dios de Conan, Crom, el Señor Oscuro del Montículo, le daba al hombre vida y voluntad, y nada más. Conan no había visto nunca nada que indicara que otros dioses daban más. Y en cuanto al cielo que se oscurecía y la tierra que temblaba, era su opinión que había alguien en Belverus que obraba brujería, pese a las prohibiciones de Garian. No le gustaban los que se entregaban a tales prácticas, pero,

por una vez, no había tropezado con ellos, ni pensaba salirles al encuentro.

Solo dijo:

—¿Creéis que habría que avanzar vuestros planes, entonces? Pero ¿por qué me hablas de ello?

—No, no lo comprendes. No te hablo de esos planes. Se trata de algo distinto. Más inmediato.

El rostro del hombre delgado brillaba ahora a causa del sudor que ya lo cubría, y le temblaba la voz, aunque siguiera hablando quedo.

—Verás, nos van a introducir en palacio. Con dagas. Garian debe morir. De inmediato. Pero yo no puedo. No soy de esa clase de hombres. Tú eres un hombre violento. Toma mi lugar.

—Yo no soy un asesino —masculló Conan. Leucas chilló, y sus ojos bailaban con frenesí.

—Baja la voz —dijo, casi gimoteando—. No lo entiendes. Tienes que…

—Sí que entiendo lo que me pides —dijo Conan fríamente—. Vuelve a pedírmelo y te haré saltar algunos dientes de un puñetazo. —Le vino a la cabeza un súbito pensamiento—. ¿Ariane sabe algo de esto?

—No debes contárselo a ella. No debes contárselo a nadie. No tendría que haberte hablado de esto. —Leucas se puso en pie de pronto, dando un traspiés. Mientras se alejaba de la mesa, hacía gestos vagos y fútiles—. Piénsalo, Conan. ¿Quieres hacerlo? Al menos, piénsalo.

El cimmerio hizo como que iba a levantarse, y el filósofo, chillando, se abrió paso hasta la calle.

Conan torcía la boca airado. ¿Cómo osaba aquel hombre considerarle un asesino, un criminal? Él había matado, sin duda, y casi con certeza volvería a matar, pero porque se había visto obligado, no por dinero. Sin embargo, lo que más ocupaba sus pensamientos era Ariane. Conan veía imposible que un hombre como Leucas, que olía a temeroso sudor, entrara en palacio sin ser capturado. Y en cuanto se oliera los hierros candentes y las tenazas, el filósofo balbuciría todos los nombres que supiera, hasta el de su madre. El cimmerio podría escapar si la cosa iba mal, pero Ariane caería en la trampa como un cervato. Decidió que, en cuanto Hordo

se presentara, irían a buscar a Ariane y la prevendrían contra Leucas.

Al pensar en Hordo, se acordó de su vino. ¿Adónde habría ido la camarera? Estaba seguro de no verla. En toda la taberna nada se movía, salvo las bailarinas y los tres kothios, que se iban acercando a ellas, al parecer para examinar mejor la mercancía.

Conan empezó a levantarse para ir a buscar a la muchacha, y al instante uno de los kothios le gritó:

—¡Te he dicho que esa mujer es mía, bárbaro!

Con adiestrados movimientos, los tres cruzaron las muñecas y desenvainaron las dagas del antebrazo. Las flautas dejaron de sonar, y las bailarinas huyeron chillando al ver que los kothios se arrojaban sobre el musculoso cimmerio blandiendo espadas.

Con una sola mano, Conan levantó la mesa y se la echó encima.

—¡Necios —gritó al tiempo que se ponía en pie—, atacáis a quien no deberíais atacar!

Dos de los kothios se hicieron a un lado, pero hubo uno que cayó, se arrastró sobre sus rodillas hasta Conan, asestando puñaladas. El cimmerio se encogió, y las cuchilladas rozaron su loriga, una por cada costado. Antes de que el atacante pudiera moverse, Conan le había roto ya su prominente mentón, y tenía que escupir dientes mezclados con un chorro de sangre. Mientras las armas de aquel hombre caían de sus manos sin nervio y le acompañaban en su inconsciencia sobre aquel sucio suelo, Conan agarraba todavía su acero con mano firme; tenía listos para atacar el sable y la daga.

—Atacáis a quien no deberíais atacar —volvió a decir.

Los dos que quedaban se separaron, amenazándole con el felino ademán de los que son expertos en el empleo del puñal. Se levantó un estruendo entre las mesas, porque los hombres apostaban al ganador.

—Nunca os había visto, ni sé nada de ninguna mujer.

Los dos hombres seguían avanzando, rodeaban al cimmerio, esgrimían las armas sin blandirías en alto, preparando la acometida que eludiera las traslapadas piezas de metal de su loriga.

—¡Eres tú! —dijo uno de los dos, y en cuanto Conan se volvió para mirarlo el otro atacó.

El cimmerio, de todos modos, ya lo esperaba. Daba cuchilladas

en todas las direcciones a las que podía volver la mirada. El atacante kothio chilló, y un manantial de sangre tomó el lugar de su mano derecha. Mientras desesperado trataba de taparse el muñón, el hombre dio de bruces en el suelo; la pechera de su túnica enrojecía más y más a medida que la sangre seguía brotando.

Conan se volvió para mirar al tercer hombre, pero este no pensaba seguir con la pelea. Tenía la consternación escrita en su oscuro rostro, y miraba a sus dos camaradas tendidos en el suelo, uno inconsciente, el otro desangrándose hasta la muerte.

El corpulento cimmerio le señaló con la espada.

—Bueno. Serás tú quien me diga…

Inesperadamente, muchos Guardias de la Ciudad entraron por la puerta de la posada, eran una docena, y se apelotonaban en la entrada espada en mano. El primero de ellos señaló a Conan.

—¡Es ese! —gritó.

Los guardias avanzaron al unísono, abriéndose paso entre los presentes y tumbando alguna mesa con las prisas.

—¡Crom! —murmuró Conan.

No parecía que tuvieran ningún interés en saber quién había comenzado la pelea, ni por qué. Saltó al estrecho escenario y corrió hacia la puerta por la que habían salido las bailarinas. Estaba cerrada con pestillo.

—¡Capturadlo! —bramó uno de los guardias—. ¡Matadlo!

Abriéndose camino entre los clientes de la taberna —muchos de los cuales se lo habrían dejado expedito, y con placer, si les hubiera quedado espacio donde moverse— los guardias se precipitaron sobre el escenario.

Conan dio un rápido paso atrás y se arrojó contra la tosca puerta de madera, y la echó por tierra con una lluvia de astillas. Las bailarinas, que ahora volvían a gritar, estaban acurrucadas en un angosto pasillo, al final del cual se veía una puerta que daba afuera. Se abrió paso apresuradamente entre aquellas muchachas escasamente vestidas. Se detuvo ante la puerta y luego se volvió, esgrimiendo en alto su espada, y rugió con el rostro más espantoso que pudo afectar. Chillando con energías renovadas, las bailarinas se precipitaron otra vez al escenario. Se oyeron los gritos de consternación de los guardias que se veían atrapados en un diluvio de histéricas carnes de mujer.

Conan pensó que aquello los contendría. Envainó la espada y salió a un callejón, junto a la taberna. Apenas tenía cabida para sus hombros, y serpenteaba como un ofidio; olía a vómito y excremento humano. Eligió una dirección y echó a andar entre las moscas que zumbaban.

Antes de que llegara a la primera esquina, oyó un grito a sus espaldas:

—¡Por ahí va!

Una mirada atrás le confirmó que los guardias estaban entrando en el callejón. Pensó que un dios debía de haber maldito su suerte, pues le había mandado a los únicos guardias de Belverus fieles a su deber. Tal vez no les gustaran las mujeres. Gritando y resbalando en la porquería, la cuadrilla de negra capa se precipitaba tras él.

Conan trató de correr, procurando no resbalar, casi cayendo contra las paredes en cada recodo del callejón, arrancando con los hombros el estuco que quedaba en los desconchados y mohosos edificios. Otro callejón igualmente sinuoso se cruzaba con el suyo; se metió por él. Tropezó con un nuevo pasaje, tortuoso, angosto entre paredes oscuras, y volvió a girar. A sus espaldas seguía oyendo las maldiciones de los perseguidores.

Mientras corría se dio cuenta de que se hallaba en un laberinto, un dédalo de antiguas callejuelas, rodeado de calles más normales. Los edificios parecían ir a caerse y a cegar con escombros aquellos pasajes, pues, aunque muchos años atrás habían comenzado su existencia con un único piso, el paso del tiempo y las necesidades habían exigido más espacio habitable que no podía construirse en las afueras, y sobre los tejados se habían edificado habitaciones extra, y todavía más encima de estas, hasta parecer aquellas casas fortuitos apilamientos de cajas estucadas y recubiertas de azulejo gris.

En un lugar tal, corriendo como un zorro delante de los perros, sería cuestión de suerte el encontrar un camino de salida antes de que sus perseguidores le dieran alcance. Y no parecía que aquel día la suerte estuviera de su lado. Pero le quedaba otra opción, para la que había nacido él, entre los peñascos cubiertos de escarpa y los riscos de Cimmeria.

Con un salto fuerte, alcanzó el borde de un tejado y trepó hasta que pudo tenderse sobre las tejas de lisa pizarra. Las maldiciones y

los gritos de los guardias se acercaban, pasaron por debajo de él, ya se alejaban.

—¡Está allá arriba! —gritó un hombre—. ¡Le veo el pie!

—¡Por la vejiga y las tripas de Erlik! —murmuró Conan. Su suerte no era mala. Aquel día, era pésima.

Mientras los guardias se esforzaban por trepar, el cimmerio corrió por las tejas, se encaramó a otro nivel superior, trepó por este y saltó a un tejado más bajo. Con gran estruendo las tejas cedieron bajo sus pies, y fue a parar a una habitación que había debajo.

Aturdido, Conan logró ponerse en pie entre escombros de pizarra rota. Se dio cuenta de que no estaba solo. En las sombras, cerca de la pared opuesta, oculto su rostro por la penumbra, un hombre corpulento, envuelto en una lujosa capa de color azul, profería un sorprendido juramento con acentos guturales. Otro hombre, cuya discreta barba medio ocultaba un rostro estragado por alguna dolencia, miraba a Conan con incredulidad.

Fue sin embargo el tercer hombre, que llevaba una capa gris echada sobre su túnica escarlata, el que le llamó la atención. Era un sujeto de rostro aquilino y ojos de obsidiana, de cabello negro que ya blanqueaba en la sien, y parecía nacido para dar órdenes. Y en aquel mismo momento dio una orden.

—¡Matadlo! —dijo.

«Crom», pensó Conan, al tiempo que tiraba de la espada. ¿Es que todo Belverus quería su muerte? El hombre de rostro marcado llevó la mano al puño de su arma.

—¡Ese agujero en el tejado! ¡Una moneda de plata para el hombre que derrame la primera sangre!

Con la faz sombría como la muerte, el hombre de rostro aquilino alzó la mano, como si hubiera podido clavarla en Conan cual una garra desde el otro extremo de la habitación. Se oían por el tejado los pasos de los hombres que iban subiendo.

—Ya no hay tiempo —dijo el de rostro aquilino.

Volviéndose, salió airado de la habitación. Los otros dos lo siguieron.

Conan no pensaba quedarse a saludar a los guardias, ni seguir a aquellos tres. Se fijó en una tela hecha jirones que colgaba de la pared como un tapiz. Como si ocultara algo. La apartó, y encontró una puerta detrás por la cual se pasaba a otra habitación, llena tan

solo de polvo, pero en la que había otra puerta que daba a su vez a un pasillo. Mientras la cerraba suavemente tras de sí, Conan oyó los pasos de los hombres que saltaban por el agujero del tejado.

Fue una grata sorpresa que, tras recorrer aquel dédalo de callejas, el corredor fuera a dar a una calle, y el cimmerio no encontró en ella más que a una vieja harapienta que abría una puerta y le invitaba a pasar con desdentada sonrisa. Estremeciéndose con solo pensarlo, pasó de largo apresuradamente.

Cuando llegó al Thestis, la primera persona que vio fue Hordo, enfurruñado ante una jarra de vino. Se sentó frente a él en un taburete.

—Hordo, ¿tú me dejaste un mensaje diciendo que nos viéramos en el Mesón de la Luna Llena?

—¿Qué? No. —Hordo negó con la cabeza sin apartar la mirada de su jarra—. Respóndeme a eso, cimmerio. ¿Tú entiendes algo de las mujeres? Yo fui, le dije a Kerin que tenía los ojos más bonitos de todo Belverus, y ella me dio un bofetón en la cara y me dijo que ya se imaginaba que sus pechos no eran lo bastante grandes. —Suspiró tristemente—. Y no me ha dicho ni una sola palabra más.

—Quizá yo pueda aclararte cuál es el problema —dijo Conan, y, en voz baja, le habló del mensaje que en principio había sido enviado por el tuerto y de lo que le había ocurrido en el Luna Llena.

Hordo entendió al instante el sentido de todo aquello.

—Es a ti a quien quieren. Sean quienes sean. Si esos matones no acababan contigo, habían de ser los guardias quienes lo hicieran.

—Sí —dijo Conan—. En cuanto vi que los guardias me perseguían con tanta diligencia, comprendí que les habían untado la mano con oro. Pero aún no sé quién se la untó.

Hordo pasó el dedo por un charquito de vino derramado.

—¿No has pensado en salir de Belverus, Conan? Podríamos ir al sur. En Ofir también hay agitación, y las Compañías libres encuentran empleo allí sin dificultad. Te lo diré claramente, no me siento tranquilo con esto de que alguien que no conoces quiera tu muerte. Ya sabía yo que tendrías que haber escuchado a aquel adivino ciego.

—Ya sabías… —Conan hizo un ademán de exasperación—. Si cabalgo hacia el sur, Hordo, me quedaré sin la compañía. Algunos no querrán perder la oportunidad de ganar oro aquí, y yo no podría

pagar a los demás mientras no encontráramos empleo en Ofir. Además, me quedan algunos asuntos por resolver en esta ciudad.

—¿Algunos asuntos…? Conan, dime que no piensas complicarnos en esta…, en esta inútil revuelta infantil.

—No exactamente.

—No exactamente —dijo Hordo con voz sepulcral—. Dime qué es lo que vas a hacer. Exactamente.

—Ganar algo de oro —replicó Conan—. Descubrir quiénes son los que quieren que muera, y acabar con ellos. Oh, y salvar a Ariane del hacha del verdugo. Tú tampoco quieres que caiga la bonita cabeza de Kerin, ¿verdad?

—Quizá no —dijo de mala gana el tuerto.

Conan miró alrededor hasta que vio a la aludida, y le indicó con un gesto que se acercara a la mesa. La muchacha dudó, y luego se acercó con pose envarada.

—¿Ariane está aquí? —le preguntó Conan.

Lo primero que había que hacer para salvarle la cabeza era informarla de lo que pensaba hacer Leucas, y así poder detenerle.

—Ha salido —dijo Kerin. Miraba fijamente al corpulento cimmerio, como si Hordo no hubiera existido—. Dijo que tenía que concertar un encuentro para ti.

—En cuanto al mensaje de esta mañana… —empezó a decir Hordo.

Kerin, afectando indiferencia, se acercó a él y le vació la jarra de vino sobre el regazo. Hordo se puso en pie, gritando maldiciones, pero ella ya se iba.

—La decapitación es poco para ella —rugió—. Como parece que nos han dejado a los dos solos, vamos a la Calle de los Lamentos. Conozco un antro de vicio tan depravado que hasta las putas enrojecen al oír su nombre.

—Confío en que no se trate del Luna Llena —dijo Conan riendo.

—Nada de eso, cimmerio.

Y Hordo empezó a cantar como un asno dolorido.

—«Oh, una vez conocí a una muchacha de Alcibíes, y sus pezones eran como rubíes. Su cabello era de oro, pero tenía grupa de toro, y…».

Se hizo de pronto en la taberna un tenso silencio.

—¿Por qué no cantas, Conan?

Riendo, Conan se puso en pie, y rugiendo la segunda estrofa, que era en verdad obscena, salieron ambos a la calle entre horrorizados murmullos.

10

—¿Estáis seguros? —preguntaba Albanus.

Las lámparas de oro, suspendidas de los arcos en que acababan las columnas de mármol de la estancia, arrojaban sombras sobre los rasgos de su cara, haciéndola más parecida a la del lobo, su primo menos fiero.

Demetrio estaba malhumorado y tenso, mitad por la duda y mitad porque Albanus le había hecho esperar en el vestíbulo.

—Tú querías que Sefana fuera vigilada —murmuró—. Yo he hecho que la vigilaran. Y estoy seguro de lo que digo. ¿Crees que habría venido a mitad de la noche si no lo supiera?

—Sígueme —le ordenó Albanus, hablándole como si de un siervo se tratara.

Y no prestaba más atención a los pálidos labios y a los puños prietos del bujarrón de la que hubiera prestado a los de un siervo. Demetrio le seguía, como le había ordenado; lo importante era eso. Albanus actuaba ya como un rey. Después de todo, solo le faltaban unos días para serlo. Aquel mismo día había efectuado la última adquisición esencial para ello. El noble de ojos oscuros se dirigió a la estancia donde tantas veces se había entregado a juegos con Sularia, pero la muchacha no estaba allí en aquel momento. Con un ademán peculiar, tiró del cordón de brocado de la campanilla que había en la pared, y luego se acercó a su escritorio.

—¿Cuándo? —preguntó mientras destapaba su tintero de plata. Tomando la pluma y un pergamino, escribió con furia—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que actúe?

—No he logrado enterarme de lo que planea —respondió Demetrio con aspereza—. ¿No es suficiente con que reúna esta noche a sus esbirros?

—¡Necio! —gritó Albanus.

Con celeridad, el noble de rostro aquilino sacó arena de una cajita de plata y la esparció por el pergamino aún húmedo de tinta, y encendió un pequeño y broncíneo pote de cera. Entró un esclavo, que ostentaba el blasón de la casa de Albanus bordado en el dobladillo de su túnica. Albanus le ignoró mientras acababa de echar arena por el pergamino y lo doblaba, y lo sellaba luego con un poco de cera en la que estampaba su propio sello.

—¿Cuando tu espía te avisó, Demetrio, ya se habían reunido con Sefana todos los conspiradores?

—Cuando llegó el tercero, vino inmediatamente a avisarme. Sefana no reuniría a tres si no pensara dar un golpe esta misma noche.

Profiriendo maldiciones, Albanus le dio el pergamino al esclavo.

—Tiene que estar en manos del comandante Vegentius antes de que pase un cuarto de clepsidra. So pena de tu vida si no cumples. Ve…

El esclavo se inclinó y salió de la estancia casi corriendo.

—Si todavía no han llegado todos —empezó a decir Albanus en cuanto el esclavo hubo salido—, quizá tengamos tiempo de detenerla antes de que vaya a palacio. —Se acercó apresuradamente al cofre lacado y lo abrió con la llave que colgaba de su cuello—. Y, desde luego, voy a detenerla.

Demetrio miró con incomodidad el cofre y lo que este contenía.

—¿Cómo? ¿Vas a matarla?

—No tienes madera de rey —dijo Albanus riendo—. Hay un arte sutil en hallar el castigo adecuado para cada crimen y cada criminal. Ahora, hazte a un lado y no digas nada.

El esbelto y joven noble no necesitó una segunda advertencia. Arrimó la nariz a su jarrita de hierbas aromáticas —¿pues no se decía, acaso, que todas las magias obraban acompañadas por grandes hedores?—, con el deseo de haberse podido ir a otro sitio.

Albanus apartó un valiosísimo jarrón de cristal de Ghirgiz, tan descuidadamente que este cayó al suelo y se rompió, y puso en su lugar una bandeja redonda de plata, labrada con intrincados arabescos que acababan por causar dolor en el ojo que trataba de reseguirlos. Con rápidos movimientos, recogió las holgadas mangas de su túnica azul marino, abrió un frasco y vertió líquido escarlata en una parte de los arabescos, murmurando encantamientos. El

líquido seguía las precisas líneas grabadas en la plata, formaba complicadas líneas del color del rubí cuyos contornos no se ensanchaban ni alteraban.

Vació un paquete, que contenía cabello de Sefana pulverizado —pues no había sido difícil sobornar a sus doncellas para que le hicieran llegar algunos cabellos que habían quedado en el peine—, en un mortero, tallado en el cráneo de una virgen. Dosificó minuciosamente algunos otros ingredientes y los añadió a la mezcla, y luego los machacó, empleando la columna vertebral de un infante a guisa de mano de almirez.

Con la mixtura así obtenida llenó algunos otros canalillos de la bandeja. Tanto el polvo como el líquido, cada uno por su lado, daban lugar a dos figuras completas, que no se tocaban entre sí, y sin embargo parecía que algunas de las partes de cada uno de los arabescos se introdujeran en el otro. Pero aquellas partes no eran siempre las mismas, y el ojo que las mirara durante demasiado rato acababa cayendo víctima de la náusea y el mareo.

Por un momento Albanus se detuvo, anticipándose a lo que iba a ocurrir, saboreándolo. Algún tiempo atrás había provocado la sequía, pero era la primera vez que atacaba tan directamente a un ser humano. Sentía que el poder le circulaba por las venas, crecía, como el goce de poseer a una mujer. Con cada instante de demora se alargaba el placer. Pero sabía que ya no quedaba tiempo.

Alzando los brazos, empezó a cantar en una lengua muerta tiempo atrás, invocaba y daba órdenes con la voz. El polvo y el líquido empezaron a brillar, y sus palabras ganaron en insistencia.

Demetrio retrocedió, pues las arcanas sílabas le herían el cerebro, y no se detuvo hasta que halló la pared a sus espaldas. No entendía ni palabra, y sin embargo todas ellas cobraban sentido en los abismos de su alma, y la maldad que en estos albergaba se sabía ahora mera salpicadura frente a una oscura montaña de fuego. Habría gritado, pero el miedo le aferraba la garganta; sus chillidos resonaron en las tenebrosas cavernas de su mente.

Albanus no había levantado la voz, pero aun así sus palabras parecían retumbar en las paredes. Los tapices se movían como si los empujara un viento que nadie veía, que nadie sentía. El fulgor de la bandeja de plata se intensificó, y brilló más, y más, hasta poder atravesar unos párpados cerrados cual navajas de fuego. Entonces,

el polvo y el líquido desaparecieron, y los reemplazó una niebla ardiente que todavía conservaba las formas de aquellos, y parecía más sólida que aquellas primeras sustancias.

Se oyó una palmada en la estancia, como un trueno, y la niebla desapareció, nada quedó sobre la labrada superficie de plata. El brillo se demoró todavía unos momentos más, en los mismos ojos que miraban, y luego se desvaneció.

Albanus suspiró pesadamente, y bajó los brazos.

—Ya está hecho —murmuró—. Ya está hecho. Su mirada se alzó para encontrar la de Demetrio; el esbelto joven temblaba.

—Mi señor Albanus —dijo Demetrio, con aquella desacostumbrada humildad pegada a la garganta, pero dominado todavía por el miedo—, querría deciros de nuevo que os serviré con mis mejores cualidades, y que nada deseo más que veros ocupar vuestro legítimo puesto en el Trono del Dragón.

—¿Eres pues un buen siervo? —dijo Albanus, torciendo el labio con cruel regocijo.

El rostro del joven noble se ruborizó a causa de la ira, pero aun así dijo tartamudeando:

—Lo soy.

La voz de Albanus era tan suave y penetrante como el bisturí del cirujano.

—Entonces, nada digas hasta que te necesite para que vuelvas a servirme.

El rostro de Demetrio palideció; Albanus tomó cuenta de ello, pero no dijo nada. El joven empezaba a aprender cuál era su verdadero lugar en el mundo. Le resultaba útil reuniendo información. Quizá, si aprendía bien cuál era su lugar, le permitiría vivir.

Cuidadosamente, el noble de ojos crueles volvió a cerrar el cofre lacado.

—Ven —le dijo, dándole la espalda al cofre—. Apenas nos queda tiempo para reunimos con los demás.

Vio que la pregunta —¿qué otros?— temblaba en los labios de Demetrio. Como no llegó a formularla, se permitió una sonrisa. Tal era la actitud adecuada delante de un rey, aceptar lo que ya venía dado. Qué dulce sería someter de la misma manera a toda Nemedia. Y quizá no solo a Nemedia. ¿Por qué habían de detenerle unas

fronteras que otros habían trazado?

Poco después, cuando se hubieron puesto unas pesadas capas para protegerse de la noche, salieron de palacio. Cuatro esclavos les acompañaban con antorchas, dos delante y dos detrás. Diez guardias con armadura, cuya malla y cuyo cuero crujían, protegieron a Albanus en su camino por las oscuras calles. El que también protegieran a Demetrio era mero accidente.

No vieron a nadie, aunque a menudo oían rápidas pisadas, pues los salteadores, y otros que acechaban en la noche, se apartaban a su paso, y, de vez en cuando, algún eco de la Calle de los Lamentos les alcanzaba con los cambios del viento. Mientras, los que no podían pagarse una guardia dormían mal, y rezaban por que su casa no se contara entre las que iban a ser saqueadas aquella noche.

Entonces, cuando se aproximaron al palacio de Sefana, donde estriadas columnas de mármol se erguían tras el muro de alabastro que defendía su jardín, una procesión de antorchas compareció en la calle. Albanus se detuvo a alguna distancia de las puertas del palacio, y esperó en silencio el saludo que correspondía.

—¿Eres tú, Albanus? —rugió Vegentius—. Fea noche, y fea cosa ha sido tener que rebanarle el gaznate a uno de mis propios capitanes.

Albanus torció los labios. A este no le dejaría vivir, no le habría dejado vivir aunque le hubiera sido tan útil como diez veces él mismo. No habló hasta que Vegentius y sus seguidores, una veintena de Leopardos de Oro, con las capas echadas atrás para dar libertad a espadas y brazos, algunos portando antorchas, estuvieron lo bastante cerca para verles con claridad.

—Al menos, has dado buena cuenta de Baetis. ¿Habéis encontrado al bárbaro?

—Taras no nos ha dicho nada —dijo el corpulento soldado—. Es probable, puesto que le perseguían, que solo sea un ladrón o asesino ordinario. No debe preocuparnos.

Albanus le recompensó con una sonrisa de desdén.

—Quienquiera que interrumpa una reunión como aquella es motivo de preocupación para mí. ¿Por qué le perseguiría la Guardia de la Ciudad? Ya pasó hace mucho el tiempo en que mostraban tanto entusiasmo.

—Este asunto no es como lo de Melius. No tengo ningún

pretexto para interrogar a los de la guardia.

—Invéntalo —ordenó Albanus—. Y ahora, abridme esta puerta.

Vegentius habló con sus hombres en voz baja. Seis de ellos fueron a toda prisa hacia la pared, y se dividieron en dos grupos de tres. En cada uno de estos, dos hombres juntaron las manos para levantar a un tercero, que a su vez cubría con su capa los cortantes pedazos de cerámica esparcidos por lo alto del muro, y treparon hasta que pudieron saltar al otro lado. Se oyó allí un consternado grito de terror, significativamente breve. Con el traqueteo de las pesadas barras que eran levantadas, la puerta se abrió.

Albanus entró, y no se detuvo a mirar al guardia que yacía a la luz provinente de la casa de guardia, en el centro de un charco de sangre que seguía extendiéndose.

Vegentius ordenó a dos hombres que se quedaran a la puerta. Los demás siguieron al noble de rostro aquilino por los jardines del mismo palacio, con sus pálidas columnas y cornisas de intrincados adornos, y ancha escalera de mármol que terminaba en un espacioso pórtico. Algunos echaron a correr y, con violento estrépito, lograron abrir las puertas de bronce.

En la columnata de la entrada, media docena de hombres se sobresaltaron, y clavaron la mirada en los soldados que iban llegando y les rodeaban espada en mano.

—Acabad con ellos —ordenó Albanus sin vacilar. Se dirigió a la escalera de alabastro, seguido por Demetrio. Tras él, los hombres suplicaban clemencia mientras tenía lugar la matanza.

—¡No! —chillaba un hombre muy flaco y de gran nariz—. Yo no quería hacerlo. Yo…

La bota de Vegentius interrumpió su discurso.

Albanus se dirigió al dormitorio de Sefana, por corredores por los que ya había andado una vez en busca de placeres más carnales. Pero no —pensó al abrir la puerta— más placenteros.

Demetrio entró tras él en la habitación, intimidado, buscando con la mirada, temeroso de la destrucción causada por la magia. Nada halló. Sefana estaba tendida en su cama, pero no se movía, ni se apercibía de la presencia de los otros. Estaba desnuda, y agarraba con la mano una túnica de seda azul, como si hubiera estado a punto de ponérsela en el momento en el que decidió irse a dormir. Albanus ahogó una risita; un sonido seco, como el cascabel de una

serpiente venenosa.

El esbelto joven siguió adelante. Los ojos de la muchacha estaban abiertos; parecía que en ellos hubiera vida, que pudiesen ver. La tocó en el brazo, y tuvo que ahogar un grito. Estaba tan dura como la piedra.

—Todavía vive —dijo por fin Albanus—. Es una estatua viviente. Ahora, ya no tendrá que preocuparse de que los años le arrebaten la belleza.

Demetrio se estremeció.

—¿No hubiera sido más sencillo matarla? El noble de rostro aquilino le dirigió una mirada que era todavía más de temer, por su aparente benevolencia.

—El monarca tiene que dar de antemano algunas lecciones. Quien piense en traicionarme se verá reducido también al destino y maravilla de Sefana. Le sería mucho más fácil afrontar la muerte. ¿Me traicionarías ahora, Demetrio?

El perfumado joven, cuyos labios y cuya lengua estaban demasiado secos para hablar, negó con la cabeza.

Vegentius entró riendo en la habitación.

—Tendrías que haber oído cómo lloraban y suplicaban. Como si lágrimas y ruegos pudieran refrenar nuestros aceros.

—Así pues, ¿los habéis matado ya a todos? —dijo Albanus—. ¿A todos los que estaban bajo este techo? ¿También los siervos y los esclavos?

El hombre de cuadrado rostro se pasó por el cuello un grueso dedo, al tiempo que reía con ordinariez.

—En la cisterna. Había uno…, creo que se llamaba Leucas…, como si importara su nombre…, que lloró como una mujer y dijo que la cosa no iba con él, que era un tal Conan el que había de llevar a cabo la tarea. Nada que…, ¿qué te sucede, Albanus?

El noble de rostro aquilino había palidecido. Sus ojos se clavaron en los de Demetrio.

—Conan. Así se llamaba el hombre al que compraste la espada.

Demetrio asintió, pero Albanus, aunque le mirara a él, veía otras cosas. Hablaba quedo, y así, sin saberlo, decía en voz alta sus pensamientos.

—¿Es una coincidencia? Las coincidencias suelen ser obra de los dioses, y cuando estos enredan así las madejas del destino de dos

hombres suelen hacerlo por alguna razón. Una razón que podría conllevar intenciones homicidas. Yo no correría riesgos.

—No será el mismo —dijo Vegentius protestando.

—¿Dos, con ese bárbaro nombre? —replicó Albanus—. No creo. Buscadle. —Su feroz mirada de obsidiana fue clavándose en cada uno de los hombres, anonadándolos con su malignidad—. ¡Quiero la cabeza de ese Conan!

11

Conan se vació sobre la cabeza otro cazo lleno de agua, y echó una mirada cansina por el patio que había detrás del Thestis. Lo primero que vio fue a Ariane, que le miraba con los brazos cruzados y un destello de desaprobación en los ojos.

—Si te vas a tabernas extrañas —le dijo firmemente—, y bebes y armas jarana hasta la madrugada, no debe extrañarte que después te duela la cabeza.

—La cabeza no me duele —replicó Conan, al tiempo que con una toalla de basta tela empezaba a secarse rostro y cabellos.

Ocultaba el rostro con la toalla. Tenía la ferviente esperanza de que la muchacha no le chillara; si lo hacía, la cabeza iba a explotarle.

—La noche pasada te busqué —siguió diciendo esta—. Tu encuentro con Taras ya está concertado, aunque él, al principio, no quería. Tienes que ir dentro de poco. Te explicaré adonde.

—¿Tú no vienes conmigo? Ella negó con la cabeza.

—Se irritó mucho al saber que habíamos contactado contigo. Dice que no sabemos nada de luchadores, ni somos capaces de distinguir los buenos de los malos. Después de lo que le conté de ti, sin embargo, cambió de opinión. Así, al menos, hablará contigo y decidirá por sí mismo. Pero los demás no podemos ir. Es su manera de hacernos saber que está enojado.

—Quizás. —Conan echó a un lado la toalla y dudó, escogiendo bien las palabras—. Tengo que hablarte de algo. Acerca de Leucas. Te está poniendo en peligro.

—¿Leucas? —dijo ella con incredulidad—. ¿En qué peligro podría ponerme?

—Ayer me estuvo farfullando idioteces acerca de matar a Garian, de asesinato. Y pretende intentarlo…

—¡Eso es absurdo! —replicó ella interrumpiéndole—. Leucas es el último de nosotros que tomaría parte en una acción, especialmente si se trata de una acción violenta. Nada le importa, aparte de la filosofía y las mujeres.

—¡Las mujeres! —dijo el corpulento cimmerio, riéndose—. ¿Ese gusano pellejudo?

—Pues sí, mi musculoso amigo —replicó ella jocosamente—. Oh, ha sido amante de prácticamente todas las mujeres que ha conocido.

—¿Tú entre ellas? —dijo Conan con un gruñido, al mismo tiempo que cerraba sus enormes puños.

Por un momento ella le miró, y luego sus ojos se inflamaron de cólera.

—No te pertenezco, cimmerio. No te permito que me preguntes qué he hecho o dejado de hacer, con Leucas o con cualquier otro.

—¿Qué pasa con Leucas? —dijo Graecus, que en aquel momento había salido al patio—. ¿Lo has visto? ¿O te ha dicho alguien dónde está?

—No —replicó Ariane con el rostro colorado—. ¿Y quién te ha dado permiso para venir a escucharnos como si fueras un espía?

Graecus ignoró todo lo que había dicho después del «no».

—Nadie le ha visto desde la pasada noche. Ni tampoco a Estéfano. Cuando oí que decías su nombre… —Rio débilmente—. Quizá podamos permitirnos el perder dos o tres filósofos, pero si empiezan a ir tras los escultores… —Rio de nuevo, pero la cara se le puso de un verde morboso.

Ariane, de pronto, se mostró tranquilizadora.

—Ya volverán. —Puso una mano amistosa en el robusto hombro de Graecus—. Bueno, aunque no nos guste deben de haber pasado la noche bebiendo. Conan ha hecho lo mismo.

—¿Por qué no habrían de volver? —preguntó Conan. Ariane le clavó una mirada asesina, pero Graecus le respondió, tembloroso.

—Hace unos meses, algunos amigos nuestros desaparecieron. Eran pintores y dibujantes. Salvo dos a quienes nadie volvió a ver, sus cadáveres fueron hallados en un vertedero, fuera de los muros de la ciudad, donde se había visto á los Leopardos de Oro enterrándolos. Creemos que Garian quiere asustarnos para hacernos callar.

—No es así como suelen actuar los reyes —dijo Conan, con el ceño fruncido—. Suelen intimidar con ejecuciones públicas y cosas semejantes.

Graecus, de pronto, pareció que iba a vomitar. Ariane miró a Conan con enojo.

—¿No deberías ir a prepararte para tu entrevista con Taras?

Sin esperar respuesta, se volvió hacia Graecus, con palabras tranquilizadoras y caricias en la frente.

Disgustado, Conan se puso bien la túnica y la loriga, y murmuró para sí algo acerca de las peculiaridades de Ariane. Al tiempo que se abrochaba el cinto que sostenía la espada, habló de nuevo.

—¿Tienes que ir así, como si te armaras para la guerra? —Su tono era mordiente, pues aún estaba muy molesta con el cimmerio —. No has de luchar con él.

—Tengo mis motivos —murmuró Conan.

Ni por un saco de oro del volumen de un tonel le hubiera dicho que había alguien en la ciudad que trataba de matarle. Con el ánimo que arrastraba, Ariane habría creído que trataba de desviar hacia él la comprensión que la joven prodigaba con Graecus. «Ojalá Erlik se llevara consigo a todas las mujeres», pensó.

Tras ponerse en la cabeza el puntiagudo yelmo, dijo fríamente:

—Dime adonde tengo que ir para ver a ese tal Taras.

El rostro de Ariane, mientras le daba las indicaciones, permaneció igualmente frío.

La Calle de los Herreros, adonde le llevaron las indicaciones de la muchacha, no albergaba tan solo a los forjadores de espadas y trabajadores del hierro, sino también a los artesanos del oro, de la plata, del cobre, del latón, del estaño y del bronce. Una cacofonía de martilleos se mezclaba con los gritos de los vendedores y hacía de la calle un sumidero de ruidos varios, que reverberaba de uno a otro extremo. Los gremios se aseguraban de que el hombre que trabajaba un metal no trabajara al mismo tiempo con otro, y con ese fin tenían guardias contratados que patrullaban por la calle. En la Calle de los Herreros no había camorristas al acecho, y los tenderos paseaban con mucha más calma que por el resto de la ciudad.

Cuando divisó el lugar donde tenían que verse —unas habitaciones a las que se accedía por un pasillo estrecho, que daba a

la calle al lado del establecimiento de un cobrero por una escalera que se encontraba al lado de este— se reafirmó en la idea de prepararse antes de entrar. No tenía razón alguna para esperar problemas, pero ya habían sido demasiadas las veces que alguien había tratado de acuchillarle.

Cerca ya de la tienda del cobrero, empezó a dejar pasar el rato, deteniéndose aquí para sopesar una espada brillante, allá para manosear un cuenco de plata en el que había sido labrado un complejo motivo vegetal. Pero, mientras tanto, observaba el edificio donde estaba el establecimiento del cobrero con sus ojos aguzados por años de vida de ladrón.

Una pareja de guardias del gremio se había detenido para observarlo, pues se estaba entreteniendo frente a la tienda de un platero. Se acercó al oído el cuenco que estaba mirando y le dio un golpecito.

—Demasiado estaño —dijo, negando con la cabeza y dejando el cuenco encima de la mesa del mercader.

Siguió adelante, perseguido por las furiosas imprecaciones del platero, pero los guardias no le prestaron más atención.

Justo después de la tienda del cobrero encontró un callejón, que olía, como todos los demás de la ciudad, a moho y a orina seca. Entró en este, apresurándose por su angostura. Como ya esperaba, el aire húmedo y el moho se habían comido casi toda la arcilla que recubría las paredes de piedra del edificio.

Con una mirada, comprobó que nadie observaba el callejón desde la calle principal. Buscó asideros con los dedos entre la piedra mal recubierta y mal unida con argamasa. Un hombre con menos fuerza habría hallado imposible escalarla, sobre todo un hombre que vistiera una pesada loriga y unas botas, pero, a uno que provenía de los collados cimmerios, las anchas hendeduras que encontraba en la piedra le servían lo mismo que una carretera. Trepó por el costado del edificio con tal rapidez, que quien le hubiera visto de pie en la calle para luego apartar la vista por solo unos instantes habría podido creer en su desaparición.

Mientras se encaramaba a las tejas de arcilla roja de arriba, una sonrisa iluminó su rostro. En el tejado había un tragaluz, con cuarterones de basto cristal. Aquello daba —estaba seguro— a la habitación que buscaba.

Cuidadosamente, tratando de no sacar ninguna teja de su sitio —y de no caer él mismo a la calle—, subió hasta el tragaluz. Los cristales estaban lo bastante limpios como para permitir que entrara algo de iluminación, pero no para ver lo que había dentro. Fue labor de un momento abrir con la daga un resquicio por el que poder mirar.

El cuarto que vio era pequeño, y estaba mal iluminado, pese al tragaluz y a dos lámparas de latón que había sobre una mesa. Sobre esta misma mesa había cuatro hombres, dos con ballestas amartilladas, y observaban la puerta por la que se suponía que él, Conan, había de entrar.

El cimmerio hizo gesto de negar con la cabeza, colérico y maravillado a un tiempo. Una cosa es precaverse de los peligros cuando no cabe tropezar con ninguno, y otra descubrir que ya te están esperando.

—¿Va a venir, o no? —preguntó irritado uno de los hombres que no llevaban ballesta.

Tenía una profunda cicatriz en la cabeza, donde alguien debía de haberle largado un mandoble que no lo había matado de milagro.

—Vendrá —le respondió el otro hombre sin ballesta—. La muchacha dijo que lo enviaría a esta puerta.

Conan quedó atónito. Ariane. ¿Era posible que ella le hubiera enviado a la muerte?

—¿Qué le vas a decir? —preguntó el hombre de la horrible cicatriz—. Tiene suficiente influencia para causarnos problemas, Taras.

—Le diré que lo he contratado —dijo Taras riendo— y que le he mandado fuera de la ciudad, a unirse con los otros hombres que ella cree que he contratado. Con eso se tranquilizará.

El corpulento cimmerio, tendido sobre el tejado como estaba, suspiró con alivio. No importaba lo que hubiera hecho Ariane, pues lo había hecho involuntariamente. Entonces, meditó el resto de lo que había dicho Taras. Los otros que ella creía que había contratado. Él ya lo había temido. Los jóvenes rebeldes estaban siendo engañados. Conan tenía muchas preguntas que hacerle a Taras. Desenvainó el sable; oyó el áspero roce del metal con el cuero.

—Aseguraos —decía Taras a los ballesteros— de tirar en el mismo instante en que entre en el cuarto. Estos bárbaros no mueren fácilmente.

—Ya puede darse por muerto —dijo uno de los aludidos.

El otro rio y acarició la ballesta.

En el rostro de Conan apareció una sonrisa lobuna. Aún estaba por ver quién sería el que muriese en aquel cuarto. Se puso en pie como la callada muerte, y dio un salto.

—¡Crom! —rugió mientras sus pies destrozaban el tragaluz.

Los hombres que había en la habitación apenas si tuvieron tiempo de sobresaltarse, y la bota de Conan golpeaba ya a uno de los ballesteros en el rostro, y le hacía caer al suelo con un crujido de vértebras rotas. El segundo ballestero, desesperadamente, levantó el arma tratando de emplearla. Conan mantuvo el equilibrio con elasticidad felina, y giró sobre sí mismo, e ignorando la ballesta clavó su daga en la garganta del ballestero. Con un grito en el que se mezclaban gorgoteos, el mismo hombre que había dado por muerto al cimmerio murió, y en su caída se le disparó el arma. El hombre de la cicatriz en la cabeza, que todavía estaba desenvainando la espada, tosió una única vez y cayó; la saeta de la ballesta había ido a clavarse en su ojo izquierdo.

Levantándolo con la misma daga, Conan arrojó el yerto cuerpo del ballestero a Taras, y, al hacerlo, reconoció en este aquel rostro comido por algún mal. Taras era uno de los que estaban en aquella otra reunión que también había interrumpido atravesando el techo.

El hombre del rostro estragado se tambaleó, tratando de agarrar la espada, cuando el cadáver le cayó encima.

—¡Tú! —gritó, al ver por primera vez con claridad el rostro del cimmerio.

Con un bufido, Conan arremetió, y su espada arrancó ecos metálicos al puño de la que su enemigo aún no había desenvainado por completo. Taras chilló, y varios de sus dedos cayeron al suelo. Y, con todo, no era hombre que se dejara vencer fácilmente. Aun cuando la sangre manara de su mano derecha mutilada, con la izquierda sacaba la daga de su vaina. Se abalanzó contra el cimmerio gritando de rabia.

Poco le hubiera costado a Conan matar a aquel hombre, pero su muerte no le interesaba tanto como las respuestas que pudiera

darle. Esquivó el ataque de Taras, y con la empuñadura de la espada golpeó en la nuca al hombre de estragado rostro. La acometida terminó en traspiés, y, gritando, Taras cayó sobre el cadáver del hombre de la cicatriz y fue a parar al suelo estrepitosamente. Sufrió un espasmo, exhaló un largo suspiro, y no volvió a levantarse.

Echando maldiciones, Conan levantó a aquel hombre. Los dedos inertes de Taras resbalaron de la daga, alojada ahora en su pecho. Sus ojos sin vida miraban fijamente al cimmerio.

—Erlik te lleve consigo —murmuró Conan—. Te quería vivo.

Tras limpiar su hoja en la túnica de Taras, Conan volvió a guardar la espada en su vaina. Aquel hombre había declarado de sus propios labios que estaba engañando a los jóvenes rebeldes. Pero además lo había visto reunido con otros dos que, por su porte y atuendo, eran evidentemente hombres de posición y riqueza. Forzosamente había de suponer que la reunión tenía algún propósito relacionado con lo otro, y que alguien, en efecto, quería actuar contra Garian, y emplear para ello a Ariane y a los demás como peones. Y, como peones que eran, podían ser abandonados y desechados después que cumplieran con su función.

En el mismo momento que Conan extraía la daga de la garganta del ballestero, la puerta se abrió de golpe. El cimmerio se agazapó puñal en mano, y se encontró con que al otro lado del cadáver aparecían Ariane y Graecus.

El membrudo escultor pareció volverse de piedra en cuanto sus ojos saltones contemplaron la carnicería. La mirada de Ariane, preñada de infinita tristeza, se cruzó con la de Conan.

—Yo creía que Taras no tenía derecho a excluirnos de esta reunión —dijo lentamente—. Pensé que teníamos que venir aquí, a hablar por ti, a… —Sus palabras se perdieron en un suspiro de abatimiento.

—Querían matarme, Ariane —dijo Conan. Ella miró el destrozado armazón del tragaluz que había quedado sobre la mesa, y la abertura del techo.

—¿Quién es el que ha saltado desde arriba, Conan? Parece claro que tú has entrado por ahí. Para matar. Me extrañó que te armaras, y no quisieras decirme por qué. Me extrañó, y he rezado por que mis sospechas no fueran ciertas.

Conan se preguntó, irritado, por qué aquella necia muchacha no entendía nada bien.

—Les he escuchado por el tragaluz, Ariane, y también he entrado por ahí. Después de oír que planeaban matarme. ¿Crees que llevaban esas ballestas cargadas para cazar ratas? —Ella le miró, con llaneza, pero no había vida ni esperanza en sus ojos. Conan respiró hondo—. Escucha, Ariane. Este hombre, Taras, no había alquilado hombre alguno para contribuir a vuestra rebelión. Oí como lo decía. Debéis…

—¡Tú los has matado! —gritó de pronto Graecus. Los colores le habían subido al rostro a aquel hombre fornido, y jadeaba como después de un gran esfuerzo—. Esto es lo que temía Estéfano. ¿También le has matado a él, y a Leucas? ¿Es que quieres matarnos a todos? ¡No lo harás! ¡No puedes! ¡Somos centenares! ¡Antes te mataremos a ti!

De pronto se volvió hacia el pasillo que llevaba a la escalera, y con un estridente chillido salió corriendo en la dirección opuesta. Ariane no se movió.

Hordo apareció en la puerta, y miró por unos momentos al escultor que trataba de huir de él. Su único ojo se fijó en los cadáveres.

—Volví al Thestis y allí oí que la muchacha y el otro decían que te seguirían. Parece que fue buena idea seguirles yo mismo.

Ariane estaba conmovida.

—¿Vas a matarme a mí también, Conan?

El cimmerio se le acercó airado.

—¿Es que todavía no me conoces lo bastante para saber que no soy capaz de hacerte ningún daño?

—Eso creía —dijo ella con voz hueca. Miraba ora este cadáver, ora el de más allá, y reía histéricamente—. Yo no sé nada de ti. ¡Nada! —Conan le alargó el brazo, pero la muchacha se apartó de su enorme mano—. No puedo luchar contigo —dijo ella con voz queda—, pero, si me tocas, mi daga sabrá hallar mi propio corazón.

Él apartó la mano como si se hubiera quemado. Al fin, dijo con frialdad:

—No te quedes aquí mucho rato. Los cadáveres siempre atraen a los buitres, y los de dos piernas solo verán en ti más botín. —Ella no le miró, ni le respondió—. Ven, Hordo —dijo Conan con un

gruñido. El tuerto salió con él de la habitación.

Ya en la calle, los que se fijaban en el rostro sombrío de Conan y en la frialdad de sus ojos azules se apartaban ante sus rotundas zancadas. Hordo tenía que darse prisa para no quedar atrás, y no hizo preguntas hasta que se hubieron alejado del estruendo de la Calle de los Herreros.

—¿Qué ha ocurrido en ese cuarto, cimmerio, que la muchacha se ha vuelto contra ti con tal furia?

Conan le dedicó a Hordo una mirada asesina, pero con frases breves y concisas le explicó cómo había llegado hasta allí, qué era lo que había oído y qué lo que había deducido.

—Soy demasiado viejo para esto —gemía Hordo—. No solo tendremos que andarnos con cuidado para que Graecus y los otros no nos apuñalen por la espalda, sino que, además, dado que no sabemos quiénes son los nobles y mercaderes implicados en esto, ¿cómo podemos ponernos al servicio de alguien? ¿A quién acudiremos ahora, cimmerio?

—Solo nos queda alguien a quien podamos acudir —respondió Conan sombríamente—. El rey.

12

En las amplias escaleras de mármol del Templo de Mitra, un hombre sorprendido dejó caer al suelo una jaula de palomas, pues estaba viendo a una Compañía Libre que andaba por la estrecha y tortuosa calle. Tanto le sorprendía ver a hombres montados y armados en el Distrito de los Templos que los miraba boquiabierto, sin apenas darse cuenta de que su caja se había roto y los sacrificios que quería ofrecer habían huido al vuelo con sus alas blancas.

La silla de Hordo crujió; su ocupante se ladeaba para acercarse a Conan y hablarle acaloradamente en susurros.

—¡Esto es una locura! ¡Tendremos suerte si no tropezamos en lo alto del cerro con los Leopardos de Oro en pleno!

Conan negaba con la cabeza sin responder.

Sabía bien que acercarse al Palacio Real sin ser anunciado, y con cuarenta hombres armados, no era la mejor forma de expresar el deseo de entrar al servicio del rey. También sabía que no le quedaba ya tiempo para seguir las vías más habituales, como el soborno, y que solo podía recurrir al alistamiento en el Ejército Nemedio. O a esto.

En verdad, los Leopardos de Oro no le preocupaban tanto como los jóvenes rebeldes. Estaban desesperados; creían que el cimmerio los había traicionado, o que estaba a punto de hacerlo, y era posible que intentaran cualquier cosa. Y las calles tortuosas que subían por el cerro hasta el Palacio Real invitaban a la emboscada.

Aquellas calles eran un recuerdo de tiempos antiguos, pues, en el oscuro pasado, lo que con el andar del tiempo se convertiría en el Palacio Real había sido tan solo una fortaleza que coronaba un cerro, en torno a la cual se había formado una aldea, una aldea que con el tiempo había crecido hasta convertirse en Belverus. Pero, mucho después de que la fortaleza del cerro se convirtiera en

Palacio Real, mucho después de que las cabañas de la aldea hubieran cedido su puesto a las columnas de los templos de alabastro, de mármol y de pulimentado granito, las serpenteantes calles seguían allí.

El palacio mismo retenía buena parte de aquel aire de fortaleza, aunque sus almenas estaban hechas ahora de brillante mármol blanco y en su interior habían sido construidas torres de pórfido y de glauconita. Los rastrillos, bajo una capa de oro, eran de hierro, y solo los puentes levadizos cruzaban un foso seco erizado de pinchos. Un césped recortado como el de un jardín paisajístico, en el que sin embargo no se podía encontrar ni un minúsculo matojo que pudiera encubrir un acercamiento sigiloso, separaba el palacio del Distrito de los Templos que circundaba el cerro.

En el borde del jardín, Conan mandó detenerse a la compañía.

—Esperad aquí —ordenó.

Cabalgando solo, siguió adelante, y su gran semental negro se puso algo nervioso. Dos lanceros ataviados con capas doradas hacían guardia en el puente levadizo, y un hombre que llevaba el empenachado yelmo de los oficiales salió de la barbacana en el mismo momento en que el cimmerio refrenaba su montura.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó el oficial. Miró pensativamente al resto de la Compañía Libre, pero estos eran pocos y estaban lejos.

—Querría poner mi compañía al servicio del rey Garian —respondió Conan—. Los he entrenado en una forma de combate nueva en Nemedia, y en todo el mundo occidental.

El oficial sonrió en son de burla.

—Nunca me he encontrado con ninguna Compañía Libre que no practicara algún arte de la guerra presuntamente secreto. ¿Cuál es el vuestro?

—Voy a hacer una demostración —dijo Conan—. Es mejor verlo.

Para sus adentros, respiró aliviado. Su verdadero miedo, antes de llegar a palacio, había sido que sus moradores ni siquiera le escucharan.

—Muy bien —dijo pausadamente el oficial, echando una nueva ojeada al resto de la compañía—. Puedes entrar tú solo y hacer esa demostración. Pero quedas advertido: si ese secreto, como casi todos los que pregonan las Compañías Libres, resulta ser algo que ya se enseña a todo recluta nemedio, te desnudaremos y te

azotaremos desde las puertas hasta el pie de este collado para edificación de tus hombres.

Conan dio con las botas en los flancos del gran semental negro. El caballo fue a dar un paso; los lanceros aprestaron sus armas, y el oficial le miró con desconfianza. El cimmerio se permitió una sonrisa que le afloró a los labios, mas no a los ojos.

—Ningún nemedio lo conoce, aunque quizá sí se enseñe a los reclutas.

El rostro del oficial se endureció, al igual que el tono de su voz.

—Creo que hay otros a quienes gustaría ver esto, bárbaro. —Se volvió hacia la entrada y murmuró una orden.

Un soldado con la capa también dorada salió afuera, miró al cimmerio como midiéndole y se dirigió a palacio. Al tiempo que Conan entraba tras él por el portón, otros soldados salieron de la barbacana, algunos de ellos para seguirle. El cimmerio se preguntó si venían a vigilarle o para asegurarse de que no se apoderara él solo de todo el palacio.

El patio exterior estaba pavimentado con losas —cuatrocientos pasos en ambas direcciones— y rodeado de arcadas de cuatro pisos. Más allá de las arcadas, justo enfrente del portón, asomaban las torres que se erguían en los jardines del patio interior, y del palacio propiamente dicho donde vivían el rey y su corte.

Los soldados que le habían seguido retrocedieron respetuosamente ante una veintena de oficiales, al frente de los cuales iba uno tan corpulento como el propio Conan. El oficial que había acompañado al cimmerio le hizo una reverencia al ver que se acercaba.

—Todos los honores para vos, comandante Vegentius —le saludó—. Espero que este bárbaro os procure alguna distracción.

—Sí, Tegha —dijo Vegentius, como ausente, sin apartar la mirada de Conan.

Y en verdad aquel era un extraño ojo cauteloso, pensó el cimmerio. De pronto, el corpulento oficial dijo:

—Tú, bárbaro. ¿Te conozco acaso, o tú a mí? Mientras hablaba, aferró la espada con ambas manos. Conan negó con la cabeza.

—No os conozco, comandante.

Aunque, pensándolo bien, aquel Vegentius le resultaba familiar, pero vagamente, como alguien a quien se ha visto solo un breve

instante. No le dio más importancia. Ya le volvería el recuerdo, si era algo importante.

Vegentius pareció relajarse al oír hablar al cimmerio. Con vigorosa sonrisa, le dijo:

—Veamos esa demostración. Tegha, tráele al bárbaro todo lo que necesite.

—Necesito un blanco de paja —le dijo Conan al oficial—, o de cualquier otra clase.

Cuando Tegha eligió a dos hombres para que fueran a buscar el blanco, los oficiales se echaron a reír.

—¡El tiro con arco! —dijo uno de ellos mientras reía ruidosamente—. Yo ya había visto que llevaba un arco en la silla, pero creía que era el de algún niño.

—Quizá sepa tirar con una sola mano —añadió otro.

Conan no respondía a los comentarios cada vez más insultantes, aunque tuviera que cerrar con fuerza la mandíbula. Sacó el arco corto del lacado estuche que colgaba de la silla y probó cuidadosamente la tensión de la cuerda.

—¡Es como un arpa! —dijo alguien—. ¡Sabe tocarlo como un arpa!

Conan pasó el dedo por encima de las cuarenta flechas de la aljaba que llevaba atada tras la silla de montar, asegurándose de que todas estaban bien.

—Debe de perder flechas a menudo, si lleva tantas.

—No, es que usa las plumas para hacer cosquillas a alguna mujer. La coges por el tobillo, sabes, y le das la vuelta…

Los comentarios socarrones siguieron, y solo se acallaron en cierta medida cuando los soldados volvieron con el blanco de paja.

—Ponedlo allí —ordenó Conan, señalando un lugar que tenía a cincuenta pasos.

Los soldados se apresuraron a cumplir la orden, pues estaban tan ansiosos como sus superiores de presenciar el fracaso del bárbaro.

—Lo tienes muy cerca, bárbaro.

—Pero el arco es de niño.

Respirando hondo para calmarse, Conan se alejó de la pandilla de oficiales, y solo refrenó el caballo cuando ya se hallaba a doscientos pasos del blanco. Se detuvo a medio apuntar la flecha. La demostración había de ser perfecta, y para asegurarse de ello tenía

que concentrarse plenamente en su objetivo, y no dejar que le perturbara la cólera contra aquellos gárrulos babuinos que se hacían llamar oficiales.

—¿A qué esperas, bárbaro…? —gritó Vegentius—. Desmonta y…

Con un grito salvaje, Conan levantó el arco y tiró. En cuanto la saeta se clavó en el blanco, el cimmerio espoleó a su semental y echó a galopar en velocísima carrera; saltaron centellas de las losas al paso de las ruidosas pezuñas de su gran caballo negro, y arrojaba el bárbaro tantas flechas como podía llevar a la cuerda de su arco, y chillaba el ululante grito de guerra que tan a menudo había infundido miedo a los guerreros de Gunderland, y de Hiperbórea, y de las Marcas Bosonias.

Una flecha tras otra se fueron clavando en el blanco. Cuando se halló a cien pasos de este, hizo presión con la rodilla a su montura y el formidable semental giró impecablemente a la derecha. Conan siguió tirando una y otra vez, y su mente y su ojo eran uno con el arco, con la saeta, con el blanco. De nuevo hacía presión con la rodilla, y el caballo giraba, se encabritaba, cambiaba de dirección con todo su cuerpo. Y Conan arrojaba flechas de nuevo, y se alejaba con gran estruendo por el camino por donde había arremetido. Cuando por fin echó mano de las riendas quedaban cuatro flechas en el carcaj que llevaba tras la silla, y sabía que, si alguien contaba las que habían dado en el blanco, se encontraría con treinta y seis.

Se acercó a medio galope a los ahora callados oficiales.

—¿Qué brujería es esta? —preguntó Vegentius—. ¿Es que han sido hechizadas tus saetas, puesto que dan en el blanco mientras tú te balanceas como un loco?

—Nada de brujerías —dijo Conan, riendo. Pues, en efecto, ahora le tocaba el turno de reírse de las atónitas caras de los oficiales—. Un hombre necesita cierta habilidad, aunque no demasiada, para acertar con el arco a un ciervo que corre. Solo hay que dar un paso más. Yo mismo no sabía manejar el arco cuando me enseñaron.

—¡Te enseñaron! —exclamó Tegha, sin prestar atención a la mirada colérica de Vegentius—. ¿Quién? ¿Dónde?

—Lejos de aquí, en el este —dijo Conan—. Allí, el arco es la principal arma de la caballería ligera. En Turan…

—Hagan lo que hagan en esas lejanas tierras —dijo Vegentius,

interrumpiéndole con aspereza—, aquí no sirve. No necesitamos costumbres extranjeras. Una falange de buena infantería nemedia hace suyo cualquier campo, sin necesidad de esa extravagancia de los arqueros montados.

Conan estuvo a punto de explicarle lo que algunos centenares de arqueros montados turarnos podían hacer con la citada falange, pero antes de que llegara a hablar compareció otro grupo, y todos los oficiales hicieron profundas reverencias.

Al frente del cortejo iba un hombre, cuadrado de rostro, que llevaba en la cabeza una corona —un dragón de oro con ojos de rubí y una gran perla entre las garras— que hacía saber que su portador era el rey Garian. Pero Conan no perdió tiempo observando al rey, ni a los nobles que lo rodeaban, ni a los cortesanos que le seguían, pues entre todos ellos se hallaba una mujer que cautivaba la mirada. Una rubia de largas piernas y opulentos senos, que no había nacido noble, ni llevaba sobre los hombros la estola de seda roja transparente sujeta con broches de perlas, sino que cubría su esbelto cuerpo con ristras de perlas entretejidas y engastadas en oro. Pero, si se trataba de la querida de alguien, era seguro que este no le debía de prodigar las atenciones debidas. Pues la muchacha le devolvió a Conan la mirada, si no con la misma franqueza, sí con difusa calidez que le hizo acelerar la sangre.

Conan vio que Garian se le acercaba, y se quitó el yelmo con la esperanza de que el rey no hubiera notado a quién estaba mirando.

—He visto tu exhibición desde la galería —dijo Garian amablemente—, y nunca había contemplado nada igual. —Sus ojos castaños eran amistosos (lo cual indicaba que no había notado adonde miraba Conan), aunque no tan sinceros como los del que no se sienta en el trono—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Conan —respondió el cimmerio—. Conan de Cimmeria.

No vio que Vegentius palidecía.

—¿Has venido meramente a ofrecer entretenimiento, Conan?

—He venido para entrar a vuestro servicio —dijo el cimmerio—, junto con mi teniente y cuarenta hombres entrenados para usar el arco igual que yo.

—En verdad excelente —dijo Garian, dándole una palmada en el lomo al semental—. Siempre me han interesado las innovaciones en

el arte de la guerra. Oh, desde mi niñez he vivido en las casernas del ejército. Ahora —y alguna traza de amargura se hizo oír en su voz—, no tengo tiempo siquiera para practicar con la espada.

—Mi rey —dijo Vegentius respetuosamente—, esto no es más que un truco, un entretenimiento, pero de nada serviría en una guerra.

Mientras hablaba, miraba a Conan de reojo. Al cimmerio le pareció, aunque no llegara a creerlo, que había miedo y odio en aquella mirada.

—No, buen Vegentius —dijo Garian, negando a la par con la cabeza—. Tu consejo es sabio a menudo en los asuntos militares, pero esta vez te equivocas. —Vegentius abrió la boca para decir algo; Garian le ignoró—. Óyeme ahora, Conan de Cimmeria. Si entras a mi servicio, pagaré a cada uno de tus hombres tres marcos de oro, y tres más cada diez días. A ti mismo te daré diez marcos de oro, y te los seguiré dando cada día mientras me sirvas.

—De acuerdo —dijo Conan con llaneza.

Un comerciante le habría pagado, como mucho, la mitad de aquella cantidad.

Garian asintió con la cabeza.

—Está decidido, pues. Pero deberás practicar la esgrima conmigo durante una clepsidra completa cada día, pues veo por lo desgastado del puño de tu espada que también eres experto en esa arma. Vegentius, cuida de que Conan tenga aposentos en palacio, y de que sean espaciosos.

Garian, a la manera de los reyes, se fue sin decir palabra tras haber dado sus órdenes; los soldados le hicieron otra reverencia y sus consejeros le siguieron. La muchacha rubia fue con ellos, pero mientras se iba sus ojos recorrían el cuerpo del cimmerio, ardientes como una fragua.

De reojo, Conan vio que Vegentius se marchaba.

—Comandante Vegentius —le llamó—, ¿no ha dicho el rey dónde se alojará mi compañía?

La respuesta de Vegentius pareció casi un gruñido.

—El rey ha dicho que hay que alojarte a ti, bárbaro. No ha dicho nada de esa chusma a la que llamas compañía. Por mí pueden acampar en los sumideros.

Y también se marchó, airado.

Conan había perdido algo de su euforia. No podía ir gimoteando ante Garian, a pedirle que obligara a Vegentius a dar alojamiento a sus hombres. Había muchísimas posadas al pie del cerro, pero, aun para la más barata de ellas, tendría que añadir algo de su propia bolsa a la paga de sus hombres. Tendría problemas, a pesar de sus recién hallados recursos. Pero no era aquella la peor de sus preocupaciones. ¿Por qué le odiaba Vegentius? Tenía que descubrir la respuesta antes de que se viera obligado a matarlo. Y también debía procurar que la rubia no fuera causa de su decapitación. Disfrutando al mismo tiempo de sus favores, si ello era posible. Pero, en fin, ¿cuándo se ha visto que un hombre nacido en el campo de batalla se busque una vida sin angustias?

Riendo, cabalgó hacia la puerta para contar a los otros su buena suerte.

13

La elevada cúpula de piedra gris estaba bien iluminada por lámparas de latón que colgaban de la pared desnuda, en la que no había ninguna ventana, y una única puerta, que además estaba bien guardada por fuera. Albanus no podía permitir que lo que tenía en aquella habitación corriera ningún riesgo. Solo con mirarlo, sentía ya el poder que iba a darle. En el centro de la estancia había una tarima circular de piedra, a no más de un paso del suelo, y sobre ella descansaba un gran bloque rectangular de una peculiar arcilla de color parduzco. Era aquella arcilla la que obtendría para Albanus el Trono del Dragón.

—Lord Albanus, una vez más exijo saber por qué me has traído aquí y me retienes preso.

Albanus estudió una sonrisa antes ya de volverse hacia aquel hombre ceñudo, de cejas pobladas, que le hacía frente apretando los puños.

—Ha sido un malentendido por parte de mis guardias, mi buen Estéfano. Yo solo les dije que me trajeran al gran escultor Estéfano, y ellos se excedieron. Te aseguro que les haré azotar.

Estéfano dio a entender con un gesto que aquello último carecía de importancia, aunque Albanus se fijó en que no le pedía que dispensara a los guardias del prometido tormento.

—¿Has oído hablar de mí? —preguntó el escultor al instante, abombando el pecho.

—Por supuesto —respondió Albanus, que tenía que esforzarse para no reír. Los pensamientos de aquel hombre se leían al instante, como una página escrita con grandes letras—. Por eso es que quiero que esculpas esta estatua para mí. Como puedes ver, ya tienes aquí todas las herramientas de tu oficio. —Señaló una pequeña mesa sobre la que había todo tipo de herramientas de escultor.

—Esto está mal —dijo Estéfano con imperiosa condescendencia —. La arcilla se emplea para las figuras pequeñas. Las figuras grandes se hacen de piedra o de bronce.

Los labios de Albanus lograron disimular la sonrisa, pero sus ojos ardían como gélidos carbones.

—La arcilla ha sido traída desde Khitai. —No se le ocurría una tierra más lejana desde la que hubieran podido traerla—. Al ser calentada, adquiere la dureza del bronce, pero sigue siendo más ligera que la habitual arcilla húmeda. Sobre la mesa hay bocetos del hombre que la estatua debe representar. Examínalos.

Mirando vacilante el bloque de arcilla, Estéfano cogió los pergaminos, los desenrolló y tuvo que ahogar un grito.

—¡Oh, este es Garian!

—Nuestro gracioso rey —dijo Albanus melosamente, aunque casi se atragantara con la frase—. La estatua será un regalo para él. Una sorpresa.

—Pero ¿cómo irá vestida la escultura? —preguntó el escultor, rebuscando entre los bocetos—. En todos los dibujos está desnudo.

—Y desnuda habrá de estar la escultura. —Albanus se adelantó al asombro que se hacía patente en el rostro de Estéfano y siguió diciendo—: Tal es la costumbre en Khitai con las estatuas modeladas en esta arcilla. Son vestidas con trajes verdaderos, y se les cambia el atuendo de tiempo en tiempo para que vistan siempre a la última moda.

Le divertía su propia invención. Se preguntó si podría encargar para sí mismo una estatua semejante el día en que ascendiera al trono.

Estéfano rio de pronto, con una risa áspera como el chirriar de dos pizarras.

—¿Y qué se podría hacer con una estatua de Garian desnudo, si Garian no estuviera ya en el trono?

—Eso parece poco probable —dijo Albanus con suavidad. Estéfano pareció sobresaltarse, como dándose cuenta de lo que acababa de decir.

—Por supuesto. Por supuesto. —Su rostro se enfureció. Frunció el ceño—. Pero ¿por qué debería aceptar este encargo, después de pasar una noche encerrado en tu mazmorra?

—Ha sido un grave error por el que me he disculpado. ¿Qué te

parecen mil monedas de oro?

—No me interesa el oro —dijo el escultor con una sonrisa de menosprecio.

—Puedes distribuirlo entre los pobres —siguió diciéndole Albanus con suavidad—. He oído hablar mucho de las buenas obras que haces en Puerta del Infierno.

Estéfano no pareció ablandarse, pero el noble de rostro aquilino sabía por dónde atacar. Su voz acabó por convertirse en un susurro hipnótico.

—Piensa en todas las cosas buenas que podrías hacer con mil monedas de oro. Piensa en los camaradas que te seguirán cuando lo repartas. Seguro que ninguno de ellos ha tenido nunca ni una centésima parte para repartir. —Estéfano asentía lentamente, clavando la mirada en la pared como si estuviera viendo una escena en ella—. Cómo te alabarán, cómo te seguirán los pasos con sus loas. Qué grande serás a sus ojos. —Albanus calló entonces, y aguardó.

Estéfano seguía de pie, como envarado. De pronto, reaccionó, y rio con apuro.

—Desde luego, podrían hacerse muchas cosas buenas con tanto oro. Me había ensimismado pensando en aquellos a quienes podría ayudar.

—Por supuesto. —El noble de rostro cruel sonrió, y siguió hablando con voz más enérgica—. Esto tiene que ser una sorpresa para Garian. Para asegurarnos de que lo sea, nadie debe saber que estás aquí. Se te traerá comida y bebida. Y mujeres, si así lo deseas. De día se te permitirá pasear por los jardines, si demuestras prudencia. Ahora, empieza con la labor, pues el tiempo apremia.

Tras abandonar la estancia Albanus se detuvo, tembloroso, entre los dos guardias que vigilaban con la espada desenvainada a ambos lados de la puerta. Tenía el estómago revuelto, y le venían náuseas. ¡Que tuviera que tratar a un sujeto como Estéfano casi como si fuera un igual! Era penoso el sufrirlo. Pero no se podía obligar a los artistas a trabajar con amenazas, ni siquiera con torturas, pues había descubierto, a su pesar, que si empleaba tales medios producían obras inevitablemente defectuosas.

Alguien tocó respetuosamente la manga de su túnica, y él se sobresaltó, y gruñó entre dientes.

El esclavo que le había tocado se encogía de miedo con la cabeza gacha.

—Perdonadme, señor, pero el comandante Vegentius os espera, muy alterado, y me ha ordenado que os ruegue le recibáis.

Albanus le apartó de un empujón y se alejó por el pasillo. Lo había planeado todo, hasta el último detalle. Si el militar había logrado que algo saliera mal, lo castraría con sus propias manos.

Encontró a Vegentius en la columnata del vestíbulo; paseaba de un lado a otro con el rostro bañado en sudor. Abrió la boca en cuanto Albanus apareció.

—Conan. El bárbaro que luchó con Melius y después se llevó su espada. Aquel del que Leucas dijo que tomaba parte en la conjura de Sefana. Ahora, uno que también se llama así se ha ganado el favor de Garian y ha entrado a su servicio. Y además le conozco; es el que irrumpió en nuestra reunión con Taras. Cuatro veces ya se ha entrometido en nuestros planes, Albanus, y esto no me gusta. Esto no me gusta. Es como un mal auspicio.

—¿Es que los dioses quieren intervenir en mis asuntos? —dijo Albanus con voz queda, sin darse cuenta apenas de que estaba hablando—. ¿Es que están decididos a enfrentarse a mí? —Y añadió en voz alta—: No me vengas con malos auspicios. Esta misma mañana, un adivino me ha dicho que llevaría la Corona del Dragón en el momento de mi muerte. He ordenado que lo mataran, por supuesto, para silenciarlo. Frente a tal profecía de éxito, ¿qué auspicio puede representar un bárbaro?

El militar cuadrado de cara desenvainó un palmo de espada.

—Yo podría matarlo fácilmente. Está solo en palacio, y nadie le protege las espaldas.

—¡Necio! —gritó Albanus—. Si tuviera lugar un asesinato en palacio, Garian temería por su propia seguridad. No nos interesa que se ponga en guardia.

Vegentius sonrió con sarcasmo.

—Su seguridad depende de mí. Uno de cada tres Leopardos de Oro responde ante mí, y no ante el Trono del Dragón.

—Pero los otros dos no. Ni exige mi plan que se desenvainen espadas tras los muros de palacio. Lo que todos deben ver es que salvo a Nemedia de una turba armada que se amotinará en la calle.

—Entonces, ¿lo dejamos con vida? —exclamó Vegentius con

incredulidad.

—No, morirá.

¿Cabía pensar que este Conan era un arma que los dioses habían alzado contra él? No. Albanus estaba predestinado a ceñirse la Corona del Dragón. Había nacido para ser rey, y, mediante el poder de la esfera azul, también un dios vivo.

—Taras recibió la orden —siguió diciendo—. Pero hazle saber que ese hombre debe morir lejos de palacio, en algún lugar donde su muerte pueda ser atribuida a una riña de borrachos.

—Taras parece haber desaparecido, Albanus.

—¡Pues encuéntralo! —exclamó irritado el cruel aristócrata—. Y recuerda, dentro de palacio el bárbaro debe ser vigilado, pero sin que se le haga violencia. ¡Cuando se arriesgue a salir de allí, mátalo!

14

Se oían ecos metálicos en el pequeño patio cada vez que Conan paraba un mandoble y ágilmente volvía a ponerse en guardia. El sudor empapaba su robusto pecho, pero controlaba la respiración, miraba con firmeza, su acero era rápido.

Garian avanzaba en círculo, rodeando hacia la izquierda al fornido cimmerio. También iba desnudo de cintura para arriba, y no era tan corpulento como su oponente, a pesar de las grasas que había ganado con los últimos meses de sedentarismo. El sudor le corría abajo por los hombros, y el arma le oscilaba aunque solo fuera por la anchura de un cabello.

—Eres bueno, bárbaro —dijo el rey entre jadeos.

Conan no decía nada, y giraba tan solo para seguir de frente al otro hombre. No se debe hablar mientras se lucha, ni siquiera cuando solo se está practicando.

—Pero andas escaso de palabras —siguió diciendo el rey, y a mitad de la frase trató de alcanzar con la espada el pecho del cimmerio.

Conan apenas se movió. Sus poderosas muñecas giraron, su arma chocó con la del rey, apartándola a un lado sin peligro. En vez de obligar al otro a soltar el arma —tal era la táctica favorita—, Conan se dejó caer sobre la rodilla derecha, y apuntaló a un lado la pierna izquierda. Apartó su espada de la del otro y atacó, deteniendo el arma en el mismo momento en que llegaba a rozar el estómago de Garian. Antes de que el asombrado rey pudiera reaccionar, Conan se había incorporado ya y se ponía de nuevo en guardia.

Garian retrocedió con expresión disgustada.

—Ya basta por hoy —dijo hoscamente, y se marchó. Conan recogió su túnica y empezó a secarse el sudor del pecho.

Después que Garian hubo desaparecido entre las arcadas del patio, apareció Hordo, que había pasado desapercibido a la sombra de un balcón.

—Menos mal que no ha sabido que yo estaba aquí, cimmerio, porque ambos podríamos habernos encontrado en las mazmorras, bajo este empedrado. Pero, de todos modos, es cosa sabida que los reyes no gustan de ser vencidos, aun cuando nadie lo ve.

—Si aceptara la derrota en un combate fingido, no tardaría en tropezar con ella en un combate real.

—Pero, aun así, ¿no podrías refrenarte un poco? Al fin y al cabo, se trata de un rey. No quieras que nos echen antes de que hayamos ganado todo el oro que podemos ganar.

—Yo no sé luchar de otra manera, Hordo, solo sé luchar para vencer. ¿Qué tal los hombres?

—Bien —respondió Hordo, sentándose en una piedra de albardilla—. Tienen una vida fácil: beben y putañean con el oro que cobran.

Conan se puso la túnica y envainó la espada.

—¿Has visto algún indicio de que Ariane y los otros estén listos para llamar a su gente a la calle?

—Ni un susurro —dijo el tuerto suspirando—. Conan, yo no digo que los traicionemos…, pues si lo hiciera, la sombra de Kerin me perseguiría…, pero ¿no podríamos al menos decirle a Garian que hemos oído rumores de insurrección? Nos pagaría bien por la advertencia, y, si se pone en guardia, la tal insurrección no tendría lugar. No quiero ni pensar en que Kerin y Ariane mueran en un sumidero, pero será inevitable si llegan a sublevarse. Yo… no quiero tener que luchar con ellas, cimmerio.

—Yo tampoco, Hordo. Pero la insurrección tendrá lugar, tanto si Garian se pone en guardia como si no, a menos que haya entendido mal el fuego que arde en Ariane. Para detenerlos, tenemos que descubrir quién los está utilizando. Ese hombre que estaba reunido con Taras podría decirme muchas cosas.

—He dado órdenes, como me mandaste, de que me avisen si ven a un hombre de rostro aquilino cuyas sienes ya blanquean. Pero sería un regalo de los dioses que lo encontráramos.

Conan negó con la cabeza, contrariado.

—Lo sé. Pero solo podemos hacer lo posible. Ven. Vamos a mi

habitación. Tengo buen vino allí.

Aunque hubiera palacios mucho más opulentos en Turan y en Vendhia, aquel no era insignificante. Tenía muchos patios y jardines, algunos pequeños, adornado tal vez su centro por una fuente de mármol con forma de fantástica bestia, otros grandes, en los que se erguían torres de alabastro con arcos y cúpulas dorados. Grandes obeliscos apuntaban al cielo, cubiertos ambos lados de jeroglíficos que narraban las leyendas de los reyes nemedios a lo largo de más de mil años.

Mientras bajaban por una tranquila arcada, junto a un jardín donde los pavos reales chillaban y los faisanes de plumas doradas se exhibían, Conan se detuvo de pronto. Más adelante, una mujer envuelta en velos grises acababa de salir por una puerta y, sin darse cuenta al parecer de que estaban allí, se fue andando en dirección opuesta. El cimmerio estaba seguro de que se trataba de la mujer que había visto dos veces ya en su litera. Ahora —decidió— era el momento oportuno para descubrir por qué le había mirado con aquel odio. Pero, cuando dio el primer paso, Hordo lo agarró por el brazo y lo arrastró detrás de una columna.

—Quiero hablar con esa mujer —dijo Conan. Hablaba en voz baja, pues las voces levantaban ecos en aquellas arcadas—. Yo no le gusto, de eso estoy seguro. Y ya la he visto antes, sin esos velos. Pero ¿dónde?

—Yo también la he visto —replicó Hordo con ronco susurro—, aunque no sin los velos. Es *Lady* Tiana, y se dice que alguna dolencia corroe su rostro. No permite que la vean.

—No iba a pedirle que me permitiera ver su rostro —dijo Conan con impaciencia.

—Escúchame —le rogó el hombre tuerto—. Una vez seguí a Eranius, después de que nos dejara para ir a recibir órdenes. Yo sabía que siempre iba a la Calle de los Lamentos, a una taberna distinta cada vez. Aquel día salió de la ciudad y, en una arboleda tras la muralla, se encontró con esta tal *Lady* Tiana.

—Así que está metida en el contrabando —dijo Conan—. Quizá el saberlo me sea útil si se niega a responder a mis preguntas.

—No lo comprendes, cimmerio. No estaba yo lo bastante cerca como para oír lo que decían, pero vi que Eranius casi se arrastraba ante ella. No lo habría hecho si ella no ocupara un lugar elevado,

muy elevado, en la sociedad. Si la molestas, te encontrarás con doscientos contrabandistas, gente dura todos ellos, que irán por la ciudad con la intención de matarte.

—Quizá ya lo hayan intentado.

Sin duda alguna, había alguien que quería su muerte; ¿por qué no una mujer que, por alguna razón desconocida, parecía odiarle? Obligó a Hordo a soltarle.

—Se irá si no le doy alcance ahora.

Pero Conan se detuvo, pues, en el momento en que *Lady* Tiana llegaba al final de la arcada, la rubia que había visto acompañando a Garian apareció detrás de ella. Había descubierto que se llamaba Sularia y que, en efecto, era la amante de Garian. La mujer velada trató de pasar de largo, pero Sularia, que solo se cubría con un peto dorado y una falda de seda también dorada no más larga que la palma de un hombre, se le puso delante.

—Honor a ti, *Lady* Tiana —dijo Sularia, y una sonrisa maliciosa afloró a sus sensuales labios—. Pero ¿por qué te cubres tanto en un día como este? Sé que estarías encantadora si pudiéramos convencerte para que te pusieras brazaletes y sedas.

Con rapidísimo gesto, la mujer velada le dio tal bofetón a Sularia con el dorso de la mano que hizo caer al suelo a la rubia. Conan se sorprendió del golpe; para darlo, no habría bastado con la fuerza habitual en una mujer.

Sularia se puso en pie tambaleándose; la rabia le desfiguraba el rostro como una máscara.

—¿Cómo osas pegarme? —espetó—. Voy a…

—¡Perra, vete a tu perrera! —gritó una tercera mujer, que acababa de aparecer.

Alta, y de talle cimbreño, era tan bella como Sularia, pero su cabello era negro y sedoso, sus ojos, oscuros y señoriales, su rostro arrogante. Ante su túnica de terciopelo negro, adornada con pequeñas perlas, la rubia parecía una moza de taberna.

—No me habléis así, *Lady* Jelanna —respondió airada Sularia—. No soy ninguna sierva, y muy pronto seré… —se detuvo de pronto.

Jelanna sonrió con desprecio.

—Eres una marrana, y muy pronto lo verá Garian por sí mismo. Ahora, vete antes de que llame a un esclavo para que te azote aquí mismo.

Sularia tembló desde los pies a la cabeza; había veneno en el ademán de su rostro. Con un inarticulado grito de rabia, se alejó de las dos mujeres, y pasó de largo ante Conan y Hordo, que seguían escondidos tras la columna.

Conan la observó mientras se iba; cuando se volvió de nuevo, Jelanna y Tiana ya no estaban allí. Frunciendo el ceño, se reclinó en la pared.

—En este lugar, podría pasar tres días buscándola sin encontrarla —masculló—. Tendría que haberla llamado, en vez de permitir que me agarraras como a un niño asustado.

—Por Mitra, Conan, vámonos de esta ciudad. —El único ojo de Hordo miraba fijamente al cimmerio con una súplica—. Olvida a *Lady* Tiana. Olvida a Garian, y a su oro. También hay oro en Ofir, y cuando nos paguen allí por luchar, al menos sabremos quién es el que quiere matarnos.

Conan negó con la cabeza.

—Jamás he huido de mis enemigos, Hordo. Es un mal hábito. Me voy a mi habitación, a ver si se me ocurre algo para encontrar a esa tal Tiana. Luego nos veremos, y pienso beber el doble que tú.

Cuando el cimmerio se iba, Hordo le gritó:

—¡Antes, siempre sabías quiénes eran tus enemigos!

Pero Conan no se detuvo. Un hombre sabio no ignora a un enemigo desconocido, sino que trata de descubrir quién es. Mejor sería morir que huir, pues la huida que se empieza ¿cuándo terminará? El enemigo acaba por aparecer, y la vida y la muerte se deciden en el momento y el lugar que este elige. Mientras le quedaran vida y voluntad, seguiría buscando a su oponente.

Al llegar a su habitación, Conan puso la mano en la puerta; se abrió con solo tocarla. Alguien había abierto el pestillo. Desenvainó con cautela y dio un paso a un lado. Con la punta de la espada, abrió violentamente la puerta. Esta fue a dar ruidosamente contra la pared, pero no le llegó ningún otro sonido, ni indicios de movimiento.

Gruñendo, el cimmerio se abalanzó por la puerta abierta, se arrojó al suelo, dio una voltereta y se puso en pie espada en mano.

Sularia estaba sentada sobre su cama, cruzando sensualmente aquellas largas piernas, y aplaudía con deleite.

—Jinete, arquero, espadachín, y ahora, acróbata. ¿Qué otras

habilidades tienes, bárbaro?

Conan, conteniendo su ira, cerró la puerta. No le gustaba hacer el ridículo delante de una mujer, y aún menos si esta era bella. Se volvió para mirarla con ojos fríos como el azulado hielo de los glaciares.

—¿Qué hacías aquí, mujer?

—Qué formidable eres —decía la muchacha, hablando quedo—, con este sudor de la pelea que aún te empapa. Le has derrotado, ¿verdad? Garian no puede hacer nada frente a alguien como tú.

Él registró apresuradamente la habitación: apartó todos los tapices de la pared, y se asomó por la ventana para asegurarse de que no había ningún asesino encaramado a las albardillas. Miró incluso bajo la cama, antes de que la burlona sonrisa de la muchacha le obligara a soltar la colcha con un juramento.

—¿Qué es lo que buscas, Conan? No tengo marido que pueda aparecer de pronto y acusarte.

—Tienes un rey —dijo él con un gruñido.

Con una sola mirada a la muchacha, a su peto dorado que apenas si podía contener sus exuberantes pechos, a la estrecha faja de seda dorada que le ceñía las caderas, quedaba claro que esta no podía llevar más arma que un alfiler.

—Un rey que solo sabe hablar de aranceles y de grano, y de cosas todavía más aburridas. —Una sonrisa seductora le acariciaba los labios, y la joven se dejó caer sobre la cama, respirando hondo —. Pero tú, bárbaro, no eres aburrido. Siento que hay poder en ti, aunque lejano en el tiempo. Me pregunto si es que llegarás a rey.

Conan frunció el ceño. Aquellas palabras parecieron reavivarle un recuerdo enterrado desde hacía tiempo. Que él había de ser rey. Se quitó de la cabeza tales ideas. No eran más que una fantasía pueril.

Dejó la espada sobre la cama, poco más allá de la cabeza de Sularia. Así no le sería difícil cogerla si llegaba el caso. La rubia se volvió para poder ver el arma, y se lamía los labios como si el tenerla cerca la excitara. Conan agarró los cierres de su peto dorado y los abrió. Ella le miró a los ojos, a sus ojos de gélido zafiro que dominaban a los de la muchacha, azules como una llama fría.

—Has estado jugando conmigo, mujer —le dijo suavemente—. Ahora seré yo quien juegue.

Ni él ni ella oyeron que la puerta se entreabría, y que la mujer de los velos grises se demoraba allí por un rato, observándolos con ojos de encendida esmeralda.

15

El día siguiente por la tarde, cuando Conan paseaba por palacio, Hordo le salió al encuentro.

—Me alegro de verte, cimmerio. Como no compareciste en la taberna la pasada noche, pasé cierta angustia.

—Encontré algo mejor que hacer —dijo Conan sonriendo.

Los apresurados esclavos se apiñaban en los corredores, y no se apartaban de las paredes para dejarles el centro a los nobles y las damas que salían a pasear, de los que algunos pasaban por allí en aquel momento con sus túnicas de bordados terciopelos y satenes, y los collares de oro, y de esmeralda, y de rubíes, que les colgaban del cuello, las muñecas y el talle. Los nobles echaron alguna ojeada curiosa al par de guerreros, los hombres con arrogante desprecio, las mujeres con algún interés.

Hordo les miró con suspicacia, y luego bajó la voz y se acercó a Conan sin dejar de andar.

—Quizá esta última noche hayas estado meditando lo que sucedió ayer. Puede que los torturadores de Garian ya estén calentando los hierros. Cojamos los caballos y larguémonos mientras aún podemos.

—No sigas con tus necios balbuceos —dijo Conan, riendo—. No hace ni dos clepsidras que he practicado la esgrima con Garian, y no me ha dicho ni una mala palabra. De hecho, ha reído a menudo, salvo cuando ha recibido un golpe en la cabeza.

Poco le faltó al tuerto para dar un traspiés.

—Cimmerio, no habrás… ¡Por Mitra! ¡No se te habrá ocurrido aporrear a un rey en la sesera!

—No le he aporreado la sesera a nadie, Hordo. El pie de Garian ha resbalado en las hojas que arrastraba la brisa, y al caer se ha golpeado la cara con su propia empuñadura. Se ha hecho un

moretón, nada más.

—Lo que los hombres como tú y como yo llamamos moretón —dijo Hordo, alzando el dedo como uno de los filósofos del Thestis—, un rey lo llama insulto mortal a su dignidad.

—Me temo que tienes razón —dijo Conan con un suspiro—. Te estás haciendo viejo.

—Yo también lo temo… —empezó a decir Hordo, pero cerró la boca y miró airado al corpulento cimmerio cuando comprendió lo que este acababa de decir.

Conan contuvo la risa que quería salir afuera cuando vio el rostro de aquel barbudo sujeto. Hordo podía decir de sí mismo que estaba viejo, pero estaba dispuesto a pelear con cualquiera que se lo dijese. La alegría del cimmerio se desvaneció.

Acababan de entrar en un patio en el que una veintena de Leopardos de Oro se agrupaba en círculo en torno a Vegentius; todos, incluso el comandante, iban desnudos de la cintura para arriba. Un reducido grupo de nobles les miraba discretamente desde una arcada, al otro extremo del patio. Separada de ellos, pero también entre aquellas mismas columnas, para que no pareciera que estaba mirando, se hallaba Sularia. Vegentius los iba mirando a todos, y pasando los brazos por encima de la cabeza los tensaba.

—¿Quién será el siguiente? —gritaba a los hombres que tenía alrededor—. Todavía no he empezado a sudar. —Su torso desnudo se veía sólido, sus espaldas, anchas, y estaban cubiertas de abultado músculo—. ¿Es que no voy a poder ejercitarme? Tú, Oaxis.

Un hombre avanzó, y se puso en cuclillas. Era tan alto como Vegentius, pero no tenía los mismos músculos, y no porque fuera un muchacho aún imberbe. Vegentius rio, se puso también en cuclillas y empezó a dar vueltas en torno al otro. Oaxis daba vueltas a su vez, pero no reía.

De pronto, arremetieron el uno contra el otro, se agarraron, trataron de hallar con los pies apoyo para incorporarse y hacer palanca. Conan pensó que el hombre joven tenía experiencia, y agilidad. Cuando aún lo estaba pensando, Oaxis liberó un brazo y dio un puñetazo al tenso estómago de Vegentius. Puede que recordara quién era el hombre al que iba a pegar, pues en el último instante frenó el golpe, y este solo arrancó un gruñido al sonriente oficial.

El corpulento oponente del joven no tenía tales reservas. Con la mano libre golpeó a Oaxis en el cuello, con un sonido como de piedra que golpea madera. Oaxis se tambaleó y vaciló, pero Vegentius le sostuvo por un momento más. Dos veces se alzó y volvió a caer su puño sobre la nuca del otro. La primera vez Oaxis sufrió un espasmo, a la siguiente cayó inerme. Vegentius le soltó, y lo dejó caer como un saco sobre el enlosado.

—¿Quién será el siguiente? —rugió el membrudo comandante de los Leopardos de Oro—. ¿No hay ninguno entre vosotros que pueda pelear conmigo?

Dos de los semidesnudos soldados se llevaban a rastras a su compañero. No parecía que ninguno de ellos ansiara probar las fuerzas de Vegentius. De nuevo, aquel hombre corpulento iba mirándolos a todos y sonreía con sonrisa burlona, hasta que se encontró con que tenía a Conan frente a sí. Entonces se detuvo, y su rostro se ensombreció.

—Tú, bárbaro. ¿Quieres intentarlo, o quizá algún viento norteño te ha congelado el hígado?

A Conan se le endureció el rostro. Se había dado cuenta de que Sularia le miraba. La arrogancia de un hombre de orgullo, unida a la mirada de una mujer bella, le espoleó. Se quitó el cinturón, y se lo entregó a Hordo. Se oyó un murmullo donde los nobles; estos empezaban a apostar.

—Tienes más coraje que buen sentido —mascullaba el tuerto—. ¿Qué ganarás con derrotarle, salvo un enemigo poderoso?

—Ya es mi enemigo —respondió Conan, y añadió con una carcajada—: Uno de mis enemigos, al menos.

El cimmerio se quitó la túnica por la cabeza y, tras arrojarla al suelo, se acercó al círculo de hombres. Los nobles pudieron estimar la anchura de sus espaldas, y las apuestas cambiaron. Vegentius, seguro de que la risa del bárbaro había acompañado a alguna infamia dicha contra él, le esperaba con una mueca de desprecio en el rostro. Los soldados se apartaron, agrandando el círculo cuando Conan entró en él.

De pronto, Vegentius atacó, tendiendo los brazos para aplastar y destruir. El enorme puño de Conan le golpeó en la sien, y el golpe le obligó a detenerse. Agachándose ligeramente, el cimmerio dio otro puñetazo bajo las costillas del corpulento militar, arrancándole

algún aliento. Antes de que Vegentius pudiera recuperarse, el cimmerio lo agarró por la garganta y el cinturón, y lo levantó en el aire, sostuvo su gran masa por encima de la cabeza y lo arrojó violentamente a sus espaldas.

El estupor se dibujaba en los ojos de los soldados que les miraban. Nunca habían visto que alguien derribara a Vegentius. Entre los nobles, las apuestas volvían a cambiar.

Conan aguardó, respirando sin dificultad, bien asentado sobre sus pies, mientras Vegentius se levantaba tambaleante, con el espanto escrito en el rostro. Entonces, la rabia borró al espanto.

—¡Bárbaro bastardo! —aulló el corpulento militar—. ¡Escupo en la tumba sin nombre de tu madre! —Y le lanzó un puñetazo que habría tumbado a cualquier hombre normal.

Pero ahora la rabia se apoderaba también del rostro de Conan. Sus ojos recordaban la muerte gélida, azuzada por el viento, la furia le impedía todo pensamiento de defensa; recibió el golpe, que le hizo temblar las rodillas. Pero en el mismo instante, su propio puño le rompió algunos dientes a Vegentius. Durante largos momentos, ambos pelearon cara a cara, dando y recibiendo golpes que habrían acabado con un hombre normal.

Entonces, Conan dio un paso adelante. Y Vegentius dio un paso atrás. La desesperación apareció en el rostro del militar; en los ojos de Conan solo se vislumbraba el gélido fulgor de la destrucción. El cimmerio forzaba al otro a retroceder. Le obligaba a retroceder, golpeándolo implacablemente, hacia el grupo de nobles que no cesaba de crecer, que habían perdido toda dignidad y chillaban entusiasmados. Entonces, con un enérgico golpe, logró que aquel hombre robusto se tambaleara.

Aunque luchara por sostenerse, Vegentius cayó dando traspiés, y los nobles se apartaron a su paso hasta que logró apoyarse en una pared, a la sombra de los arcos. Hizo un esfuerzo para ponerse en pie, avanzó con pasos vacilantes y cayó por fin en el borde de la arcada. Movió una pierna, como si una parte de su cerebro se hubiera esforzado todavía por levantarle, y al final quedó inmóvil.

Los soldados rodearon a Conan jaleándole, sin prestar atención a su caído comandante. Los sonrientes nobles —tanto ellos como ellas— se le acercaron, y trataban tímidamente de tocarlo, como quien acaricia a un tigre.

Conan no escuchó ninguna de sus alabanzas. En el breve instante en que Vegentius había logrado mantenerse en pie a la sombra de la arcada, le había venido a la memoria de qué conocía a aquel hombre. Se apartó de la adulación y los vítores, recogió la túnica y volvió con Hordo.

—¿Recuerdas —le preguntó en voz baja al tuerto— que te conté como había visto por primera vez a Taras cuando irrumpí atravesando el techo en su reunión secreta, y que había allí un hombre corpulento medio oculto por las sombras?

El ojo de Hordo se volvió hacia Vegentius, al que ahora levantaban los soldados. Los nobles se dispersaban ya.

—¿Él? —dijo con incredulidad.

Conan asintió, y el barbudo silbó amargamente.

—Cimmerio, te repito que tenemos que marcharnos a Ofir en cuanto podamos reunir la compañía.

—No, Hordo. —Los ojos de Conan retenían la fría seriedad del combate, y su rostro recordaba al del lobo que caza—. Ahora ya estamos sobre la pista del enemigo. Es hora de atacar, no de huir.

—¡Por Mitra! —mascullo Hordo—. Si en tu necedad consigues que me maten, mi espíritu volverá para acosarte. ¿Atacar, dices?

Antes de que Conan pudiera responder, una esclava se le acercó y dobló la rodilla ante el cimmerio.

—He venido para conduciros con gran urgencia ante el rey Garian.

Aquello enervó al tuerto.

—Cálmate —le dijo Conan—. Si el rey quisiera mi cabeza, no mandaría a este par de tobillos bonitos a buscarme. La esclava le miró de pronto con interés.

—Yo no confiaré en nadie —rezongaba Hordo— mientras no sepamos quién es el que desea tu muerte. O hasta que hayamos dejado Nemedia muy atrás.

—Cuando llegue la hora de cabalgar hacia la frontera, yo te lo diré —le respondió Conan, riendo—. Guíame, muchacha.

Ella se apresuró a ponerse en camino y el cimmerio la siguió.

El rey Garian le esperaba en una estancia adornada con armas y trofeos de caza, pero poco le interesaban en aquel momento las cacerías. Las muchas mesas que había en la habitación, y aun el suelo, estaban cubiertas de rollos y pergaminos. Al entrar en la sala,

Conan encontró a Garian arrojando al suelo uno de los rollos con un bufido de hastío. El cardenal de la mejilla contrastaba con el airado rubor de su semblante.

—Nunca quieras ser rey, Conan —fueron sus primeras palabras.

Cogido por sorpresa, a Conan solo se le ocurrió decir:

—¿Y por qué no?

El rostro encarnado de Garian era el vivo retrato del asco, y movía los brazos señalando los rollos y pergaminos.

—¿Crees que esto son los planes de alguna gran campaña? ¿De alguna magnífica ceremonia para honrar el honor y el recuerdo de mi padre? ¿Eso crees?

Conan negó con la cabeza. En más de una ocasión, su vida se había visto alterada por los planes de algún rey, pero nunca había tomado parte en los planes mismos. Miró de soslayo uno de los pergaminos, que tenía casi a sus pies. Toda la hoja parecía cubierta de columnas de números.

Garian andaba irritado por la estancia, cogiendo rollos de las mesas y arrojándolos al suelo.

—Los sumideros de la ciudad deben ser limpiados, o si no…, eso es lo que afirma el Gremio de Galenos…, las miasmas acabarán por causar una plaga. Se recomienda que los pasadizos antiguos que dan a palacio por el subsuelo sean cegados, para que el palacio sea más seguro. Una parte del muro de la ciudad debe ser reconstruida. La soldada del ejército llega con retraso. Hay que comprar grano. Cada vez más grano. —Se detuvo, mirando con el ceño fruncido la frondosa cornamenta de un gran venado disecado que colgaba de la pared—. Lo cacé en la fronda cercana a la frontera brithunia. Cómo querría yo ahora poder volver allí.

—¿No podrían vuestros consejeros solucionar estos asuntos? —preguntó Conan.

El rey rio con amargura.

—Sí podrían, si no me faltara el oro. Oro, Conan. Tengo que hurgar en la tierra para buscarlo, como un mercader codicioso.

—El Tesoro…

—… está casi agotado. Cuanto más grano debo comprar a Ofir y Aquilonia, más sube su precio, y tendré que reemplazar toda una cosecha, pues hay forajidos dementes que pegan fuego a los carromatos que no viajan escoltados por el ejército, y son muchos

los que lo intentan. Ya he ordenado fundir algunos ornamentos, pero aunque saqueara todo palacio a duras penas bastaría.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Conan.

Él siempre había imaginado que la riqueza de los reyes no tenía límite. Era algo nuevo encontrarse con que un rey tenía tanta necesidad de oro como él mismo, aunque lo precisara en cantidad mucho mayor.

—Pedirlo prestado —replicó Garian—. Algunos nobles y mercaderes disponen de riquezas que rivalizan con las mías. Que echen una mano para impedir que nuestra nación caiga presa del hambre.

Rebuscó entre los pergaminos hasta que encontró uno plegado y sellado con el Sello del Dragón de Nemedia.

—Le llevarás esto a Lord Cántaro Albanus. Es uno de los hombres más ricos de Nemedia, y por ello será también uno de los primeros a quienes pida contribución. —Al tiempo que entregaba el pergamino a Conan se le endureció el rostro, y añadió—: Y si no lo prestan, les será cobrado como tributo.

El rey le indicó a Conan que se fuera, pero el corpulento cimmerio no se movió. El paso que iba a dar era delicado, pero el bárbaro no era un hombre habituado a delicadezas, y —algo desacostumbrado en él— se sintió torpe. Garian le miraba, visiblemente sorprendido de que no se marchara.

—¿En qué medida confiáis en Vegentius? —logró decir por fin.

—En medida suficiente para mantenerlo como comandante de la Guardia Real —replicó Garian—. ¿Por qué me preguntas eso?

Conan respiró hondo y empezó con la historia que había ido pergeñando en el camino hacia aquella estancia.

—Desde que llegué aquí, he tenido la impresión de haber visto ya a Vegentius en alguna otra parte. Hoy lo he recordado. Lo vi en una taberna de la ciudad, en íntima conversación con un hombre llamado Taras, del que se sabe que ha dicho que preferiría ver en el trono a otro hombre que no fuerais vos.

—Es una acusación seria —dijo Garian pausadamente—. Vegentius me ha servido bien, y también sirvió bien a mi padre durante los años que estuvo con él. No puedo creer que quiera hacerme daño.

—Vos sois el rey, pero algo sé yo también de la realeza. El

hombre que ciñe corona debe guardarse siempre de las ambiciones de los demás.

Garian echó a reír a carcajadas.

—Aunque seas buen espadachín, Conan, debes dejarme a mí el oficio de ser rey. Tengo más experiencia que tú en llevar la corona. Ahora, vete. Quiero que ese mensaje llegue a Lord Albanus sin más dilación.

Tras saludar inclinando la cabeza, Conan se fue. Tenía la esperanza de haber plantado alguna simiente de sospecha, pero aquellos combates con palabras no le complacían en absoluto. Estaba acostumbrado a hacer frente al enemigo espada en mano, y confiaba en poder hacerlo pronto.

16

Cuando Conan llegó a las puertas de palacio, encontró a Hordo que le esperaba con su caballo. Y a veinte hombres, entre los que se hallaban Macaón y Narus. El cimmerio miró a Hordo en muda interrogación, y el tuerto se encogió de hombros.

—Oí que tenías que llevarle un mensaje a algún noble —le dijo a Conan—. ¡Por Mitra! Nada te asegura que no sea otro de los hombres que estaban allí reunidos con Taras. O ese que quiere verte muerto. O ambas cosas a la vez.

—Te estás volviendo suspicaz como una vieja, Hordo —dijo Conan mientras montaba en la silla.

Vegentius, magullado pero vestido con armadura completa y un yelmo de rojo penacho, apareció de pronto en la puerta con diez Leopardos de Oro. Cuando vio a los jinetes que iban con Conan, se detuvo, mirándolos con ira. Se volvió bruscamente, y, colérico, se abrió paso entre sus soldados y volvió a entrar en palacio.

—Yo me vuelvo suspicaz —dijo Hordo en voz baja—, pero, al menos, tengo el buen sentido de recordar que algunos de tus enemigos tienen rostros que sí conocemos. Además, vas a ver que la ciudad ha cambiado en estos últimos días.

Cuando Conan se adentró con sus veinte hombres por las calles desiertas, los cambios se le hicieron patentes. Aquí y allá, algún perro visiblemente flaco husmeaba cuidadoso cabe alguna esquina. Ocasionalmente veían a algún hombre corriendo por una calle lateral, como si lo persiguieran, aunque nadie más anduviera por el lugar. Las ventanas estaban cerradas y las puertas atrancadas; ninguna tienda estaba abierta, ni se oían voces pregonando mercancías. Podía palparse en el aire el tétrico silencio.

—Esto empezó poco después de que fuéramos a palacio —murmuró Hordo.

Miró alrededor y se encogió incómodo, como si hubiera cabalgado entre tumbas.

—Primero, las gentes abandonaron la calle a los matones, los mendigos y las rameras. Estos dos últimos gremios no tardaron en desaparecer, pues ya no quedaba nadie que diera ni comprara, y los matones se apoderaron de la ciudad, y aterrorizaban a cuantos osaran dar un paso más allá de la puerta. Ayer, todos desaparecieron también. —Lanzó una expresiva mirada a Conan—. Todos, en solo una clepsidra.

—¿Y si seguían órdenes?

El tuerto asintió.

—Quizá sea cierto, después de todo, que Taras alquilara hombres de armas. Por así decirlo.

—Pero no con el propósito que creía Ariane. El corpulento cimmerio calló durante un rato, y fue fijándose en los edificios aparentemente desiertos.

—¿Qué se sabe de ella? —preguntó por fin.

Hordo no necesitaba que le dijera a quién se refería.

—Está bien. He entrado dos veces en el Thestis; los otros me miran como a un leproso que irrumpiera en una cena. Kerin y Graecus son amantes ahora.

Conan asintió sin decir nada, y siguieron cabalgando en silencio hasta las puertas del palacio de Albanus. Una vez allí, Conan desmontó, y llamó con el puño al portón atrancado.

Abrieron una rendija no mayor que la mano de un hombre, y un ojo suspicaz les observó.

—¿Qué queréis? ¿Quiénes sois?

—Me llamo Conan. Abre el portón. Traigo un mensaje para tu amo del propio rey Garian.

Se oyó al otro lado una conversación en susurros. Luego, el traqueteo de una barra al ser levantada, y el portón se abrió hasta permitir el paso de un único hombre.

—Tú puedes entrar —le dijo la voz desde dentro—, pero los otros no.

—Conan… —empezó a decir Hordo. El cimmerio le hizo callar con un gesto.

—No te preocupes, Hordo. No estaría más seguro en brazos de una mujer.

Cuando el portón se cerró a sus espaldas con un golpe sordo, Conan se vio frente a cuatro hombres con espadas desenvainadas; otro, desde un lado, le puso la punta de su arma bajo las costillas.

—Ahora, dinos quién eres —dijo con voz áspera el espadachín cuya espada pinchaba a Conan a través de la túnica.

El cimmerio, que en aquel momento echaba de menos el sentido común que le hubiera ordenado ponerse la loriga antes de salir de palacio, volvió la cabeza y vio un rostro alargado de ojos separados, que había perdido media nariz.

—Ya te lo he dicho. —Empezó a buscar bajo la túnica, pero se detuvo al notar que el otro le estaba clavando todavía más la punta de la espada—. Solo quiero mostrarte ese mensaje. ¿Qué problemas puedo causarte mientras tenga una espada en las costillas?

Se dijo para sus adentros que tenía demasiado cerca aquella nariz cortada. Aquel hombre no debería haberle acercado tanto la espada a la túnica si no tenía intención de clavársela. Con un rápido gesto del brazo apartaría el arma, y arrojaría al nariz-cortada contra su camarada, y… El corpulento cimmerio sonrió, y los otros se agitaron nerviosos, preguntándose de qué se sonreiría.

—Enséñame el mensaje —exigió el nariz-cortada.

Conan sacó el pergamino plegado, que llevaba guardado en su túnica. El nariz-cortada trató de cogerlo, pero Conan lo apartó de su mano.

—Puedes ver el sello desde donde estás —dijo—. Va dirigida a Lord Albanus, no a ti.

—Este sello es el del Dragón, cierto —murmuró nariz-cortada. Apartó la espada de las costillas de Conan con evidente mala gana —. Sígueme, pues, y no te apartes de mí.

Mientras Conan movía contrariado la cabeza, se pusieron en marcha por el camino de piedra hacia el palacio propiamente dicho: un gigantesco edificio sostenido por columnas estriadas, cuya gran cúpula dorada reflejaba la luz del sol. La suspicacia por parte de los guardias era lógica, dada la situación que se vivía en la ciudad, pero su hostilidad debería haberse evaporado al saber que se hallaban ante un mensajero del rey. De ese modo no hubieran delatado los planes de Albanus. A veces, los siervos imitan las actitudes de sus amos sin que ni los siervos ni el amo se den cuenta.

En el vestíbulo de muchas columnas, el nariz-cortada consultó,

demasiado lejos de Conan para que este pudiera oír lo que decía, a un hombre de barba gris, que llevaba bordados en la túnica el blasón de la casa de Albanus y una llave negra. El nariz-cortada se fue para volver a su puesto en el portón, y el hombre de barba gris se acercó a Conan.

—Soy el chambelán de Lord Albanus —le dijo, sin más explicaciones ni cortesía—. Dame el mensaje.

—Se lo entregaré en mano al mismo Lord Albanus —replicó Conan con resolución.

En realidad, no tenía razón alguna para no dárselo al chambelán, pues este servía como agente de su amo en tales asuntos, pero estaba irritado. A un mensajero del rey había que darle vino fresco, y toallas húmedas para que pudiera limpiarse el polvo de la calle.

El rostro del chambelán se endureció, y por un momento Conan pensó que tendría que discutir con aquel hombre. Sin embargo, este dijo secamente:

—Sígueme. —Y guio al cimmerio por una escalera de mármol hasta una pequeña estancia—. Espera aquí —ordenó a Conan, y se fue tras contar con la mirada los objetos que había en la habitación, por si se daba el caso de que el visitante amara demasiado lo ajeno.

Aunque pequeña, la estancia no era pobre. Tenía tapicería, y el suelo de mármol, y muebles con incrustaciones de madreperla y lapislázuli. Por un arco se salía a un balcón, desde el que se podía contemplar una fuente del jardín. Pero no había en ella toallas húmedas, ni vino. Forzosamente había de ser un mal auspicio para Garian aquel insulto a su mensajero.

Murmurando algo para sus adentros, Conan salió al balcón y miró abajo. Estuvo a punto de gritar de asombro, y olvidó por un momento los desaires. Estéfano se tambaleaba borracho por el jardín, y dos muchachas vestidas con escasas sedas le ayudaban a sostenerse.

Cuando pasó al lado de la fuente, el escultor, por juego, trató de mojar los dedos en ella y casi cayó dentro.

—No hay agua —dijeron las muchachas riendo mientras se lo llevaban—. Yo quiero más vino, no agua.

Entre risitas necias, se alejaron de la fuente con paso inseguro para perderse entre los exóticos arbustos.

Alguien carraspeaba detrás de Conan para aclararse la garganta, y el cimmerio se volvió.

Se encontró con un hombre obeso de estatura media, que con una mano agarraba por el cuello una túnica que le venía grande.

—¿Tienes algún mensaje para mí? —dijo.

—¿Lord Albanus? —respondió Conan.

El hombre obeso asintió levemente y le tendió la mano. Conan, con gesto moroso, le dio el pergamino. La mano del hombre obeso lo aferró como una trampa.

—Ahora vete —le dijo—, ya tengo el mensaje. ¡Vete!

Conan se fue.

El chambelán de barba gris estaba esperándole afuera para conducirle hasta la puerta, y allí el nariz-cortada le aguardaba con otro hombre para escoltarle hasta el portón.

Cuando salió, Hordo se acercó a él sin bajar del caballo, con una sonrisa de alivio en el marcado rostro.

—Ya casi estaba dispuesto a asaltar ese muro para entrar a buscarte.

—No he tenido problemas —dijo Conan mientras montaba—. Recuerda que llevaba un mensaje del rey. La próxima vez que veas a Ariane, dile que Estéfano no está muerto como ella temía. Vive ahí dentro, y se divierte con las criadas.

—Hoy mismo voy a verla —contestó Hordo. Miró a la puerta, pensativo—. Es extraño que no haya mandado ningún mensaje a sus amigos para decirles que está bien.

—Nada es extraño, después que uno se encuentre con un noble que tiene uñas rotas y las manos llenas de callos —dijo el cimmerio.

—Un espadachín…

—No, Hordo. Sé reconocer los callos que causa el trabajo. De todas formas, no nos incumbe. Lo que sí nos incumbe es Vegentius, y esta misma noche pienso tener una conversación en privado con el buen comandante.

Con faz severa echó a cabalgar, alejándose del portón, y los demás le siguieron en columna de a dos.

Albanus hizo caer al hombre obeso, que ahora se cubría tan solo con un mugriento taparrabos, de rodillas, de cara al suelo de mármol.

—¿Y bien, Varius? —le preguntó Albanus a su chambelán; la

impaciencia oscurecía su rostro cruel. Le arrancó del puño el arrugado pergamino—. ¿Te ha parecido que sospechaba? ¿Se ha creído que este perro era yo? —Le daba puntapiés al hombre arrodillado—. ¿Se ha creído que eras un noble, perro? ¿Qué ha dicho?

—Sí lo ha creído, amo. —El hombre obeso hablaba con voz temerosa, y no levantaba el rostro del suelo—. Solo me preguntó si yo era Lord Albanus, y luego me dio el pergamino y se fue.

Albanus gruñó. Los dioses debían de jugar con él, puesto que le mandaban bajo su propio techo a aquel hombre a quien quería hacer morir, donde nada podía hacerle sin atraer inmediatamente sospechas, y donde tenía que ocultarse para evitar que le reconociera. ¡Bajo su propio techo! Y justamente en aquel día, el primero de su triunfo. Miró al hombre arrodillado, que se echó a temblar.

—¿No podrías haber encontrado a alguien más adecuado para representarme, Varius? Que alguien, aunque sea un bárbaro, tome a esta babosa por mí me ofende.

—Perdonadme, mi señor —dijo el chambelán, inclinándose todavía más para pedir disculpas—. Había poco tiempo, y era necesario encontrar a alguien con la talla adecuada para vestir la túnica.

Albanus frunció los labios.

—Quema esa túnica. No volveré a ponérmela. Y llévate esto otra vez a la cocina. Solo verlo me da asco.

Varius hizo un leve gesto; el hombre arrodillado se marchó de la habitación, caminando de hinojos, pues no osaba levantarse.

—¿Eso es todo, mi señor?

—No. Busca a ese idiota borracho, Estéfano, y que vaya al gabinete de trabajo. Procura que antes se le pase la borrachera.

Albanus le indicó con otro gesto a Varius que se fuera de la habitación, y cogió el mensaje de Garian. Intrigado por lo que pudiera ser, abrió el sello.

Apreciado señor Cántaro Albanus:

Honor a ti. Te ordenamos acudir ante el Trono del Dragón, a fin de que puedas aconsejar a Nos acerca de cuestiones que afligen a Nuestro espíritu. Sabedores de que Nos amas bien, y

también a Nemedia, damos por sentado que no te demorarás.

GARIAN, NEMEDIA PRIMUS

Un brillo salvaje se encendió en los ojos negros de Albanus mientras arrugaba el pergamino con manos como garras.

—Pronto vendré a verte —susurraba—. Te demostraré mi amor con cadenas y hierros candentes, hasta que de rodillas me reconozcas como rey. Albanus, Primero de Nemedia. Vas a rogarme que te dé muerte.

Tras arrojar a un lado la arrugada hoja, salió de la estancia para ir al gabinete de trabajo. Los cuatro guardias que vigilaban se cuadraron con respeto, pero él pasó de largo sin prestarles atención.

Sobre el círculo de piedra, en el centro de la estancia, estaba la escultura de arcilla de Garian, completa por fin. Perfecta en todos sus detalles, solo que algo más grande que el original —Estéfano se había negado al principio, pues decía que había que hacerla a tamaño natural preciso, o bien de proporciones heroicas—, parecía que caminara y abriera la boca para hacer alguna proclama. Y tenía más de Garian que lo que se veía a primera vista. Cabellos de Garian y trocitos de sus uñas, y sudor, sangre y semen, habían sido trabajosamente mezclados en ella, acompañados de complicados rituales taumatúrgicos. Todo aquello había sido obtenido por Sularia, siguiendo órdenes del siniestro noble.

Había un gran horno a poca distancia de la tarima de piedra, y una complicada serie de toboganes y palancas diseñados para trasladar la figura unía ambas estructuras. Sin embargo, ni el horno ni los toboganes habían de ser usados. Albanus le había permitido a Estéfano que los construyera para aquietar las sospechas del escultor aun antes de suscitarlas.

Tras trepar a la tarima, Albanus empujó aquellos artefactos de madera hasta arrojarlos al suelo. No estaba acostumbrado a hacer el más mínimo esfuerzo, y sin embargo aquel era necesario. Habría tenido que darle explicaciones a Estéfano, habría tenido que acallar sus preguntas con mentiras bien construidas, y Albanus ya estaba harto de permitir que el escultor creyera que sus preguntas merecían alguna respuesta, y sus vanidades dignificación. Prefería hacer el trabajo por sí mismo.

Tras arrojar de la tarima la última de las palancas, Albanus saltó

al suelo, y evitó caer mal parándose con la mano en el horno. Con un juramento, la apartó de la rugosa superficie de este. Quemaba.

Se abrió la puerta, y Estéfano entró con paso vacilante; su rostro seguía verdoso, pero la bebida ya no lo dominaba tanto como antes.

—Quiero que todos sean flagelados —murmuró, mientras con una mano se frotaba los labios—. ¿Sabes lo que me han hecho tus esclavos, siguiendo órdenes de Varius? Han…

—¡Necio! —gritó Albanus—. ¡Has encendido el horno! ¿No te he dicho que no hicieras nada aquí sin mi autorización?

—La figura está acabada —dijo Estéfano en protesta—. Hay que meterla hoy mismo en el horno, o si no empezará a agrietarse. La última noche…

—¿Es que no oíste que te daba la orden de no encender nunca un fuego en esta sala? ¿Crees que enciendo estas lámparas con mis propias manos por el goce de hacer un trabajo de esclavo?

—Si los aceites que hay en la arcilla son tan inflamables —murmuró hoscamente el escultor—, ¿cómo va a resistir que la pongan en…?

—Cállate.

Aquellas últimas palabras habían sonado como un apagado siseo. La mirada de obsidiana de Albanus le trabó a Estéfano la lengua en el paladar, y allí se quedó esta como si se la hubieran clavado con un clavo.

Albanus se volvió con desdén. Con mano experta dispuso tres pequeños frascos, una tira de pergamino y una pluma. Tras abrir el primer frasco —contenía una pequeña cantidad de sangre de Garian, mezclada con tintes que la mantenían en estado líquido—, mojó en él la pluma y escribió con esmerado trazo el nombre del rey en el pergamino. Esparció sobre este un poco del polvo del segundo frasco, y en el mismo instante la sangre se ennegreció y se secó. El último frasco contenía sangre del propio Albanus, vertida aquella misma mañana. Con esta escribió su propio nombre en letra más grande, encima del de Garian. De nuevo, el polvo secó la sangre.

Luego, mientras murmuraba encantamientos, Albanus plegó la tira de pergamino siguiendo unas pautas precisas. Y volvió a la tarima, y puso el pergamino en la boca abierta de la figura de arcilla.

Estéfano, recostado ahora en la pared, soltaba estúpidas risillas.

—Ya me había preguntado por qué querías la boca así.

Pero al mirar a Albanus, tragó saliva y se mordió la lengua.

Tras sacar tizas traídas de contrabando desde Estigia, una tierra de hechiceros que se hallaba mucho más al sur, Albanus trazó un pentagrama inacabado en torno a los pies de la figura, una estrella en un pentágono en un círculo. Puso sucias velas negras en las puntas donde cada una de las figuras inacabadas tocaba a las otras dos. Entonces, diligentemente, encendió las velas, completó el pentagrama. Dio un paso atrás, alzó los brazos y profirió las palabras del conjuro.

«Elonai
me'roth
sancti,
Urd'vass
teoheem…».

Las palabras de poder brotaban de su lengua, y el aire parecía condensarse en fulgores plateados. Las llamas de aquellas velas impías chisporroteaban, y con sus chisporroteos arrojaban semillas de miedo al espíritu del siniestro noble. Las llamas. No podía volver a ocurrir como la última vez. No podía. Expulsó el miedo mediante una fuerza aún mayor. Ahora no podía haber miedo, solo poder.

«… arallain Sa'm'di com'iel mort'rass…».

Las llamas crecían, pero a medida que crecían la estancia se sumía en la penumbra, como si aquel fuego, en vez de dar luz, la consumiera. Se elevaban en su chisporroteo, empujadas por la fuerza del cántico del siniestro noble, hasta llegar a cubrir la figura de arcilla. Lentamente, como sometidas por algún viento imposible y que nadie percibía, las llamas se volvieron hacia adentro, hasta que sus puntas se encontraron. Del contacto de todas ellas saltó un rayo, que fue a caer en la cabeza de la estatua, bañándola en inacabable fulgor, circundándola de fuego aureolado que sorbía todo calor del aire.

Aunque su aliento se convirtiera en escarcha, Albanus se obligó a seguir.

—¡Por los Impíos Poderes de Tres, te conjuro! ¡Por la sangre, el sudor y el semen, envilecidos y mancillados, te conjuro! ¡Levántate, anda y obedece, pues yo, Albanus, te conjuro!

Cuando la última sílaba salió de su boca las llamas desaparecieron, y no quedó traza siquiera de las velas. La figura seguía en pie, pero seca y agrietada.

Albanus se frotó las manos, y trató de darles calor abrigándolas bajo las axilas. ¡Si todo marchaba bien en aquella ocasión…! Miró a Estéfano; temblaba apoyado en la pared, que brillaba a causa de los millares de gotitas que tras condensarse se habían helado. El escultor, horrorizado, abría los ojos desmesuradamente. No tenía sentido alguno demorarse más. El hombre de rostro aquilino respiró muy hondo.

—¡Yo te lo ordeno, Garian, despierta! Un poco de arcilla cayó de uno de los brazos, y se deshizo al tocar la piedra. Albanus arrugó el entrecejo.

—¡Garian, yo te lo ordeno, despierta!

Toda la figura tembló; luego empezó a resquebrajarse, y la arcilla pulverizada ensució toda la tarima. Y al fin quedó solamente lo que se había forjado dentro de la figura: algo que respiraba y vivía. Un duplicado perfecto de Garian, sin defecto ni tacha. El simulacro se sacudió el polvo de un hombro, y luego se detuvo, mirando burlón a Albanus.

—¿Quién eres? —dijo.

—Soy Albanus —replicó el siniestro noble—. Y tú, ¿sabes quién eres?

—Por supuesto. Soy Garian, rey de Nemedia. Albanus sonrió con genuina maldad.

—Ponte de rodillas, Garian —dijo suavemente.

Sin perturbarse, la réplica cayó de hinojos. Albanus no pudo reprimir la carcajada, y empezó a dar órdenes por el mero placer de ver que la imagen del rey le obedecía.

—¡De cara al suelo! ¡Arrástrate! ¡Ahora, ponte en pie! ¡Corre por aquí! ¡Más rápido! ¡Más rápido!

El rey duplicado corría. Y corría.

Las lágrimas corrían también por el rostro de Albanus, pero dejó de reír cuando vio a Estéfano. Lentamente, el escultor se había ido incorporando. La incertidumbre y el miedo se daban caza por su rostro.

—Quieto, Garian —le ordenó Albanus, sin dejar de mirar a Estéfano a los ojos.

El simulacro dejó de correr y se quedó quieto, respirando pausadamente.

Estéfano tragó saliva.

—He…, he concluido con mí labor. Ahora me voy.

Se volvió hacia la puerta, pero le detuvo el trallazo de la voz de Albanus.

—Tu oro, Estefano. Seguramente, no lo habrás olvidado. —Albanus se sacó de la túnica un cilindro corto, grueso, en una prieta envoltura de cuero. Lo sopesó con la palma de la mano—. Cincuenta marcos de oro.

La codicia se medía con el miedo en el rostro de Estefano. Se lamió los labios, dudando.

—La suma que me dijiste era de mil.

—Estoy desnudo —dijo de pronto el simulacro.

—Así es —dijo Albanus, respondiendo al parecer a ambos.

Recogió del suelo un jirón de trapo sucio que Estefano había empleado en su labor escultórica, y con él borró cuidadosamente una parte del pentagrama. Pues sabía que pueden sucederle muchas cosas, cada una más horrible que la anterior, a quien trate de entrar en un pentagrama cerrado y cargado de magia. Subió a la tarima y le dio el trapo al simulacro, que se lo ató en torno a la cintura.

—Esto es solo el primer pago, Estefano —siguió diciendo Albanus—. Más adelante tendrás el resto. —Arrojó el cilindro envuelto en cuero a la mano del simulacro—. Dale esto a Estefano.

—Acercándose, le dijo algo más en susurros.

Estefano se agitó con inquietud cuando la imagen del rey bajó de la tarima.

—Cuántas veces —murmuraba Albanus— me he visto forzado a sufrir los balbuceos que salen de tu boca.

El escultor arrugó el entrecejo, miró sucesivamente a Albanus y al simulacro y trató de correr hacia la puerta.

Con inhumana velocidad, el simulacro saltó sobre él. Estefano, antes de haber podido dar un solo paso, lo tuvo encima, y una mano dura como la piedra le agarró por la garganta. Chilló; unos dedos obstinados le aplastaban los músculos a lado y lado de la mandíbula, le obligaban a abrir la boca. Estefano tiraba fútilmente de la mano que le agarraba; con igual resultado habría tratado de arañar cuero endurecido. Con una única mano, como si el escultor

hubiera sido solo un niño, la réplica le obligó a ponerse de rodillas. Estefano vio demasiado tarde que le iba a introducir el cilindro por la boca, y comprendió las palabras de Albanus. Aferró con desesperación la muñeca que se acercaba, pero lo mismo habría conseguido tratando de agarrar el brazo de una catapulta. Sin escrúpulo alguno, el constructo introdujo el oro, y lo hundió, y lo hundió todavía más, en la garganta del escultor.

Cuando el simulacro de Garian soltó a Estefano, salían de la boca de este los ásperos sonidos de la asfixia. Tenía la mirada fija, se le enrojecía el rostro. El escultor, impotente, se agarró la garganta. En su esfuerzo dobló la espalda, pero nada cayó al suelo, salvo su cabeza y los talones que no cesaban de patear.

Albanus observó sin pasión los espasmos de muerte, y, cuando el último pie cesó en su frenesí, dijo suavemente:

—Novecientos cincuenta más bajarán contigo a tu anónima tumba. Lo que prometo, yo lo doy.

Un espasmo le agitó los hombros con callada alegría. Cuando hubo pasado, se volvió enérgicamente hacia la imitación de Garian, que seguía de pie, impasible, frente al cuerpo.

—En cuanto a ti, tienes mucho que aprender y poco tiempo. Esta noche…

17

Ariane estaba sentada, abatida, mirando al vacío. A su alrededor, la taberna del Thestis murmuraba intrigas. Ya no había músicos tocando, y los hombres y mujeres se hablaban en susurros, apiñados en torno a las mesas. Tras llegar a una decisión, Ariane se puso en pie y fue a buscar a Graecus.

—Tengo que hablar contigo, Graecus —dijo en voz baja. Aquel fúnebre silencio también la había contaminado.

—Luego —murmuró el fornido escultor sin mirarla. Siguió hablando con los otros que había en la mesa en voz baja e insistente —. Creedme, no importa que Taras esté muerto. Sé dónde están guardadas las armas. En la mitad de un día, yo…

Ariane sintió que algo de su antiguo fuego volvía a inflamarse.

—¡Graecus! —En aquella estancia llena de susurros, su aguda voz se oyó como un grito. Todos los que estaban en las mesas se volvieron para mirarla—. ¿No se te ocurre —siguió diciendo— que quizás alguien nos esté traicionando?

—Conan —empezó a decir Graecus, pero ella no le dejó seguir.

—No, Conan no.

—Mató a Taras —dijo una morena rolliza y pálida—. Tú misma lo viste. Y ahora trabaja abiertamente a sueldo de Garian.

—Sí, Gallia —dijo pacientemente Ariane—. Pero si Conan nos hubiera traicionado, ¿no nos habrían arrestado ya los Leopardos de Oro? —Obtuvo como única respuesta miradas silenciosas—. No nos ha traicionado. Quizá fuera cierto lo que dijo de Taras. Quizá no existen esos hombres armados que deberían estar esperando a que nosotros arrastráramos al pueblo a la calle.

Quizá acabemos descubriendo que todo esto ha sido una superchería urdida en provecho propio por alguien que no conocemos.

—Por el Trono de Erlik —rezongó Graecus—. Estás diciendo bobadas, Ariane.

—Quizá —dijo ella con un suspiro de fatiga—, pero, al menos, explicadme por qué. Resolvedme mis dudas, si podéis. ¿Es que vosotros no tenéis ninguna?

—Vete con tus dudas a tu rincón —le dijo Graecus—. Mientras tú te quedas ahí sentada, dudando, nosotros echaremos a Garian de su trono.

Gallia sorbió ruidosamente por las narices.

—¿Qué puedes esperar de alguien que pasa tanto tiempo con ese rufián tuerto?

—Gracias, Gallia —dijo Ariane.

Sonrió, por primera vez desde que había entrado en aquella habitación para hallar a Conan frente al cadáver de Taras, y se alejó de la mesa para ir a coger la capa. Graecus y los demás la miraron como si hubiera enloquecido.

Ariane acababa de comprender que Hordo era la respuesta a su problema. No porque pudiera hablar con él, desde luego. Si le hablaba de sus dudas, él le respondería con malos modos que Conan no traicionaba a nadie. Luego la pellizcaría en el culo y trataría de convencerla para que le siguiera a la cama. Ya lo había hecho otras veces. Pero aquella misma tarde había ido a verla, y le había dicho que Estéfano vivía, y que estaba en el palacio de Lord Albanus. El escultor había sido ingenioso y fácil de palabra antes de que los celos que sentía por Conan le agriaran el carácter. O bien acabaría con sus dudas, convenciéndola de la culpabilidad del cimmerio, o si no, le persuadiría ella para que la acompañara al Thestis a ayudarla a convencer a los otros. Se cubrió con la capa y salió a la calle.

Al llegar a la Calle de los Lamentos, empezó a arrepentirse de su decisión de salir del Thestis. La calle, siempre viva y llena de luz y de oropeles, se ofrecía desnuda al viento que arrastraba lastimosos restos por el empedrado. La gorra multicolor de un juglar. Un pañuelo de seda, manchado y roto. Un perro aullaba a lo lejos, y su aullido reverberaba por las calles vacías. Temblorosa, aunque no a causa del viento, Ariane aceleró el paso.

Cuando llegó al palacio de Albanus, corría ya, aunque nada la perseguía salvo el vacío. Jadeando, se arrimó al portón, y llamó con el puñito a los refuerzos de hierro de las jambas.

—¡Dejadme pasar!

Un ojo suspicaz la observó desde una pequeña ranura que se había abierto en la puerta, y miró a ambos lados para ver si alguien la acompañaba.

—¡Por el amor de Mitra, dejadme pasar!

Se oyó el ruido de las trancas al alzarse, y el guardia abrió un poco la puerta, un resquicio por el que ella apenas si pasaba.

Antes de que hubiera terminado de entrar, un brazo la agarró por el talle y la levantó con risa procaz. La muchacha ahogó un grito; la mano del otro le estrujaba groseramente las nalgas, y al mirar abajo pudo ver su estrecho rostro. Le faltaba media nariz.

—Buen bocado —decía riendo—. Nos bastará para mantenernos calientes, aun con este viento.

Sus diez compañeros se añadieron a su jocosidad.

La alegría se le desvaneció del rostro cuando sintió que el puñal de la muchacha le pinchaba la oreja por debajo.

—Soy *Lady* Ariane Pandarían —siseó fríamente. Mitra, ¿cuánto hacía que no empleaba aquel nombre?—. Si Lord Albanus deja con vida a alguno de vosotros, no dudo que mi padre procurará acabar la faena.

El hombre apartó las manos de ella como si hubiera tocado agua hirviendo; la muchacha cayó al suelo.

—Perdonadnos, señora —balbució. Los otros les miraban boquiabiertos—. Honor a vos. No pretendía…

—Ya encontraré el camino —respondió altanera la joven, y se fue, dejando al hombre en su intento de enhebrar una disculpa.

La arrogancia, pensaba Ariane mientras caminaba por el suelo enlosado, era su único recurso cuando iba sin siervos ni guardias al palacio de un noble. Cuando una de las grandes puertas de madera tallada fue abierta por un hombre de barba gris, que llevaba en la túnica el sello de chambelán, sus grandes ojos castaños se pusieron adamantinos.

—Soy *Lady* Ariane Pandarían —anunció—. Llévame hasta el escultor Estéfano Melliarus.

El hombre quedó boquiabierto, y miró vagamente al camino, detrás de la muchacha, como buscando su comitiva.

—Disculpadme…, mi señora…, pero yo… no conozco a ningún Estéfano.

Bruscamente, la joven pasó por su lado y entró en el vestíbulo adornado con columnas.

—Llévame ante Lord Albanus —le ordenó.

Por dentro se estremecía. Supuso que Conan se habría equivocado. ¿Qué pasaría si Estéfano no estaba allí? Pero la sola idea de volver a aquellas calles desiertas la empujó a seguir adelante.

El chambelán abrió la boca —le temblaba la barba— y dijo débilmente:

—Seguidme, por favor… —y añadió: «mi señora», tras pensarlo por un momento.

La estancia en que la dejó al ir a «informar a Lord Albanus» de su presencia era espaciosa. Los tapices lucían colores brillantes; en contraste con las melancólicas calles, las parpadeantes lámparas de oro brillaban con alegre fulgor. Pero el agradable lugar no pudo con su creciente aprensión. ¿Y si estaba buscando a alguien que no se hallaba en aquel sitio y se ponía en ridículo ante un noble que le era extraño? Poco a poco, su fachada de arrogancia se resquebrajó. Al entrar Lord Albanus, los últimos vestigios de esta se desvanecieron ante la severa mirada del aristócrata.

—Buscas a un hombre llamado Estéfano —dijo sin más preámbulo el hombre de ceñudo rostro—. ¿Por qué crees que está aquí?

La muchacha habría empezado a retorcerse las manos, y para impedirlo clavó las uñas con fuerza en su propia capa, pero de todos modos no pudo contener el torrente de sus inquietudes.

—Tengo que hablar con él. Nadie más hablará conmigo, y Taras ha muerto, y Conan dice que nos están traicionando, y… —Logró respirar hondo entre estremecimientos—. Disculpadme, Lord Albanus. Si Estéfano no está aquí, me iré.

Los oscuros ojos de Albanus se habían ensanchado al oírla. Hurgó en una bolsita que pendía de su cinturón, y dijo:

—Espera. ¿Alguna vez has visto algo como esto?

Sus dedos sacaron de la bolsa una gema de color blanco, casi ardiente; al tiempo que se la daba, murmuró palabras que la muchacha no alcanzó a oír.

A pesar de sí misma, sus ojos fueron atraídos por la gema, igual que el imán atrae al hierro. De pronto un rayo pálido surgió de la

gema y le bañó el rostro. Soltó el aliento violentamente, a modo de gruñido, como si la hubieran golpeado. El pánico se apoderó de ella. Tenía que correr. Pero solo pudo temblar, danzar sin moverse de aquel sitio; la blancura llenaba sus ojos. «Corre», gritaba en los abismos de su mente. ¿Por qué?, se preguntó. El pánico se desvanecía. La voluntad se desvanecía. El rayo parpadeó, y ella seguía de pie, respirando calmada, y miraba la joya pálida, de apariencia todavía más ardiente que antes.

—Ya lo he hecho —oyó que murmuraba Albanus—, pero ¿con qué éxito? —En voz más alta, dijo—: Quítate la ropa, muchacha.

De algún minúsculo rincón de su ser brotaron los colores que le subieron al rostro, pero en cuanto a lo demás le pareció una orden razonable. Se quitó con rapidez la capa, abrió los broches que le sujetaban los ropajes. Todo cayó a sus pies desordenadamente, y ella siguió de pie; apoyó delicadamente las manos en sus redondeadas caderas, dobló levemente una rodilla, esperó.

Albanus recorrió con la mirada su sinuosa desnudez y sonrió sin alegría.

—Si obedeces con tanta diligencia esa orden, me dirás la verdad, aunque mueras por ello. Háablame de Taras, muchacha. ¿De verdad ha muerto? ¿Cómo murió?

—Conan lo mató —replicó ella con calma.

—¡Erlik se lleve consigo a ese maldito bárbaro! —masculló el siniestro noble—. No es de extrañar que Vegentius no encontrase a Taras. Y cómo voy a transmitir órdenes… —Desarrugó el entrecejo; la miró, pensativo—. Eres uno de esos niños idiotas que hablan de rebelarse en el Mesón de Thestis, ¿verdad?

Dudó antes de responder.

—Sí.

Había alguna suerte de rechazo en sus palabras, pero apenas si sentía con claridad su propia, lejana irritación.

La mano de Albanus la agarró por el mentón, la obligó a levantar la cabeza, y aunque oprimiera con fuerza sus mejillas ella no trató de resistirse. Sus grandes ojos se cruzaron abiertamente con la mirada de obsidiana del noble.

—Cuando quiera que las calles se llenen de turbas aulladoras —dijo suavemente—, tú llevarás mis palabras al Thestis, y les dirás exactamente lo que yo te ordene, nada más.

—Lo haré —dijo ella.

Como la punzada de un mosquito, algo la exhortó a luchar, y al instante calló.

El hombre asintió con la cabeza.

—Bien. Ahora hablemos de ese Conan. ¿De qué traición te habló?

—De que Taras no había contratado hombres armados para ayudarnos. De que otro nos estaba utilizando para sus propios intereses.

—¿Dijo quién era ese otro? —preguntó Albanus con severidad.

Ella negó con la cabeza, pues se sentía fatigada de hablar y quería dormir.

—No importa —murmuró Albanus—. He subestimado al bárbaro. Con cada vuelta de clepsidra se hace más peligroso. ¡Varius! ¡Un mensajero que vaya ante el comandante Vegentius! ¡Rápido, si es que valoras tu pellejo! Ponte firme, muchacha.

Ariane cumplió la orden obedientemente, y observó a Albanus mientras este escribía el mensaje en un pergamino. Solo quería dormir, pero sabía que no le sería posible mientras no se lo permitiera su amo. En aquellos momentos ya aceptaba plenamente su autoridad; los más leves aguijonazos de resistencia desaparecieron.

18

Cuando los profundos tonos de un gong de bronce anunciaron la primera vuelta de clepsidra después del ocaso, Conan se desperezó y saltó de la cama; la habitación estaba a oscuras. Ya se había preparado para la empresa de aquella noche: iba descalzo y llevaba una daga en el cinturón de la túnica. La espada y la armadura le habrían estorbado en el lugar adonde iba.

Con pasos silenciosos se acercó a la ventana, trepó al repecho de piedra y se estiró con gracia felina buscando resquicios más arriba a los que sus manos pudieran asirse. No es habitual que los hombres miren hacia arriba, ni siquiera cuando están buscando a alguien. Por lo tanto, la mejor manera de no ser descubierto en un sitio es entrar por la parte de arriba. Las nubes ligeras medio ocultaban una luna ya crecida, y sus sombras andaban y danzaban. Conan se fundió con estas.

Aun en aquella lisa piedra, unas manos y unos pies avisados podían hallar hendeduras. Las cornisas de piedra y el borde de los frisos le ofrecían un camino hasta el tejado. Rápido y cuidadoso, se arrastró sobre las tejas de este y se dejó caer al otro lado de una almena donde no había centinelas, en el mismo corazón de palacio. Pasó por un alféizar, entre dos merlones altos como un hombre, y bajó hasta el tejado de una columnata de tres pisos, sobre el patio enlosado.

Dentro de palacio, a sus espaldas, una campana de alarma empezó a sonar, y al instante se detuvo entre las volubles sombras. Le llegaron gritos, aunque no entendía una sola palabra. Frunció el entrecejo. Ante aquel tumulto, tendrían que hacer venir a Vegentius. Y, con todo, el griterío no era general, no se encendían luces inesperadas, ni el pesado ritmo de hombres que marcharan militarmente perturbaba la paz en la parte exterior de palacio.

Aquello terminaría por apaciguarse, y Vegentius, sin duda, volvería a su cuartel. Una sonrisa lupina afloró al rostro de Conan. Volvería, y encontraría a alguien dispuesto a hacerle preguntas y recibir respuestas.

El cimmerio se apresuró a ir corriendo por el tejado, y donde este terminaba trepó sin dificultades por otra pared, siguió todo un tramo de esta sin cuidarse de la negrura que se abría bajo sus pies, ni de las piedras que esperaban que su pie resbalara, o que la mano le fallara. Se detuvo, se tendió cuan largo era, pasó piernas y caderas por encima del borde y volvió a bajar hasta que llegó a la ventana del dormitorio de Vegentius.

Tras sacar la daga de su vaina, el corpulento cimmerio entró en la habitación como si de la silenciosa muerte se hubiera tratado. Había unas pocas lámparas de latón encendidas, cuya luz mortecina alumbraba allí y en el cuarto exterior, pero, tal como había temido, no había nadie en ninguno de los dos. Se acomodó torvamente cerca de la puerta de la estancia interior, y esperó.

Larga fue su vigilia, pero la mantuvo con la paciencia silente y calmosa de la bestia cazadora. Aun cuando oyó que se abría la puerta de la habitación exterior, solo movió la mano que sujetaba la daga, para agarrarla con más firmeza. Pero le llegaron las pisadas de un único hombre. Cuando los pasos se acercaron, Conan se arrimó a la pared, cerca de la puerta.

Una figura alta entró en la estancia; iba ataviada con una capa dorada y el yelmo de rojo penacho del comandante de los Leopardos de Oro. El puño desarmado de Conan le golpeó en la nuca, y con un gemido el otro cayó de espaldas. El cimmerio le miró asombrado. No era Vegentius.

Y entonces, una horda aulladora de capas doradas entró de la estancia exterior para caer sobre él. Rugiendo, Conan luchó. Su daga halló la garganta de alguien, que le soltó al tiempo que caía moribundo. Los martillos que tenía por puños astillaban dientes y partían mandíbulas. Se las apañó para arrojar a un hombre por la misma ventana por donde había entrado. Pero, con la mera fuerza del número, los otros le derrotaron. Acabó de espaldas, y tres hombres le sujetaban brazos y piernas, aunque todos ellos estaban escupiendo sangre. Retorciéndose, forzó cada uno de sus miembros, pero solo logró moverlos un tanto, y no recobrar la libertad.

Vegentius, sin yelmo, y con mirada de gran satisfacción, apareció en la puerta.

—Como veis, yo tenía razón —le dijo a alguien que todavía estaba en la otra estancia—. Quería matarme primero a mí, para que luego, si vuestra muerte era descubierta antes de que pudiera huir, mi ausencia del mando le ayudara en su fuga.

Bien envuelto en una capa, destacándose su magulladura en la palidez de sus mejillas, Garian entró en la estancia. Miraba a Conan con horrorizada sorpresa.

—Aun cuando los otros me lo habían dicho, apenas si podía creerlo —susurró. Le vinieron escalofríos—. Una veintena de veces me ha tenido al alcance de su espada.

—Pero si os hubiera matado entonces, todos habrían reconocido en él a vuestro asesino —respondió con firmeza Vegentius.

—¡Mentiroso! —espetó Conan al gigantesco militar—. Vine aquí para obligarte a admitir tu propia e inicua traición.

El rostro de Vegentius se ensombreció, y llevó la mano a la espada, pero Garian le detuvo con un gesto. El rey se acercó más al cimmerio para hablarle.

—Óyeme, Conan. Hoy, antes de que pasara el mediodía, Vegentius arrestó a los que conspiraban contigo. Un hombre llamado Graecus. Y una mujer, Gallia. Y tres o cuatro más. ¿Niegas haberlos conocido, o que conspiraran contra mi trono?

A Conan le ardía la cabeza. ¿Se hallaría Ariane entre los cautivos? Pero si lo preguntaba y decía su nombre, se la entregaría en mano en el caso de que aún no la tuvieran.

—Son unos jóvenes necios —dijo—. Hablan, y hablarán hasta que encanezcan y se les caigan los dientes, pero no le harán daño a nadie. Sin embargo, hay quienes los utilizarían de buena gana.

Calló con un gruñido, pues la bota de Vegentius acababa de golpearle bajo las costillas.

Garian detuvo al militar con un gesto y siguió hablando.

—Vegentius ha hecho interrogar a esos que te parecen tan inofensivos, y al cabo de dos clepsidras se le han rendido. Luego los trajo ante mí, a los que todavía podían hablar, y dijeron con sus propios labios que habían planeado mi muerte, y que eras tú quien debía ejecutarla.

—¡No soy un asesino! —gritó Conan en protesta, pero Garian

siguió hablando como si nada hubiera dicho.

—Se dio la alarma; te buscaron. Y te hallaron esperando al acecho, daga en mano. Tus acciones te delatan.

—Su cabeza adornará una pica antes de la aurora —dijo Vegentius.

—No —le contestó suavemente Garian—. Yo confié en este hombre. —Se limpió las manos con el borde de la capa, como si cumpliera con un rito. Miraba fríamente el rostro de Conan—. Mucho tiempo ha pasado desde que la antigua pena por tratar de asesinar al que lleva la Corona del Dragón fue invocada por última vez. Vamos a invocarla ahora.

Envolviéndose en la capa, se apartó del cimmerio y salió de la estancia.

Vegentius le siguió con la mirada, y luego volvió con Conan. Echó a reír a carcajadas.

—La antigua pena, bárbaro. Me parece apropiado. ¡Llevadlo a las mazmorras!

Uno de los que sujetaban a Conan hizo un gesto. El cimmerio vio el puño de una espada que iba a darle en la cara, y luego no vio más.

19

Albanus sonreía para sí en su silla de sedán, que era llevada de noche por las calles tortuosas que conducían del Distrito de los Templos a palacio. ¡Estaba tan cerca ahora su inevitable triunfo! Saboreaba cada uno de los pasos con que sus porteadores le acercaban a su meta.

Más adelante andaban dos hombres con antorchas, y le rodeaban veinte guardias, aunque las calles estuvieran tan vacías como una tumba milenaria. Los que de verdad le importaban iban a ambos lados de su silla, bien envueltos en sus capas y encapuchados, la mujer y el que parecía un hombre. Los tenía muy cerca.

Cuando la procesión se acercó a las puertas de palacio, Albanus profirió una orden. Dejaron en el suelo su silla de sedán. Al mismo tiempo que el hombre de rostro aquilino ponía el pie en el suelo, Vegentius salió por el puente levadizo. Albanus miró a los guardias y enarcó las cejas interrogativamente.

—Todo ha ido como lo planeamos —dijo tranquilamente el militar—. Todos los hombres que hacen guardia esta noche son leales a mí. Los mejores.

—Bien —dijo Albanus—. ¿Y Conan?

—En las mazmorras. Garian dijo a gritos que invocaría la antigua pena, y no pude matarlo. La alarma ya había despertado a otros para entonces. —Agitando el yelmo de rojo penacho, escupió al suelo con repugnancia—. Pero podemos arrojarle a la misma fosa donde metamos a Garian.

El noble de rostro aquilino rio suavemente.

—No, Vegentius. La costumbre antigua me parece un acertado fin para ese bárbaro.

—Sería mejor que lo matáramos ya —masculló Vegentius, pero

no insistió más. Encorvándose, trató de mirar bajo la capucha de la criatura de forma humana que seguía a Albanus—. ¿Se parece de verdad a…?

—Vamos ya —dijo Albanus, y siguió adelante, con Ariane y el simulacro tras él. No le quedó otro remedio a Vegentius que seguirle.

El siniestro noble se apresuró, exultante, a cruzar el puente levadizo, y entró en palacio. A menudo había andado por aquellos corredores, pero su paso era ahora el del conquistador, el de quien posee. Cuando una sombra se movió y resultó ser Sularia, la miró con imperiosa furia.

—¿Qué haces aquí, mujer? Te ordené que te quedaras en tus aposentos hasta que mandara a buscarte.

Las miradas de ambos se cruzaron sin vacilar, y, a la mortecina luz, el codicioso brillo de los ojos de la muchacha se hizo evidente.

—Quiero verlo caer ante ti.

Albanus asintió lentamente. Aquello le procuraría placer.

—Pero no hagas ruido —le advirtió. Alzando la frente y cuadrando los hombros, como un rey en su palacio, siguió adelante.

Ante la puerta de los aposentos de Garian había cuatro guardias, que se cuadraron al ver al grupo que se acercaba.

Vegentius dio un paso adelante.

—¿Duerme? —Uno de los cuatro asintió—. ¿Quién está con él?

El que había asentido habló.

—Solo la criada, para darle vino si se desvela.

—Matadla —dijo Albanus, y Vegentius se sobresaltó.

—Tú dijiste que podías lograr que lo olvidara todo, Albanus. Si esa muchacha desaparece, habrá preguntas.

—Ese método no puede ser empleado en más de una persona a la vez —respondió Albanus, palpando distraídamente la bolsa donde guardaba la gema blanca—. Mátala.

Vegentius le hizo señal de asentimiento al guardia que había hablado. El hombre entró, y volvió al cabo de un momento, con la espada ensangrentada en testimonio de su labor.

Albanus guio adentro a los demás, sin dignarse a mirar siquiera la caída forma de una muchacha que yacía sobre una silla tumbada. La segunda estancia, que era propiamente el dormitorio de Garian, estaba a oscuras, las lámparas de mecha estaban medio apagadas.

Garian yacía en la cama, entre las arrugadas sábanas.

—Aviva la luz de las lámparas, Sularia —ordenó Albanus en voz baja. Sin apartar ni por un momento la mirada del hombre que estaba tendido en el lecho, la rubia se apresuró a obedecer.

A las dos figuras encapuchadas, el noble les dijo:

—Despojaos de las capas.

Vegentius tuvo que ahogar un grito cuando el simulacro cumplió la orden.

—¡Es la imagen misma de Garian!

Sularia se volvió tras avivar el fuego de una lámpara de oro, pero la exclamación que iba a proferir al ver el doble del rey se le ahogó en la garganta cuando, arrugando el entrecejo, vio a Ariane.

—¿Quién es esta? —preguntó la rubia.

Ariane miraba al frente, sin dar señales de vida, hasta que recibió otra orden. El simulacro miraba en torno con curiosidad.

Inesperadamente, Garian se incorporó en el lecho. Cada vez más asombrado, miró sucesivamente a Albanus, a Sularia y a Vegentius.

—¿Qué…? —empezó a decir, pero las palabras murieron. Boquiabierto, vio a su duplicado. Sin perturbarse, el simulacro le devolvía inquisitivamente la mirada.

Albanus sentía que la risa le venía a los labios.

—Garian —dijo, burlón—, este es el que se sentará en el Trono del Dragón durante los últimos días de tu dinastía. Pues tu linaje usurpador toca a su fin.

—¡Guardias! —gritó Garian. Sacó un puñal de debajo de sus almohadas, y saltó de la cama—. ¡Guardias!

—Cógele —ordenó Albanus al simulacro—, como te he dicho.

Cada vez más asombrado, Garian seguía mirando sucesivamente a Albanus, a Sularia, a Vegentius.

El duplicado avanzó, y el puñal de Garian acometió con celeridad de luchador. Y fue detenido por una mano de inhumana fuerza que lo agarró por la muñeca. El asombro fue borrado de su cara por el dolor, a medida que el puño del simulacro se estrechaba. La daga cayó de sus dedos agarrotados.

Antes de que el arma hiciera ruido al caer al suelo, la otra mano del simulacro agarró por el cuello al verdadero rey, y lo levantó hasta que sus pies se agitaron frenéticamente sobre un palmo de aire. No asomó ni traza de sorpresa al rostro del constructo,

mientras miraba cómo el rostro de aquel otro que era igual que él enrojecía. El forcejeo de Garian se debilitó, y luego cesó. Despreocupadamente, la réplica abrió la mano y dejó caer el cuerpo desmayado.

Albanus se apresuró a agacharse ante el rey. Salvajes cardenales le enrojecían el cuello, y otro le oscurecía la mejilla, aunque Albanus no había visto que el simulacro le golpeara. Pero su amplio pecho aún subía y bajaba, si bien débilmente. Garian aún vivía.

Vegentius, que desde que el duplicado había empezado a moverse lo había observado todo con la espada a medio desenvainar, volvió a meter el arma en la vaina y carraspeó. No perdía de vista al simulacro.

—¿No deberías ordenarle a este…, a esto…, que lo matara?

—Yo soy el rey Garian —le dijo la criatura a Vegentius. El militar murmuró un juramento.

—Callaos —ordenó Albanus, con imperioso ademán—. Esto —dijo, pegándole un puntapié al caído Garian— reconocerá mis derechos al trono antes de morir.

—Pero será peligroso —dijo Vegentius en protesta—. Tendría que morir ya.

—¡Basta! —gritó Albanus—. Encadénalo y mételo en las mazmorras, en los sótanos de mi palacio. No quiero oír más. Vegentius asintió de mala gana, y se volvió para irse.

—Ah, y Vegentius… —añadió el hombre de rostro cruel—, procura que los que le encierren mueran después. Así no habremos de preocuparnos por lenguas indiscretas.

El corpulento militar se quedó delante de la puerta, tenso, y luego se fue sin decir nada. Pero iba a hacerlo —Albanus lo sabía—, se lo haría incluso a sus amados Leopardos de Oro.

—¿Quién es la mujer? —volvió a preguntar Sularia.

Albanus la miró con regodeo, preguntándose si podían caber dos pensamientos a la vez en aquella linda cabeza. Después de todo lo que había ocurrido ante sus ojos, era Ariane la que le preocupaba.

—No te preocupes —le dijo—. Por la mañana, serás proclamada *Lady* Sularia. Esto —tocó el rostro inexpresivo de Ariane— no es nada, solo una herramienta que me ayudará a construir el camino hasta el Trono del Dragón. Y las herramientas se hacen para desecharlas después de ser empleadas.

Miró a Sularia con mirada alentadora. «Las herramientas —repitió para sí— se hacen para desecharlas después de ser empleadas».

20

Conan despertó suspendido en el aire, sujeto por cuatro cadenas en tobillos y muñecas, en el centro de una mazmorra. Al menos, le parecía que era el centro. Dos altos trípodes arrojaban algo de luz amarilla en torno a él, pero no alcanzaba a ver las paredes en ninguna dirección. Las cadenas que le sujetaban las muñecas se perdían en la oscuridad. Las que le retenían los tobillos terminaban en unas enormes argollas, clavadas a los grandes bloques de piedra del suelo. Le habían quitado la túnica; solo llevaba encima un taparrabos.

Aunque no tuviera ninguna posibilidad de soltarse, tensó los músculos, tiró con fuerza hasta que el sudor le perló la frente, le resbaló por los hombros y le empapó el amplio pecho. Las cadenas no cedieron en lo más mínimo. Tampoco él. Había forcejeado hasta crujirle las articulaciones.

Oyó el roce de ropas en la oscuridad, y la voz de un hombre.

—Ha despertado, mi señora. —Hubo una pausa—. Muy bien, mi señora.

Dos hombres avanzaron hasta la luz, membrudos, de cabeza rapada y pecho desnudo. Uno tenía una quemadura en su pecho sin vello, como si alguna de sus víctimas hubiera logrado arrebatarle uno de los hierros candentes que habían de servir para su propio tormento. El otro, de los hombros para abajo, tenía el pellejo como de simio, y sonreía con incongruente placer en el rostro. Cada uno llevaba un látigo enrollado.

Cuando, sin decir palabra, ocuparon sus puestos a ambos lados del cimmerio, este se esforzó aún más por ver en la oscuridad. ¿Quién era aquella «señora»? ¿Quién?

El primer azote silbó en el aire para darle en el pecho. Cuando el hombre volvió a alzarlo, otro le dio en la cadera. Y el otro volvió a

la carga, castigándole el tobillo. Los latigazos no seguían ningún plan, no podía anticipar dónde caería el siguiente, no había manera de endurecer el músculo contra el dolor que, como un chorrillo de ácido, le mordía las carnes.

Los músculos de sus mandíbulas se habían trabado con el esfuerzo por no gritar. Ni siquiera abriría la boca para tomar la bocanada de aire que su enorme cuerpo exigía en su dolor. Si abría la boca haría algún sonido, ni que fuera leve, y el siguiente paso sería gritar, y el siguiente chillar. La mujer que le miraba desde la penumbra quería que chillara. No pensaba hacerlo.

Los dos hombres siguieron hasta que Conan se dejó caer hasta donde lo permitían las cadenas de que colgaba, la cabeza inerte sobre el fornido pecho. El sudor le ardía en los verdugones que le cubrían desde los tobillos a los hombros. Aquí y allá se veían hilillos de sangre.

Oyó en la penumbra el mismo tintineo de monedas y la misma voz de hombre.

—Sois muy generosa, mi señora. Estaremos fuera por si nos necesitáis.

Luego se hizo el silencio de nuevo, hasta que las bisagras chirriaron herrumbrosas, y callaron con el portazo de una pesada jamba.

Conan alzó la cabeza.

Lentamente, una mujer avanzó hasta el círculo de luz y lo miró. Era la mujer de los velos grises.

—¡Tú! —exclamó él con voz áspera—. ¿Eras tú, pues, quien trataba de matarme? ¿O eres la que se aprovecha de esos necios del Thestis, la que me ha traído aquí con mentiras?

—Quise hacer que te mataran —dijo en voz baja. Conan arrugó el entrecejo. Aquella voz le resultaba muy familiar. Pero ¿de quién era?—. Tendría que haber sabido que no hay hombres en Nemedia capaces de matarte. Este aprieto en el que te has metido, sin embargo, ha sido obra tuya, aunque me alegro de verte así. Me alegro, Conan de Cimmeria.

—¿Quién eres? —le preguntó él.

La mujer se llevó la mano al rostro, apartó los velos. Su piel no sufría los estragos de ninguna dolencia; al contrario, era bella y cremosa, como de marfil. Los ojos que le miraban eran gatunos, del

color de la esmeralda, tenía los pómulos prominentes. Una cabellera pelirroja le adornaba el rostro con suaves ondas.

—Karela —dijo él con un susurro.

Llegó a preguntarse si el dolor le hacía ver quimeras. El Halcón Rojo, la fiera bandida de la llanura zamoria y las estepas de Turan, en Belverus, haciéndose pasar por una mujer de la nobleza. Parecía imposible.

El hermoso rostro le miraba impasible, controlaba firmemente la voz.

—No creía que hubiera de volver a verte, cimmerio. Cuando te vi aquel día en el Distrito del Mercado, pensé que me iba a morir.

—¿Y viste a Hordo? —le preguntó—. Tienes que saber que está aquí, y que aún abriga esperanzas de encontrarte. —Sonrió con ironía—. Trabaja con los contrabandistas que tú diriges.

—Así que ya sabes hasta eso —le respondió ella, admirada—. Solo un necio te tendría por estúpido. Hordo me sorprendió casi tanto como tú: se presentó en Khorshemish cuando yo estaba allí. Pero no quiero que sepa quién soy. Fue el más fiel de mis perros, pero otros que también lo habían sido acabaron rindiéndose al oro que ofrecían por mi cabeza en Zamora y en Turan. ¿Crees que llevo estos velos por el placer de ocultarme?

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces, Karela —dijo Conan—. Lo más probable es que ya te hayan olvidado.

La calmosa fachada de la mujer se agrietó.

—¡El Halcón Rojo jamás será olvidado!

Sus ojos color esmeralda le miraban con odio; estaba frente a él erguida, con los puños en las caderas. Casi podía ver él aquel sable enjoyado que antaño había colgado de su cintura.

—Ahora que no te estás haciendo pasar por *Lady* Tiana —dijo Conan hoscamente—, ¿puedes decirme por qué, en nombre de los Nueve Infiernos de Zandru, quieres que muera?

—¿Por qué? —chilló la mujer con enfurecido pasmo—. ¿Es que ya has olvidado que me abandonaste desnuda y encadenada, que me iban a vender al mejor postor?

—Estaba por medio aquel juramento que me hiciste pronunciar, Karela. No alzar nunca una mano para salvarte…

—¡Derketo acabe contigo y con tus juramentos, cimmerio!

—Además, solo me quedaban cinco monedas de cobre en la

bolsa. ¿Crees que te habría podido comprar con tan poco dinero?

—¡Mientes! —espetó la mujer—. ¡Cómo no quería plegarme a tus órdenes, dejaste que me vendieran!

—Te digo que…

—¡Mientes! ¡Mientes!

Conan gruñó sin decir otra palabra, cerró la boca y no dio más explicaciones. No quería discutir con ella. Ni suplicarle. Esto último, nunca había aprendido a hacerlo.

Andando enojada de un lado a otro, Karela seguía arrojándole palabras como puñales, sin mirarle directamente en ningún momento.

—Quiero que conozcas las humillaciones que he pasado, cimmerio. Que las conozcas y las recuerdes, para que el recuerdo sea un arma que te hiera constantemente cuando estés en las minas, para que sepas que, cuando el rey indulte a todos los que lleven cierto tiempo cumpliendo una pena, habrá quien llene de oro las manos apropiadas para que se olviden de uno de los cautivos.

—Sabía que escaparías —murmuró Conan—. Y está bien claro que lo hiciste.

Karela cerró un momento sus ojos color esmeralda, y cuando volvió a abrirlos habló con voz resuelta.

—Me compró un mercader de nombre Haffiz, y me llevó a su zenana con otras cuarenta mujeres. Escapé aquel mismo día. Y el mismo día volvieron a capturarme y me azotaron, me dieron con la palmeta en la planta de los pies. La segunda vez estuve libre por tres días. Cuando volvieron a cogerme, me mandaron a la cocina a fregar cacharros.

Pese a su situación, Conan rio entre dientes.

—Qué necio debía ser, si creía que así te doblegaría. Karela se volvió hacia Conan, y aunque sus palabras fueran suaves albergaba asesinato en los ojos.

—La tercera vez me capturaron cuando aún estaba escalando el muro. Le escupí en la cara a Haffiz, le dije que me matara, pues jamás podría someterme. Haffiz rio. Dijo que yo me creía un hombre. Que tendría que aprender que no lo era. Desde aquel momento, no se me permitiría andar ni un solo instante con otro vestido que el apropiado para acudir al lecho de mi dueño, vestiría las sedas más finas y las fragancias más puras, llevaría sombra de

ojos en los párpados y carmín en las mejillas y los labios. Tendría que aprender a bailar, a tocar instrumentos, a recitar poemas. Cualquier fallo en estas cosas, cualquier fallo en ser placentera a todas horas, sería castigado inmediatamente. Pero, como yo era una muchachita que trataba de aprender a ser mujer, los castigos que recibiera serían los apropiados para una niña. Cómo reía a carcajadas.

Conan empezó a reír a carcajadas también.

—¡Una niña!

Karela se enfureció, y alzó el puño como si hubiera tenido fuerzas suficientes para tumbarlo.

—¿Qué sabes tú, necio? Diez veces al día me zurraban las nalgas. Me metían por la boca cucharadas de aceite de ricino. Y cien cosas más, que me avergüenzan demasiado para pensar en ellas. ¡Ríe, zoquete bárbaro! Tuve que aguantar durante un año, y cómo querría yo que pasaras un año en la mina por cada uno de sus días.

Conan, con algún esfuerzo, logró ocultar su regocijo.

—Yo creía que escaparías al cabo de medio año, quizás en menos tiempo. Pero el Halcón Rojo se convirtió en un tordo en su jaula de plata.

—Me vigilaban día y noche —dijo ella en protesta—. Y al final escapé, espada en mano.

—¿Porque te hartaste de que te mandaran a la cama sin cenar? —El cimmerio trataba de contener las risas en su fornido pecho.

—¡Derketo te reviente los ojos! —aulló Karela. Se abalanzó sobre él y le golpeó el robusto pecho con sus puñitos—. ¡Erlik te lleve consigo, bárbaro bastardo! Tú…, tú…

De pronto se apaciguó, y le sujetó para impedir que se desplomara. Le oprimía la mejilla contra el pecho; Conan vio con sorpresa una lágrima que le asomaba por el rabillo del ojo.

—Yo te amaba —dijo en susurros—. Te amaba.

El musculoso cimmerio meneó la cabeza asombrado. Si la joven actuaba así con los que amaba, desde luego que nadie debía de sobrevivir a su odio.

Karela se apartó de él, para no tener que admitir que le temblaban lágrimas en las largas pestañas.

—No hay miedo en ti —siguió diciendo en susurros—. No

tiemblas. No estás pensando: «Si ella ha sufrido así, ¿qué no me hará sufrir a mí?».

—Yo no tengo la culpa de lo que te sucedió, Karela —dijo él suavemente.

Ella no parecía oírle.

—Pero si no tienes miedo, es que todavía eres un hombre. —Una extraña sonrisa le afloró a los labios.

De pronto, agarró los broches que le cerraban la túnica; en un instante, las sedas grises cayeron al suelo arrebujadas, ciñéndole todavía los tobillos. Se deshizo de ellas graciosamente. Aún era como Conan la recordaba: pechos firmes y redondeadas caderas, largas piernas y esbelto talle. Karela era un deleite de los sentidos para el ojo masculino. Lentamente, de puntillas, se volvió, levantó los brazos, agitó la cabeza para que sus sedosos cabellos la acariciaran, ora en sus hombros cremosos, ora en los pechos de satén. Con gentil contoneo se acercó a él, y se detuvo tan solo cuando alcanzó a acariciarle con los senos, bajo las costillas —pues seguía colgando de las cadenas—. Se acarició el labio inferior con la lengua y le miró entre sus largas pestañas, y empezó a decir con tono seductor:

—Cuando te llevan a las minas, solo la muerte puede devolverte a la superficie. Vivirás toda la vida respirando aire lóbrego y malsano, a la luz mortecina de las hileras de antorchas. Allí tienen mujeres, si es que quieres llamarlas mujeres. Tienen las manos tan callosas como cualquier hombre. —Le acariciaba el pecho, sólido como el acero—. Su cabello y su piel están llenos de porquería, hieden asquerosamente. Sus besos… —Le estrechó con sus brazos esbeltos, le agarró por el cuello, y con un tirón subió hasta que estuvieron frente a frente—. No dan besos dulces como este —le dijo en susurros, y le oprimió los labios con los suyos propios.

Él respondió salvajemente a su beso, hasta que por fin la mujer lo dejó con un gemido. Era trémula la mirada esmeralda de Karela, en la de Conan se reflejaban los cielos del norte azotados por el viento.

—Jamás volverán a besarte así —dijo la mujer, casi sin aliento.

Bruscamente se dejó caer al suelo de piedra y retrocedió, mordiéndose el labio inferior. Había aparecido la incertidumbre en sus ojos verdes.

—Ahora, seré la única mujer que recuerdes durante el resto de tu vida —dijo—. La única mujer durante el resto de tu vida.

Y, tras recoger del suelo sus ropas, desapareció en la oscuridad. Poco después, Conan oyó el chirrido de la puerta al abrirse y el golpe con que se cerraba.

Conan pensó que Karela no había cambiado. Seguía siendo el Halcón Rojo, fiera e impetuosa como un ave de presa. Pero si creía que iba a dejarse llevar mansamente a las minas, o a cualquiera que fuera la pena antigua de que había hablado Garian, también seguía cometiendo sus errores de juicio de siempre.

Conan miró las cadenas, pero no hizo ningún otro intento de romperlas. Una de las lecciones que se aprendían en las traicioneras grietas cubiertas de nieve de las montañas cimmerias era esta: cuando la acción no es posible, forcejear solo adelantará la muerte; hay que esperar, conservar las fuerzas, para que quede alguna esperanza de sobrevivir. El cimmerio seguía colgado de sus cadenas con la paciencia de la bestia cazadora que espera a que su presa se le acerque.

21

Chirriando, las cadenas que sostenían los brazos de Conan descendieron ruidosamente hasta dejarle en el suelo de piedra. El cimmerio no pudo reprimir un gemido al sentir que le movían; no tenía ni idea de cuántas horas había estado colgando allí. Ni la escasa luz de los trípodes ni la penumbra que empezaba donde aquella terminaba habían cambiado, con lo que no tenía noción del paso del tiempo.

Sus pies tocaron el suelo, y las rodillas, que habían aguantado mucho esfuerzo, cedieron. Su gigantesco cuerpo se desplomó cuan largo era sobre el suelo de piedra. Con un esfuerzo, trató de parar la caída con los brazos, pero estos habían perdido mucha sangre. Solo llegó a debatirse con el cuerpo entumecido.

Los dos hombres que le habían azotado se acercaron a la luz y empezaron a quitarle las cadenas. Su débil forcejeo era inútil; le esposaron las manos a la espalda y le sujetaron a los tobillos pesadas cadenas de hierro. El hombre marcado por la quemadura seguía tan callado e inexpresivo como antes, pero el del pecho velludo, con su rostro extrañamente amable, hablaba casi con jovialidad.

—Ya pensaba que te dejaríamos colgar ahí durante otro día, tras todas las emociones de hoy. Aprieta más eso —dijo, dirigiéndose al otro—. Este sujeto es peligroso.

El otro hombre gruñó y siguió con su tarea: clavar un remache en el grillete que sujetaba la muñeca izquierda de Conan.

—Mis hombres —masculló el cimmerio. Tenía la garganta seca y como llena de pedazos de loza.

—Oh, han tenido su parte en ello —dijo el otro, con su cara de luna, riendo con desprecio—. Han peleado con los Leopardos de Oro que mandaron a arrestarles, sí, y luego han desaparecido. En

otra situación se les habría perseguido, pero es que desde la mañana de hoy han pasado más cosas que desde que Garian subió al trono. Primero, el rey ha desterrado de la ciudad a todos sus antiguos consejeros, bajo pena de muerte si vuelven. Luego, ha creado el título de Gran Consejero de Nemedia, que tiene casi tanto poder como el mismo rey, y se lo ha otorgado a Lord Albanus, un hombre de ojos malévolos, si es que alguna vez he visto alguno. Y, encima de todo eso, ha hecho noble a su querida. ¿Puedes creerte que esa zorra rubia sea noble ahora? Pero todos esos aristócratas tan refinados la tratan ahora con respeto, porque saben que pronto podría ser reina. Trae lo demás, Estruto.

El hombre que no hablaba volvió a gruñir y se fue, andando con torpeza.

Conan abrió la boca, tratando de reunir aliento.

—¿Motines? —logró decir.

El hombre con cara de luna asintió.

—Por toda la ciudad. —Miró en torno para asegurarse de que nadie escuchaba, y le siguió diciendo en susurros—: Clamaban por la abdicación de Garian. Quizá es por eso que Garian se ha deshecho de sus antiguos consejeros, con la esperanza de que cualquier cambio les satisfaga. Por lo menos, no ha mandado a los Leopardos de Oro a dar caza a los desterrados.

Conan pensó que la gente de Ariane habría actuado por fin. Quizá pudieran incluso provocar algún cambio —ciertamente, parecía que lo hubieran provocado ya—, pero ¿para mejor o para peor? Se obligó a pronunciar, palabra por palabra, una nueva pregunta.

—¿Tenían… hombres… armados…?

—Vuelves a pensar en tu compañía, ¿eh? No, solo hubo gente en las calles, aunque un sorprendente número de ellos llevaban espadas y tal, o por lo menos eso es lo que he oído. ¡Estruto! ¡Pero trae eso de una vez!

El hombre marcado por la quemadura volvió, con un largo palo que entre los dos pasaron entre la espalda de Conan y sus brazos. Con anchas correas, lo ataron a estos. El hombre con cara de luna sacó una mordaza de cuero de una bolsa que le colgaba del cinturón, y se la pusieron al cimmerio entre los dientes, atándosela detrás de la cabeza.

—Ya es hora de que te llevemos ante el rey —le dijo a Conan—. No importa lo que te hagan, seguro que te gustará menos que los dulces cuidados de *Lady* Tiana. ¿Eh, Estruto? —negaba con la cabeza al tiempo que reía; Estruto le miraba impasible—. Bueno, bárbaro, te queda poco tiempo para reconciliarte con tus dioses. Vamos, Estruto.

Agarrando el palo por ambos extremos, forzaron a Conan a ponerse en pie. Medio empujando, medio arrastrando, lo sacaron de la mazmorra y le hicieron subir por una escalera de tosca piedra hasta el suelo de mármol de palacio. Cuando llegaron a los ornados pasillos de este, el cimmerio ya había recobrado el pleno uso de sus piernas. Con orgullo, rechazó la ayuda de los dos hombres, y siguió andando con las breves zancadas que las cadenas que le sujetaban los tobillos le permitían.

Cara-de-luna le miró y rio.

—Estás ansioso por acabar con esto, ¿eh?

Le dejaron que anduviera lo mejor que pudo, pero siguieron sujetándolo por el palo. Una torva sonrisa asomó a los labios del cimmerio. Si hubiera querido, los habría hecho caer a ambos con el mismo palo con el que creían dominarle. Pero no se habría librado con ello de las cadenas, y aún se hallaba en el corazón de palacio. Paciencia. Se concentró en ir doblando los brazos, pese a las cadenas, para acabar de desentumecerlos.

Los corredores por los que pasaron parecían estar vacíos. Los esclavos seguían allí, como siempre, yendo de un lado para otro arrimados a la pared. Pero los nobles, bellos y elegantes con sus sedas y sus terciopelos, habían desaparecido. Los tres hombres andaban solos por el centro de los pasillos.

Cuando entraron en un corredor ancho, con arcadas sostenidas por pilastras, se cruzaron con otro grupo. Graecus, Gallia y otros tres del Thestis se acercaban casi tambaleándose, bajo la vigilancia de dos guardias. Los cinco estaban amordazados y llevaban las manos atadas a la espalda. Cuando vieron a Conan, los ojos de Graecus se abrieron desorbitadamente, y Gallia trató de apartarse de la mirada del corpulento cimmerio.

Uno de sus guardias dio voces a los dos que llevaban a Conan.

—¡Estos van para las minas!

—¡Mejor que lo que le espera a este! —dijo riendo el hombre

con cara de luna.

Riendo a su vez, los guardias empujaron a sus prisioneros. Los jóvenes y desastrados rebeldes siguieron adelante, temiendo al parecer tanto a Conan como a sus captores.

El cimmerio los ignoró. No les guardaba rencor por las mentiras que habían dicho contra él. Pocos hombres y todavía menos mujeres habrían hecho otra cosa bajo las atenciones de un experto torturador, y de todos modos, si ellos no le hubieran acusado, Vegentius habría hallado otra manera de encarcelarlo.

Frente a ellos, al final del corredor, se abrieron unas grandes puertas adornadas con tallas, empujadas por seis soldados con capas doradas, y Conan accedió al Salón del Trono de Nemedia.

Hileras dobles de esbeltas columnas estriadas sostenían una cúpula de alabastro. La luz de las lámparas de oro, que colgaban del techo con cadenas de plata, se reflejaba en las pulidas paredes de mármol. Un extensísimo mosaico, en el suelo, narraba toda la historia de Nemedia. Tenía ante sus ojos la explicación de que todos los corredores estuvieran vacíos, pues los nobles se habían congregado allí en su totalidad: aristócratas de ojos oscuros vestidos de terciopelo con collares de oro al cuello; bellas damas, deslumbrantes con las gemas que cubrían sus cuerpos vestidos de seda. Entre todos ellos quedaba abierto un largo camino que llevaba desde las altas puertas hasta el Trono del Dragón. Los cuernos de oro que remataban este asomaban tras el hombre que en él se sentaba, y dos alas enjoyadas descendían para sostenerle las espaldas. Llevaba en la cabeza la Corona del Dragón.

Conan avanzó hasta el trono a su propio paso, aunque los dos carceleros trataron de darle prisas. No quería ir tambaleándose, cargado de cadenas, para diversión de la corte. Una vez ante el trono, se detuvo, desafiante, y escrutó con la mirada el rostro de Garian. Los hombres que sujetaban el palo trataron de obligarle a arrodillarse, pero Conan siguió en pie. Se oían los murmullos de los nobles. Algunos guardias fueron hacia él y le golpearon en la espalda y las piernas con el mango de sus lanzas hasta que, a pesar de toda su resistencia, tuvo que caer de hinojos.

Mientras esto ocurría, la expresión del rostro de Garian no había variado. El hombre que se sentaba en el trono se levantó, recogiendo su túnica de tejido de oro.

—Este bárbaro —proclamó en voz alta— fue acogido por Nos en palacio, fue honrado con Nuestras atenciones. Pero hallamos que habíamos acogido a la traición cerca de Nos. Con gran vileza fue traicionada Nuestra confianza, y…

Siguió con su monótono discurso, pero a Conan le llamaba la atención más bien el hombre que estaba de pie ante el Trono del Dragón, con una posesiva mano en este, al tiempo que iba asintiendo a lo que decía el rey como un maestro que otorga su aprobación a un pupilo. Colgaba de su cuello un collar de oro con el Sello de Nemedia, que le distinguía como Gran Consejero de aquel reino: era Lord Albanus. Pero el cimmerio conocía aquel rostro cruel, que había visto reunido a oscuras con Taras y Vegentius. Se preguntó si la locura reinaba en Nemedia.

—… así, Nos decretamos la antigua pena por su crimen —salmodió el rey en tono funéreo.

Al oírlo, Conan volvió en sí. No veía en el rostro de Garian traza alguna de la tristeza que había demostrado en su captura, solo resuelta calma.

—Cuando el sol se haya puesto y se haya elevado de nuevo hasta su cénit, este que quería cometer regicidio será arrojado a los lobos. Que la bestia sea devorada por las bestias.

En cuanto hubo dicho estas últimas palabras, obligaron a Conan a ponerse en pie y se lo llevaron a toda prisa del Salón del Trono. Ni siquiera el carcelero con cara de luna habló mientras le llevaban a las mazmorras, esta vez a una pequeña celda, cuyo suelo de piedra estaba recubierto de paja sucia. Le quitaron el palo y la mordaza, pero no las cadenas. Le pusieron otra, que unía la que le sujetaba por los tobillos con una argolla de hierro en la pared.

En cuanto los dos carceleros se hubieron ido, Conan empezó a estudiar su nueva celda. Tendiéndose sobre el vientre, y si no hubiera tenido las manos esposadas a la espalda, podría haber llegado a tocar la pesada puerta de madera, pero, aunque hubiese podido liberar las manos, no habría tenido a qué aferrarse. Ni creía que hubiera podido desencajar los sólidos goznes de hierro. Las paredes estaban hechas de toscos bloques de piedra, unidos con argamasa ya medio desmenuzada. Un hombre con herramientas habría podido sacar alguno y escapar. En uno o dos años. No había nada entre la paja podrida, salvo una rata muerta a medio devorar.

El cimmerio no pudo evitar el preguntarse si habría sido roída por sus congéneres o por el último prisionero que habían metido allí. Echándola al otro extremo de la celda con una patada, esperó y deseó no tener que aguantar durante mucho tiempo su olor.

En cuanto Conan se hubo puesto cómodo, sentado contra la pared, se oyó una llave en la gran cerradura de hierro, y la puerta de la celda se abrió chirriando. Para su asombro, el que entraba era Albanus, recogiendo cuidadosamente su túnica de terciopelo para que no tocara la mugrienta paja. Tras él, la figura envuelta en ropajes de tejido de oro del rey se detuvo en la puerta. El rostro de Garian miraba a uno y otro lado, observando con curiosidad la paja y las paredes de piedra. Miró una vez a Conan, como si el corpulento cimmerio tan solo hubiera sido una cosa más que había en la celda.

Fue Albanus el que habló.

—Me conoces, ¿verdad?

—Eres Lord Albanus —respondió Conan cautelosamente.

—Me conoces —dijo el hombre de rostro aquilino, como si acabara de confirmar una sospecha—. Como me temía. Suerte que actué a tiempo.

Conan se puso tenso.

—¿Tú?

Miró a la cara a Garian. ¿Cómo podía aquel hombre admitir tal cosa delante del rey?

—No esperes ayuda de él —dijo Albanus, riendo—. Durante un tiempo, bárbaro, fuiste una preocupación para mí, pero en definitiva no parece que seas un arma de los dioses. Los lobos acabarán contigo, y el único daño de verdad que me hiciste está siendo reparado por la muchacha que enviaste a buscar al escultor. No, al cabo resulta que solo has sido un estorbo menor.

—Ariane —dijo Conan con brusquedad—. ¿Qué has hecho con ella?

El noble con ojos de obsidiana rio cruelmente.

—Venid, rey Garian. Vámonos de este lugar.

—¿Qué le has hecho a Ariane? —le gritó Conan a Albanus cuando este ya se iba. El rey se detuvo un momento para mirarle; Conan miró a Garian a la cara con la expresión más implorante que pudo adoptar—. Decidme qué le ha hecho…

Las palabras murieron en sus labios, pues el rey se volvió para marcharse. La puerta se cerró, chirriando. Aturdido, Conan volvió a recostarse en la pared de piedra.

Desde la otra vez que lo había visto en el Salón del Trono, Conan había notado que había algo extraño en Garian, pero sin darle importancia. Nada le parece normal a uno mientras oye su propia sentencia de muerte. Pero ahora se había dado cuenta de algo. El cardenal de la mejilla de Garian había desaparecido. Y Garian no era hombre que ocultara tales cosas con maquillaje, como una mujer, ni tenía hechicero alguno en la corte que pudiera hacer desaparecer un cardenal con algún hechizo rápido y una vela encendida. Ni había pasado el tiempo necesario para que desapareciera por sí solo. Una menudencia, que indicaba sin embargo que el hombre que se sentaba en el Trono del Dragón y había sentenciado a Conan no era Garian.

Con la cabeza a punto de estallarle, el cimmerio trató de comprender lo que ocurría. Albanus había tramado una rebelión, y sin embargo tenía ahora el rango de consejero de un rey que no era Garian. Pero sí era Garian el que había visto la noche anterior en los aposentos de Vegentius. Conan lo sabía con certeza. Olía el hedor de la brujería, tan claramente como olía el de la paja podrida sobre la que estaba sentado.

«Paciencia», se recordó a sí mismo. Nada podría hacer, encadenado en una celda. Muchas cosas dependían de que le desencadenaran antes de arrojarlo a los lobos. Aun entre los lobos, era mucho lo que podía hacer un hombre con las manos libres y el ánimo valiente. Conan decidió que Albanus habría de saberlo para su propio pesar.

Sularia yacía tendida sobre un banco tapizado, mientras las expertas manos de una esclava le aplicaban fragantes aceites a la espalda. «*Lady* Sularia», pensó, mientras se estiraba en toda su lozanía. ¡Qué maravilloso había sido encontrarse entre los nobles en el Salón del Trono, en vez de amontonarse con las otras concubinas en la pared de atrás! Aunque la aceptaran solo por miedo, las sonrisas y saludos que le otorgaban con repugnancia y con la vergüenza pintada en el rostro solo acrecentaban el placer que

sentía, pues muchos de los que ahora le hablaban con respeto le habían hablado en otro tiempo como a una esclava. Y aquello no había terminado. Si había abandonado la pared de las amantes para encontrarse entre los nobles, ¿por qué no había de poder presentarse junto a Albanus? La reina Sularia.

Sonrió al pensarlo, y volvió la cabeza hacia la criada, una mujer rolliza de cabello gris, que era la única persona en palacio en quien Sularia confiaba. O al menos, aquella de quien desconfiaba menos.

—¿La mujer está esperando todavía, Latona? —preguntó Sularia.

La criada de cabello gris asintió enérgicamente.

—Desde hace dos vueltas de clepsidra, señora. Nadie osaría desobedecer tus órdenes.

La rubia asintió, satisfecha de sí misma, sin levantar la cabeza.

—Tráela, Latona. Y luego ponte a arreglarme el cabello.

—Sí, señora —graznó Latona, y se apresuró a salir.

Cuando volvió, la acompañaba *Lady* Jelanna.

La cimbreña aristócrata miraba con recelo a Latona, que se volvió para aderezarle el cabello a su señora; Sularia sonreía como una gata ante un plato de crema. Solo al recibir a un inferior permite uno que los sirvientes se queden. Jelanna había tenido que abandonar una parte de su arrogancia durante la espera.

Sin embargo, le bastó con la que le quedaba para preguntar por fin:

—¿Por qué me has hecho venir, Sularia? —Sularia enarcó una ceja, como esperando que dijera algo más. Al cabo de un momento, Jelanna se corrigió—: *Lady* Sularia. —Torcía los labios, como si le hubieran llenado la boca de un sabor amargo.

—Creciste de niña en este palacio, ¿verdad? —empezó a decir la rubia en tono amable.

La réplica de Jelanna fue breve:

—Sí.

—Jugabas al escondite en los corredores. Brincabas por los patios, chapoteabas en las fuentes. Todos tus deseos eran satisfechos con solo pedirlo.

—¿Me has pedido que viniera para hablar de nuestra infancia? —le preguntó Jelanna.

—No te lo he pedido —le replicó bruscamente Sularia—. Te lo he ordenado. ¿Conoces a Enaro Ostorian?

Si la mujer de imperiosa belleza se sorprendió de la pregunta, no llegó a demostrarlo.

—¿Ese sapo repulsivo? —dijo con desdén—. Algo conozco de los mercaderes, pero, a ellos, no les conozco.

Sularia volvió a su sonrisa felina.

—Está buscando esposa.

—¿Ah, sí?

—Una mujer joven, de la nobleza. —Sularia vio que la flecha había dado en su blanco, y trató de hundirla todavía más en su víctima—. Quiere casarse con el título que nunca ha podido comprar. Y, por supuesto, quiere hijos. Muchos hijos. Garian —añadió a la mentira— me ha pedido que le sugiera una novia apropiada.

Jelanna se lamió los labios con incertidumbre.

—Yo querría, *Lady* Sularia —dijo con voz temblorosa—, pedir disculpas si en alguna ocasión te he ofendido.

—¿Conoces a Darío? —le preguntó Sularia—. ¿El guardián de las perreras de Garian?

—No, mi señora —respondió Jelanna, vacilante.

—Según me han dicho es un hombre repugnante, tanto por su hedor como por sus hábitos. Las esclavas de palacio se esconden de él, porque toma a las mujeres con tal brutalidad que llega a causar dolor. —Sularia calló un momento, y observó como el horror se adueñaba del rostro de aquella altanera mujer—. ¿Te parece, Jelanna, que una noche con Darío es preferible a toda una vida con Ostorian?

—Estás loca —logró articular la esbelta mujer—. No te escucharé más. Me voy a mis propiedades en el campo, y si fueras reina todavía podrías elegir a cuál de los Infiernos de Zandru…

—Cuatro soldados te esperan fuera —dijo Sularia, sin esperar a que la otra mujer terminara—. Te llevarán con Darío, o a tu lecho nupcial, pero a ningún otro lugar.

La desesperación borró las últimas trazas de arrogancia del rostro de Jelanna.

—Por favor —le dijo en susurros—, me arrastraré por el suelo si tú quieres. Andaré de rodillas ante toda la corte pidiéndote perdón…

—Elige —ronroneó Sularia—, o si no yo elegiré por ti. Esos

soldados pueden entregarte hoy mismo a Ostorian. Con una nota que le informe de que le consideras un sapo repulsivo. —Su voz y su rostro se endurecieron—. ¡Elige!

Jelanna se tambaleó, como a punto de desmayarse.

—Iré…, iré con Darío —dijo llorando. Por unos momentos, Sularia saboreó las palabras que había esperado decir mientras contaba las horas. Y luego las dijo.

—¡Perra, vete a tu perrera!

Jelanna salió corriendo de la habitación, y los ecos de la risa de Sularia resonaron por los pasillos. Qué maravilloso era el poder.

22

Cuando se abrió la puerta de su celda, Conan pensó al principio que Albanus había decidido hacerle matar allí mismo. Dos hombres con ballestas amartilladas entraron y se pusieron a lado y lado del cimmerio, con sus armas dispuestas.

Cuando el cimmerio se preparaba para ofrecer resistencia —si es que alguna podía ofrecer—, el carcelero con cara de luna apareció en la puerta y le habló.

—Es mediodía, bárbaro. La hora de llevarte a la fosa de los lobos. Si intentas luchar con Estruto y conmigo cuando te quitemos las cadenas, estos dos te asaetearán las piernas, y te llevaremos hasta la fosa a rastras. ¿De acuerdo?

Conan hizo un esfuerzo por aparecer hosco y renuente.

—Sacadme las cadenas —masculló, mientras miraba ceñudo a los ballesteros.

A pesar de lo que había dicho, los dos carceleros procuraron no ponerse en la línea de tiro de los ballesteros mientras le abrían los grilletes con repetidos martillazos sobre un cincel. Se preguntó si le tomarían por necio. Habría podido acabar con los dos carceleros, y con los ballesteros aunque le estuvieran apuntando, pero oía pasos mesurados que se aproximaban a la celda, producidos por un grupo de hombres no pequeño. Poco le importaba el morir, pero solo un necio muere por nada.

Frotándose las muñecas, Conan se puso en pie sosegadamente y permitió que lo guiaran fuera de la celda. En el corredor le aguardaba una veintena de Leopardos de Oro.

—No necesitábamos a tantos —dijo bruscamente Estruto. Conan parpadeó. Había llegado a creer que aquel hombre no tenía lengua.

El compañero de Estruto pareció sorprenderse casi tanto como el cimmerio al oírle hablar. El hombre con cara de luna le miró

fijamente antes de decirle:

—Estuvo a punto de escapar de un número de hombres casi igual la noche en que le capturaron. Sabes que no me gusta que los cautivos escapen. Yo había pedido el doble de hombres. Bueno, vamos ya. El rey está esperando.

Le hicieron andar con la mitad de los soldados delante y la otra mitad detrás, y un carcelero a cada lado. Los ballesteros iban al final, desde donde podrían abatirle si trataba de huir en cualquier dirección. Así se dirigieron a palacio, por corredores en los que una vez más no se veían nobles.

Conan andaba en el centro como si, escoltado por una guardia de honor, se hubiera dirigido a su coronación. No tenía ninguna intención de tratar de huir. Junto a la fosa de los lobos encontraría, sin duda, al Garian impostor y a Albanus. En aquellas circunstancias, un hombre habría podido hacer cosas más difíciles que morir después de matar a aquellos dos.

Pasaron por zonas de palacio que le eran familiares al cimmerio, y siguieron adelante. Tras el mármol pulido y el alabastro encontraron simple granito, y después un suelo de piedra tan tosco como el de las mazmorras. Las lámparas de oro y de plata eran reemplazadas por antorchas y candelabros de hierro.

La fosa de los lobos era una pena antigua, ciertamente, y, de hecho, no se había aplicado desde los tiempos de Bragorus, nueve centurias antes. Ni había ido nadie a aquella zona de palacio en varios siglos, a juzgar por su apariencia. En los pasillos había indicios de apresurada limpieza: acá una telaraña colgando del techo, allá un montoncito de polvo olvidado junto a la pared. Conan se preguntó por qué Albanus se había tomado tantas molestias, una vez reemplazado Garian por el impostor. Y, entonces, entraron en la estancia circular donde se hallaba la fosa.

Aunque aquella sala estaba hecha con la misma piedra tosca, había sido trabajada como cualquiera de las grandes estancias de alabastro de palacio. Sus paredes, con forma de media esfera, se alzaban a una altura gigantesca, y ninguna columna ni contrafuerte las sostenía. Abajo, en una larga galería flanqueada por grandes trípodes encendidos, altos como dos hombres, se apiñaba la nobleza de Nemedia, que reía alegremente como hombres y mujeres que se hubieran hallado en un circo, y trataba de acercarse al brocal de

piedra, alto como para llegarles al talle, que circundaba el gran pozo.

Cuando entraron, se abrió un camino que les permitía acceder a la fosa, y los soldados escoltaron a Conan hasta allí. Sin esperar a que se lo dijeran, el cimmerio saltó a lo alto del brocal y allí se quedó, escrutando con la mirada a los que se habían reunido en aquel lugar para verle morir. Su gélida mirada azul les fue acallando lentamente, pues aquella gente comprendió que se hallaban ante un hombre que despreciaba sus títulos y linajes. Aquellos aristócratas eran pavos reales; Conan, un águila.

Al otro lado de la fosa de piedra estaba el rey impostor; tenía a un lado a Albanus, ataviado con ropajes azules, oscuros como la medianoche, y al otro a Vegentius, en cuyo rostro, bajo el empenachado casco, todavía alcanzaba a distinguir las magulladuras. Sularia también estaba allí, con sus sedas de color escarlata y sus rubíes, y Conan se preguntó por qué había pensado que ella no asistiría.

Justo debajo del impostor, dentro de la fosa, vio una puerta alta como un hombre, por la que harían pasar a los lobos. Conan no alcanzaba a ver hocicos ansiosos asomando entre los barrotes, ni oía gemidos de hambre ni gruñidos. Un complicado sistema de cadenas de hierro servía para abrir la puerta. Quizá no tendría que morir.

Albanus tocó en el brazo al hombre que llevaba la corona del Dragón, y este empezó a hablar.

—Os hemos reunido…

El salvaje grito de guerra de Conan resonó en la cúpula de piedra; los nobles empezaron a chillar, pues el cimmerio, alzando sus enormes brazos, había saltado a la fosa. Los soldados se abrieron paso entre los nobles hasta el brocal; los ballesteros tomaron posiciones. Conan, ya en el fondo del pozo, que estaba recubierto de paja, se puso en pie, con toda la chulesca arrogancia del joven que nunca ha sido vencido en un combate justo, y en pocos de los desiguales. Albanus hizo un gesto, y los guardias retrocedieron.

—¡Necios! —gritó Conan con sorna a los que estaban allí reunidos—. Vosotros, que no sois hombres, habéis venido a ver como un hombre muere. Y bien, ¿es que me va a matar de aburrimiento ese bufón coronado? Empezad ya, si es que no se os

ha arrugado el hígado y no os queda estómago para ver la matanza.

Gritos de cólera le respondieron.

Albanus le dijo algo en voz baja al impostor, el cual, a su vez, gritó:

—Si tanto desea morir, soltad los lobos.

—¡Soltad los lobos! —gritó otro, pasando la orden—. ¡Rápido! —La puerta se abrió.

Conan no esperó a que saliera el primer animal. Ante la mirada atónita de la corte, entró corriendo en la galería que había tras la puerta, gritando su grito de guerra. A sus espaldas, algunos nobles saltaron a la fosa, para tratar de agarrar y matar al bárbaro fugitivo que había puesto en duda su virilidad.

En la oscuridad del corredor, Conan se encontró de pronto en medio de la gruñente jauría. Unos dientes afilados como navajas le mordieron. Él les respondió con sus propios gruñidos, con sus puños martilleantes, que rompían huesos y aturdían a las bestias, las cuales, erguidas sobre sus patas traseras, habrían sido casi tan altas como un hombre. Agarrando una de aquellas gargantas aulladoras, llenó de sesos de lobo el techo bajo de piedra.

En el caldero infernal que era la galería, los lobos conocieron la fiereza del que les hacía frente, pareja a la suya propia. Mientras Conan seguía abriéndose paso entre ellos, algunos prefirieron ignorarle y salieron a la fosa, buscando alimento más fácil. Los gritos airados de los nobles se convirtieron en chillidos, pues los sanguinarios lobos les estaban atacando con ánimo de matar.

Conan vio una luz más adelante.

—Malditos lobos —mascullaba una voz en aquella dirección—. Es un necio bárbaro el que tenéis que matar, y no…

El hombre que había hablado vaciló al ver que Conan avanzaba hacia él. Estaba al final del túnel, ante la reja de hierro medio abierta, lanza en ristre. En vez de retroceder y cerrar la reja, atacó al cimmerio.

Conan agarró la lanza con ambas manos y fácilmente se la arrebató. Antes que el hombre pudiera hacer nada, el cimmerio le golpeó en el pecho con el mango de su propia arma, con lo que le arrojó al otro lado de la puerta, y luego le siguió. El cuidador de los lobos se puso en pie, tambaleante, blandió una espada curva, larga como su antebrazo, y acometió.

El cimmerio le dio la vuelta limpiamente a la lanza. No tuvo que arremeter contra el otro, pues este se abalanzó sobre él, clavándose en la garganta la punta del arma hasta que le salió por la nuca. Un grito de dolor y de horrorizada incredulidad brotó de la garganta del cuidador de los lobos.

—Tus lobos no matarán a este bárbaro —dijo Conan con un gruñido, al tiempo que comprendía que le estaba hablando a un muerto.

Dejando caer la lanza y al hombre traspasado, cerró la puerta, la atrancó con la pesada barra de hierro que la aseguraba en su lugar y echó los pestillos. Llevaría algún tiempo abrirla desde el otro lado, tiempo que él podría emplear para huir. Aunque, a juzgar por los gritos y vociferaciones que aún resonaban en la galería, los soldados habían de tardar todavía en encargarse de los lobos y de los nobles aterrorizados, y en entrar.

Poco había en aquel cuarto que pudiera servirle de algo. Toscas antorchas de junco perdían cera en unos herrumbrosos candelabros de hierro de la pared, iluminando seis grandes jaulas de hierro, con ruedas a lado y lado. No vio ningún arma, salvo aquella larga y curva daga, que Conan recogió del suelo, y la lanza. Dejó esta última clavada en el cuerpo del cuidador de los lobos; por su excesiva longitud, habría resultado difícil manejarla en aquellos angostos corredores de piedra antigua. Ni siquiera tenía a mano algún jirón de tela para vendarse las heridas, a menos que lo arrancara de su propio taparrabos o de la sucia túnica, ahora empapada en sangre, del cadáver.

Sin embargo, el cuidador de los lobos se había traído una jarra de vino y un salchichón con especias para cenar mientras sus pupilos llevaban a cabo su sanguinaria labor. Conan cayó sobre ambos, devorando el salchichón a dentelladas y remojándolo con largos tragos de vino rancio. No había comido ni bebido desde antes de que lo encarcelaran. Sin duda, sus carceleros habían pensado que no valía la pena alimentar al que había de morir pronto. Tras dejar la jarra vacía y meterse en la boca el último trozo de salchichón, el cimmerio cogió una de las antorchas de junco y empezó a buscar un camino para salir de palacio.

Poco tiempo tardó en descubrir que aquellos antiguos corredores formaban un laberinto, que siempre eran tortuosos, y se cruzaban y

volvían a cruzarse entre sí. No le extrañaba que nadie recordara ya los pasadizos que atravesaban el palacio por debajo; apenas si era posible orientarse por ellos.

De pronto, al volver a meterse por uno de los oscuros corredores, encontró sus propias huellas mezcladas con otras en el polvo. Otras huellas más recientes. Se agachó para examinarlas, y volvió a incorporarse al tiempo que profería una maldición. Todas eran suyas. Había pasado dos veces ya por aquel lugar, y seguiría haciéndolo hasta que muriera de hambre.

Con la resolución torvamente dibujada en el rostro, siguió sus propias huellas hasta llegar a una bifurcación. El rastro seguía hacia la izquierda. Él siguió por la derecha. Poco más tarde se vio de nuevo frente a sus propias huellas, pero esta vez no se entretuvo con maldiciones. Anduvo hasta la siguiente bifurcación, y de nuevo siguió el camino opuesto al que había seguido antes. E hizo otra vez lo mismo. Y otra.

Ahora los pasadizos parecían descender, pero Conan siguió adelante, sin preocuparse por ello, aun cuando al final tuviera que abrirse camino con la antorcha por corredores obstruidos por las telarañas, quebradizas al toque de la llama. Si desandaba lo andado no tendría más posibilidades de escapar que siguiendo adelante, pero sí habría sido más probable, en cambio, que tropezara con los Leopardos de Oro.

Al llegar a una bifurcación, el cimmerio se volvió automáticamente hacia la derecha —la última vez había ido por la izquierda— y se detuvo. Pues atisbaba una luz mortecina, pero no veía en cambio ninguna abertura al exterior. Con ligero balanceo, la luz se acercó.

Volvió atrás con rapidez, y se metió por la otra rama de la bifurcación. Corrió con pies silenciosos hasta veinte zancadas, y arrojó la antorcha frente a sí tan lejos como pudo. Las llamas se avivaron en su vuelo y luego se apagaron, dejándole en la más completa negrura.

Conan se agachó de cara a la bifurcación, blandió la daga curva. Si los que se estaban acercando seguían adelante, se habría quedado sin lumbre, pero vivo. Si no…

Una luz difusa llegó a la bifurcación, se fue intensificando, y al final aparecieron dos figuras que llevaban una antorcha en la mano

y la espada en ristre. El cimmerio estuvo a punto de echarse a reír. Eran Hordo y Karela, pero la Karela que había conocido tiempo atrás. Se había quitado los velos y el atavío gris de la noble nemedia, y vestía ahora un peto dorado y un estrecho cinto de oro y esmeraldas, que caía holgado sobre sus redondeadas caderas, y del que colgaban tiras de pálida seda verde. Se cubría las espaldas con una capa turania de color verde esmeralda.

—¡Hordo, si hubiera sabido que venías no me habría bebido todo el vino! —gritó Conan, y avanzó hacia ellos despreocupadamente.

Ambos se volvieron, alzando espadas y antorchas. En el otro corredor de la bifurcación se apiñaban algunos hombres con lorigas. Macaón, Narus, y más rostros familiares de su Compañía Libre salieron a la luz.

Hordo se fijó en las heridas del cimmerio, pero no se refirió a ellas.

—No es habitual en ti —dijo con voz ronca— que te acabes todo el vino. Quizá, si buscamos, todavía encontremos.

Karela dirigió al tuerto una mirada asesina, y le pasó su antorcha a Macaón. Con dedos amables tocó las heridas de Conan: carne encogida, enrojecida, y coágulos de sangre.

—Sabía que acabarías por cambiar de opinión —dijo Conan, tratando de rodearla con el brazo.

Karela le propinó una bofetada, y dio un paso atrás, con la espada a medio cuerpo.

—Tendría que echarte de nuevo a los lobos —masculló.

Desde algún lugar en la negrura, más allá de los hombres armados, gritaba una voz ininteligible. Otra le respondió, y ambas fueron apagándose a medida que los dos que hablaban se alejaron.

—Están buscándome —dijo Conan en voz baja—. Si sabéis de algún camino para salir de aquí, os sugiero que lo sigamos. Si no, habremos de luchar con unos pocos centenares de Leopardos de Oro.

Murmurando algo, Karela recobró su antorcha y se abrió paso entre los hombres de la Compañía Libre para desaparecer por la otra rama de la bifurcación.

—Ella es la única que conoce el camino —dijo Hordo al instante.

Fue tras la mujer, y Conan le siguió. Macaón y los demás les

siguieron a su vez; hollaban con sus botas el polvo de centurias.

—¿Cómo has logrado entrar en palacio? —le preguntó Conan al tuerto mientras casi corrían tras la beldad pelirroja—. ¿Y cómo es que Karela decidió revelarte quién era ella en realidad?

—Quizá sea mejor que empiece por el principio —dijo Hordo, resoplando—. Lo primero que ocurrió después que te arrestaran fue que un centenar de Leopardos de Oro vinieron por nosotros, y…

—Eso ya lo sé —dijo Conan—. Y lograsteis escapar. ¿Y luego qué?

—Te han hablado de eso, ¿verdad? Estoy demasiado viejo para estos trotes, cimmerio. —Pese a que iba ya corto de resuello, el barbudo podía seguir fácilmente a los demás—. Llevé a la compañía al Thestis. Ahora, Puerta del Infierno es una de las partes más seguras de Belverus. Todos los que allí viven están en las Calles Altas, espada en mano y gritando revolución. Y entrando una y otra vez en las casas de los ricos.

—¿Pues qué esperabas? —dijo Conan con torva risa—. Son pobres, y ahora tienen riquezas a su alcance. Pero, hablando de Karela…

Hordo negó con su peluda cabeza.

—Se presentó esta misma mañana en el Thestis. No, irrumpió, y por su mirada parecía que esperara que sus perros la siguieran de nuevo tras una caravana cargada de oro. Por lo que dices, ya sabías que estaba aquí, ¿eh?

—Solo lo supe cuando estaba en la mazmorra —le replicó Conan—. Luego te lo cuento.

De pronto Karela se detuvo, y se puso de puntillas para alcanzar un herrumbroso candelabro de hierro. Parecía que tratara de darle la vuelta.

—Se parece al lugar por donde hemos entrado —murmuró Hordo con voz queda—. Aunque también se parece a otros veinte sitios por los que hemos pasado.

Como unos ojos color esmeralda le miraban con desprecio, decidió callar.

Cuando Conan estaba a punto ya de acercarse a ella para ayudarla, el candelabro giró con agudo chasquido. A poca distancia, en la misma pared, había otro candelabro con el que Karela efectuó la misma operación. Giró, se oyó un chasquido, y luego un ruido

seco más pesado tras la pared. Con el chirrido que produce la maquinaria que lleva tiempo sin usarse, una sección de la pared de piedra, alta como un nombre y el doble de ancha que este, retrocedió traqueteando para revelar una escalera descendente de burdo ladrillo.

—Si ambos podéis dejar por un momento de parlotear como mujeres —dijo Karela con mordacidad—, seguidme. Y tened cuidado. Algunos de los ladrillos ya se han resquebrajado. Me sabría mal que te partieras el cuello, cimmerio. Me reservo ese placer para mí misma.

Y bajó corriendo por la escalera.

Hordo se encogió de hombros incómodamente.

—Ya te he dicho que es la única que conoce el camino. Conan asintió.

—Seguidme —le dijo a Macaón—, y haz correr la voz de que algunos de los ladrillos ya se han resquebrajado.

El canoso sargento murmuró las órdenes a los que le seguían.

Tras tomar una larga bocanada de aire, Conan siguió a Karela escalera abajo, sin otra luz que la que daba la antorcha de la joven, de la que ahora solo se atisbaba, mucho más abajo, algún reflejo. No creía que ella le hubiera venido a buscar tan solo para hacerle caer en alguna trampa de su propia invención, para que no muriera a manos de otros. Pero tampoco estaba convencido de lo contrario.

Karela le esperaba impaciente al final de la larga escalera.

—¿Están bajando todos ya? —preguntó, en cuanto pudo ver a Conan a la luz de su antorcha. Sin esperar respuesta, gritó—: ¿Hay alguien que no haya entrado?

Se oyeron pisadas sobre la piedra, y una voz ronca le contestó.

—Todos hemos entrado ya, pero oigo botas que se acercan.

Karela, con calma, puso ambos pies sobre una determinada losa, que, bajo su peso, se hundió la anchura de un dedo. Se volvieron a oír chirridos de maquinaria.

—La entrada se cierra —gritó con incredulidad la voz del que había hablado antes.

Los ojos gatunos de Karela se encontraron con los de Conan.

—Necios —dijo, y parecía abarcar a todos los hombres con su epíteto, pero muy especialmente a él. Les espetó con rapidez—: Seguidme o quedaos, me da igual —y se adentró por un largo túnel,

en cuyas húmedas paredes se reflejaba la luz de su antorcha.

Conan pensaba, mientras la seguía, que hasta el aire parecía enmohecido.

—Como estaba diciendo —prosiguió Hordo, que iba ahora al lado del cimmerio—, se presentó en el Thestis dispuesta a dar órdenes. No me dijo dónde había estado, ni cómo sabía quién era yo. Me amenazó con hacerme otra cicatriz en la otra mejilla si no desistía de hacerle preguntas.

Con su único ojo miraba a Conan, expectante, pero el corpulento joven solo pensaba en Karela, y se preguntaba qué podía ser lo que llevara en mente. ¿Por qué había venido a rescatarle?

—¿Y? —dijo como ausente, cuando se dio cuenta de que Hordo había dejado de hablar. El tuerto resopló con amargura.

—Y nadie me dice nada —prosiguió—. Una mujer estaba con ella. ¿Te acuerdas de *Lady* Jelanna? Era ella, aunque menos altanera que antes. Estaba desastrada y ojerosa, tenía moretones en la cara y en los brazos, y lloraba de puro aterrorizada. «No se detendrá», decía entre gemidos, «No se detendrá hasta que acabe conmigo». Y Karela la consolaba, y nos miraba como si hubiéramos sido nosotros los autores del sufrimiento de *Lady* Jelanna.

—Por Crom —murmuró Conan—, ¿qué razón tienes para contarme tantos detalles? ¿Qué tiene que ver Jelanna con esto?

—Oh, fue ella quien le explicó a Karela cómo encontrar este pasaje. Parece ser que *Lady* Jelanna creció en palacio, jugando al escondite y cosas así, como todos los niños. Solo a veces, jugaban en la parte vieja del palacio, y fue aquí donde descubrió tres o cuatro pasadizos secretos. Una vez, logró escapar de palacio por uno de ellos. Estaba desesperada por salir de la ciudad, así que mandé que dos hombres la escoltaran hasta sus propiedades en el campo. Era lo menos que podía hacer por ella, después de que nos explicara cómo encontrarte. Créeme, yo ya contaba con que la próxima vez que nos viéramos fuera para corrernos una juerga en el Cuerno del Infierno.

—Con todo esto, aún no sé por qué ella se ha decidido a ayudarme —dijo Conan, e hizo un gesto con la cabeza para indicar que se refería a Karela.

En cuanto terminó de decir estas palabras, la mujer pelirroja se detuvo y se volvió hacia él.

—Los lobos eran demasiado buenos para ti, grandísimo zoquete

cimmerio. Si has de morir despedazado, quiero hacerlo yo con mis propias manos. Quiero oírte suplicando mi perdón, bárbaro bastardo. Tengo más derecho que ese necio de Garian.

Conan la miró con calma, y con una leve sonrisa en los labios.

—¿Te paras porque ya no sabes por dónde sigue el camino, Karela? Ya iré yo delante, si quieres.

Gruñendo, la joven levantó la antorcha como si fuera a golpearle con ella.

—Allí está —gritó Hordo, señalando con el dedo una corta escalera que sus antorchas apenas si permitían ver, que llevaba hasta el techo y terminaba allí. Siguió hablando, y en cada una de sus palabras se reflejaba el alivio—. Vamos, cimmerio —continuó diciendo, al tiempo que arrastraba a Conan hasta separarlo de la mujer de ojos coléricos—. Fue difícil tapar esto, por si a alguien que pasara por fuera se le ocurría echar una ojeada, pero tú y yo podremos destaparlo. —Y añadió, con tenso susurro—: Ten cuidado con lo que dices. Karela ha estado como un gato escaldado desde que Macaón y los otros le dijeron que nunca habían oído hablar del Halcón Rojo.

Tras mirar de soslayo el furioso ceño con que Karela les observaba, Conan logró camuflar su risa como una tos.

—El otro lado de la salida —dijo— ¿dónde está? Si hay alguien allí, ¿tendrá ánimos de luchar?

—Seguro que no —dijo Hordo, riendo—. Ahora, empieza a empujar con el hombro.

La escalera parecía terminar en un gran bloque de piedra. Era este lo que Hordo quería que empujara. Cuando lo hizo, el pesado bloque se movió. Con la ayuda del tuerto acabó por apartarlo, y trepó cautelosamente hasta el exterior. Un pesado olor a incienso impregnaba el aire. Cuando los otros subieron con sus antorchas, Conan vio que se hallaba en una habitación sin ventanas, llena de toneles y fardos. Algunos de los fardos se habían abierto, y veían asomar algunas barras de incienso.

—¿Esto es un templo? —preguntó el cimmerio con incredulidad —. ¿El pasadizo termina en la bodega de un templo?

Hordo rio y asintió. Ordenando silencio con un gesto, el tuerto trepó por una escalerilla de madera que estaba fijada en una de las paredes y, cuidadosamente, levantó una trampilla. Sacó la cabeza

para echar una rápida ojeada, luego indicó a los demás, también con un gesto, que le siguieran, y trepó él mismo hasta arriba.

Conan le siguió con presteza. Salió a la mortecina luz de algunas lámparas de plata, entre un gran bloque rectangular de mármol y una estatua gigantesca, envuelta en sombras. Le vino a la cabeza de repente que se hallaba entre el altar y el ídolo de Erebo, un lugar donde solo se permitía entrar a los sacerdotes santificados. Pero ¿qué le importaba ya una nueva condena a muerte?

Todos salieron rápidamente de la bodega y, siguiendo angostos corredores de pálido mármol, llegaron a un patio detrás del templo. Allí, otros dos hombres de la Compañía Libre les aguardaban con caballos. Y, según Conan pudo apreciar con alegría, también le habían traído loriga, yelmo y cimitarra. Se armó con rapidez.

—Podemos haber salido de los muros de la ciudad —dijo Hordo, meciéndose sobre su silla de montar— antes de que se les ocurra buscarnos fuera de palacio.

—No podemos irnos todavía —dijo Conan con firmeza. Se acababa de poner el yelmo en la cabeza y estaba montando en el caballo—. Ariane está en manos de Albanus.

—¿De nuevo otra mujer? —le dijo Karela amenazadoramente.

—Es amiga de Hordo y mía —dijo Conan—, y como recompensa por ello, Albanus la tiene prisionera. He jurado que la sacaría de esto, y lo haré.

—Tú y tus juramentos —murmuró Karela, pero cuando Conan salió galopando del patio fue la primera en seguirlo.

23

Aisladas columnas de humo se elevaban en el brillante cielo de la tarde sobre Belverus, señalando las casas de los opulentos que habían sido visitadas por las turbas revolucionarias. Se podía oír de vez en cuando, traído por la brisa, el tumulto que armaban. Era un rugido inarticulado, hambriento.

Mientras galopaban por la ciudad, Conan vio a una de las aulladoras cuadrillas, entre sesenta y ochenta hombres y mujeres andrajosos que estaban derribando las puertas cerradas y las ventanas atrancadas de una casa con hachas, espadas, rocas, con sus propias manos desnudas. En el mismo instante en que los vio, ellos se apercibieron de la presencia de la Compañía Libre. Surgió de su garganta un gruñido, que no parecía que pudiera provenir de seres humanos, y como ratas que salen corriendo de una cloaca se arrojaron contra los hombres armados. Estaba escrito en sus ojos el odio a quienes tuvieran más que ellos, aunque fuera una armadura. Muchas de las armas que blandían estaban ensangrentadas.

—Las flechas los harán retroceder —gritó Hordo.

Conan no estaba seguro. Había desesperación en aquellas caras.

—Seguid adelante —ordenó.

Siguieron galopando y rápidamente dejaron atrás a la muchedumbre, aunque esta siguió persiguiéndoles cuando ya la perdían de vista, y aun después de haber dejado de verla siguieron oyendo largo rato sus aullidos.

Al llegar al palacio de Albanus, Conan no se detuvo.

—Que uno de cada tres hombres se quede con los caballos —ordenó—. Los demás saltaremos el muro. Traed los arcos. Tú no —añadió, al ver que Karela se acercaba al muro montada en su caballo.

—No tienes autoridad para darme órdenes, cimmerio —le espetó

en respuesta—. Yo voy a donde me place.

—Que Erlik se lleve consigo a las mujeres testarudas —murmuró Conan, pero no le dijo nada más.

Incorporándose sobre su silla, y cuidando de no poner la mano encima de ninguno de los fragmentos de loza, se izó hasta lo alto del muro. Como si hubieran estado entrenados para hacerlo, Hordo, Karela y veinticuatro de los otros le siguieron fácilmente. Abajo, unos diez hombres salían corriendo de la casa de los guardias. Apenas si tuvieron tiempo de pasmarse antes de que las flechas, zumbando como avispones, acabaran con ellos.

Conan se dejó caer al otro lado del muro —sus ojos eran azules como el hielo—, y echando a correr dejó atrás los cuerpos. Oía a medias las pisadas de los otros que le seguían, pero no les prestaba atención. Solo pensaba en Ariane. Era por sus palabras por lo que había ido a la casa de Albanus. Ahora el honor le exigía el salvarla, aunque le costara la vida.

Con un único empujón de su enorme brazo, logró abrir una de las altas jambas de la puerta del edificio de palacio. Antes de que los ecos que esta causó al ir a dar contra la pared de mármol dejaran de oírse entre las columnas del vestíbulo, un hombre que llevaba el yelmo y la capa de los Leopardos de Oro vino corriendo para encararse con el joven gigante cimmerio, espada en mano.

—¡Ariane! —gritó Conan, al tiempo que desviaba el ataque del soldado—. ¿Dónde estás, Ariane? —Su espada seccionó hasta la mitad la cabeza de su oponente; Conan apartó con una patada su cadáver y se adentró en palacio—. ¡Ariane!

Aparecieron más Leopardos de Oro, y Conan se arrojó frenético entre ellos; su salvaje grito de guerra resonó en la arcada del techo, su espada cortaba y acuchillaba como posesa o blandida por un demonio. Los soldados se dispersaban en confusión, dejando a tres de ellos muertos o moribundos, sin saber cómo enfrentarse a aquel salvaje del bárbaro norte. Entonces, Hordo y los demás les atacaron también. La fiera apariencia del tuerto se veía confirmada por la ferocidad de su ataque. Karela danzaba entre ellos, su espada acometía como una avispa, y se retiraba siempre enrojecida.

Cuando cayó el último cuerpo, Conan gritó a sus hombres:

—¡Separaos! ¡Registrad todas las habitaciones, si es necesario! ¡Encontrad a la muchacha llamada Ariane!

Él mismo andaba por los corredores como un dios vengador. Los siervos y esclavos, al ver las nubes tormentosas que se cernían sobre su rostro, huían. El chambelán de barba gris trató de echar a correr, pero Conan lo agarró por la túnica y lo levantó hasta que solo tocó el suelo de puntillas.

La voz de Conan entrañaba una promesa de muerte.

—¿Dónde está la muchacha llamada Ariane, chambelán?

—No…, no sé de ninguna muchacha… El brazo de Conan se tensó; levantó al otro hasta que no tocó el suelo en absoluto.

—La muchacha —dijo, casi en susurros. El sudor bañaba el rostro del chambelán—. Lord Albanus —dijo con voz ahogada— se la ha llevado al Palacio Real.

Con un gemido, el cimmerio soltó al hombre de la barba gris. El chambelán huyó; Conan lo dejó ir. El palacio. ¿Cómo podría encontrarla allí? ¿Podría volver a entrar a través del pasadizo secreto en el templo de Erebo? Podía pasarse toda la vida dando vueltas por aquel antiguo laberinto antes de encontrar la manera de llegar a la parte más nueva de palacio.

Oyó pasos a sus espaldas y se volvió, para encontrarse con que Hordo venía corriendo hacia él, seguido por Macaón y Karela.

—Macaón ha encontrado a alguien en las mazmorras —le explicó rápidamente Hordo—. No es la muchacha. Es un hombre que dice ser el rey Garian, e incluso afirma…

—Llévame hasta él —dijo Conan. En su ánimo renacía la esperanza.

Las mazmorras del palacio de Albanus eran como todas las demás: paredes de tosca piedra, pesadas puertas de madera que giraban sobre goznes herrumbrosos, espeso olor a orina seca y a temeroso sudor. Aun así, cuando Conan vio la celda a la que Macaón le guiaba, sonrió como si se hubiera tratado de un jardín adornado con fuentes.

El hombre sucio y harapiento encadenado a la pared se movió sin saber muy bien qué hacer.

—Y bien, Conan —dijo—, ¿te has unido a Albanus y a Vegentius?

—Por Derketo —murmuró Karela—. Se parece de verdad a Garian.

—Es Garian —dijo Conan—. Ese cardenal de la mejilla lo

demuestra.

Las cadenas del monarca hicieron ruido cuando las movió para tocarse el moretón. Rio tembloroso.

—¡Que a uno lo conozcan por algo tan nimio!

—Si este es Garian —preguntó Karela—, entonces, ¿quién es el que se sienta en el Trono del Dragón?

—Un impostor —replicó Conan—. No tiene la magulladura. Traedme manilo y cincel. Rápido.

Macaón se fue y volvió al cabo de un momento con las herramientas requeridas.

Cuando Conan se arrodilló para poner el cincel en el grillete de uno de los tobillos de Garian, el rey dijo:

—Serás recompensado por esto, bárbaro. Todo lo que Albanus posee será tuyo en cuanto recobre el trono.

Conan no le respondió. Con un fuerte golpe de martillo partió la remachada anilla de hierro. Empezó con el siguiente.

—Has de sacarme de la ciudad —siguió diciendo Garian—. Una vez esté con mi ejército, todo irá bien. Yo crecí en esos campamentos. Me conocerán. Volveré a la cabeza de diez mil espadas para echar a Albanus de palacio.

—Y para iniciar una guerra civil —dijo Conan. De nuevo con un solo golpe, le liberó el otro tobillo—. El impostor se parece mucho a vos. Serán muchos los que sigan creyendo en él, sobre todo porque es él quien habla desde el Trono del Dragón. Quizás incluso el ejército no os crea tan rápidamente como esperáis.

Hordo gimió.

—No, cimmerio. Esto no es asunto nuestro. Vámonos a cruzar la frontera.

Ni Conan ni Garian le prestaron atención. El rey calló hasta que Conan le hubo quitado también los grilletes de las muñecas. Entonces, dijo sosegadamente:

—¿Qué es lo que sugieres, Conan?

—Volver a palacio —dijo Conan, como si se hubiera tratado de lo más fácil del mundo—. Hacer frente al impostor. No es posible que todos los Leopardos de Oro sean desleales. Podéis recuperar vuestro trono sin que llegue a alzarse ninguna espada fuera de palacio.

No le pareció prudente mencionar a las turbas que deambulaban

por las calles.

—Valeroso plan —dijo Garian, pensativo—. La mayoría de los Leopardos de Oro deben de serme leales. Se lo oí decir a los que me vigilaban aquí. Lo lograremos. Yo voy a recobrar el trono, cimmerio, pero tú te has ganado ya mi eterna gratitud. —Volvía a él su porte regio. Se fijó con regocijada sonrisa en la suciedad que le cubría—. Pero, antes de volver a palacio, debo lavarme y vestirme como un rey.

Mientras Garian salía de la celda pidiendo a gritos agua caliente y ropa limpia, Conan frunció el ceño, y se preguntó por qué le habían inquietado tanto sus últimas palabras. Pero no había tiempo para meditarlo. Tenía que pensar en Ariane.

—Cimmerio —dijo Karela, airada—, si crees que volveré a palacio a tu lado, es que eres todavía más necio de lo que temía. Vas a meterte en una trampa mortal.

—No te he pedido que vinieras —replicó él—. Ya me has dicho bastante a menudo que tú solo vas a donde quieres ir.

El arrugado entrecejo de la muchacha le indicó que no era aquella la respuesta que había esperado, y tampoco la que deseaba.

—Hordo —siguió diciendo el cimmerio—, haz entrar a los hombres que están en la calle. Que todos sepan adonde vamos. Los que no quieran venir que se vayan. Hoy ningún hombre cabalgará conmigo contra su voluntad.

Hordo asintió y se fue. Detrás de Conan, Karela masculló un inarticulado juramento. Conan la ignoró, pues le absorbía ya el problema de cómo entrar en palacio y, lo que era más importante para él que devolverle a Garian su trono, liberar a Ariane.

Cuando el cimmerio salió de palacio con Garian, que resplandecía ahora en el mejor terciopelo escarlata que había podido ponerse, no se sorprendió al encontrar a treinta y ocho de sus hombres montados y esperándole, aun a aquellos que todavía sufrían por las heridas de la pasada hora de lucha. Sabía que los había elegido bien. En cambio, sí le sorprendió ver a Karela, montada a caballo, al lado de Hordo. Su fiera mirada verde le retaba a cuestionar su presencia. Conan montó sin decir nada. Ya se enfrentaba a demasiados problemas aquel día como para tener otra discusión con ella.

—Estoy listo —anunció Garian, al tiempo que subía a su silla.

Llevaba un sable sujeto a la túnica.

—¡Cabalguemos! —ordenó Conan, y la pequeña cuadrilla partió a caballo hacia palacio.

24

El camino hacia palacio, por las calles tortuosas hasta la cima del collado y por el césped hasta el puente levadizo, se recorrió a paso lento. Garian cabalgaba algo más adelantado que Conan. «Un rey tiene que ir al frente de su ejército —había dicho—, aun cuando este sea pequeño». Conan estuvo de acuerdo, pues esperaba que al ver a Garian los guardias vacilarían y les dejarían pasar.

Desmontaron ante el puente levadizo, y los que allí hacían guardia quedaron boquiabiertos, por supuesto, cuando Garian avanzó hacia ellos.

—¿Me reconocéis? —preguntó Garian. Ambos asintieron, y uno dijo:

—Sois el rey. Pero ¿cómo pudisteis salir de palacio? La guardia de honor no ha sido llamada.

Conan suspiró aliviado. No eran hombres de Vegentius. Los guardias miraban de soslayo a los que seguían al rey, y especialmente a Karela, pero sin dejar de prestarle atención a Garian.

—¿Creéis que el rey no conoce los pasadizos secretos que atraviesan este cerro? —Garian sonrió, como si la sola idea hubiese sido ridicula. Pero, cuando los dos guardias sonrieron también, el rostro del monarca se ensombreció—. ¿Sois hombres leales? ¿Leales a vuestro rey?

Ambos se cuadraron a la vez como un único hombre, y recitaron al unísono el juramento de los Leopardos de Oro como para recordárselo a Garian.

—Mi espada sigue al que lleva en la testa la Corona del Dragón. Mi carne es un escudo para el Trono del Dragón. Lo que el rey ordene, yo lo obedeceré, hasta la muerte.

Garian asintió.

—Entonces, habéis de saber que existe una conjura contra el Trono del Dragón, y que sus autores son Lord Albanus y el comandante Vegentius.

Conan llevó la mano a la espada ante el sobresalto de los soldados, pero estos meramente miraron al rey con expectación.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó uno de ellos por fin.

—Tomad a los que están en la barbacana —les dijo Garian—, dejando tan solo a dos para que bajen el rastrillo y vigilen la puerta, e id con ellos a vuestras casernas. Poned en guardia a todos los que estén allí. Que vuestro grito sea: «¡Muerte a Albanus y a Vegentius!». Los que no quieran gritar con vosotros, son enemigos del Trono del Dragón, aun cuando vistan la capa dorada.

—Muerte a Albanus y a Vegentius —dijo uno de los guardias, y el otro lo repitió.

Cuando hubieron entrado en la barbacana, Garian pareció más relajado.

—No pensaba que esto iba a ser tan fácil —le dijo a Conan.

—No lo será —le aseguró este.

—Sigo pensando que tendríamos que haberles explicado que hay un impostor, cimmerio.

Conan negó con la cabeza.

—Solo los hubiéramos confundido. Lo sabrán después que el falso rey haya muerto, si la suerte está de nuestra parte.

Poco le importaba cuándo o cómo lo descubrieran, con tal que provocaran suficiente confusión para que ellos pudieran seguir con su plan. Miró la puerta de la barbacana. ¿Por qué tardaban tanto?

De pronto se oyó un grito en el interior de la casa de guardia, que, también repentinamente, fue acallado. Uno de los que habían encontrado montando guardia en la entrada salió con el arma ensangrentada en la mano.

—Había uno que no quería decirlo —explicó.

Uno por uno, los demás que estaban de guardia fueron saliendo espada en mano. Todos se detuvieron el tiempo suficiente para decirle al rey: «Muerte a Albanus y a Vegentius», y corrieron hacia palacio.

—Ya lo ves —le dijo Garian a Conan mientras entraban al frente de la Compañía Libre—. Esto va a ser fácil.

Al mismo tiempo que el rastrillo caía a sus espaldas, se oyeron

gritos procedentes de las casernas de los Leopardos de Oro, y entrechocar de espadas. Un gong de alarma empezó a sonar, luego se detuvo, con una brusquedad que daba noticia de la muerte del que lo había estado tocando. Los sonidos de lucha se extendieron.

—Quiero encontrar a Albanus —dijo Garian—. Y a Vegentius.

Conan asintió sin más. Él también quería acabar con Albanus. A Vegentius solo lo mataría si se cruzaba en su camino. Continuó avanzando más deprisa que antes, seguido por la Compañía libre. Iría primero al Salón del Trono.

De pronto, unos cuarenta soldados con capas doradas aparecieron al frente.

—¡Por Garian! —gritó Conan sin detenerse—. ¡Muerte a Albanus y a Vegentius!

—¡Matadlos! —fue la réplica—. ¡Por Vegentius!

Ambos grupos se atacaron, rugiendo, acometiéndose con la espada.

Conan le cortó la garganta al primer hombre que le hizo frente sin que sus espadas llegaran a cruzarse, y siguió como una máquina; su arma se alzaba y caía y volvía a alzarse cada vez más ensangrentada. Tenía que seguir adelante. Se abría paso a mandobles; igual que un campesino siega un campo de trigo, cortaba y avanzaba, e iba dejando a su paso un rastrojo de cuerpos humanos.

Y al fin, logró salir de la refriega. No se detuvo a contemplar qué suerte corrían sus compañeros frente a los que habían sobrevivido a su propia espada. El número favorecía a la Compañía Libre, y él tenía que encontrar a Ariane. En cuanto a Garian, poco le importaba este.

Corrió derecho hacia el Salón del Trono. Los guardias que solía haber ante las grandes puertas labradas habían desaparecido, arrastrados por la lucha que ahora levantaba ecos en cada corredor. La jamba que normalmente tenía que ser abierta por tres hombres Conan la empujó sin necesitar de más ayuda.

Aquella gran estancia flanqueada por columnas estaba desierta, solo el Trono del Dragón la vigilaba con mirada maligna.

«Los aposentos del rey», pensó Conan. Volvió a salir corriendo, y los que le hacían frente morían. Ya no esperaba a gritar el desafío. A todo el que llevara la capa dorada y no huyera lo tenía por

enemigo. Pocos huían, y Conan lamentaba tener que matarlos solo por el retraso que le causaban. Ariane. Le estorbaban en su búsqueda de Ariane.

Karela andaba por los corredores de palacio como una pantera. Ahora se había quedado sola. Tras la primera refriega había buscado a Conan entre los cadáveres, sin estar muy segura de si quería encontrarlo. Poco le había durado la búsqueda, pues habían aparecido más soldados leales a Vegentius, y el enfrentamiento subsiguiente había alejado de aquel lugar a todos los que seguían en pie. Había visto a Garian largando mandobles a diestro y siniestro, y a Hordo que trataba con desesperación de abrirse paso hasta ella. El tuerto había parecido en su intento la muerte encarnada. Y sin embargo, le alegraba que no hubiera podido seguirla. Tenía que hacer algo que su leal perro no hubiera aprobado.

De pronto se encontró delante de un hombre, el cual, por una herida en el cuero cabelludo, perdía algunos hilillos de sangre que ensuciaban su hermoso rostro. La espada que llevaba en la mano estaba roja también, y, por su manera de andar, se veía que sabía manejarla.

—Una moza con una espada —dijo riendo—. Mejor que la tires al suelo y huyas, si no sería capaz de pensar que pretendes usarla.

Entonces, ella le reconoció.

—Huye tú, Demetrio. No quiero ensuciar mi arma con tu sangre.

No sentía animadversión alguna por el aristócrata, pero este se estaba interponiendo en su camino.

La risa de Demetrio se convirtió en gruñido.

—¡Perra!

Atacó, esperando una víctima fácil.

Karela paró fácilmente su ataque demasiado confiado, y en respuesta le hirió en el pecho. Estremecido, dio un salto atrás. Ella siguió, y no le permitió que volviera a prepararse para atacar. Sus armas se cruzaron, trazando complejas formas plateadas en el aire, arrancándose continuos ecos. Karela admitía que aquel hombre manejaba bien la espada, pero ella la manejaba mejor. Demetrio murió con una mirada de incrédulo horror en el rostro.

Pasando por encima del cuerpo siguió adelante a toda prisa, hasta que por fin llegó a los aposentos que buscaba. Empujó cuidadosamente la puerta con la espada.

Sularia, envuelta en el atuendo de terciopelo azul propio de una noble, le plantó cara, frunciendo el ceño.

—¿Quién eres? —le preguntó—, ¿la querida de algún noble? ¿No sabes que no se puede entrar en mis aposentos sin permiso? Bueno, ya que estás aquí, cuéntame cómo va ese enfrentamiento.

Vio entonces la espada ensangrentada que Karela llevaba en la mano, y tuvo que ahogar un grito.

—Tú enviaste a una amiga mía al más profundo de los infiernos de Zandru —dijo Karela sin alterarse.

Entró en la habitación con pasos mesurados. La rubia retrocedió ante ella.

—¿Quién eres? Yo no conozco a nadie que pueda ser amiga de alguien de tu clase. Vete inmediatamente de mis estancias, o haré que te flagelen.

Karela rio sombríamente.

—Jelanna tampoco querría conocer a nadie de tu clase, pero tú la conoces a ella. Por lo que a mí respecta, sabía que no reconocerías a *Lady* Tiana sin sus velos.

—¡Estás loca! —dijo Sularia con voz temblorosa. Retrocediendo, había llegado casi a la pared.

Karela soltó la espada mientras seguía avanzando.

—Contigo no necesito emplearla —dijo en voz baja—. La espada se emplea con un igual.

Sularia sacó un puñal de su túnica, un puñal cuya hoja era ancha como el dedo de un hombre y no más del doble de larga.

—Necia —dijo riendo—. Si de verdad eres Tiana, te voy a dar motivos para volver a cubrirte con tus velos.

Y trató de herir a Karela en los ojos.

La mujer pelirroja movió una sola mano, que se cerró sobre la que sostenía el puñal. Los ojos de Sularia se abrieron con incredulidad, al ver que su ataque era detenido por una mano que con las muchas horas de manejo de la espada se había vuelto de acero. Karela le agarró con la otra su cabellera rubia, y obligó a la mujer a hacer frente a su dura mirada de esmeralda. Lentamente, forzó al puñal y a la mano que lo sostenía a volverse en la dirección opuesta.

—A pesar de todo —le dijo en susurros a la rubia—, quizá te habría dejado vivir si no hubieras puesto sobre él tus manos de

zorra.

Con todas sus fuerzas, clavó el puñal en el corazón de Sularia.

Tras dejar que la mujer muerta cayera, Karela recogió su espada y, desdeñosa, limpió la hoja con un tapiz de la pared. Todavía quedaba el cimmerio.

Mientras en su mente bullían mil pensamientos de lo que había de hacerle en cuanto lo encontrara, salió de la habitación. Casi estaba dispuesta a dejarlo vivir, pero Sularia se lo había recordado todo, el millar de humillaciones que había tenido que sufrir por culpa de Conan. Que hubiera yacido con una mujer de la calaña de Sularia era la peor de las humillaciones, aunque, cuando se preguntaba el porqué de ese extraño pensamiento, su mente eludía la respuesta.

Entonces, desde una galería flanqueada por columnas, le vio más abajo, en un patio, perdido en sus pensamientos. Sin duda, todavía estaba pensando en cómo encontrar a su preciosa Ariane. El hermoso rostro de Karela se desfiguró en salvaje mueca.

Por el rabillo del ojo vio algo que se movía, y de pronto se quedó sin aliento. Vegentius acababa de entrar en el patio, y Conan no se había movido. Lentamente, como un asesino en la noche, el corpulento militar —tan corpulento como Conan— se le acercó sigilosamente, con la sangrienta espada en alto. Su yelmo de rojo penacho y su cota de malla no parecían haber recibido golpe alguno, pese a que el arma ensangrentada probaba que había estado luchando. Atacaría en cualquier momento, y Karela presenciaría la muerte de Conan. Se le saltaron las lágrimas. Ella se dijo que eran lágrimas de alegría. Le causaría mucha alegría ver la muerte del cimmerio. Mucha alegría.

—¡Conan! —chilló—. ¡Detrás de ti!

Conan había oído los pasos que se acercaban, pasos que a cada segundo eran menos sigilosos. La mano del cimmerio descansaba ya en la empuñadura de su espada. No sabía quién se le acercaba, pero por sus actos tenía que ser un enemigo. Fuera quien fuese, unos pasos más y el cazador se vería cazado. Solo un paso más.

—¡Conan! —oyó que gritaba alguien—. ¡Detrás de ti!

Maldiciendo su ventaja perdida, el cimmerio saltó hacia delante, dio una voltereta y, empujándose con el hombro sobre el empedrado, desenvainó la cimitarra al tiempo que se ponía en pie.

Se encontró frente a frente con un muy sorprendido Vegentius.

Una rápida mirada a lo alto le descubrió a la autora del grito, Karela, asomada de medio cuerpo sobre la baranda de una galería, dos pisos por encima del patio. Sabía que era cosa de su imaginación, pero habría jurado que en aquella breve mirada la había visto llorar. De todos modos, no importaba. Debía preocuparse del hombre al que se enfrentaba.

Vegentius sonreía como si hubieran de concederle el mayor deseo de su vida.

—Hace tiempo que quiero enfrentarme a ti acero en mano, bárbaro —dijo. Podían verse todavía en su rostro los cardenales amarilleantes de su último encuentro.

—¿Por eso has intentado atacarme por la espalda? —dijo Conan con sorna.

—¡Muere, bárbaro! —bramó el corpulento militar, asestándole un impresionante mandoble con la espada.

El arma de Conan lo paró con estrépito, e inmediatamente el bárbaro pasó de la defensa a la ofensiva. Casi sin mover los pies, los dos hombres se enfrentaron, y sus espadas chocaban como yunque y martillo. Pero era siempre la espada de Conan la que hacía las veces de martillo, siempre la que atacaba, siempre era Vegentius el que paraba, cada vez con más desesperación. El cimmerio pensó que había llegado la hora de terminar. Con un poderoso lance, golpeó. La sangre manó del tronco sin cabeza del comandante de los Leopardos de Oro. Mientras el cuerpo caía, Conan se volvía ya para buscar a Karela con la mirada. La galería estaba vacía.

Y sin embargo, no pudo evitar una sonrisa de complacencia al pensar que ella no le odiaba tanto como pretendía. ¿Le habría puesto en guardia, si no?

Vio que Hordo entraba corriendo en el patio.

—¿Vegentius? —preguntó el tuerto, mirando el cuerpo decapitado—. He visto a Albanus —siguió diciendo después que Conan asintiera—. Y a Ariane, y al impostor. Pero al llegar al sitio donde los había visto, ya no estaban. Creo que iban a la parte antigua de palacio —dudó—. ¿Has visto a Karela, cimmerio? No la encuentro, y no quiero volver a perderla.

Conan señaló la galería donde había estado ella.

—Encuéntrala si puedes, Hordo. Yo tengo que buscar a otra

mujer.

Hordo asintió, y los dos hombres fueron en direcciones opuestas.

Conan le deseó suerte al barbudo, aunque abrigaba la sospecha de que Karela habría vuelto a desaparecer. Pero su verdadera preocupación seguía siendo Ariane. No entendía por qué Albanus había ido a la parte antigua de palacio, a menos que quisiera escapar por uno de los pasadizos secretos. Si Jelanna conocía algunos, parecía razonable que el aristócrata de rostro aquilino también los conociera. Pero el cimmerio no se veía capaz de encontrar el pasadizo por el que había escapado él mismo, perdido en aquel dédalo de oscuros corredores. Su única esperanza era que se hubieran dirigido a la fosa de los lobos. Y, esperando contra toda esperanza, Conan corrió hacia allí.

Agradeció a todos los dioses cuyos nombres recordaba que no topara con más Leopardos de Oro en su carrera por el palacio hasta el corredor de tosca piedra que recordaba bien. Si quería llegar a la fosa de los lobos antes de que Albanus se marchara, no podía permitirse ninguna demora. Eso si Albanus había ido a la fosa de los lobos. Y si Ariane seguía con vida. Se negaba a admitir todos aquellos condicionales. Tenían que estar allí. Tenían que estar.

Cuando ya llegaba a la fosa, oyó la voz de Albanus que reverberaba en la cúpula del techo. El cimmerio se permitió un suspiro de alivio antes de entrar en la estancia; sus ojos parecían azulado acero.

—Con esto los destruiré —decía Albanus, y mientras hablaba acariciaba una esfera de cristal azul con las mismas manos que la sostenían. El impostor estaba a su lado, y también Ariane, que miraba forzadamente al frente, pero el hombre de rostro aquilino parecía hablar tan solo para sí mismo—. Con esto, desataré tal poder…

«Brujería», pensó Conan, pero ya era tarde para detenerse. Los oscuros ojos de Albanus ya le habían visto, y el cimmerio tuvo la fastidiosa sensación de que veía en él más un estorbo que un peligro.

—Mátalo, Garian —dijo el aristócrata, y su atención volvió a la esfera azul.

Ariane no se movió, ni mudó su expresión.

Conan se preguntó, mientras el duplicado avanzaba, si de veras

creía este ser Garian. Entonces, se fijó en que el arma que el otro llevaba era la misma espada de hoja serpentina que le había vendido a Demetrio en un tiempo que ahora parecía lejano. Ya no le cabía ninguna duda de que se trataba de un arma hechizada, y su creencia se vio confirmada cuando el otro la alzó. Oyó un gemido metálico, hambriento, el mismo que le había parecido producto de su imaginación al luchar con Melius.

Sin embargo, se preparó para luchar. La muerte vendría en su momento. Ningún hombre puede huir de la hora que tiene fijada.

El arma del falso Garian se puso en movimiento, y Conan la paró. La violencia del choque de ambas espadas estuvo a punto de lograr que el cimmerio soltara la suya. Melius no le había asestado mandobles tan potentes. Aquella fuerza, pues, no provenía de la magia, sino del hombre que blandía el arma, y con todo, Conan se negaba a creer que nada humano pudiera tener tanta. Se le erizó el vello de la nuca. Nada humano. Retrocedió con cautela, preguntándose qué era aquello a lo que se enfrentaba.

Sosteniendo la esfera de cristal azul, ignorando a los dos que se enfrentaban a menos de veinte pasos, Albanus empezó a salmodiar:

—Af-far mearoth, Omini deas kaan…

Conan creyó oír un retumbar lejano en las entrañas de la tierra, pero no tuvo tiempo para pensar en ello. La criatura que tenía el rostro de Garian le acosaba, la espada de ondulada hoja le atacaba con preternatural rapidez. Conan no intentaba ya pararla, solo desviarla, pese a los oblicuos golpes de los que se resentía todo su cuerpo hasta los pies. La punta de la espada embrujada acabó por hacerle un corte superficial en la mejilla, y un hilillo de sangre apareció en esta. Volvió a oír el gemido metálico, pero más fuerte, ahogando casi el cántico de Albanus.

La criatura atacó de nuevo, con un mandoble que de haber dado en su blanco lo habría decapitado, pero Conan lo esquivó de un salto. La espada fue a dar contra una de las patas de hierro de una de las grandes lámparas de trípode, partiéndola por la mitad. Lentamente, la lámpara se tambaleó y cayó, y Conan vio por primera vez una verdadera expresión en el rostro de la criatura. Terror, al ver el fuego de la lámpara que caía.

Como si hubiera corrido un peligro mortal, el falso Garian dio un salto atrás. La voz de Albanus vaciló, y luego prosiguió con su

encantamiento. La lámpara se estrelló contra el brocal que circundaba la fosa, derramando su aceite hirviente en el fondo de esta. La paja seca se encendió.

Conan se arriesgó a echar una mirada al noble de rostro aquilino. Algo se estaba formando sobre la cabeza de Albanus. Algo oscuro, una condensación del aire. Las losas temblaron bajo los pies del cimmerio, y este creyó haber oído un trueno.

Pero una breve ojeada era lo único que podía permitirse, pues la criatura acababa de agarrar la pesada lámpara por una de sus patas y la arrojaba a la fosa ahora incendiada igual que un hombre echa a un lado un tronco de leña. El suelo temblaba sin cesar, los temblores eran cada vez más fuertes. Por el rabillo del ojo, Conan vio que la figura tenebrosa y amorfa que se había formado sobre Albanus se elevaba hacia la cúpula, se solidificaba. El cántico del noble se hacía más fuerte, más insistente. La criatura avanzaba hacia Conan.

—¡Corre, Ariane! —gritó el cimmerio, y trató de afirmar los pies en el suelo, que ahora se había vuelto inseguro. Ningún hombre puede huir de su propia muerte—. ¡Corre!

La muchacha no se movió, pero el simulacro seguía avanzando inexorablemente hacia Conan, y levantó la espada para asestar un mandoble que habría destrozado el arma del cimmerio y partido a este por la mitad.

Desesperadamente, Conan se apartó de un salto. El tremendo mandoble arrancó chispas al suelo sobre el que había estado. En ese instante, cuando la criatura todavía se tambaleaba, por la fuerza de su propio golpe y por el temblor de tierra, Conan atacó. Aunó en aquel lance las fuerzas de todos los músculos de su cuerpo, y golpeó en el costado derecho. Fue como golpear piedra. Pero, añadido a lo demás, bastó, al menos por ese instante. El simulacro cayó.

Conan había visto cuan rápida era la criatura, y no pensaba darle tiempo para ponerse en pie. Antes de que el simulacro acabara de desplomarse sobre el suelo de piedra, paró su caída y lo sostuvo metiéndole la espada por debajo del cinturón y la túnica. Con tremendo esfuerzo, el cimmerio levantó a la criatura en el aire.

—¡Ese es el fuego que tú temes! —gritó, y lo arrojó por encima del brocal.

Mientras caía, un chillido surgió de su garganta. Arrojó lejos de

sí la espada, al tiempo que se debatía en un inhumano esfuerzo por encontrar alguna salvación. Cuando llegó al fondo de paja ardiente, el fuego se avivó como si le hubieran echado aceite, y las llamas engulleron al simulacro, que, aun convertido en estatua de llamas él mismo, no cesó en sus horribles chillidos.

La mirada de Conan, al apartarse de la fosa, se cruzó con la de Albanus. Los labios del siniestro noble se esforzaban por articular las palabras de su cántico, pero tenía clavada en el pecho la espada hambrienta de sangre que había sido arrojada con fuerza inhumana. A su lado, Ariane parecía inquieta. Los hechizos de la brujería mueren con el brujo, y Albanus estaba muriendo.

Conan corrió al lado de la muchacha. Al cogerla de la mano, ella le miró confusa. Albanus seguía luchando por formar palabras, pero la sangre le llenaba la boca.

Cuando el cimmerio se volvió para sacar a Ariane de la sala, se detuvo a mirar aquello que ocupaba la parte más elevada de la cúpula. Le pareció ver innumerables ojos, tentáculos sin cuento. Sus propios ojos se negaban a verlo en su totalidad, su mente se negaba a aceptar lo que veía. Desde lo que fuera que flotaba horriblemente en lo alto, descendió un rayo de luz que hizo añicos la esfera de cristal azul. Los ojos de Albanus se pusieron vidriosos, a causa de la muerte, cuando los fragmentos cayeron de su mano.

El trueno retumbaba en la sala, y Conan sabía que se trataba de la risa de un demonio, o de un dios. La forma oscura que estaba en lo alto se condensaba. Conan cogió a Ariane y salió corriendo, al tiempo que aquello escapaba de la estancia destrozando la cúpula. Cayeron piedras que llenaron la fosa de los lobos, y la polvareda se levantaba a sus espaldas. Las paredes se desplomaban sobre otras paredes. Como si una ola de destrucción hubiera partido de la fosa, toda la parte antigua de palacio se vino abajo.

Conan estaba corriendo ya por suelos de mármol pulido cuando comprendió que el suelo mismo había dejado de agitarse como el barco en la tormenta, y no caían más escombros. Se detuvo, y miró atrás a pesar del polvo que lentamente se asentaba. El corredor que acababa de abandonar había quedado cegado por los escombros, y alcanzaba a ver el cielo del ocaso por un agujero en un techo sobre el que habían descansado tres pisos. Pero, con la excepción de unas pocas paredes agrietadas, la destrucción que se había producido

fuera de la parte antigua de palacio era notablemente reducida.

Ariane se movió entre sus brazos, y él la dejó de mala gana en el suelo. Le gustaba tenerla en brazos, aun cubierta de polvo. Tosiendo, la muchacha miró alrededor.

—¿Conan? ¿De dónde vienes? ¿Esto es el Palacio Real? ¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré luego —dijo el cimmerio. Le contaría una parte de lo que había pasado, pensó mientras echaba otra mirada a la devastación que habían dejado atrás.

—Busquemos al rey Garian, Ariane. Voy a recibir una recompensa.

25

Paseando por el corredor central del palacio que había sido propiedad de Albanus —y que ahora, desde hacía dos días, por decreto del rey Garian, le pertenecía a él—, Conan se detuvo para sopesar una estatuilla de marfil. Ligera, de trabajada talla, por la que se pagaría un buen precio en casi cualquier ciudad. La echó al saco que llevaba y siguió adelante.

Llegó al vestíbulo al mismo tiempo que Hordo y Ariane entraban por la puerta principal, que ahora estaba abierta.

—Ya era hora de que volvierais —dijo el cimmerio—. ¿Cómo van las cosas ahí fuera?

Hordo se encogió de hombros.

—Los Guardias de la Ciudad y Leopardos de Oro que quedan están patrullando las calles para acabar con los saqueadores. No es que queden muchos. Parece que creyeron que el terremoto era el juicio de los dioses contra ellos. Además, algunos dicen que en lo peor del terremoto vieron un demonio flotando sobre palacio. —Rio con poca convicción—. Qué cosas más extrañas ve la gente, ¿verdad?

—Ciertamente extrañas —respondió Conan en un tono de voz que se pretendía seguro de sí mismo. Aun cuando le hubiera contado a Hordo lo sucedido en la fosa se los lobos, y este le hubiera creído, solo le habría servido para que el tuerto se lamentara y dijera que ya estaba demasiado viejo para tales cosas —. ¿Cómo está el Thestis? —le preguntó a Ariane.

La muchacha suspiró abatida, sin mirarle.

—El Thestis está acabado. Somos demasiados los que hemos visto demasiado bien adonde llevan nuestros grandilocuentes discursos. Garian está liberando de las minas a Graecus y los demás, pero dudo que seamos capaces de mirarnos a la cara durante mucho

tiempo. Quiero…, quiero irme de Nemedia.

—Ven conmigo a Ofir —le dijo Conan.

—Me voy a Aquilonia con Hordo —respondió ella.

Conan la miró fijamente. No es que fuera a quejarse por haberla perdido a manos de Hordo —bien, sí lo lamentaba, admitió de mala gana, aunque se la llevara un amigo—, pero, después de todo, él le había salvado la vida. ¿Qué gratitud era aquella?

Ariane se alejó de él, retadoramente, ante sus mismos ojos, y rodeó al tuerto con el brazo.

—Hordo es un hombre de corazón fiel, y eso es más de lo que puedo decir de otros hombres. Quizá no me vaya a ser fiel a mí, pero de todos modos es un hombre fiel. Además, ya te dije hace tiempo que soy yo la que decide quién va a compartir mi lecho.

Había en su voz como un matiz de autoexculpación; cierta rigidez en su rostro venía a decir que se daba cuenta, y que se negaba a admitir que tuviera algo de que disculparse.

Conan negaba con la cabeza, hastiado. Recordaba un antiguo refrán: «La mujer y el gato nunca son en posesión, solo visitan de vez en cuando». En aquel momento, pensó que prefería los gatos.

Luego, su país de destino, que también lo era de Hordo, le llamó la atención.

—¿Por qué Aquilonia? —preguntó Conan.

El tuerto le entregó un pergamino plegado, y dijo:

—He oído rumores de que se ha marchado al oeste. También te dice algo a ti.

Conan desplegó el pergamino y leyó.

Hordo, mi perro más fiel:

Cuando te llegue esto, yo me habré marchado ya de Nemedia con todos mis bienes y mis siervos. No me sigas. No me alegraría de volver a encontrarte en mi camino. Dile al cimmerio que aún no he terminado con él.

Karela

Debajo de la firma, con tinta roja, había dibujado la silueta de un halcón.

—Pero tú la seguirás de todos modos —le dijo Conan, devolviéndole el pergamino.

—Por supuesto —respondió Hordo. Cuidadosamente, guardó el pergamino en su bolsa—. Pero, y tú, ¿por qué quieres irte a Ofir ahora? Garian está a punto de hacerte noble.

—Me he acordado de lo que me dijo ese adivino ciego en el Buey Corneado —dijo el cimmerio.

—¿Ese viejo necio? Ya te dije que tenías que ver a uno de mis astrólogos.

—Pero acertó en todo —dijo Conan sosegadamente—. Una mujer de zafiros y oro. Sularia. Una mujer de esmeraldas y rubí. Karela. Ambas querían verme morir, por las mismas razones que él me dijo. También acertó en lo demás. ¿Y te acuerdas de qué fue lo último que dijo?

—¿Qué? —preguntó Hordo.

—Salva un trono, salva un rey, mata un rey o muere. Venga lo que venga, pase lo que pase, ten en cuenta cuándo huir. También me dijo que me precaviera contra la gratitud de los reyes. Le voy a hacer caso, aunque algo tarde.

El tuerto resopló, miró alrededor, vio las columnas de mármol y las paredes de alabastro.

—No creo que debas precaverte contra esta gratitud.

—Los reyes son gobernantes absolutos —le dijo Conan—, y al sentirse agradecidos se sienten también menos absolutos. Apostaría por ello. Y lo mejor que puedes hacer para librarte de ese sentimiento es librarte del hombre al que tienes que estar agradecido. ¿Lo entiendes ahora?

—Pareces un filósofo —masculló Hordo. Conan echó a reír a carcajadas.

—Los dioses lo impidan.

—Capitán —dijo Macaón, que acababa de entrar por detrás—, la compañía ha montado ya, cada hombre lleva un saco de botín en la silla. Es la primera vez que me encuentro con un hombre que ordena el saqueo de su propio palacio.

La mirada de Conan se cruzó con la de Hordo por un fugaz instante.

—Coge lo que quieras, viejo amigo, pero no te entretengas mucho tiempo por aquí.

Le alargó la mano, y el otro se la estrechó; era una costumbre que habían aprendido en Oriente.

—Que tengas buen viaje, Conan de Cimmeria —le dijo Hordo con voz ronca—. Y dale un buen tirón por mí al Cuerno del Infierno, si es que llegas allí antes que yo.

—Que tengas tú también buen viaje, Hordo de Zamora. Y lo mismo te pido, si fueras tú el primero.

El cimmerio no volvió a mirar a Ariane antes de salir del vestíbulo. Ella había hecho su elección.

Detrás del palacio le esperaba la Compañía Libre —la veintena que había sobrevivido—, a caballo y armados. Conan montó en su propio animal.

«Qué extraño final», pensó, mientras se alejaba al galope de las riquezas que se le ofrecían. Y de dos mujeres; le hubiera gustado llevar consigo a cualquiera de las dos, pero ninguna le había querido. Eso también le resultaba extraño. Sin embargo, pensó que, de todos modos, hallaría gran cantidad de mujeres en Ofir, y que los rumores de discordia presagiaban que una Compañía Libre podía hallar empleo en aquel país.

—Iremos a Ofir —ordenó, y salió galopando por el portón al frente de su compañía. No miró atrás.



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.